



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

SAL 328.3.33

HARVARD COLLEGE LIBRARY
CUBAN COLLECTION



BOUGHT FROM THE FUND
FOR A
PROFESSORSHIP OF
LATIN AMERICAN HISTORY
AND ECONOMICS

FROM THE LIBRARY OF
JOSÉ AUGUSTO ESCOTO
OF MATANZAS, CUBA







SAL 328.3.33

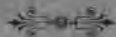
BIBLIOTECA DE "EL FIGARO"

LEONELA

NARRACIÓN CUBANA

POR

NICOLÁS HEREDIA



HABANA

IMPRENTA "LA MODERNA"

50 COMPOSTELA 50

1895

BIBLIOTECA DE "EL FIGARO"

La administración de esta obra está exclusivamente á cargo de los editores de esta Biblioteca, los señores A. MIRANDA Y Ca, calle de Compostela nº 69, Habana.

Todos los señores suscriptores y agentes de *El Figaro* así como los librerros deben entenderse únicamente con dichos señores.



LEONELA





NICOLÁS HEREDIA.

BIBLIOTECA DE "EL FÍGARO"

LEONKIA

NARRACIÓN CUBANA

POR

NICOLÁS HEREDIA



HABANA

IMPRENTA "LA MODERNA"

89 COMPOSTELA 89

1893

SAL 328.3.33

BY 3 11

Escoto Collection

214
139

CASI PRÓLOGO

Al sacudir el polvo de mis recuerdos ví aparecer la historia de Leonela, tal como me la relató un viejo amigo hace un lustro ó poco menos. Todo mi trabajo ha consistido en sacar el cuadro de un rincón de mi memoria, limpiarlo cuidadosamente para que bajo la húmeda esponja vaya surgiendo la antigua pintura con sus primeros colores y ponerle el marco de mi estilo.

Dicho esto, el público puede juzgar como guste una obra en que la realidad ha colaborado de un modo tan directo que tras ella se oculta modestamente el narrador.

NICOLÁS HEREDIA.

1886—1887.



A VISTA DE PÁJARO

La ciudad—uno de los vestigios más venerables de los tiempos de la conquista—se hallaba recostada en la margen derecha del Cuabillas, río de notable anchura y de poca agua en la mayor parte de su curso.

Este escaso caudal hacía más ruidosa la fuerza de la corriente que, al deslizarse por imprevistas hondonadas y al chocar en el fondo con las piedras de mayor tamaño y de más irregular estructura, formaba rápidas chorreras y estrepitosos remolinos. Pero una vez vencidas esas sinuosidades y asperezas, cesaba el bullicio y un murmullo quejumbroso y casi imperceptible sustituía á la anterior algazara y á los movimientos nerviosos de los remolinos.

En las horas más ardientes del día los pilluelos, que allí no escaseaban por cierto, escapábanse de sus casas para sumergirse en los charcos más profundos, decorados con nombres pintorescos como «Boca del

Perro», «Paso del Inglés», «Cueva del Caimán» y otros tan originales como éstos. El contacto del agua fresca—y tan limpia que hubiera podido distinguirse una aguja perdida entre las blancas piedrezuelas del fondo—completaba su impresión sabrosa con la vista encantadora del doble panorama que ofrecían ambos márgenes del Cuabillas.

A la derecha, la ciudad que en su laberíntica disposición y en el apretado hacinamiento de sus edificios demostraba su decrepitud histórica; á la izquierda una línea interminable de guayabales que, aun expuestos como estaban á la voracidad de los muchachos y al apetito del caminante, nunca lograban emanciparse de la dulce pesadumbre de su fruto.... Más hácia adentro—y ya en los vecinos potreros—alzaban los mangos sus cúpulas verdes, correctas y grandiosas, se retorcian los lascivos jagüeyes, colgaban las lianas sus pabellones y tendían sus hilos los bejucos. Allí empezaba un monte firme de fustetes, guásimas, robles, aguacatillos y otros ejemplares de la bella flora de los trópicos, el cual iba á morir en la costa, orgulloso de que, únicamente, algún audaz monterero pudiera sorprender sus íntimos susurros y la lírica algarabía de los pájaros que anidaban entre sus hojas, formando una babel de trinos y aleteos. Sólo á trechos, y en determinadas sabanetas, sobresalía la melena de alguna que otra palma soberana dentro de aquella rica vegetación, cuando no tenía que rendir parias á la enorme ceiba, monumento imponente levantado en honor de la naturaleza por el genio de nuestra zona.

Llegábase á la ciudad subiendo una loma que partía de la orilla del río y se empinaba violentamente hasta tocar las primeras casas, emplazadas en posición de verdadero desequilibrio. Comenzaba luego la red de calles sucias, estrechísimas y dispuestas en pindárico desorden, pues casi ninguna terminaba en línea recta, otras nacían en medio de la población revolviéndose en espirales increíbles y muchas, como Dios, no tenían principio ni fin, todo lo cual daba á la, por otros títulos, ilustre ciudad el aspecto destartado de un lugarón con pretensiones.

Los edificios, enanos en su mayor parte, ni ostentaban la sombría expresión que revelan en sus austeras fachadas los restos arquitectónicos de otros siglos, ni la simetría burguesa con que se fabrica en nuestro tiempo. Solamente algunas casas con zaguán reflejaban el gusto moderno, contrastando con el aspecto de pobreza senil dominante en los demás. Pero el mérito de unas y otras viviendas estribaba en su complemento imprescindible, en un extenso patio que era casi una estancia y que hubiera pasado por una gran huerta en cualquier lugar de Europa tan codiciosa de sus terrenos medidos á pulgadas. El patio con su rudeza silvestre era el paraíso de la casa. Pocas flores se veían en él y esas, por lo común, de traje campesino. Una arriate era un alarde de lujo; algunos ejemplares de claveles, dalias, paulinas y rosas de borbón y alejandría se consideraban verdaderas maravillas.

Esto aparte, semejantes caprichos discrepaban dentro del tono salvaje que tiene allí la naturaleza, aun

la que nace esclavizada entre verjas y paredes. Patios había antes de la guerra que eran bosques de plátanos, ciruelas, chirimoyas y mamoncillos. Lo único que solía permitirse el cultivo sistematizado, consistía en la siembra de hortalizas, y así podían observarse en algunos claros simétricas hileras de repollos, lechugas, apios y, especialmente, ajíes y tomates, que con sus encendidos colores rompían las gradaciones del matiz verde predominante en la huerta. Como se comprenderá, desde luego, la parte estética de la agricultura no entraba en el cultivo. Todo se reducía á asegurar la ensalada para el año.

II

DON COSME

La población—como sucede á otras de su índole—estaba convertida en una prebenda para dos ó tres richachos de reconocida influencia. Unas veces aliados, otras enemigos, el hecho era que siempre resultaban los amos, y por eso, todos los que en medio de aquella modorra musulmana consumían alguna parte de su actividad en el negocio, cuando no eran aplastados eran conducidos por el carro de los caciques, repleto de terribles pagarés y de poderosas peluconas. En la esfera puramente comercial, llevaba la batuta la casa de Foronda, Virués y Ca. Todo bulto que entraba en el pueblo ostentaba como cédula indispensable el hierro de la tremenda razón social, que, luego, entre particulares y establecimientos menores, distribuía desde el grano de arroz, huésped de todos los pucheros, hasta la vara rusia que vestía á las dotaciones de la jurisdicción.

En lo relativo á maderas y ganadería se consideraba decisivo el influjo de D. Cosme Fernández Arencibia, el cual llenaba de cuero y caoba los almacenes del surgidero de la Cotorra y hacía peregrinar sus puntas de ganado hasta la misma capital de la gran Antilla. Hombre de mucha práctica en sus negocios, carecía de esa exquisita cultura que sólo se adquiere con los libros y el trato del mundo, en el que no eran muy duchos ni sus arrendatarios—guajiros de nacimiento y costumbres—ni los comerciantes con quienes generalmente se las había, ni la índole de su pueblo nativo semi-rural, semi-ciudadana, con todos los inconvenientes y, tal vez, sin ninguna de las ventajas de la civilización.

Don Cosme tenía su familia en el pueblo; pero la mayor parte del tiempo residía en sus tierras, principalmente en el potrero «Dos Jimaguas», donde practicaba la vida de higiénica actividad y sano ejercicio que imprime un sello indeleble de salud en la gente del campo. De mediana estatura, ancho de hombros y piel acorazada por la intemperie, gloriábase de no haber tenido nunca un catarro y de haber sudado todas sus calenturas sobre la albarda.

Daba carácter á su fisonomía una inmemorial patilla gris, cortada bruscamente bajo la barba. El color tostado de su rostro quedaba interrumpido por una faja blanca que partía de la mitad de la frente para llegar hasta la raíz del cabello, abarcando toda aquella parte en que ajustaba el jipijapa.

Reservado, desconfiadísimo en sus negocios y devaneos, era franco, abierto y expansivo en los demás

actos de la vida. Con la misma imperturbable resolución se llevaba de encuentro al pobre guajiro cuando, por las dificultades del año, no podía pagarle la renta en fruto ó en dinero, que le tendía la mano en un apuro cualquiera, pues decía «que la gratitud más sólida no es la que nace del cariño, sino la que proviene del interés mezclado con el miedo». Ello es que sabía hacerse amar y temer de sus convecinos campestres, los cuales se acostumbraron á considerarlo, ya como un juez inflexible, ya como una reparadora providencia.

Cuando, antes de cerrar la noche, salía de «Dos Jimaguas» para dar un vistazo á sus tierras, las familias montunas que conocían la marcha de su caballo favorito y el ruido particular que hacía el bazo agitado de la bestia, se asomaban á la puerta del bohío para darle las buenas tardes, ofrecerle descanso en el único taburete de cuero colocado junto á la puerta y brindarle una taza de café negro como la tinta. Aren-cibia aceptaba ó nó, según su humor y ocupaciones; si estaba de vena, bajaba del caballo, sentábase, tomaba el café; piropeaba un poco á la silvestre hermosura que le servía la taza y solía ponerse sobre las nervudas piernas al más pequeño de los sucios barrigoncillos que correteaban desnudos por el batey. El chiquillo, entre alegre y azorado, le miraba fijamente, y después volvía hácia la madre el rostro lleno de las pintorescas huellas del desaseo, esperando el desenlace que era—las más de las veces—una nalgadita y, en ocasiones, un real americano y hasta una peseta columnaria, según quisiera el acaso al meter D. Cosme

los dedos en el bolsillo. Al llegar al pueblo, soltaba la guayabera—el «pellejo» decía él—las espuelas, polainas y pistolas, y se resignaba por unos días á la vida ciudadana, concuriendo todas las noches al Casino, en donde Virués y Foronda con algún otro amigo le acompañaban en la partida de tresillo.

Y, sin embargo, ni aún allí cesaba su actividad mental para los negocios.

—Don Casimiro—decía dirigiéndose á Foronda—tengo leche este año para dar calado á un navío de tres puentes.

—Paso—murmuraba Foronda.—¿Y qué hay de cueros?

—Así, así... Puedo venderle una partida. Ya sabe á ochenta.

—Elgueta nos los está metiendo por los ojos á setenta y cinco.

—Juego.... Pues mire usted que la última novillada de ese *peje*,.... Si aquéllas no eran reses; eran chivos.

—Codillo!—exclamaba lacónicamente Virués, que hasta entonces había permanecido silencioso.

III

DOÑA LUISA

No obstante sus hábitos de aislamiento rural, don Cosme era muy cariñoso con su familia. Su mujer estaba casi ciega había ya algunos años, y haciendo caso omiso de ciertas infidelidades cometidas en la soledad del campo y dentro de las fáciles tentaciones que le brindaban las cerriles bellezas de aquellos contornos, hay que convenir en que don Cosme la trataba lo mejor que podía, moderaba su áspero vocerón cuando departía con ella y le daba cuenta de sus negocios y proyectos.

La infeliz pasaba su tiempo dedicada á fervorosas oraciones. Ocupaba un rincón del comedor y allí consumía horas enteras haciendo desfilas padrenuestros y avemarías al lento y acompasado rodar de las cuentas de su rosario. Sin embargo, casi nunca iba á la iglesia, porque sentía profundamente en su amor propio la penosa contrariedad de que los extraños

vieran sus pupilas veladas por dos enormes cristales ahumados, que de muy poco le servían. Una cosa era estar ciega y otra cosa confesarlo. Así buscaba cada día un nuevo pretexto para excusar su ceguera. Unas veces el día nublado, otras la ventana cerrada ó el humo de la cocina que se metía dentro de la casa.

Y era su figura en verdad interesante y más por ser relativamente joven todavía. Su color trigueño se había hecho blanco mate á causa de la penumbra que siempre la rodeaba. Aunque el otoño de la vida se iba llevando las rosas de sus labios, aún se conservaban llenos si pálidos é íntegros los blancos dientes que daban á su boca descolorida una especie de gracia melancólica. Tenía el corte de la matrona que conserva los restos de una casta belleza á propósito no para incendiar el tálamo sino para iluminarlo dulcemente con la serena sonrisa del amor conyugal.

Mostraba el invencible é inocentísimo afán de enterarse de todo lo que no veía, creyendo que reposaban en sus manos las riendas de la casa. Y era preciso contemporizar con estas pueriles pretensiones de la infeliz mujer, que rodeada de sombras aguzaba el oído para que nada se le escapase.

En ciertas ocasiones, cuando se le figuraba oír ruido en el patio, se ponía de pie y osaba dar algunos pasos, volviendo en seguida tristemente al suplicio de su monumental sillón claveteado de tachuelas de cobre.

Otras, al sentir al negro Pío que arrastraba en el zaguán sus viejas piernas, interrumpía la entonación

monótona de su rezo en esta forma: «Llena eres de gracia, el Señor es contigo...» ¿Quién es?

—Yo, Pío.

—Entre todas las mujeres...

—¿Me llama la niña?

—No; lo que quiero es que no me interrumpas...
«Que estás en los cielos, santificado...» Leonela,
hija, ¿han barrido?

—Sí mamá, vaya ¡desde cuando!

—«Sea el tu nombre...» Hoy es lunes; acuérdate
de la ropa de cama.

—Ya está puesta.

—«Venga á nos el tu reino...»

Y así sucesivamente.



IV

LAS MELLIZAS

Fuera de los graves inconvenientes de su ceguera —la cual no aceptaba— doña Luisa se creía muy feliz sujeta á la cariñosa solicitud de sus hijas. Eran gemelas y pocas veces se han dado dos seres de tan extraordinario parecido. La naturaleza que acostumbra romper el molde de cada criatura, quiso demostrar que sabía repetir su obra con la semejanza de dos ejemplares de un mismo número de periódico. Con leves retoques, cualquier pintor hubiera podido tomar por modelo el retrato de una para hacer el de la otra. Se llamaban Clara y Leonela. Clarita era más vieja ¡una hora mayor que su hermana! Las dos eran bellas, en la acepción racional de este concepto. Quiero decir que siéndolo bastante, no lo eran demasiado. Tenían el pelo negro, abundoso y reluciente; los pardos ojos despedían en las miradas cálidas reverberaciones tropicales, los labios mostraban la doble curva

del arco ojivo y por ellos salía en graciosa contracción la luz de la sonrisa, como se precipita la del sol á través del intercolumnio y los pies pequeños exhibían en su alto empeine la ejecutoria aristocrática de la belleza criolla.

Para terminar el esbozo es preciso señalar las diferencias que había entre Clara y Leonela. Llevaba ésta de ventaja dos centímetros de estatura; admitíase como más subido el color de sus ojos y el desarrollo orgánico daba mayor amplitud á la línea ondulante y voluptuosa que envolvía y modelaba el seno y las caderas. El carácter de Clara parecía más dulce, su inteligencia un poco más cultivada y más vaporosas sus ideas. Le agradaba en extremo ser instruída y como sucede á casi todas las jóvenes que, sin dirección, se entregan á un sentimentalismo malsano, se dió á devorar folletines de «El Crepúsculo»—periódico de la localidad—novelas como *Oscar y Amanda*, dramas como *Flor de un día* y otras horribles lecturas por el estilo.

Leonela no la seguía por esos laberintos de idealidad sentimental y se jactaba de ser más práctica, más sólida de espíritu que Clarita.

Decía que su corazón estaba revestido de un «carapacho» contra el amor y lo probaba mostrándose indiferente á los más rendidos homenajes. Nunca oyó con rostro propicio esos banales requiebros con que el macho arrulla á la hembra, sin llegar por esto á la exageración común entre ciertas señoritas de pueblo que practican la virtud feroz é inculta de considerar una frase de amor como un estupro.

En realidad ella asumía el gobierno de la casa. Recibía y despachaba al demandadero, se entendía con los criados y cuidaba á doña Luisa. Clarita la ayudaba á veces; mas por lo general tenía á su cargo la costura, dándose luego á sus libretos y á los folletines y gacetillas del periódico. Bien que ya le caía trabajo cuando don Cosme regresaba del campo. En la distribución del imperio del hogar y del cariño doméstico, hubo de tocarle más de la mitad del corazón del padre que sentía por ella, si no absoluta preferencia, una inclinación bastante definida.

—Clara, que hagan tal cosa... Clara, la camisa limpia con los yugos puestos... Clara, si preguntan por mí que vuelvo en seguida.

Se había acostumbrado á llamarla siempre, á que le cortara las rebeldes uñas, á que le guardara las espuelas, á que le hiciera el lazo de la corbata, á que lo atendiera en la mesa y muchas veces, sin notarlo, seguía el impulso rutinario de sus deseos.

Ambas se querían con esa afición natural que sienten los que llegan al mundo apareados y siguen con las manos enlazadas hasta que el matrimonio ó la muerte los disgrega. Vestían de un modo idéntico, sin perdonar el detalle más insignificante, capricho que daba lugar á las más regocijadas confusiones y originales *quid pro quos*. Si estaban de visita y Clara, por ejemplo, conversaba con el que tenía á su lado, tan pronto como el tal volviera la cabeza por cualquier circunstancia, la mayor de las gemelas se levantaba rápidamente para dar el puesto á su hermana. El vecino reanudaba con ésta, sin sospechar el

cambio, la conversación interrumpida. Cuando caía en la cuenta, los demás aumentaban su confusión, tomando parte en la broma, riendo y comentando sabrosamente la cómica ocurrencia de las muchachas.

Una vez cierto empleado, nuevo en la ciudad, hubo de fijarse en Leonela que estaba en la ventana. Con esa facilidad explosiva de las gentes meridionales, empezó á dar vueltas á la manzana, expresando, á fuerza de paseos, la impresión que le había producido la hermosura de la joven. A la segunda vuelta—y cuando ya el galán había doblado la esquina—Leonela llamó á Clarita que, como siempre, vestía un traje igual al suyo. El inocente burócrata continuó trillando la acera y lanzando estáticas miradas. Durante tres días repitieron la broma. Hicieron más; una noche salió Clarita á la calle, acompañada de una vecina... y el empleado detrás. La noche siguiente salió Leonela... y el hombre sin perderle pie ni pisada. Así se divirtieron durante una quincena á costa del funcionario oficial, que advertido cuando estaba paseado «*coram pópulo*», se metió en su alojamiento y no quiso oír hablar más de las mellizas.

LOS PIRATAS DEL CUABILLAS

En aquella calcinada región, aun reinando los días más gratos del mes de Enero, parece que el sol cae más á plomo que en el resto de la isla. El reloj de la cárcel acababa de dar las dos de la tarde. La ciudad hallábase envuelta en una sábana de luz—sin pliegues de sombras—que deslumbraba los ojos más acostumbrados á la claridad exagerada de los trópicos. Apenas se veía algún transeunte y el que, por casualidad, turbaba con sus pasos el silencio de la vía pública buscaba jadeante la protección de los aleros de los tejados que inclinaban sobre las aceras sus bordes irregulares. La tierra devolvía el fuego que el astro rey le enviaba en bostezos de horno caldeado que abrasaban los pies y sofocaban los pulmones ansiosos de sorber una ráfaga de aire refrescante. Los árboles de los patios permanecían inmóviles ó se agitaban

pesadamente en prolongadas intermitencias, mostrando esa pereza de movimientos con que pretende sacudir el sueño el que cabecea dormitando. La ciudad roncaba su siesta. Únicamente había algo de agitación hacia la parte del río que, como una faja de cristal interminable, rechazaba la luz solar en reverberantes ondulaciones.

Atraídos por la frescura del agua, se veían varios muchachos desnudándose sobre los ardientes cascajales encendidos como brasas y metidos otros en la «Boca del Perro» que era el charco favorito de los pilluelos.

El río que á una milla del lugar en donde estaban, parecía descender de una cuesta no muy pendiente, se precipitaba después, como atacado de locura furiosa, desbocado y espumante, para detenerse y gemir con dulzura en la «Boca del Perro». Desde allí corría con mansedumbre formando, á poca distancia, un charco conocido con el nombre de «Paso del Inglés», á causa de haberse ahogado en el mismo un sajón testarudo que se empeñó en cruzar á nado un día de crecida. En lo sucesivo la corriente recobrabá su ímpetu y, sin duda por la áspera hondonada que existía hacia la orilla derecha, formaba círculos concéntricos y borbotaba espuma en bulliciosos remolinos. Aquel lugar estaba considerado como muy peligroso, pues el ignorante ó el temerario que se dejase arrastrar hasta él, podría quedar deshecho entre las piedras. Llamábasele el «Guateque» sin duda por el continuo bailoteo de la corriente.

Pasados los rápidos, tornaba de nuevo la calma y

serenidad del agua, la cual se espaciaba majestuosamente formando la «Cueva del Caimán», hermoso baño notable por su profundidad y por el sombrío de los próximos árboles cuyas ramas caían en festones sobre la líquida superficie. Nadie se bañaba en la «Cueva» por haber aparecido en época remota un tremendo caimán, fenómeno que dió pie al vulgo para creer á ese charco una madriguera permanente de tan feroces animales.

Inútil es pintar la ruidosa alegría con que aquellos granujillas turbaban la tranquilidad de la «Boca del Perro». Todos eran famosos nadadores, y cuando no se ejercitaban en ese *sport*—ó en sus «regateos», como ellos decían—se desafiaban á «zapatazos», zambuyéndose y dejando caer con estrépito una pierna sobre el agua, en el punto donde suponían que estaba el objeto de la agresión. Otras veces descendían cabeza abajo, desde la cima de un barranco que encauzaba al río por aquella parte y desaparecían entre las aguas removidas, volviendo seguidamente á la superficie para ostentar con orgullo un puñado de piedrezuelas cogidas en el fondo.

--¡Eh, Juancho, aguántame ésta. . . .

Y á la vez que así hablaba un rapaz de diez años, vióse en el aire una pierna que cayó como manojó de disciplinas sobre el agua, agitándola violentamente en estrepitosa ebullición. Pero Juancho, adivinando el intento, se había guarecido en el fondo y, casi momentaneamente, respondió dando cinco ó seis zapatazos que se sucedían con el ruido y la violencia de los golpes de una hélice.

Capirro—así se apodaba el provocador, que era un pardito tirando á blanco—nadaba con la ligereza de un pez para librarse de la tempestad por él desencadenada.

—Bueno, chico, ya está bueno—decía medio jovial, medio temeroso, viéndose acorralado y tocando ya los límites del otro charco.

—Pues pídemelo perdón.

Vacilaba Capirro entre eximirse de la pena accediendo á la humillación que se le imponía, ó dejar á salvo su dignidad con alguna treta inesperada, cuando sobre la espalda de Juancho sonó un terrible zapatazo.

—¡Ah, sinvergüenza, espérate ahí que te voy á romper el «güiro» por traicionero.

—¡Bien, Guabina, dale en la cresta que ahí le duele.

Y hablando así Capirro, casi en las narices de Juancho, viró en redondo con la velocidad de un *yacht* de regatas, haciendo muecas provocadoras á su adversario. Éste no sabía qué partido tomar y en quién de los dos descargar el peso de su ira. Juan era el mayor de todos, el *leader* de aquella turba de diablillos; pero tenía que habérselas con Guabina, una verdadera criaturita, flacucho como un arenque, flexible como un anguila y el nadador por excelencia, el almirante de aquellas aguas como quien dice. Llamaba ciertamente la atención la audacia de aquel corpúsculo de insecto, que remataba en un esbozo de fisonomía, en una carita apenas delineada por el cincel de la infancia, y en la cual brillaban con resplando-

res mortecinos dos ojillos que era necesario buscar con microscopio.

Juancho se dirigió á él resueltamente, pues le dolía hasta lo más hondo la superioridad invencible del rapazuelo. Entonces comenzó una lucha épica— porque también los granujas tienen sus epopeyas— digna de resucitar la página que inspiró á Homero el choque formidable del hijo de Peleo con el hijo de Priamo. El *leader* quiso apoderarse de un pie de su adversario; pero el almirante sonrió y tapando con los párpados á la manera de guiño, uno de los agujeritos que tenía por ojos, dió un leve impulso á sus brazos y se escapó por entre las piernas de su antagonista, el cual, viendo que al agarrar sólo había agarrado el vacío, se mordió los labios y amenazó furioso con el puño. Ya Guabina estaba hecho una boya, y arrojando á pequeños buchecitos el agua que se colaba en su boca entreabierta, esperó sereno la nueva acometida.

Y en efecto, ésta no se hizo esperar mucho, si bien convencido el *leader* de la ligereza incomparable de Guabina, tomó la línea curva, nadando en sentido contrario al punto en que le esperaba el granujilla. A cierta distancia, dió una rápida vuelta y partió como un rayo para estrecharlo entre el paredón de la margen y la corriente alborotada. La maniobra era digna de un Temístocles ó de un Nelson, en una ocasión así como la de Salamina ó Trafalgar. A un lado el barranco, que era imposible escalar ni aun teniendo la ligereza de una cabra y las patas de una jutía, río abajo el terrible «Paso», en donde el ahogado sajón esperaba un compañero; después el infernal

«Guateque» que venía á ser tanto así como el Maels-trom de aquellos mares; más allá la pavorosa «Cueva» con cada caimán del tamaño de una fragata, y río arriba el irritado Juancho, dueño del único sitio libre para nadar, es decir, colocado en una posición tan estratégica como el estrecho de Sund, como Suez ó Gibraltar. Sin embargo, el pequeño almirante, que había adivinado el plan del enemigo, le dejó acercarse á su guisa y cuando vió que iba á echarle garra, zambullóse dándole un zapatazo en pleno güiro, y seguidamente repitió la operación anterior, esto es, le pasó por debajo yendo á salir río arriba, donde volvió á equilibrarse en la posición antes descrita. Juancho, que también se había zambullido, surgió manoteando inútilmente y medio ciego por el agua que le chorrea-ba de las greñas.

—¡Maldita sea tu casta y la muy perra de tu madre...! *Juyes* porque me tienes miedo...—gritaba en lenguaje no tan clásico, pero sí tan expresivo como el que, en versos dictados por los dioses, borbotaban el héroe aquéno y el héroe troyano en el momento culminante de la *Iliada*.

En cambio Guabina saboreaba grave y serenamente la ovación más estruendosa que en las silvestres riberas del Cuabillas pudo soñar un átomo, una molécula humana, un canijo mortal de nueve abriles.

—¡Bien, Guabinita! no hay quien te fume....—decía un pillete rechoncho y simpaticón conocido por Biajaca.

—Ese es mi gallo, ese pica en la cresta—vociferaba Capiro, palmoteando como un loco.

Los aplausos ruidosos para el vencedor y las risotadas de desprecio para el vencido, hicieron perder á Juancho la sangre fría, y entonces, caliente hasta las orejas, iracundo, fuera de sí y murmurando «hijo de la muy perra, si te llevo á clavar las uñas te saco el mondongo y te ahorco con las tripas»... emprendió una nueva persecución enérgica, incesante, aunque sin método ni resultado. Guabina le veía acercarse quedándose inmóvil, casi se dejaba coger, sonreía, guiñaba burlonamente un ojito y luego se le escapaba de las manos, como si estuviera cubierto de una materia viscosa que convertía en un verdadero imposible el propósito de hacer presa en su débil cuerpecillo.

Pero Juancho no cedía; comprendiendo que era más vigoroso, estaba seguro de que el cansancio del otro le proporcionaría el éxito que no alcanzaba su propia habilidad. Por eso Guabina, sintiendo que le faltaban las fuerzas, pisó la orilla, decidido á poner fin al pugilato. El *leader* iba á seguirle fuera del río, pero cinco ó seis voces sonaron á la vez.

—No Juancho; eso no vale.

—La cosa era en el río.

—Le quieres dar fuera porque eres más grande.

—¡Qué va á darle...! Guabina ganó, y si tú quieres seguir la cosa fuera, aquí estoy yo. ¿Entiendes?

Estas últimas palabras eran de Biajaca.

Juancho se quedó parado, con el agua á la rodilla, dudoso entre sofocar los ímpetus de su cólera, ó faltar á las prescripciones usuales de lo que podríamos llamar código de honor que prácticamente imperaba

sobre aquella turba indisciplinada de chiquillos. Meditabundo é indeciso continuaba, cuando, instintivamente, volvió la cabeza río abajo; quedóse fijo en algo que le sorprendió, y con los ojos muy abiertos, dijo, encarándose con sus camaradas:

—Caballeros, el inglés de ayer.

—¿Se está bañando?

—Sí, el muy animal se está bañando en la «Cueva». Quiere hacer compañía al otro *gringo* del «Paso». ¡Y qué blanco es el maldito! ¡Miren, miren, ahora está de espaldas; sólo se le ve el *cocote*. ¡Demonche, vaya si es *colorao!* Parece el de un gallo de pelea.

—¿Quieren ustedes que le tire una pelona?

—No seas bobo, Capiro, que un policía está mirando en la Cortina—le replicó Biajaca.—Digo y esos ingleses que dan unos *guati trompis*. Pero se me está metiendo una cosa en la *cayuca*. ¿Vamos á esconderle la ropa? Yo me cuelo dentro del guayabal; me agacho para que no me vea; cargo con ella, *aluego* me subo en el jagüey grande, se la pongo en una rama y si es hombre que vaya á desguindarla.

—No, eso no, caballeros; objetó Juancho que había vuelto á recobrar su prestigio de jefe.—Acuérdense de cuando nos llevaron al Vivac, porque le escondimos la leva al celador y llenamos de cascajos los bolsillos del comandante.

—¿Y tiene rabo, Juancho?—preguntó Capiro.

—Debe tenerlo.... Es inglés.

—No—dijo Guabina—los judíos son los que tie-

nen rabo; pero dicen que en cuantico nacen, sus *taitas* se lo cortan con unas tijeras.

—¡Bueno, ¿y qué son los ingleses?

—Judíos,—exclamó Biajaca con tono decisivo de autoridad en la materia.

VI

EL INGLÉS

En efecto, rato hacía que un individuo, con apariencias de forastero, se paseaba por la orilla del río, como si estuviera absorto en la contemplación del panorama. Su traje excitaba principalmente la curiosidad, traje impropio del clima y de nuestras costumbres. Vestía pantalón de paño grueso y de pinta azul oscuro, chaleco de la misma tela, abotonado hasta la raíz del cuello y chaquetón carmelita, capaz de tostar un pavo á la hora que era y en el país en donde estaba. Un sombrero de castor de anchas alas y zapatos de becerro con holgada punta, completaban los arreos indumentarios del forastero.

Era un hombre de hermosa fachada y de formidable estructura fisiológica. El humano organismo se había desarrollado en él con la harmónica amplitud que la naturaleza adquiere reforzada por la higiene.

Sus brazos de cíclope remataban en manos grandes y muy llenas; sus espaldas tenían la atlética complexión propia de los individuos de la raza anglo-sajona y el cuello robusto y sanguíneo, sostenía á plomo y por vía de sólido pedestal, la cúpula de la cabeza. Los ojos tenían ese color entre verde, azul y negro que dá matices indefinibles y reflejos metálicos á la mirada. El pelo, como la barba, era rubio tirando á castaño... En fin, un buen mozo, no tanto por la corrección de las líneas como por las proporciones equilibradas de su cuerpo.

Al verlo un *sportman* hubiera exclamado: «Ese hombre es capaz de tumbar á un toro de un puñetazo.» Un médico hubiera dicho: «Esa sangre tiene más hierro que una fundición norte-americana.» Las mujeres allá en la intimidad inviolable de sus pensamientos, le verían con ese temor mezclado de afición naturalísima con que contemplan la fuerza masculina encajada en un molde sólido y artístico.

Largo tiempo estuvo paseando en la margen del Cuabillas, á pesar del fuego que mandaba el cielo y del que brotaba de la tierra. Tenía en la mano derecha una rama de guayabo, y en la izquierda una toalla en rollo que contenía un estuche completo donde se hallaban ajustados el corta-plumas, las tijeras, un vasito de plata que se achicaba mediante ingenioso mecanismo, un termómetro y dos cepillos.

Diríase que aquel hombre original había olvidado el baño á fin de observar atentamente los detalles que le rodeaban. Más de una vez detuvo su marcha para meter su fusta dentro del río, sosteniéndola un mo-

mento, mientras mantenía el cuerpo encorvado sobre el agua como si por los latidos de la rama quisiera medir la fuerza de la corriente.

Harto ya, sin duda, de observaciones por el estilo, abarcó de un vistazo el panorama de la orilla y fué directamente hacia la parte en que reposaban, con inalterable indolencia, las aguas de la «Cueva». La perspectiva debió de influir muy agradablemente en su espíritu, toda vez que hizo alto, tiró á un lado la rama, puso al pie de un árbol sus adminículos de tocador ambulante y empezó á desnudarse con lentitud y cuidado.

Diez minutos después, su enorme cuerpo de gladiador ó pugilista se sumergió en los líquidos cendales del Cuabillas, poniendo en conmoción las flotantes hojas secas caídas de los árboles que servían al charco de velarium. Era de ver, entonces, la ligereza natoria de aquel Hércules. En quince ó veinte brazadas se ponía en los límites del «Guateque», volviendo boca-arriba y hecho una balsa á la «Cueva del Caimán».

A lo mejor zambullíase, pegándose al fondo por espacio de dos ó tres minutos, y, al reaparecer, sorbiendo el agua y devolviéndola á bocanadas, marcaba con su aliento profundas ondulaciones en el liquido.

Nada, hasta entonces, había perturbado su higiénico y grato entretenimiento, cuando ecos de bulla no muy lejana, mezclados con los rumores del río, repetidos y confusos, le hicieron poner atento oído y echarse hacia el centro de la corriente, buscando un punto á propósito para la perspectiva.

Eran los muchachos que continuaban sus juegos con más calor que nunca. Apenas habían acabado de comentar á su sabor la supuesta filiación judáica del forastero, cuando Capirro, el cual necesitaba por hábito motivos sensacionales con que matar sus ocios —como uno de esos Césares romanos que se hastiaban de la vida cuando no podían hacer una trastada —sin decir palabra á sus amigotes se metió en lo más espeso del guayabal y cogió una guayaba amarilla que escondió en el hueco de su diestra.

Al verle llegar sus camaradas, entonaron un coro de preguntas y exclamaciones.

—¿En dónde estabas, maldito?

—Creímos que te habías ahogado.

—Ya me parecía verte pataleando en el «Guateque».

—Caballeros—dijo Juancho—yo me voy á poner los calzones, porque á mí nadie me la pega y el Vivac es muy obscuro.

—¡Cómo, chico, ¿vas á *guillártelas* ahora que el agua está más sabrosa que nunca? Peor para tí, y lárgate si quieres.

—Sí que me largo, porque yo tengo más *disteligen-
cia* que tú, Biajaca, y que todos ustedes juntos. Capirro quiere comprometernos y ha ido á esconder la ropa del inglés ¿sabes?

Todos se volvieron al acusado, que seguía ocultando su tesoro entre las manos contraídas sobre la espalda.

—¿Es verdad eso, Capirro?

El pilluelo, que se había esmerado en guardar un silencio majestuoso, paseó una mirada protectora sobre el concurso y dijo con acento solemne:

—Vamos, adivinen.....

Los muchachos, á una, quisieron ver lo que guardaba entre las manos, pero él, antes de que le descubrieran el secreto, lanzó al aire la fruta que fué á caer en medio del río.

—¡Para el que la coja!—chilló con toda la fuerza de sus pulmones.

Semejando una bandada de aves pescadoras, aquellas genticillas se lanzaron al agua detrás de la guayaba que como urna de oro se balanceaba suavemente en la chorrera. Como de costumbre, el *leader* iba á la cabeza de la turba. Era el mayor y sus grandes remos dábanle ventaja en el primer impulso. A Guabina no se le veía, pero á poco reapareció dejándolos á la cola.

La guayaba, que había corrido mucho al principio, de repente, por un movimiento inesperado, se inclinó hácia la orilla quedando un rato inmóvil. A ella fué Guabina extendiendo la mano para asirla, mas la fruta, como dotada de instinto, se escurrió graciosamente, volviendo á entregarse á la chorrera. El rapaz hizo un esfuerzo y casi llegó á tocarla con la punta de los dedos, provocando una nueva escapatoria y dando origen á la algazara de los pilluelos. Creían asistir á la venganza de Juancho.

Guabina no se dió por vencido: su nombre, su reputación, su prestigio immaculado, su amor propio, todo iba envuelto en la partida. La guayaba seguía corriendo y balanceándose, y él detrás como un pececillo que embiste apetitoso á la carnada. Por desdicha la diabólica fruta se había metido ya en el «Paso del

Inglés». Guabina vaciló antes de entrar en aquellas aguas al parecer dormidas que se le antojaban el frío sudario de la muerte. Casi estaba decidido á retroceder; pero queriendo jugar el todo por el todo, entró resueltamente en el charco, nadó con brío, puso en juego todas sus habilidades.... y la fruta siempre delante.

Entonces sintió una cosa extraña, un objeto frío y resbaladizo que le tocaba las piernas. No le había hecho daño, lejos de eso, le acariciaba dulcemente, produciéndole su contacto el efecto de un cuerpo suave, flexible y como untado en engrudo.... Este detalle inesperado determinó su perdición.

—¿Es el ahogado!—pensaba—el ahogado que me agarra por un pie para llevarme con él!

Y le veía en su imaginación, hinchado, cárdeno, con la boca abierta, arrastrándose pesadamente en el fondo para abrirle puesto á su lado bajo el túmulo cristalino. Hallábase el pilluelo en ese trance supremo en que se impone una solución radical ó se pierde por completo la chabeta. Y por su desgracia fué víctima del segundo extremo del dilema. Cansado por el continuo tragín natatorio, lleno de pavor viéndose solo en el lugar que sirviera de escenario á inolvidable catástrofe, no se sentía con fuerzas para sostenerse á flote. Ya no hacía caso de la guayaba que continuaba navegando á su capricho; todo su anhelo consistía en volver al punto de partida, y forcejeaba por dirigirse contra la corriente, pero sus músculos entumecidos y rebeldes se le antojaban de bronce; sus piernas, que más parecían dos junquillos, le pesaban como hierro; sus coyunturas se le revelaban, tercas,

como si estuvieran unidas y apretadas con cables de acero.

La anguila—no era otra cosa el motivo de sus alarmas—se había desenredado ya, y aún el muchacho se imaginaba sentir la misma impresión helada, babosa, indefinible, repugnantísima.... De pronto lanzó un grito, hijo de la desesperación, contestado, simultáneamente, por sus camaradas que, atónitos, seguían las peripecias de aquel espectáculo conmovedor. La guayaba, después de dar dos ó tres vueltas rápidas, se precipitó sobre el «Guateque». Era imposible evitar la succión del almirante.

—¡Ahorita patalea!—gritaba Capiro.

—¡Se ahoga, socorro! Llamen á su *mae* que está lavando allá abajo....

—Juancho tú que eres el más grande y tienes más fuerzas, tírate y cógelo por una pata.

—No puedo, chico, el «Guateque» nos llevaría á los dos.

—Vamos á avisar al policía de la Cortina—dijo Biajaca á quien la autoridad en todas sus escalas, se le figuraba el principio salvador de todas las cosas.

—Sí, y cuando venga ya se lo habrán comido las jai-bas—le contestó Capiro, que era un poco más incrédulo en cuanto á la eficacia del principio salvador. Y acto seguido gritó, haciendo una bocina con sus manos:

—¡Guabinaaa! no seas bobo, á la izquierda está la «Peña mojada»; agárrate de ella que te vamos á tirar una sogá.

El pobre Guabina ni oía, ni veía, ni se hubiera atrevido á certificar en aquel instante si se encontra-

ba en el mundo de los vivos ó los muertos. Ya el remolino jugaba con él como hubiera jugado con una paja y ¡oh escarnio incalificable de la mala fortuna!, la fruta entraba en la danza rebotando sobre el desmedrado cuerpo del chiquillo, que se sentía sacudir, remover, zarandear como partícula de maíz saltando sobre un jibe. Entrábale el agua atropelladamente por la boca, y sin fuerzas ni ánimos para oponerse á su destino, tan pronto desaparecía como tornaba á aparecer, entregado al baile diabólico á que lo impulsaban los ocultos númenes del río entre carcajadas de espumas y rumores.

Ya se le juzgaba perdido sin remedio, cuando dijo alguien, con el acento peculiar de la esperanza que lucha con la agonía:

—¡El inglés!

—Sí, el inglés que viene á sacarlo.

—Ahora vamos á ver si los judíos sirven para algo bueno,—añadió Capiro con todo el aire de un escéptico.

Realmente, el inglés—como decían los muchachos—acababa de penetrarse en el suceso. Habíase entretenido en seguir la horda cuabillera con benévola atención; pero al enterarse algo confusamente de lo que sucedía, sin pensarlo siquiera, se lanzó río arriba con la imponente majestad del acorazado que pone á raya las olas con su peso.

Pocas brazadas bastáronle para dejar atrás la «Cueva» y ponerse en los límites del «Guateque». Una vez allí trató de acercarse cuanto le fué posible á la pequeña vorágine para asir al muchacho por una pier-

na y atraerlo de un tirón decisivo; pero en esto estribaba lo difícil de la empresa.

El remolino que atraía del lado opuesto, repelía hacia la parte en que se hallaba nuestro hombre, siendo tarea inútil la realización de su propósito. Sucedió, pues, que al tratar de meterse el intrépido nadador en aquel hervidero de aguas entregadas á epilépticas convulsiones, el remolino lo rechazaba como la pared á la elástica pelota. Mas no por eso se dió por vencido: se contrajo, aspiró fuertemente, irguió la cabeza hermosa y estatuaria y con impulso giganteo, arrollador, incontrastable, se lanzó al centro de la vorágine y pilló al granuja por los cabellos. Fué la obra de un segundo; hombre y niño, semejando una masa informe, se hundieron y brotaron en lo que brilla un relámpago. El «Guateque», revolviéndose lleno de rabia y borbotando en sus hondos murmullos blasfemias y maldiciones, arrojó cien salivazos de espuma sobre las espaldas del heroico salvador.... Esa fué su última bellaquería. El inglés que creía muerto al rapaz, al ponerlo en la orilla notó que abría los ojos y empezaba á brillar en ellos la luz de fuego fatuo que destellaban tristemente sus pupilas debilitadas por la anemia; y vió más todavía, observó, con asombro, que aquella lombriz humana, como si nada hubiera sucedido, empezó á comerse una guayaba; porque Guabina en el momento preciso de su salvación, al ver la fruta junto á él, le echó mano para que sus amigotes no dijeran después que la guayaba se había salido con la suya. Y como pillarla le había costado un buen sustazo, claro está que tenía derecho á ven-

garse y el mejor modo de vengarse era comérsela.

El inglés, que seguía observándolo con atención, murmuró entre dientes:

—Es muy particular este país.

Mas como viese que le rodeaba ya el gentío y como oyera algunas voces desaforadas de Capirro que gritaba:

—¡Viva el inglés y viva la *Ingalaterra!*—se metió en el monte á buscar su ropa.... pero la ropa no estaba allí. El muy tuno de Juancho, que poco antes se escandalizaba hipócritamente ante la posibilidad de un atentado y se aterrorizaba con el recuerdo de las lobregueces del Vivac, aprovechó los momentos de confusión que trajo el lance de Guabina, para consumir su obra. Busca que busca, las prendas del forastero aparecieron en lo más alto del jagüey grande, á guisa de extrañas banderolas. Biajaca aceptó el encargo peligrosísimo de *desguindarlas*. Mientras tanto, el hombre abnegado, el heroico anglo-sajón, el salvador generoso de un semejante que ya pertenecía á los cangrejos y las jaibas, no sabía como eximirse, en su desnudez vergonzosa, de las insistentes miradas de aquella turba liliputiense que á toda costa quería esclarecer el punto capital de sus observaciones, buscando el aditamiento revelador que la preocupación popular cuelga á las gentes de Israel.

Al fin Biajaca le sacó de apuros, entregándole la ropa. El héroe del día se vistió en un decir amén y sin más preámbulos tomó el camino de su alojamiento con ese desparpajo y ese aplomo que hace á los ingleses y á los yankees más dueños de la tierra que pisan que el resto de los mortales.

VII

LA VIRGEN DEL COBRE.

Lo que podríamos llamar morada «infanzona» de los Arencibia, estaba en la calle Jácome esquina á la plazoleta de Santa Inés. Era un caserón antiquísimo, pero había sufrido repetidas transformaciones que le dieron cierto aire moderno, si bien ni los continuados repellos, ni las cuidadosas lechadas, ni la ancha cenefa azul que se levantaba una vara sobre los cimientos corriendo por todas las paredes, fueron suficientes á quitarle su primitivo carácter de típica vulgaridad.

Entrábase por un zaguán muy espacioso, en donde no había otro mueble que el taburete de Pío, recostado sobre la puerta. Del techo pendía un farol con armazón de hojalata, conteniendo una lámpara de petróleo, pues el alumbrado de gas era allí un ideal imposible en la época á que me contraigo. Doblábase á la izquierda para entrar en la antesala que ser-

vía también de comedor. Una docena de sillas americanas de color amarillo, una gran mesa de extensión para comer, el tinajero de caoba á un lado, dos ó tres mecedoras de la raza y nacionalidad de las sillas y, *ainda mais*, en un extremo la monumental butaca de Doña Luisa, componían el ajuar de este departamento de la casa. Colgado sobre el tinajero un reloj de pared, medio loco, daba las horas—cuando las daba—con timbre acatarrado.

Paralela al comedor, con el que se comunicaba mediante altísima puerta cortada en arquitrabe, se extendía la amplia sala, mostrando mayor esmero en su decorado. Podía, desde luego, envanecerse con sus seis sillones y su docena y media de sillas á lo Luis XV que habían pasado ya por no pocos barnices y reparaciones. Y si esto pareciese poco, allí estaba trepado sobre venerabilísima consola, un espejo de marco negro en forma de óvalo y con golpes de oro algo deteriorados por -la edad. Cuatro rinconeras de caoba encajaban en los cuatro ángulos de la sala, sosteniendo—dos de ellas—otras tantas guardabrisas, y las restantes los inevitables floreros con sus respectivos penachos de rosas de trapo descoloridas y marchitas.

No faltaba, por cierto, ni la mesita de adorno con tapete y centro de pedernal ni la pendiente lámpara que abría sus brazos sosteniendo dos quinqués, ni las escupideras de barro al lado de los sillones, ni la alfombra de medio uso cubriendo el corto espacio que entre ellos se extendía.

Aparte de esto nada de pabellones ni molduras.

El arte pictórico no tenía una hoja de parra con que cubrir la blanca desnudez de las paredes. En cambio la música estaba dignamente representada en un rincón por un piano vertical, silencioso la mayor parte del año y tan flojo de registros que se tocaba solo, ó mejor dicho, que podía tocarlo el más leve airecillo al rodar sobre sus teclas.

En el zaguán vegetaba el anciano Pío, fuera de las poquisimas ocasiones en que se ponían á prueba sus facultades un tanto discutibles para los mandados. Hay que hacerle la justicia de que equivocaba las especies de la manera más cómica del mundo, de que traía cebollas por canela, carbón por frijoles y otras enormidades de este jaéz. La familia concluyó por privarse de su valioso concurso, jubilándole en la puerta donde dicho sea también en gloria suya, jamás se dió cuenta de las personas que entraban y salían ni se molestó en pasar á derechas un recado, salvo las contadas ocasiones en que pretendió hacerlo sin acertar á decir correctamente el nombre de la visita.

En medio de todo no se podía exigir más de aquel viejo idiotizado que de los ochenta años de su vida entregó tres cuartos de siglo á las dolorosas tristezas de la servidumbre. Ya había dado á sus amos cuanto la tremenda institución pudo pedirle, aun fuera de los límites de la humanidad y la naturaleza y ¿qué menor recompensa pudo concedérsele que dejarle un rincón para que esperase sentado el fin de sus días?

Por eso se vengaba durmiendo y cuando no durmiendo dormitando y cuando no dormitando boste-

zando. Recostado en su taburete, ponía ambos pies sobre el barrote, echaba hácia atrás la cabeza erizada de retorcido vellón blanco como la cabulla y cerraba los ya desnudos ojos que se escondían en el centro de un laberinto de arrugas, siempre húmedos como si filtraran gota á gota todas las lágrimas que se había bebido durante su existencia, y entonces amodorrado, feliz, ébrio de pereza, se entregaba á la sensualidad del sueño coreado por ronquidos regulares y profundos.

Nada de extraño tenía, pues, que, como de costumbre, no viera pasar por su lado, hecha un huracán de faldas recién planchadas á doña Canda, vecina de los Arencibia, por otro nombre doña Candelaria Urquiza de Urrabieta. En aquel momento doña Luisa «descabezaba» su vigésima quinta avemaría, Leonela hacía apuntes en una libreta—¡la libreta terrible del bodeguero!—y Clara, oprimiendo uno de los sillones amarillos, con el pelo formando un moño provisional sobre la nuca, entregaba todas sus potencias y sentidos al placer de la lectura de un monumental novelón titulado «El martirio de la vida ó el Gólgotha del matrimonio».

La llegada de doña Canda hizo volver el rostro á las gemelas y aun doña Luisa venció con una leve oscilación la fijeza persistente de sus pupilas. Leonela cerró su libreta y esperó con impavidez la lluvia de palabras y noticiones de su vecina y Clara hizo lo mismo con su novela, aunque protestando en silencio de la interrupción, porque precisamente se hallaba en el pasaje culminante en que el Conde de Pinaflor,

arrepentido de pasados devaneos, se dirigía al cuarto de su esposa decidido á ofrecerle una nueva tirada de la luna de miel... Mas ¡ay! la infeliz condesa «desesperada, loca, habíase marchado sin saberse donde» probablemente con rumbo al Buen Retiro para tirarse de cabeza en el estanque. Y en esta situación suprema—el capítulo se titulaba *La hora decisiva*—entraba doña Candita con sus fútiles cuentecillos de vecindad!..

Porque eso sí, doña Canda era la crónica del barrio y antes se le hubiera olvidado aderezar el puchero que dejar inmóvil la sinhueso. Estaba casada con un vasco honradote que pasaba su vida vendiendo hierro y faltando concienzudamente á la sintáxis castellana. Alta, trigüeña, huesuda y llena de angulosidades entrantes y salientes, hasta en la voz de áspero timbre y en cierto conato de bozo, patentizaba su filiación casi-masculina que sabía traducir en enérgicas disposiciones para el gobierno del hogar. Jactábase de ser «muy mujer de su casa» y la verdad es que lo era, además de la suya, de la ajena. No había en la vecindad enfermo grave, mortuorio ó alumbramiento que no le presentara ocasión para acudir, la primera, al lugar del suceso. Allí se instalaba como en casa propia y dictaba órdenes que eran ciegamente obedecidas. En los trances de parto, sobre todo, parecía hallarse en su elemento. Si la cosa presentaba mal cariz, llamaba un criado para decirle:

—Anda y dile á Urrabieta que no me espere.

Nadie osaba adelantársele á recibir la criatura que, después de lavada y vestida, ponía en sus piernas para darle cucharaditas de agua con azúcar.

—¡Es un becerro—exclamaba imprimiendo á su frase el sentido supremo de la admiración y del elogio.

Claro es que las irresistibles solicitudes de su noticieril temperamento la llevaban á casa de las Arencibia.

—Jesús!—dijo, tirándose á plomo sobre una mecedora—¡qué día y qué fragua la de este endemoniado pueblo! Si me dejara llevar de mi gusto, ahora mismo me daba una buena mojadura en el río... Y á propósito del río, de seguro no saben ustedes lo que pasa.

—Nada, hija—le contestó doña Luisa. Tú nos contarás lo que dicen los príncipes cristianos.

—Ya se vé si ustedes están en Babia... Repican gloria y no oyen las campanas. Pero vamos al cuento.

—¿Cuentos tenemos? Gracias demos á Dios, hija, de que en este pueblo pase alguna cosa.

—Y brava, como quien dice... Pues por poco tenemos un ahogado.

—¡Un ahogado!

Doña Luisa completó su exclamación santiguándose devotamente; Leonela, picada de curiosidad acercó su silla á la implacable narradora y Clara que había seguido por los vericuetos de su imaginación las aventuras del conde de Pinaflor, volvió á doña Canda sus ojos cargados de vaguedades y de ensueños.

La de Urrabieta conoció que había producido el primer efecto, conforme deseaba, y aplanando sus rebeldes faldas que siempre recibían una dosis excesiva de almidón, empezó la historia del hecho con su lujo habitual de expresivas gesticulaciones.

—De un ahogado mayormente nó; pero como me llamo Candelaria Urquiza, puedo asegurar que no hace dos horas el hijo de Petrona la Peinada estuvo á pique de ahogarse en el Guateque. Si no se habla de otra cosa en el pueblo...!

—Esos muchachos no las piensan—dijo sentenciosamente doña Luisa. Por cierto que esta mañana estubo aquí á buscar la ropa sucia.

—Hubiera sido el último viaje, aunque ya se sabe que esos vagabundos son hijos del milagro... Porque á mí no me vengan con historietas de inglesitos bajados del cielo.

—¿Qué es eso de inglesitos?—preguntó Leonela.

—Te diré, hija. El bellaco de Andrés, que es la piel de Barrabás, se empeñó con otros de su tropa, en coger una guayaba que iba río abajo y nadando, nadando y nadando se metió en el Guateque.

—En el Guateque!

—En el mismísimo Guateque. Figúrense ustedes: salto por aquí, vuelta por allá, empujón por arriba y empujón abajo, ya la jaibas preparaban su bocadito, cuando dicen —y este es el milagro—que se apareció un *gringo*, vamos al decir, uno de allá de *Ingalaterra* y me agarró al muchacho por una pata llevándose sano y salvo hasta la orilla.

—¡Ese inglés es un héroe!—exclamó Clarita.—Y simultáneamente con su exclamación, sintió algo así como si acariciaran su espíritu reminiscencias de la leyenda byroniana, de aquel hermoso lord anglosajón al cual conocía por algunas anécdotas hiperbó-

licas y sobre todo por estos versitos que ella había estropeado algunas veces:

Hay una vida mística enlazada
tan cariñosamente con la mía...

—Bah!—repuso Leonela—á tener pantalones hubiera yo hecho lo mismo. ¿Y cómo se llama el tal?

—Sí, anda y échale un galgo. Cuando llegó la gente ni rastro de su persona, hija. Esto no es más que obra de mi señora la del Cobre; pero todos han dado en despacharse conque era un inglés, un «rusio» ó qué sé yo...

—Las buenas obras deben hacerse así para que agraden á Dios y no para que sirvan á vanidades y pecados.

—Ya tenemos en el púlpito á Luisita... Y hablando de otra cosa, muchachas, ¿van preparando ustedes las galanuras para el baile?

—¿Para qué baile?—preguntó Clarita.

—El baile de los Mendoza.

—No sabía...

—Si cuando digo yo que repican gloria y en esta bendita casa no se oyen las campanas.... Pues sí, señor, el hijo de don Carlos, que es ya todo un abogado, llegará pronto de la Habana y el papá que según malas lenguas no tiene ya para el ajiaco...

—Vamos, Canda, sé un poco más indulgente con el prójimo... Eres terrible!

—Ay Leona y qué inocente eres, chinita. Cualquiera diría que doy noticias de otro mundo... Si ya no hay en el pueblo quien no sepa que han empeña-

do el cachimbo que tienen en «Las Yaguas»... Ello es que el hombre no se da por vencido, que quiere echar la casa por la ventana y para tapar la boca á los mal hablados allá va un baile de los buenos y que rabien los chismosos.

—Bailes! bastante se ofende á Dios sin ellos para darle gusto al diablo con las piernas—dijo doña Luisa.

—Pues lo que eres tú allá en tus mocedades no perdiste mucho el tiempo, que digamos... Ahí está Cosme que no me dejará mentir y no me des cuerda que el guiso sé me va á tostar en el fogón... Esa negra Facunda es una marmota y si no llego á tiempo me parece que Urrabieta va á comer carbón de piedra por garbanzos... Conque hasta luego, y ya lo saben ustedes niñas, no hagan caso de su madre... A disponer los trapitos y cintajos, que el mundo es de los jóvenes y el que no puede darse gusto: á rezar el rosario en un rincón ó á cuidar los guisotes de Urrabieta.

Dicho esto, con su impetuosidad nativa, se puso de pie y salió entre el ruidoso vendaval de sus sayuelas almidonadas.

Leonela recogió su libreta y fué á dar un vistazo á la cocina; doña Luisa, sonriendo benévola después de haberse dicho:

—Qué Canda ésta y qué torbellino de mujer—pilló en el «llena eres de gracia», su interrumpida salutación á la Virgen, y Clara volvió á correr etearanhelante empujada por las febriles fantasías de la novela.



VIII

CAPIRRO

La noche acababa de tender su toldo negro, dando un aire más tétrico á la vieja fisonomía de la ciudad. Ciertas calles, por lo angostas y oscuras, semejaban túneles ó galerías subterráneas, aunque á trechos, ó sea de esquina en esquina, brillaba tristemente, como abatida ante el imperio de las sombras, la luz vergonzosa y humeante de algún farolejo municipal cuya mirada melancólica hacía más lóbrega la perspectiva de la calle.

Y era aún más apurada la situación de los beneméritos candiles, porque apenas salía de las casas, para auxiliarles en sus inútiles servicios, algún girón del alumbrado interno, en cuanto la mayor parte de las familias pasaban la prima noche en el comedor, á la luz escasa de un quinqué ó de una vela aprisionada en la barriguda guardabrisa. En donde quiera que se abría un boquete iluminado podía asegurarse que

se trataba de una casa de ciertas pretensiones ó de una botica que se anunciaba haciendo pasar la luz á través de un par de enormes frascos rojos y azules.

Sin embargo, las calles que desembocaban en la plaza de Fernando VII, principalmente las de Jácome, San Pánfilo, Tacón y Ricafort, tenían un aspecto más moderno y animado. Por allí las salas se alumbraban desde las siete de la noche; abundaban las tiendas; notábase menos tacañería en el número de los faroles para el servicio público y las gentes pasaban á chorrillos con dirección á la Plaza que venía á ser tácitamente el punto de reunión de los jóvenes alegres.

Por el contrario la calle de Cuéllar era la más histórica y, por lo mismo, la más destituida de bellezas y favores edilicios. Sin contar los zanjones y lodazales, por ser achaque común á toda la población, bastaba para formar juicio de ella, fijarse en la venerable fisonomía de los edificios, en sus fachadas desteñidas y llenas de escoriaciones, en su descoyuntada arquitectura que parecía exigir grandes aparatos ortopédicos y en la línea desigual los tejados que hacían muecas horribles á los de enfrente.

A la mitad de la citada vía, levantábase, ostentando orgullosa su enorme letrero, la «Gran Fonda de París», que imponía su ley soberana á los desventurados viajeros que daban con sus costillas en los inflexibles catres del establecimiento. Distinguíase únicamente del vulgo de las otras casas en tener colgadizo á la entrada con el fin de que las cabalgaduras encontraran acomodo mientras se les aparejaba sitio

en la caballeriza ó al pie de algún árbol de los del patio.

Traspuesto el quicio de la puerta, podía decir el curioso que sorprendía todos los misterios de la casa, pues se hallaba en la sala, en el gabinete de recibo, en el comedor y quizás en el dormitorio, si se atiende á que más de veintinueve veces cada mes dormía allí el dueño de la fonda, siendo rara la noche que algún huésped desheredado no sufría cerca de él monólogo escandaloso de su aliento.

Notábase inmediatamente una ausencia absoluta no ya de lujo sino de los principios más rudimentarios de comodidad y decencia y daba, desde luego, en la nariz un olor repulsivo á bodrios y salsotes. De todas partes se desprendía el insoportable aroma: lo eructaba la cocina entre densos vapores, salía de la alacena, de los rincones y hasta lo despedían las ropas de las camas.

A pesar de estas increíbles enormidades, el dueño de la casa, Don Primitivo Cornellas, sentíase orgulloso de haber iniciado al pueblo en la vida de hotel y creía de buena fe que hacía todo lo posible por conservar siempre «á la misma altura» el buen nombre de su fonda. En camiseta y zapatillas trajinaba todo el día yendo del mercado á la cocina, de la cocina á la carpeta y de la carpeta á la mesa, vestida de mantel lleno de fantasías y paisajes dibujados caprichosamente por el vino y por las salsas.

Sobre el mantel, recorriendo á doble fila la longitud de la mesa, hallaban su puesto los platos de ribete azul, que sostenían, artísticamente cruzados, cuchillo

y tenedor de cabo de hueso ya amarillo por el uso; alzabase en el centro la vinagrera haciendo resaltar el aceite de color verde turbio y en el centro veíanse, sobre platos de laca, dos botellas de vino de la familia y el sabor del chapapote.

Don Primitivo ayudaba activamente á la cocinera cuando se proponía servir á los huéspedes algún guiso sabroso de su tierra, y era, también, un colaborador asiduo del único criado que atendía á las multiplicadas exigencias del servicio. Todo esto le causaba fatigas sin cuento, y así, al caer la noche, reposaba sus digestiones en el colgadizo, mostrando á los transeuntes su rostro sanguíneo adornado de áspero bigote gris, sus músculos hinchados por la gordura, en fin toda su crasa humanidad redondeada por la inmensa curvatura de un vientre monumental.

A la laboriosa digestión de algún fuerte guiso se hallaba entregado aquella noche, cuando se destacó cerca de él la gigantesca talla de uno de sus huéspedes, del misterioso forastero, del salvador de Guabina el hijo de la Peinada. A una breve pregunta del huésped, Don Primitivo se puso en pie con los toscos movimientos de un paquidermo que se despereza, y sacando medio cuerpo hácia la calle, contestó lo siguiente en tanto que trazaba líneas en el aire:

—Oh, si señor; vive muy cerca de aquí.... Siga hasta la primera esquina; doble á la derecha; camine dos cuadras, entonces tome la izquierda y llegará á la Cárcel.... Atraviese luego la Plaza y métase en la calle de Jácome. Pase.... una, dos, cinco, siete

casas y entre en la octava que hace esquina á la Plaza de Santa Inés. Ésa es la que busca.

El forastero le seguía con atención; pero no pareció quedar muy satisfecho de las señas y sin preguntar nada más se lanzó á la calle, dejando á lo imprevisto que descifrara las confusas noticias de su patrón. Así caminó dos cuadras, mas al llegar á la tercera se detuvo vacilante como si no acertara á penetrar el enigma de su itinerario, y cuando al pálido reflejo de un farol trataba de interpretar el letrero de la calle, vió que, por la misma acera, venía un muchacho silbando una danza entonces muy en boga. El forastero le cortó el paso, preguntándole:

—¿Cómo te llamas?

—Salvador.

—¿Sabes en dónde vive D. Cosme Arencibia?

—Sí, señor; cerca de aquí, á cinco cuadras.

—¿Quieres ganarte una peseta?

—Sí, señor inglés.

—Pues adelántate y llévame.

Salvador, satisfecho de realizar una obra de misericordia que le valdría una recompensa jamás imaginada en sus febriles sueños de fortuna, emprendió su camino entreteniéndose en tirar chinitas á los tejados.

El forastero le seguía pensativo. Quizás comparaba in mente aquel miserable caserío con los soberbios *buildings* de Broadway ó los palacios de Regent street; aquella oscuridad tristonaza con los esplendores nocturnos de otras ciudades más ricas y famosas. Tal vez tenía fija la memoria en Hyde Park ó Madison

Square, cuando dió de manos á boca con la Plaza de Fernando VII circuida de edificios liliputienses y pobretones, pavimentada con losas de granito rotas ó gastadas y con cuatro jardines sin flores, que antes eran potreros que jardines. A un lado la Cárcel con sus líneas monótonas y sombrías, al frente la Comandancia Militar anexa, por el fondo, al Cuartel, y á ambos lados, la Alcaldía Mayor y la Jefatura de Policía, como si estuvieran simbolizadas en cuatro documentos de piedra las únicas instituciones compatibles con el régimen histórico del país.

En medio de la Plaza y sobre un pedestal á doble altura que la verja, erguíase pesadamente la estatua del rey que mostraba á los paseantes su traje á la romana y su típica boca hendida por una leve sonrisa de burlón excepticismo. No era la marmórea estatua una obra de arte ni mucho menos, ni podía susstraerse á la yerba expresión de los monumentos oficiales; era—al decir de los latinajos de la inscripción medio borrada—un recuerdo que la gratitud de los habitantes de esta Antilla dedicaba al monarca «De-seado» etc., etc., etc.

Nuestro hombre saludó el monumento con una mirada indiferente y continuó su viaje que no duró mucho, pues á poco hizo alto Salvador, el cual, quitándose el desflecado sombrero de yarey, dijo á su acompañante:

—Aquí es.

—Toma—le contestó el forastero, poniéndole en la mano una moneda.

Hecho esto penetró en el zaguán y como viesse

convertido en un tronco al imperturbable Pío, sin hacerle caso siguió resueltamente con rumbo á la sala de donde venían discretos rumores de conversación á media voz.

Salvador—ó para hablar más claro, Capiro—no dió por terminada su empresa. Primero examinó atentamente la moneda, la sobó con saliva y tierra para comprobar su autenticidad y, por fin, la hizo exhalar un ¡ay! agudo y argentino tirándola contra la acera. Después de guardarla dentro del sombrero y de fijar un instante la imaginación en un festín de frutas y golosinas, dirigió una mirada de burla amenazadora sobre el viejo Pío que dormía con la boca entreabierta por la cual se escapaba el aliento con ese ruido peculiar de la respiración cuando hierve en burbujas de saliva.

Salvador cogió en la calle un cabo de tabaco envuelto en una capa de polvo y con audaz y brusco arranque lo introdujo en la boca del negro, que al despertar y penetrarse de la broma quiso pedir un milagro á sus piernas inútiles obligándolas á alcanzar al vagabundo.... Pero éste iba ya por la esquina silbando su danza y tirando chinitas á los tejados.



IX

MERCURIO Y APOLO

Aquella noche Don Cosme Arencibia se quejaba de sentir el cuerpo como un plomo. Había prolongado, por excepción, la imprescindible siesta y aseguraba que un minuto más de sueño le producía el efecto de una paliza. La tertulia, menos numerosa que otras veces, se hacía en la sala, faltando tres de sus habituales componentes: Doña Luisa que, sintiéndose acometida de jaqueca, se acostó muy temprano; Leonela que la acompañaba en el cuarto aplicándole remedios caseros con su habitual solicitud y Doña Canda que comentaba en otra tertulia la aparición auténtica de la Virgen del Cobre en figura de un inglés. Al lado de Don Cosme y en uno de los sillones fijos á lo Luis XV descansaba la sólida mole de Don Casimiro Foronda, en actitud de afectado estiramiento. Frente á este señor, hallábase Clarita que sufría heroicamente los empalagosos discreteos del joven Fe-

derico Suárez, más conocido por Fico, escribiente de la Secretaría del Ilustre Ayuntamiento, poeta, periodista y no sé cuantas otras desventuras por el estilo.

Don Casimiro Foronda era uno de los ricachos de la ciudad y lo era por derecho propio y no por caricia inesperada de la fortuna en forma de herencia ó lotería. Niño aún empezó su carrera de Creso colonial, convirtiéndose para ello, desde el instante en que puso el pie sobre el suelo cubano, en un atleta de las privaciones y el ahorro.

Ya rico y poderoso, recordaba con legítimo orgullo—con el orgullo con que el veterano recuerda sus heridas—los malos tratos que sufrió en el establecimiento donde hizo su aprendizaje por no saber cortar á ojo «un medio» de queso ó de jabón y por no poder asimilarse el modo de pesar, á la vista del marchante, una libra que no llegaba á tres cuartas en toda tierra de cristianos.

Lo cierto era que, coscorrón por aquí y porrazo por allá, al cabo de seis meses había bautizado más botellas que San Francisco Javier catecúmenos en el Japón. Cumplido el lustro del noviciado, pasó á la categoría de socio industrial y diez años más tarde se vió único dueño de una bodega que tenía el pomposo nombre de «La Primera Reformada». Al llegar á tales alturas se juntó con Virués, otro Bonaparte del menudeo que había ganado sobre el mostrador muchas batallas de á medio y de á cuartillo. Ambos emprendieron pingües negocios, sin que tuvieran nunca la más insignificante diferencia, sin duda porque—como decía Fico Suárez abusando de una metáfora—«traba-

jaban con el éxito que nace de la laboriosidad y la codicia maniobrando harmónicamente en el campo fecundo de las necesidades humanas.»

De todo lo cual resultó que sus nombres quedaron tan enlazados como sus bolsillos. Decíase Foronda, Virués y Ca y se tomaba la razón social como apellido de cualquiera de los dos. Por eso cuando se hablaba aprisa no se podía pronunciar el de Foronda sin agregarle Virués y Ca como si se precipitaran por una ley inevitable de gravitación mercantil. Tanto se arraigó esta costumbre que cuando se dejaba ver una mulata buena moza en la cual la maledicencia pública creía ver otra especie de razón social con Don Casimiro, decían los chuscos como una cosa muy natural y muy corriente:

—Ahí va la querida de Foronda, Virués y Ca

Quince años estuvo Don Casimiro herméticamente, ó como él decía «aritméticamente encerrado en su almacén», al fin de los cuales vino á ver que tenía cerca de doscientos mil pesos «saneaditos»; que los años empezaban á espolvorear ceniza en sus cabellos; que Virués estaba casado y con prole y que él por su parte necesitaba establecer otra sociedad bajo la razón de Foronda, Fulana... y Ca; entendiéndose esto último en el caso de que los hijos vinieran á reforzarla en comandita.

Don Casimiro decidió, pues, casarse y desde luego puso la proa á las hijas de Don Cosme, fijándose en Clarita por ser, á su juicio, la más abordable de las dos. Pero nunca se atrevió á dirigir una tímida frase de amor al objeto de sus ansias. Comunmente

mataba el tiempo tratando de negocios con Don Cosme y siempre que éste se hallaba en el potrero hacía el gasto Doña Luisa, á la que hablaba del calor, de la lluvia y de otros amenos asuntos metereológicos.

Más expresivo y locuaz era su antagonista Fico Suárez, si bien Foronda jamás llegó á preocuparse de él, por la sencilla razón de considerarlo un joven sin formalidad y, sobre todo, «sin posibles». Fico desempeñaba la modesta plaza de escribiente de la Secretaría del Ilustre Ayuntamiento, con un sueldo de cuarenta pesos mensuales. Con estos escasos haberes tenía que atender á las necesidades propias y á las «impropias» de dos sobrinas, una cuñada y la madre de ésta, familia que su difunto hermano le dejó por toda herencia.

Su físico era bastante desdichado. Mezquino de talla, paupérrimo de carnes, lo único que se había desarrollado en él de un modo intemperante era la nariz que tocaba en los límites de la hipérbole. La tacañería de la naturaleza se había manifestado también en la barba, la cual le tiznaba el rostro con algunos menguados peluchos que Fico osaba llamar «mi patilla». Mortificábanle mucho los barros que como tropel furioso de alanos le mordían las mejillas con implacable ensañamiento. Aquel rostro era una carta geográfica en relieve.

Aparte de sus granos, lo que más ocupaba al joven era su pasión desmedida por la bella literatura. Lamentábase con frecuencia de tener que habérselas con la mecánica vulgar de la oficina cuando su inteligencia había sido creada para empeños más altos y fecun-

dos. Pero, por una contrariedad incalificable de su suerte, cada vez que se le acaloraba la cabeza con el entusiasmo férvido de la poesía, el Secretario le daba un violento chapuzón en la helada prosa municipal, ordenándole la copia de algún *ukase* concejil sobre el pago del vigésimo arbitrio, concepto urbano, segundo trimestre, sección de atrasos y lo demás que puede dar de sí la literatura concejil.

Lo extraño del caso era que, no obstante la identidad de sus aficiones, Clara se aburría de Fico Suárez, tal vez por la fealdad exagerada de éste, que llegaba hasta el grado superlativo. La joven dejaba la poesía teórica en los libros, que allí le sobraban Esproncedas y Milaneses, anhelando la poesía de los hechos en la realidad de la vida. Y el pobre Fico, cuya imaginación era una orgía desordenada de metáforas y rimas, no lograba imprimir ni á su figura ni á sus actos el colorido de leyenda que pedía con avidez el espíritu de la muchacha.

Precisamente, en el momento en que le conocemos hablaba á Clarita de una composición misteriosa que dirigida «A ella» había aparecido en «El Crepúsculo», firmada con el poético nombre de *Fidelio*.

—¿La ha leído usted Clarita? Está en los *Matices*.

—La mitad nada más, porque tenía pendiente un final de novela y necesitaba mi tiempo.

—Es lástima, créame... Se trata de una verdadera joya literaria... Tiempo hacía que por estos barrios no se pulsaba el plectro de ese modo... Ya se vé, con este sistema de gobierno... En cuanto sobresale ouu ¡á las Chafarinas con él...!

Y Fico, al decir esto, se veía atado codo con codo, camino de Céuta, para purgar de esta guisa el talento descomunal que Dios le diera.

—¿Quién será ese *Fidelio*? En la redacción «estamos» también en ayunas. La poesía llegó por el correo.

--Quizás el autor no sea del pueblo.

—Hay opiniones... Yo apuesto á que ese vate bebe las aguas «del patrio río».

Y al lanzar esta atrevida imagen que venía á sustituir gallardamente el prosaico nombre del Cuabillas, Fico dirigió una mirada de satisfacción á su interlocutora cuyos labios se arquearon con una leve sonrisa.

—Pues mire Fico, la poesía será muy buena y todo lo que usted quiera, pero si le he de hablar con franqueza...

—Vamos, que no le ha gustado.

—Los versos me parecen muy largos.

—Son alejandrinos... catorce sílabas.

—Y sobre todo, me dan risa los poetas calabaceados, porque suelen ser muy feos.

Fico Suárez se puso encendido como la pulpa del mamey; los granos excitados por una ola de sangre le pellizcaban la nariz y las mejillas con más furor que nunca... El autor de los versos era él.

Por el lado de Foronda y Arencibia se trataba de asuntos más sólidos, equilibrándose con el peso de los intereses materiales la conversación vaporosa de los jóvenes.

--Mal año para el maíz, don Casimiro. La seca

es un castigo. Las sabanas están llenas de huesos de animales.

—Sí, pero el cuero no se pierde.

—Le parece á usted; cuando menos se espera las auras le han hecho más agujeros que tiene un jibe... ¡Si cuando le digo que es una lástima! En todo el partido de Jarabacoa no encuentra usted viandas para un ajiaco... Los pastos crujen como chicharrones bajo las patas de las bestias. ¡Y luego quieren ustedes gangas!

—¿Gangas? Dígalo la última remesa que usted nos hizo. ¡Una ruína! Desde que estoy en las Américas nunca se ha aflojado tanta plata por cuatro pellejos de liebres... De liebres, sí señor. Y á bien que ya podrían darme seca si fueran míos los palos de la Luisa. Dicen que tiene usted allí mucha caoba.

—Y de buena calidad, aunque me esté mal el decirlo. Pero vaya usted á mover esos palos; más fácil sería embarcar el Pico de Turquino. Cinco meses hace ya que estoy maniatado, como quien dice, y la seca más firme cada día. Conque quíteme usted las viandas, máteme las reses, déjeme la caoba tum-bada y encima de esto ¡á mantener la gente y á pagar contribuciones al Gobierno!

—Lo peor es lo que viene detrás... Ya ve usted, con ese ejemplo que nos están dando los yankees...

—Ah! la abolición.

—Sí, señor, la abolición. ¿Le parece poco eso que nos viene encima? Le aseguro á usted que esta mañana estuve leyendo un papel periódico y se me quitaron las ganas de almorzar.

—Pues amigo mío, al fin y al cabo el nublado nos empapa. Esa gente rubia es el mismísimo demonio...

Al llegar aquí, todos, como impulsados por el movimiento de un resorte, volvieron los ojos á la puerta que comunicaba con el comedor. Allí estaba el forastero en la cortés actitud del que pide permiso para seguir adelante. Fico se inclinó rápidamente hácia Clarita, diciéndole por lo bajo:

—Este es el individuo que salvó al hijo de la Peinada.

—¿Este?

—El mismo.

Foronda le miraba fijamente como si no pudiera explicarse la presencia de semejante personaje que indicaba ser de otra raza y otros climas. No era menor la extrañeza de don Cosme, el cual, después de examinarle un momento, le dijo con cierta desconfianza:

—Pase usted adelante, caballero.

—¿Don Cosme Fernández Arencibia?

—Un servidor.

Nuestro hombre, obedeciendo á un ademán de don Cosme, tomó asiento y sacando una carta se la entregó, añadiendo por vía de aclaración:

—Jhon Valdespina, para servir á usted. Hace dos días que estoy en este pueblo... Antes de marchar al campo deseaba ver á usted y como esta misma tarde supe que había llegado de su «plantación»... de su hacienda, he venido á molestarle con mi visita. Soy representante en esta Isla de la casa de Smithson Brothers, de New York, y traigo para usted una carta de los señores Gironella é hijos, de la Habana.

Foronda se reconcilió, en principio, con el recién llegado, atendiendo á su filiación mercantil, aunque la palabra Jhon sonándole á extraña jerga le produjo un efecto lamentable. Fico Suárez hizo un gesto de decepción, temiendo que se desplomara sobre él toda la prosa del comercio neoyorkino. Clarita, en cambio, miraba al forastero con persistente curiosidad.

—Ah!—dijo Don Cosme— ¡La casa de Smithson.... Algunos palos míos han caído por allá. Pues señor, celebro conocer á usted, y si me da su permiso, voy á leer....

A una señal afirmativa del huésped, Don Cosme se colocó bajo la lámpara.... Tratábase de una recomendación muy expresiva. Gironella é hijos, de la Habana, aprovechando las relaciones de negocios y la amistad personal con el Sr. Fernández Arencibia, le recomendaban eficazmente á Don Juan Valdespina, ingeniero y representante de Smithson Brothers. Iba á un asunto de importancia capital para la localidad y para «los colegas neoyorkinos». Este doble aspecto del negocio les obligaba á insistir en la recomendación como si se tratara de un asunto propio....

Don Cosme se quedó pensativo.... ¿De qué se trataba, pues?

—Ahora me dirá usted en qué puedo serle útil.

—Por lo pronto dándome dos líneas para una persona de su confianza que me facilite un guía desde Jarabacoa al surgidero de la Cotorra. También deseo me diga usted en dónde podré verle pasada una semana, pues voy á emprender viaje con la primera claridad del día.

Arencibia recapituló un breve rato.

—Desde Jarabacoa al surgidero de la Cotorra le acompañará uno de los capataces que tengo en el corte de maderas; respecto á lo demás, dentro de una semana me tendrá usted aquí para lo que guste mandar.

Luego añadió, dirigiéndose á Clara:

—Hija, búscame recado de escribir.

Apoyando el papel sobre un libro y teniendo detrás á Clarita que le sujetaba el tintero y le alumbraba con una vela, empezó á mover la mano torpe y á trazar deformes caracteres y rasgos desequilibrados, hasta llegar á la firma, la cual montó sobre una rúbrica *sui generis*, sobre una especie de culebra que se retorcía en un laberinto de nudos y espirales.

La recomendación era breve, pero terminante:

«Que Pancho Jiménez deje lo que tenga que hacer y acompañe al portador hasta la Cotorra ó hasta donde se hiciere preciso; que se facilite al dicho portador mi caballo «Careto» y que se le sirva en todo lo necesario como si fuera mi propia persona....»

—Es para Don Eleuterio Llopis—dijo entregando la carta á Valdespina.—No dará usted dos pasos en Jarabacoa sin encontrar quien lo informe respecto de esa persona. En cuanto al guía, puede usted vendar-se y seguirle sin miedo. Es el único cazador de be-racos que ha llegado hasta la Cuaba.

Fico juzgó el momento á propósito para pintar un idilio campestre al forastero:

—Verá usted qué vegetación, qué ríos y qué montañas.... Estoy seguro de que llevará usted buenos recuerdos á su país.

—Caballero, estoy en él.

—Cómo ¿es usted criollo?

—Nací en Cuba hace treinta y siete años, si no llevo mal la cuenta.

—¿Y piensa usted establecerse por aquí?

—Es una pregunta que no debo contestar todavía. Soy un esclavo de los negocios.

Fico sintió que los granos le ardían como si los pincharan con agujas incandescentes.

Valdespina se puso de pie y todos le imitaron.

—Sr. Arencibia, crea usted que le estoy más que agradecido. Ya tendré nuevamente el gusto de estrecharle la mano.

Hecha una inclinación especial á Clarita y un saludo á los demás, salió seguido de Don Cosme que le hizo los honores hasta la puerta.

—Criollo!—murmuró Fico Suárez.—Nadie lo creería.... tiene acento..

—Más parece yankee—repuso Don Casimiro.

—Criollo ingerto en yankee—dijo Don Cosme, arrellenándose en su sillón y creyendo encontrar en esta frase dualista la clave de la misteriosa personalidad que, por un instante, había interrumpido la tertulia.



FIAT.....

Clarita se encaminó á su cuarto por el patio para no turbar el sueño de su madre, mas como, al entrar en su habitación, viera alumbrada la de Leonela, entreabrió la puerta y dijo á media voz:

—Leonela, ¿estás despierta?

—Sí, china.

—¿Sabes? ha estado aquí la Virgen del Cobre.

—La Virgen del Cobre! ¿Y qué ha venido á buscar nuestra Señora?

—Si es la Virgen del Cobre de Canda.... El inglés de marras.

—¿De veras? Pues si te he de hablar con franqueza, ya ni me acordaba de ese personaje.... Algo le habrá traído por acá.

—¿Qué sé yo!.... negocios. No es tal inglés; pero nadie diría que es otra cosa. Es muy blanco, casi rubio y dice Fico que tiene acento. Yo no se lo he

notado.... Si lo vieras, chica, ¡Qué figura! Se parece al conde de Pinaflor.

—Anda, ¿conque esas tenemos? Blanco, rubio, buen mozo.... Otra novela y novio en puerta.

—No te vayas á figurar lo que no hay. Jesús, hija, que eso es andar al galope. Lo que sí puedo decirte es que, no ya Fico, el mismo Foronda á su lado parece un tomeguín.

—Digo, ¡no es poco pedazo de inglés! Ya estará bueno para cargar hierro en casa de Urrabieta.

—¡Oh! no seas loca.... ¡Si es más simpático y caballero!.... Sobre todo, tiene unos ojos....

—Como los de un carnero degollado.... Así son los de esa gente de fuera.

—Con guasa y todo lo que gustes, si lo vieras te enamorabas de él.

—Quién? ¿yo? Sería gracioso. Mira, déjame dormir que se hace tarde y estoy molida del tragín de esta noche.

—Pues hasta mañana que hablaremos más largo.

—Cuando digo que tenemos novela para una temporada.... Lo mejor será que te limpies de telarañas la cabeza, te acuestes y no sueñes.

—¿Con quien, hija?

—¿Con quien? Con la Virgen del Cobre.

Clara cerró, acompañando con una carcajada el golpe de la puerta.

JHON VALDESPINA

Jhon Valdespina era un fenómeno de adaptación, un hijo de Cuba modificado, reconstruido por la influencia de otro medio, ó lo que es lo mismo, de otro clima, de otra educación y de otros hábitos é ideas. A los ocho años quedó huérfano de madre y á los doce lo envió su padre, rico hacendado, á un colegio de mucho nombre establecido en una pequeña población de Pensilvania.

Sucedió lo que sucede siempre en tales casos. El idioma, el roatsbeef, la expresión glacial de los profesores, rubios, serios, acompasados en los ademanes y sobrios en las palabras, le causaban profundísima tristeza que se hacía más amarga con las gratas memorias del dorado Mediodía. Si buscaba distracciones en el panorama de la naturaleza era para ver un cielo de azul desteñido, un sol que apenas miraba á la tierra, saltos de agua medidos por el compás del ingeniero, campos inmensos y monótonos sembrados de cebada, lúpulo y maíz. Y luego, por donde quie-

ra, ojos azules y pies enormes; la clásica estampa anglo-sajona que en medio de su refinada civilización le traía á la mente reminiscencias de lejana barbarie, de aquellas hordas terribles que convirtieron á Roma en un poco de polvo.

Había en el colegio muchos jovenzuelos casi compatriotas suyos, procedentes de las repúblicas hispano-americanas. La disciplina de la institución le impedía hablar con ellos mientras no dominara el inglés, lengua antipática y sin reglas que, por una especie de sarcasmo, hablaba en el papel de un modo diferente que en la boca. Para burlar la vigilancia de los maestros, al pasar junto á la carpeta de algún amigo español, deslizaba un papelito lleno de quejas apasionadas hasta el insulto. En una de esas esquelas decía: «Chico, no dejes de contestarme; así al menos tendré el gusto de hablar contigo por escrito... Yo estoy viendo como me huyo del colegio, porque si nó estos animales me van á hacer morir de una rabieta. Mr. Preston me quitó ayer el recreo y antes de irme he de hacerle una que le duela.»

Esa misma tarde un pasante de larga melena de azafrán y pera color de ladrillo,—Mr. Preston en persona—le ordenó que le siguiera y después de una marcha silenciosa por los interminables pasillos del colegio, sin decirle una palabra, le encerró en una habitación reducida, dejándole un libro por toda compañía. Juan se desfogó haciendo un derroche de esas expresivas y sonoras interjecciones que ultrajan la austera majestad de nuestra lengua... Luego, al llegar la noche, se puso á dar vueltas por el cuarto co-

mo un demente y allá con las primeras claridades del día se tiró medio vestido sobre la cama. Pero apenas logró descansar, porque un criado, previa una fuerte sacudida, le presentó el desayuno compuesto de una costilla orlada de sebo frío, una rebanada de pan que era todo migajón y el imprescindible te, abominable sambumbia que le producía el efecto de un vomitivo.

De más está decir que no se sirvió honrar aquellos puritanos manjares con su apetito. El *lunch* le mereció igual desprecio. Aburrido y perplejo, abrió el libro para entretenerse. Era una Biblia... en inglés, que arrojó rabioso y despechado. Tal situación no podía prolongarse mucho tiempo. Sucumbió, pues, y hubo de comer para no caerse de inanición. El almuerzo del día siguiente fué más apetecido todavía, y, á decir verdad, la costilla le pareció deliciosa y el te un licor digno de los dioses mortales. La naturaleza con el peso abrumador de sus necesidades por esta vez había domesticado á la indómita fierecilla.

Setenta y dos horas estuvo en el calabozo del que salió con más vapores de ira en el espíritu y llena la mente de proyectos formidables. El pasante de pelo de azafrán y pera color de ladrillo lo sacó del cubil, saludándolo con una sonrisa helada. Juan escribió á su padre—que era un hombre de carácter inflexible—amenazando con el suicidio si no lo sacaban de aquella penitenciaria. El viejo Valdespina le contestó con una fuerte reprimenda y con la amenaza de enviarle á otro colegio más temible situado en Nueva Escocia, allá en donde sólo pueden vivir agradablemente los

esquimales y los osos. Juan quedó aterrado y rompió en llanto ruidoso y sin consuelo... Las lágrimas resolvieron la crisis de su espíritu.

Pasado un mes, Juan se empeñó en el estudio del idioma de Byron, en adaptarse al ambiente norteamericano y con atracarse de roastsbeef, patatas y mantequilla. Fué, desde entonces, el más asiduo al gimnasio y el más alegre y bullicioso en las horas de recreo. Su complexión endeble se asimilaba nuevos elementos de fuerza y salud con las enérgicas sacudidas de los ejercicios corporales, con las poleas, el trapecio, la natación, la pelota y las escursiones á los pueblecitos de los alrededores.

Durante el invierno, crudísimo en aquellas latitudes, combatía los efectos de la baja temperatura, entregándose al sano trajín de los patines. El apetito se le despertó de un modo alarmante para la vida económica del establecimiento. Se hubiera comido un buey si dentro del régimen en que vivía se permitieran tales desequilibrios.

Cuatro años estuvo en «William Penn College» y al terminar ese período, su padre, lejos de traerle á Cuba, lo consignó á Massachusetts para que, en la Escuela de Boston, estudiara ingeniería. Ya nuestro Juan no solamente era un mozo gallardo, macizo y coloradote, sino un estudiante famoso y aprovechado. Como le agradaba la ciencia que ejecuta y no teoriza, se amoldó fácilmente al positivismo yankee y poniendo su cerebro al servicio del estudio se convirtió en uno de los ornamentos de la institución. Su inteligencia solidificada por el cálculo encontró fácil-

mente el centro de gravedad y se complacía midiendo las maravillas prácticas de la sabiduría anglo-sajona que, al punto, se traduce en una verdad, la verdad en una máquina y la máquina en un producto.

Al salir de la Escuela supo la noticia de la muerte de su padre, quien le dejó poca herencia en valores americanos, á causa del revés producido por la pérdida de un pleito. Jhon—que á fuerza de oír la traducción inglesa de su nombre había concluído por adoptarla—estuvo perplejo entre si volvería á Cuba ó si le sería más conveniente marchar á Inglaterra con el objeto de perfeccionarse en su carrera. Optó por el último partido, residiendo algunos años en Londres y Manchester.

Cuando regresó á los Estados Unidos encontró el país destrozándose á la voz de cuatro mil cañones que retumbaban desde Virginia hasta Luisiana. Dos millones de hombres y trescientos mil caballos pasaban como una tromba de fuego y sangre sobre el inmenso territorio de la Unión, dejando montones de cadáveres y cenizas á su paso. Los confederados llevaban la mejor parte en la contienda. Jackson, Lee y Beauregard, amenazaban en la embriaguez de la victoria al mismo Capitolio de Washington, ápice de la libertad moderna. Los generales del Norte estaban vencidos ó desprestigiados. Una sola esperanza sonreía severamente á los federales en el rostro impassible de Ulises Grant.

Jhon se alistó en un cuerpo facultativo para prestar el concurso de su ciencia y de su brazo á la causa de la humanidad y la razón. Diez meses estuvo traba-

jando en un ferrocarril estratégico que produjo admirables resultados. Luego pasó de orden superior al grande ejército del Potomac, último asidero de la Union, llegando á su nuevo destino al disponer el general Grant un movimiento envolvente sobre las líneas enemigas, si bien había que topar con un cerro coronado por las mejores tropas de Virginia y sólo accesible á los pájaros y á las cabras.

Valdespina propuso convertir en polvo aquella mole. Lo que no pasó, ni como sombra, por la mente de los más atrevidos ingenieros yankees, se le ocurrió al hijo del trópico como una cosa fácil y sencilla. El genio de su raza despertaba en él como ha despertado siempre, á pesar de sus caídas, en los momentos culminantes de la Historia. Cortés y Pizarro, el heroísmo y la audacia, resucitan siempre en la familia hispano-americana. Algo eterno, estímulo de gloria y fuente de perennes infortunios, han dejado esos hombres en el polvo que se extiende desde Méjico á Patagonia.

Valdespina se sintió atraído por las solicitudes inesperadas de su sangre. Él no era un caudillo, era un ingeniero; pero la ciencia tiene también sus heroicidades y sus audacias. Perforar un monte ocupado por cincuenta mil enemigos; trabajar con el compás bajo el fuego de cien cañones, transfigura tanto como meterse á caballo por el boquete de un reducto.

El general Grant, aquel soldado frío y de aspecto vulgar, que manejó tantos soldados como Jerjes, después de meditar un instante dió su aprobación al proyecto. Diez mil hombres trabajaron en la obra de

perforación. Los proyectiles confederados dieron cuenta de la tercera parte en pocos días; mas, antes de dos semanas, una terrible explosión abrió camino al ejército federal. Aquel fué el último rugido de la guerra. La montaña hecha polvo recuerda aún algo así como una convulsión geológica que al añadir una página á la historia física del planeta ha añadido otra más indeleble á la historia moral y política del género humano.

Concluida la campaña, Valdespina renunció su grado de ingeniero, entrando en negocios con la casa de Smithson Brothers, de Nueva York. En aquel tiempo experimentó una gran depresión la riqueza de los Estados Unidos. La abolición reciente y los estragos de la guerra habían perturbado los negocios. Se creía también que el Sur volvería á emprender la lucha buscando el desquite. De esta falta de fe en los destinos del gran pueblo, provino que la casa de Smithson quisiera invertir en países nuevos la mejor parte de su capital y se fijó en Cuba donde la esclavitud subsistente garantizaba la impunidad en los negocios más arriesgados. Después de estudiar el terreno, la casa obtuvo del gobierno español privilegios especiales. Se trataba de un ferrocarril y de un nuevo sistema de colonias en la comarca virgen de la Isla, en el riñón del departamento Oriental. Los cálculos estaban hechos y listo para marchar el ingeniero Valdespina, escogido para dirigir la Empresa.

El efecto que le causó su país fué asaz extraño. El color de las gentes se le antojaba pálido ó enfermizo, descuidados el ornato y la higiene y absurdas las ins-

tituciones, las cuales, en aquella época, estaban vaciadas en el molde estrecho, en la fórmula histórica del «ordéno y mando». Sin embargo, al revés de otros forasteros que juzgan erróneamente por el primer vistazo, Valdespina se dijo, por lo bajo, que para conocer era necesario observar. Hizo bien, porque en nuestra sociedad el oro está, como en la mina, debajo de la roca.

Y si esta reflexión no hubiera sido suficiente á consolarlo, bastaríale para ello el espectáculo de una naturaleza joven, emperifollada y coquetona, que disimula con sus sonrisas las desventuras de los hombres. Por mucho que al extranjero choquen las deficiencias de la vida civil en esta tierra, siempre sentirá latir la fibra simpática al contemplar un sol de oro, un cielo azul y palmas verdes.

Jhon Valdespina encontró en la Habana á una tía, abuela y tres ó cuatro primos lejanos, restos para él indiferentes de su escasa familia, que lo recibieron con ceremonia y como á extraño. Fuera de esto, dedicó todo el tiempo disponible á la comisión que le fué encargada. No quiso emprender el viaje á su destino sin dejar puestos los puntos sobre las *íes*, pues tenía el propósito de enterrarse en su campo de operaciones hasta que la obra estuviese concluída. Cuando consideró que en la Habana todo quedaba en orden, emprendió el viaje hasta llegar á las riberas del Cuabillas y hasta el pueblo de Jarabacoa, de donde salió una mañana montado en el caballo «Careto» de Don Cosme y precedido de Pancho Jiménez, cazador de berracos en la Cuaba.

DE JARABACOA A LA COTORRA

—Dígame, amigo—preguntaba Jhon Valdespina— ¿no podríamos echar á la izquierda para ahorrarnos camino?

—No se puede, señor; porque hay muchísimo seboruco y no les quedarían patas á las bestias.

—Pues si no es más que eso, metámonos sin temor que el caballo que yo pienso soltar por aquí no tendrá patas ni herraduras.

Y dicho y hecho, entraba resueltamente, viéndose Jiménez en la necesidad de emplear el machete á fin de limpiar la senda de manigua. Al salir otra vez al camino real, Valdespina detenía de nuevo su cabalgadura para tomar notas en su cartera.

—Oiga, y usted dispense, ¿qué finca es aquella?

—El ingenio «Las Yaguas» de Mendoza.

—Hermosa plantación.... ¿Cuántas toneladas de azúcar?

—Toneladas no sabré decirle; ochocientos bocoyes, sí señor. No hay en todo el partido carretas para botalarle la zafra.

—Y ese caserío que se vé al pie de la loma ¿cómo se llama?

—El Corojal.... Dentro de una hora estaremos allá. Hay que pasar cinco veces el río.

—Go ahead! Vamos á ver cómo se retuerce esa culebra.

Así era en realidad. Por esa parte el río hacía un verdadero derroche de curvas, tan cerca unas de otras que en las crecidas al derramarse las aguas, se juntaban convirtiendo el terreno en una inmensa laguna.

—Puente muy costoso—murmuró Valdespina.—Sería necesario construir cinco ó hacer uno de media milla. Eh! Jiménez, volvamos atrás para ver si llegamos al pueblo por la derecha.

—No puede ser, señor; todo es manigua y dientes de perro.... Los caballos no hallan lugar por donde meter la cabeza.

—Mr. Jiménez—le dijo Jhon con marcada severidad—cuando vaya usted conmigo no diga nunca «esto no puede ser....» En la guerra de los Estados Unidos se creyó imposible que doscientos mil hombres pasaran por un monte más alto que ése.... Usted me dirá cuál es el nombre de esa montaña....

—Cerro Cangrejo.

—Pues bien, más alto que Cerro Cangrejo. Quince días después la montaña se había partido por el medio y las tropas federales pasaban por el boquete.... Ya puede usted calcular las libras ¿qué digo las libras? los

quitaes de pólvora que le meteríamos en el estómago.

Jiménez se santiguó azorado.

—Con que sígame usted y no se asuste nunca por lo que venga.

La marcha fué muy lenta y fatigosa. Los matojos se rebelaban crugiendo de ira al ver pisoteado su indómito ramaje; las zarzas extendían sus brazos dentados para morder y desgarrar las ropas de los viajeros y los seborucos hundían ferozmente sus puntas en los cascos de las bestias. Quince veces se desmontó Jiménez á despejar el paso y abrir vereda en el dédalo de matorrales y otras tantas contempló á Jhon Valdespina indiferente y despreocupado, haciendo signos y garabatos en la cartera. Al salir junto al Cerro le oyó que decía:

—Media legua más.... cuarenta mil. Cinco puentes á veinte cada uno, son cien mil. Es preferible optar por la curva.... De este modo tendremos una economía de sesenta mil *dollars* en la obra.

En seguida se puso á examinar á Cerro Cangrejo. Aquel enorme crustáceo llevaba bien el nombre con que había sido bautizado. Era un pedrusco grueso y un poco deprimido, que, como bestia cansada, parecía dormir en medio del camino. Casi todo estaba cubierto de vegetación, excepto la cúspide, en la cual se le veía un principio de calvicie. Valdespina lo diseñó perfectamente y no fué poco el asombro de Jiménez que, á espaldas del ingeniero, seguía los movimientos reveladores del lápiz, cuando vió aparecer la montañita tal como era, con sus arrugas y sus greñas.

Concluída esta operación se encaminaron al Coro-

jal, miserable caserío de yaguas y cujes, que les dió asilo aquella noche. A las cuatro de la mañana continuaron su camino, entrando en una sabana cubierta de correctos grupos de yareyes que abrían sus abanicos y daban al paisaje un aire original y pintoresco. La sabana estaba seca, como había dicho don Cosme, y las hierbas amarillas y tostadas crugían bajo los cascos de los caballos. Reinaba un silencio solemne en la naturaleza, del que participaban los dos viajeros, pues cada cual parecía absorto en sus propias impresiones. Jiménez seguía observando á su compañero de viaje con la admiración desconfiada que se apodera de la gente del campo, cuando no acierta á explicarse lo que mira....

—Porque vengamos á cuentas—pensaba—este hombre echa por las quebradas cuando hay camino llano y derecho; se mete por los maniguales para que lo desuellen; da mil vueltas como pájaro atolondrado; me hace andar una legua y desandar el doble; pasa y repasa los arroyos; no le importan los seborucos ni las espinas y «aluego» cátele usted haciendo garabatos y letras de imprenta. Ayer estuvo mira que mira y pinta que pinta á Cerro Cangrejo. De seguro «quedrá» treparlo como los chivos. Ya me dió á entender que le iba á meter candela en la barriga y á partirlo por el mismísimo espinazo....

Valdespina se entregaba á otro orden de ideas, á pensamientos más trascendentales que el pobre Jiménez nunca hubiera podido sospechar, como no sospecha el jumento lo que el águila puede ver allá sobre las nubes.

—País virgen—se decía el mestizo de yankee y de criollo—tierra pródiga y fecunda que para producir maravillas sólo necesita el soplo creador de la ciencia y el trabajo. Yo traigo la varita mágica, el impulso incontrastable, la iniciativa y la perseverancia de esas gentes del Norte que hacen brotar flores de las piedras y levantan palacios en los desiertos. Concédame Dios cinco años solamente de vida y esta sabana estéril será un jardín, aquel bohío una fábrica y ese pueblucho miserable una ciudad de trazado moderno, con hoteles, estatuas, fuentes, escuelas y hospitales. Bordan-do el camino se levantarán lindos *cottages*, el telégrafo erguirá sus altivos postes y los *rieles* del ferrocarril se burlarán, aplanando el terreno, de estos pantanos y estos cerros. Y como la industria y la riqueza vienen á ser también grandes reformadoras en el orden moral del universo, estas gentes serán entonces distintas de lo que son....

—¡Que se cae en la cañada!—le gritó Jiménez, viendo precipitarse al caballo de Valdespina en el cauce seco de un arroyo que cortaba bruscamente la vareda por donde iban. Descuidado el manejo de las riendas por el jinete, «Careto», que por lo general se mostraba muy excitado, se fué sobre las patas delanteras y sin el apoyo del freno cayó en el precipicio, arrastrando á Valdespina, el cual se salió por la cabeza de la bestia y dió con el rostro sobre las piedras. El guía corrió en su auxilio y, á la verdad, se llegó á figurar que el pobre hombre estaba privado de sentido; pero el malaventurado caballero se puso de pie mostrando su faz horriblemente lesionada. Tenía un

raspón enorme sobre la mejilla y de su nariz brotaba la sangre á borbotones. Fué necesario apelar al brandy en ambos usos—interno y externo—y emplear dos pañuelos para recoger la sangre desbordada. Algo más aliviado después de la cura, volvió montar sobre su caballo y aunque la lesión de la mejilla no dejaba de escocerle casi ni la sentía entregado á las mortificaciones que en el amor propio le causaban su inexperiencia y su descuido. Reprochábase haberse puesto á soñar como un adolescente que hace con sus ilusiones lo que el pintor con los colores de su paleta. Nunca pudo sospechar que después de veinte años de educación en la práctica de la existencia, de haber vivido entre gentes de ojos azules y pelo rubio, la levadura latina le sorprendiese con una fermentación inesperada! Aquella fué la primera caída de Don Quijote y tan á lo vivo hubo de llegarle este alerta de las cosas, este brusco llamamiento de la realidad, que durante un buen rato estuvo reconcentrado y silencioso.

Ya nuestros viajeros habían entrado en un bosque secular grandioso, indescriptible. Era la flora de Cuba en plena doncellez, exuberante, viciosa, recargadísima de hojas y verdes. ¿Cómo circunscribir en una página la descripción de tantos hermosos ejemplares que reclaman los infolios de un Linneo? Allí la guásima ramosa, el tintóreo guatapaná, el inflexible quiebrahacha, el jiquí no menos inflexible, el enano caimitillo, el cedro gigantesco, el sólido dagame, la pródiga jagua, la ayúa blanca y amarilla, el ébano real de madera tan buscada, el duro guayacán, la seiba enorme, el gomozo manajú, la baría, la yaya, el

roble y tantos y tantos otros que formaban un prodigio de riquezas, un lujo asiático de verdura, un derroche de vegetación y de silvestres maravillas. Y para dar vida y animación á aquel silvestre paraíso, en las copas, y aleteando y escandalizando sobre las ramas, dejábase oír la horda alada y bullanguera; los tocoloros siempre de gran uniforme con el chaleco de grana, el frac verde, las mangas negras y la gorra azul; los carpinteros con su rojo sólideo; los totíes de un negro brillante, como si el cepillo de un limpia-botas acabara de lustrarlos; los solibios que roban á éstos parte de sus plumas y también al canario sus doradas vestimentas; los graciosos y menudos tomeguines y, muy especialmente, los sinsontes que son los tenores de aquellas óperas, los Marios y Rubinis de los campos tropicales.

Valdespina, olvidado ya de sus anteriores desazones, hacía no pocos esfuerzos por reprimir su alegría á la vista de la incomparable panorama. No era la flora civilizada del pálido Septentrión, los rígidos árboles que en aquellas latitudes parecen alinearse correctamente para no molestar con sus ramajes al vecino; los manzanos que coronados de pomas viven aislados de sus congéneres; los melancólicos pinos, los abetos y los meples, que aun agrupados, dejan espacio suficiente para el tránsito; era la poderosa vegetación del trópico, anárquica, lujuriosísima y desmeleada como una bacante.

El psudo norte-americano, en contacto con la nueva naturaleza, se creyó sacudido por impulsos inesperados; de buena gana se hubiera metido en medio del

monte para hacer gemir bajo su planta las hojas secas, enredarse entre los bejucos, trepar los árboles, coger nidos y no sé cuantas puerilidades del mismo jaéz.

Cuando pensaba estas cosas, le interrumpió Jiménez diciéndole:

—Vamos á llegar á «Dos Jimaguas» el potrero de D. Cosme. Si le parece podemos almorzar allí con D. Manengo.

—No, sigamos viaje.

Jiménez meneó la cabeza murmurando:

—!Cuándo digo!...

A poco hicieron alto y despacharon algunos fiambres de la alforja de Valdespina. Éste sacó también una botella de whisky que una vez sangrada por él pasó al guía, quien al probar el tremendo licor guiñó un ojo, castañeteó la lengua é hizo un signo de expresiva afirmación. Para completar las sensaciones sibaríticas que el fuerte brevaje le había provocado, mordió una tableta de andullo y esperó la hora de montar manchando las hierbas con escupitajos amarillos.

—Estamos á dos horas de la Ciénaga—dijo alarmado al ver que Jhon sacaba su cartera.

—En ese caso volveremos para atrás hasta ver en donde deja el río su cascajal.

—¿Para atrás?

—Me es de todo punto necesario... Quiero examinar la clase de piedra que hay allí.

—¿Y que irá á hacer este «demonche» con la piedra? —pensaba Jiménez que cada vez se explicaba menos los propósitos de su incomprensible compañero.

La ruta se hacía cada vez más difícil y trabajosa. Iban siguiendo la ribera derecha del río á la inversa de la corriente y en donde no hallaban árboles apiñados hallaban precipicios cuyos bordes los separaban una línea de la eternidad. En ocasiones llevaban los caballos de la brida por ser imposible que los ginetes pudieran gobernarlos desde el lomo. Jhon sudaba á mares. El sol hacía una fragua de la atmósfera; sin embargo, el hombre del Norte no dió muestras de cansancio y se limitó á quitarse el chaquetón para atenuar los efectos del calor. Jiménez, comprendiendo sin duda que se trataba de algo superior á su inteligencia, precedíale filosóficamente dejando á trechos sus salivazos amarillentos sobre las hojas. Al fin entraron en la paja blanca del cascajal que limitaba ambas riberas del Cuabillas. Valdespina mandó desensillar y una vez hechas sus anotaciones, tuvo el capricho de bañarse. El río le convidaba. Se puso bajo una piedra desde donde el agua caía en forma de cascada y allí estuvo un cuarto de hora recreándose en uno de los placeres más sanos y agradables que brindan nuestros campos. Después dió un breve paseo por la margen del río y á la vuelta montó á caballo.

—Ya podemos ir por el camino real,—dijo á su compañero—pues deseo que la noche nos coja cerca de la Ciénaga para emprender la ruta por la madrugada.

—¿Cerca de la Ciénaga?

—Ya lo dije.

—El señor no sabe qué casta de bichos son los mosquitos de esta tierra.

—Casi me atrevo á asegurar que éstos no son más valientes que los de Florida y, mire usted, me huían como de la cruz el diablo.

Jiménez sonrió como aplazando la prueba.

Los caballos emprendieron esa marcha rápida, sabrosa, repiqueteada que constituye una especialidad de los de su clase en esta Isla. «Caretó» con bríos admirables, embarbado, gentil y lleno de espumoso sudor, necesitaba, para contenerse, que corrigiera sus ímpetus el freno vigorosamente manejado por Valdespina... A las seis de la tarde llegaron á la entrada de la Ciénaga.

Jhon se fijó en un claro donde había pastos para los animales. Comieron frugalmente ambos escurcionistas y tan pronto como el ingeniero tomó sus notas dió orden de tender las hamacas entre los árboles. Jiménez tenía razón: los mosquitos rodearon á los viajeros y con sus agudos clarines les dieron una buena serenata introduciéndoles, al mismo tiempo, en manos y rostros sus afilados harponcillos.

—Si al señor le parece, heremos fogatas, porque á lo que veo van á comernos estos bichos.

—No hay necesidad—le contestó Valdespina.

Y esto diciendo sacó una redomita y de la redomita algunos granos de cierta substancia semejante á la resina. Seguidamente les prendió fuego con un fósforo. Surgió al punto un perfume enérgico y cuando se desvaneció el humo no quedó un alado clarín por aquellos alrededores.

—Yo les aseguro—continuó Jhon—que no vuelven en tres días.

—¡Vivir para ver—exclamó el guajiro—santiguándose de nuevo. Cuando digo yo que á esta gente sólo le falta comer candela!

El ingeniero aprovechó la vigilia para hacer algunas preguntas á su guía.

—Mucho tabaco ¿eh?

—Huy! Ya habrá visto usted si hay vegas por castigo.

—Y maderas también.

—¡Misericordia! Sólo don Cosme tiene para fabricar un pueblo.

—¿Es hombre rico?

—¿Que si lo es? Él y don Carlos Mendoza son dueños del partido. Y pensar que en cuantico cierre el ojo ¡sabe Dios á quien le irá toda su plata!

—Cómo! ¿no tiene hijos?

—Hijos no, que yo sepa; hijas sí señor, tiene dos bonitas como dos capullos.

—Creo conocer á una... Hermosa muchacha.

—¿El caballero conoce á una?... Pues entonces conoce á la otra.

Jiménez dijo esto con tal expresión de espontánea naturalidad que Jhon se sintió vivamente interesado en aclarar el enigma.

—Francamente, no entiendo...

—Vaya, la cosa es clarita; son jimaguas, vinieron al mundo en el propio parto y se parecen como un huevo á otro huevo, aunque me esté mal las *comparancia*. Yo las he visto nacer y el día que es no podría decir de golpe: «ésta es doña Clara y ésta es doña Leonela».

—¿Son solteras?

—Pues no que no... Ni tampoco tienen novios... Hasta ahora no han querido á «naide»...según cuentan. El guajiro siguió detallando noticias referentes á las gemelas; pero suspendió su relato al convencerse de que su compañero estaba ya durmiendo á pierna suelta.

Cuando Jhon Valdespina despertó, el cielo empezaba á ruborizarse con los primeros ósculos del alba; dejábase sentir una temperatura suave y frescachona: niebla ligerísima arropaba los bosques en sus gasas; los pájaros cuchicheaban esponjando y sacudiendo sus plumajes y las escarchadas hojas centelleaban con reflejos de rica pedrería.

—Adelante, amigo!—gritó el ingeniero.—Almorzaremos en la Cotorra y desde allí puede usted volver al corte, pues pasada la Ciénaga no tendré necesidad de sus servicios.

El guajiro ensilló los caballos y á poco dió principio el paso terrible, el paso de la Ciénaga. A cada momento era preciso tomar por veredas cuyo rastro se perdía entre los anegados matorrales. El Cuabillas, tranquilo y correcto hasta entonces, se desbordaba por aquellos lugares convirtiéndolos en cauce abierto de sus aguas. Las bestias se hundían hasta las cinchas y con superior instinto, esquivaban las verdes isletas que atraían pérfidamente con la apariencia de terreno firme para aprisionar al viajero descuidado en sus ocultos lodazales. Jiménez palidecía ante la idea de que el forastero se dejara llevar de sus extravagantes humoradas.

—Aquí—decía—es cosa de ver en dónde se pone la pata, si se quiere librar el cuerpo de una mala contingencia. Más de cien veces he visto carretas metidas tres días en estos pantanos endemoniados. No hace mucho tiempo, dos bueyes de don Cosme, que arrastraban un palo de caracolillo, se murieron de necesidad, porque se atascaron hasta el hocico y no fué posible desenyugarlos.

Jhon oía y callaba manifestando en su semblante cierta contrariedad como consecuencia de sus mudas observaciones. De repente, al salir de un recodo, sonrió con satisfacción. En el horizonte dejaba ver el mar Caribe las ondulaciones de su manto azul orlado con una fimbria de cándidas espumas.

—*All right!*—dijo á Pancho Jiménez que se encogió de hombros como si no le hablaran en cristiano.



XIII

ENTRE BOCADO Y BOCADO

Nadie es capaz de suponer hasta dónde llegaba el espíritu investigador de Fico Suárez, cuando se proponía averiguar alguna cosa que él creyera tapada por lo que podríamos llamar la careta del misterio. Al acicate de la natural curiosidad uniase, para sacarle de quicio, una fiebre reporteril, una agitación *sui géneris* de periodista burlado á quien atrae y desespera lo desconocido.

—¡Cómo! de la noche, á la mañana se aparecía un viajero, un personaje de otros climas—rara avis en aquel pueblo!—y él, Federico Suárez, el verbo en acción de las boticas y barberías: él, que en momento inolvidable presenciara la conferencia de Don Cosme y el ente misterioso, no sería capaz de escribir una mala gacetilla para «El Crepúsculo», levantando la punta siquiera del velo encubridor de tal arcano....

Su situación no podía ser más desairada. Ya no era posible hablar con el forastero.... En primer lugar, este hombre gastaba poquísimas palabras y tenía el egoísmo común á los sajones y á los que con ellos se educan, el egoísmo insoportable de hablar poco apretando los monosílabos entre los dientes.... En segundo lugar, Valdespina debía haberse marchado ya y se hacía necesario esperar ocho días, fecha fijada para la vuelta.... Largo, larguísimo plazo para la ansiedad creciente de un cristiano.

Por lo pronto formó un plan, el de ir á ver á Cornellas, al gran Don Primitivo, con quien cenaba á veces de *guaguancho*—frase de Fico—echando, á la vez, párrafos tendidos sobre Prim, el ídolo constante del fondista. La causa de esa adoración ferviente que el soldado de Africa inspiraba al buen hombre, tenía por causa el que Don Primitivo era también hijo de Reus y se acordaba de haber visto corretear al héroe, niño aún, y mandar un cuerpo de rapaces que sabía batirse á pedradas con otros de su especie.

—¡Hola!—dijole Cornellas la noche siguiente á la presentación del ingeniero en casa de Arencibia—¿tú por acá, noy? Parece que te ha traído el tufillo de mis *pullastres*.

—¿Pullastres hay? Pues aquí me quedo y ¡viva Reus!

Cornellas sonrió benévolaemente, pues tenía el genio más sano y apacible que podía suponerse en un cuerpo elefantino.

—Pullastres que te harán chupar los dedos de gusto y dos botellas de Priorato para que no cries gu-

sarapos en las tripas.... Ea, vente conmigo, noy.

Suárez y Don Primitivo penetraron en la sala, tomando asiento en la mesa que ya conocemos, mapa donde podía estudiarse todo un curso de Geografía trazado por el vino y por las salsas. A poco, el criado colocó allí una enorme fuente de la cual surgían vapores incitantes y aromosos. Los fragmentos de pollo nadaban en un líquido espeso y carmelita que denunciaba al olfato la feliz amalgama de enérgicas especias. Porque Don Primitivo, en medio de sus estoicas privaciones, se daba el lujo de cenar con frecuencia un plato característico de su provincia, haciéndose acompañar de algún huésped ó de algún amigo de confianza.

—Conque muchacho, remójate con este vinillo, que es capaz de levantar á un muerto.... Mare de Deu!

Fico no se hacía de pencas ni necesitaba tampoco que lo animaran en su empeño y celebraba con la mejor voluntad el rico plato, el vino y la hora feliz en que se le ocurrió visitar al buen D. Primitivo.

—Porque la verdad sea dicha, amigo Cornellas; maldito si me pasaba por el pensamiento encontrarme con esta cena babilónica. Casualmente la madre de mi cuñada, es decir, la suegra de mi difunto hermano, no está bien y yo quería retirarme pronto para no molestarla.... Pero el hombre propone y la casualidad dispone....

—Déjate querer, muchacho y arremétele á esos pechugones.... Vamos, otro remojo.

Y al expresarse así Don Primitivo levantaba una

nueva pirámide de fragmentos de pollo en el plato de su amigo, y, como complemento indispensable, le llenaba el vaso hasta los bordes.

—Precisamente deseaba verte—agregó Don Primitivo una vez terminada su tarea.—Se dicen tales cosas por ahí que son para alborotarle los cascos á cualquiera, y como á tí te dá por andar entre papeles....

—No soy más que un modesto colaborador literario de «El Crupúsculo».

Cornellas soltó insensiblemente su cubierto y después de mirar con fijeza á Federico se inclinó hácia él murmurándole al oído:

—¿Que se cuenta de Don Juan?

—¿De Prim?... Pues muchas cosas!

Fico en rigor no sabía nada concreto; sólo había oído rumores vagos, noticias contradictorias; nada entre dos platos; mas en eso de inventar fábulas, de exornar con reticencias alarmantes el hecho más natural y corriente tenía la complexión psicológica de un verdadero periodista.

—La situación es grave amigo Cornellas—dijo mientras pugnaba heroicamente con una rabadilla.

—¿Sabes algo?

--Mucho.

—Háblalo, pues.

—¿Estamos solos? ¿no hay nadie cerca?

—Ni una mosca!

—Pues bien: un oficial que llegó ayer y que ha venido desterrado de la Península, me ha dicho que tendremos jarana. El general Serrano está metido en ese ajiaco.

—Pero ¿y Don Juan?

—¿Prim?... Pues Prim.....

Fico no sabía en donde colocar el ídolo del fondista.

—Prim está en un cuartel de Madrid, disfrazado de rancharo, para ponerse la faja cuando llegue la hora. En fin, ya usted me entiende.

Don Primitivo guiñó un ojo, sonriendo con malicia.

—¡Pues no he de entender, muchacho! Ya verás cuantas cabezas de tunos van á caer en esta brega. ¡Cuando él coja el palo.... mare de Deu!

—Tratemos de otro asunto, Don Primitivo; ya empiezan á entrar los huéspedes y no conviene que nos oigan hablar de estas materias.... delicadísimas. Al fin y al cabo usted no tiene qué temer; no así yo, empleado del Ilustre Consistorio y, á más, personalidad intelectual muy significada y expuesta «por ende» á la ojeriza de las autoridades. Ya el Teniente Gobernador le ha dicho al Secretario del Ayuntamiento que cuando menos yo lo espere «me va á hacer tragar algunas de mis coplas». Como usted comprenderá, no estoy en el caso de viajar gratis y por puro recreo á las islas Chafarinas. Así pues, doblemos la hoja y pasemos á otro asunto.... de interés local. Dígame ¿se fué ya el forastero que salvó al hijo de la Peinada?

— A las tres en punto de la mañana me tenía en pie arreglándole la cuenta.

—Apuesto doble contra sencillo á que usted no sabe el objeto de su viaje.

—Ni me importa un comino. Yo no me meto con

lo que hacen y dicen mis parroquianos. Dios los traiga y el diablo se los lleve.... Ea!

—Pero es que no se trata de un cualquiera; se trata de un personaje de muchas campanillas que tiene proyectos asombrosos.

—¿Eso dicen? La verdad es que aquí el tal noy no ha abierto el pico.... Yankee más cerrado! La Peinada quiso verle para darle las gracias y el demonio del hombre casi le tiró la puerta en las narices.

—Yo he tenido ocasión de celebrar con él una larga conferencia y, francamente, me parece persona ilustrada y dignísima. Hemos cambiado nuestras impresiones y me he permitido hacerle algunas advertencias adecuadas á sus proyectos.

—Vaya, ponme al corriente de todo.

—No debo por ahora; se me ha exigido alguna reserva. Yo creí que usted.... Nada, á su tiempo hablaremos de esto largamente.

—Si te entiendo que me ahorquen.

—Paciencia D. Primitivo. Ya llegaremos al fin. Mas ¡qué veo!, ¡las once de la noche!

—Qué ¿te marchas ya?

—Volando.... Es muy tarde.

—Pues mira; vas á desairarme un Sitjes más viejo que Matusalén.

—Otro día será. No quiero que la madre de mi cuñada pase la jaqueca esperándome y aunque yo en mi casa soy el jefe y hago y deshago conforme se me antoja, no está bien que mi conducta sirva de piedra de escándalo y de ejemplo inconveniente á mis sobrinos. Conque hasta la vista D. Primitivo.

—Vete con Dios, buena pieza. Y á ver si enseñas más el pelo por aquí. Ah, creo que dirás algo de la fonda, en el papel....

—Ya verá usted qué bombo le voy á dar en el número que viene.

Cornellas no pudo contener una sonrisa de profunda satisfacción. ¿Qué industrial no se suaviza con el grato jaboncillo de una gacetilla?

Después de despedirse de D. Primitivo, Fico Suárez se perdió en un oscuro laberinto de callejuelas, llevando el estómago repleto de prosa gallinácea y llena la mente de vapores y neblinas. Al ver cerrada la puerta de su casa, quedó helado de pavora. Miró por el agujero en que encajaba la llave y se convenció de que todos dormían, pues no brillaba luz alguna. Estuvo un buen rato vacilante entre si tocaba ó no tocaba. Por último se decidió, sacudiendo tres ó cuatro veces el aldabón y tuvo la callada por respuesta.

Volvió á repetir la operación sin resultado.

Al fin, cuando se decidía á marchar, se abrió un postigo apareciendo la faz torva de una vieja.

—¿Quién llama?

—Yo, Fico.

—¿A estas horas eh? Pues ya puede usted esperar sentado.

• —Pero Doña Eduvigis un asunto urgente en el Ayuntamiento....

—Calle usted embustero; D. Feliciano acaba de verlo cenando y emborrachándose en la fonda de Cornellas.

—Doña Eduvigis, esas palabras asáz ofensivas....

—¿Y se atreve usted á replicarme? Que mi jaqueca le importe poco, vaya, en ese punto ya sé lo que tengo que esperar de usted, pero que dé semejante ejemplo á sus sobrinos es lo que pasa de la raya, lo que no tiene nombre ni perdón. Así está mi hija de indignada.

—¿Abrame Doña Eduvigis que yo le explicaré....

—¿Abrirle? Como no duerma usted sobre la acera.

El postigo se cerró violentamente.... Fico, con la cabeza baja y las manos en los bolsillos, emprendió un camino sin rumbo y hasta el amanecer pudo admirar toda la poesía de las estrellas.

XIV

AYER Y MAÑANA

Los llamados días de recibo no eran cultivados en aquel pueblo de costumbres patriarcales; pero, por una ley ineludible de sociabilidad, reuníanse de vez en cuando las personas «íntimas» en ciertas casas, prefiriéndose entre ellas las que albergaban señoritas casaderas.

La morada de D. Cosme, era, á este propósito, de las más favorecidas. Podemos contar como obligados concurrentes á Doña Canda y—de vez en cuando—á Urrabieta, su esposo, que iba á dormir en la tertulia como si gravitaran sobre sus ojos todos los lingotes de la ferretería; Fico Suárez y Foronda según es de suponerse; D. Carlos Mendoza, letrado, propietario, hombre de mucha ilustración y de notable agudeza de espíritu, el cual ganaba y despilfarraba el dinero con facilidad extraordinaria; Jacobita, su es-

posa, ángel con la envoltura de un bocoy; la viuda de Cabrera, que llevaba consigo á su hija Cacha bastante desgraciadita de figura y á Florencio Martínez mejor dicho, Floro—que así le llamaban—novio inmemorial de Cacha y, como Fico, escribiente del Ilustre Ayuntamiento....

La particularidad de esta familia Cabrera y de su adherente Floro Martínez consistía en un mutismo tenaz, casi absoluto. Pasaban las horas muertas de visita y casi no se atrevían á pronunciar media palabra. Rigorista con exceso, la viuda no quitaba los ojos de Cachita y Florencio que, abatidos, bajaban los suyos ante las miradas inquisitoriales de la vieja.

Era la noche de un domingo, día de huelga y, por lo mismo, muy adecuada para matar la prima de tertulia. Arencibia, Mendoza y Urrabieta estaban en el estrado departiendo acerca de asuntos muy interesantes para ellos. Jacobita y la de Cabrera—con ambos apéndices—se habían refugiado en el comedor formando corro á Doña Luisa que les hacía pintorescas historias de sus achaques. Doña Canda, las señoritas de la casa, Fico y Foronda rodeaban el piano. Clarita ocupaba la banqueta hablando de una danza nueva que corría por el pueblo con inusitada aceptación, bajo el título de «Los monteros». La melindrosa niña juraba que no había tenido tiempo de estudiarla.

—Pues toque usted lo que sepa—decía muy afanado D. Casimiro Foronda poniendo el papel de música al revés.

—La modestia es compañera inseparable del talen-

to—agregó sentenciosamente Fico Suárez.—Ayúdenos usted á convencerla Leonelita.

—Allá ella, hijo. Lo que puedo asegurar es que si no la sabe es porque no le entra. Ocho días hace que nos tiene averiados los oídos de tanto machacar sobre las teclas.

Clara se picó bastante y no pudo menos de responderle:

—Sí; como si esto fuera lo mismo que dar vueltas por la despensa. Además, tú sabes mejor que nadie que yo no tengo casi tiempo para el piano.

—Muchacha—dijo Canda—déjate de boberías y si no te acuerdas de ésa, toca una de las viejas... Ya sabes, *El aji*.

—Seremos indulgentes, Clara—expuso Foronda.

Fico no perdió la ocasión para poner á su rival un correctivo en esta forma:

—No necesita indulgencia; bástele la justicia que haremos á sus relevantes dotes en el arte de Rossini.

La dengosa joven, trémula y colorada tanteó el teclado como quien no se halla seguro del terreno que pisa. Al fin dejó correr los dedos con desembarazo y el ingrato instrumento empezó á esputar roncoss sonidos de sus pulmones ya tuberculosos. Clara había entrado en calor artístico y con los ojos medio cerrados y una ligera oscilación de cabeza, seguía los aires lánguidos y arrulladores de la música criolla.

—Es una danza de primera—exclamó Fico que también se sentía llegar al último grado de temperatura estética. Parece que se oyen los susurros del bos-

que, los gemidos de la brisa y hasta el *gualtrapear* de los caballos.

—Muy bien! Clarita, veo que se está haciendo usted una maestra.

Esta lisonja era de Mendoza que había interrumpido á sus interlocutores para arrojar una flor á la muchacha aunque maldito si se había fijado en «Los monteros».

Puesta en el camino de las complacencias, la sensible Clara tocó cuatro ó cinco danzas más; luego «La oración de una virgen», que era la pieza favorita de Suárez—la que conseguía elevarlo á doscientos grados sobre cero en el termómetro del arte—y acabó con expresivo «zapateado» á petición de Candita.

Como las ventanas estaban abiertas, veíanse agrupadas junto á los hierros gentes de todas clases y condiciones que miraban hácia dentro con descaro.

Por su parte D. Cosme estaba dominado por una idea fija, irresistible.

—Jiménez—decía dirigiéndose á Mendoza—me ha contado muchas rarezas de ese hombre. Que si estuvo tres días en el viaje; que si puso empeño en dejar el camino derecho para meterse entre los maniguales; que si volvió cinco ó seis veces para atrás; que si hacía garabatos en la cartera; que si se cayó de una cañada rompiéndose las narices...

—Eso indica, amigo mío, que trae entre manos alguna empresa. Falta nos hace, porque al paso que vamos....

—El hecho es que de todo se informaba; del tabaco que se cosecha, del ganado que se cría, de la ma-

dera que se corta y hasta de los bocoyes que se elaboran en «Las Yaguas».

—¡Hola, no es poco curioso el individuo.... Pero esto no debe extrañarnos. Usted sabe que los extranjeros, en materias de negocios, no dan un paso sin saber á qué atenerse. Ese es mi tema y es lo que predico á mis paisanos siempre que se me presenta la ocasión. Los criollos carecen de sentido práctico y cuando se meten en empresas lo hacen á la buena de Dios y salga lo que salga. Es de todo punto indispensable que esas gentes nos eduquen con su ejemplo, que nos enseñen á ser económicos, observadores, activos y reservados. Tenemos demasiada imaginación y el exceso de gas, como á los globos, nos levanta hasta las nubes.

Y al expresarse así, Mendoza, que gastaba en un baile el producto de una zafra, se creía firmemente un raro ejemplar de buen sentido, un tipo de hombre práctico en toda la extensión de la palabra....

Mientras tanto, Urrabieta, que había hecho inauditos esfuerzos por mantenerse firme dormía como un buenaventurado; el piano había cesado de toser y sólo se oían los encomios de Fico al buen gusto, sentimiento y maestría de la tocadora. Agotado el tema de los elogios se dejó oír la recia voz de doña Canda:

—A las prendas, muchachos.

—A las prendas!—repitió Foronda, pensando encontrar una buena ocasión para colocarse al lado de Clarita.

Todos fueron arrastrados al comedor en donde generalmente se reunían para distraer á doña Luisa que

guardaba los objetos entregados por las víctimas del juego. D. Cosme, Mendoza y Urrabieta se colocaron en un extremo con el propósito—los dos primeros—de ser simples espectadores de la broma y el último con el de reanudar el interrumpido cabeceo. Entre Fico y Foronda hubo un sordo pugilato para ver quien se colocaba junto á Clarita, venciendo la actividad del poeta y quedando el comerciante entre Leonela y doña Canda.

Florencio y las Cabrera permanecieron en los sitios que ocupaban, si bien la viuda, lo mismo que Jacobita, no entraba en el juego.

Doña Luisa dió la señal pidiendo que con la letra A le cargaran un buque llegado de la Habana.

—De alelíes—dijo Clara.

—De alcanfor—Fico.

—De azúcar—Leonela.

—De.... de.... de harina—exclamó don Casimiro apurado y sudoroso.

—Prenda, prenda!—gritaron todos.

—Harina se escribe con H.

Don Casimiro pretendía en vano justificar su caída.

—Me he equivocado, señores; quise decir de alcarras.

—No hay excusa; suelte la prenda.

—Es una injusticia; pero ya que ustedes se empeñan y me tratan con rigor inmerecido, ahí va mi prenda.

Era una onza oro, que majestuosamente colocó sobre la falda de doña Luisa.

—¿Ha visto usted qué ostentación más nécia?—di-

jo Suárez al oído de Clara.—Mejor sería que tuviera menos dinero y más ortografía.

El juego siguió dando vueltas y agotando las combinaciones ora simples, ya ingeniosas en que abunda. Pronto las faldas de doña Luisa quedaron llenas de despojos, dándose principio á la regocijada tarea de las penitencias.

Candita rompió el fuego siendo condenada á cantar á voz en cuello una canción. No se hizo rogar mucho y atacó resueltamente la que sigue:

¿No te acuerdas gentil bayamesa?...

—Basta, por Dios—decía con tono lastimero doña Luisa.—No hay quien me quite esta noche el jaquecazo.

—Como estoy muy agraviada—expuso la de Urrabieta—el dueño de la prenda que salga tendrá que ir de aquí á la cocina en una pata como las grullas.

Salió un pañuelo que trascendía á agua de Florida y que resultó ser de la propiedad de Floro Martínez.

El modesto joven se puso colorado hasta las orejas. ¡Allí, delante de Cachita y á la faz de tan numeroso concurso, exponerse á medir el suelo con sus costillas!... La viuda le miraba con severidad mal contenida. Ya sabía él lo que aquello significaba; pero no hubo remisión de la pena y se vió obligado á hacer su parte de grulla entre risotadas generales.

Surgió después un lápiz, que resultó ser de Fico Suárez. Floro le condenó á responder «tres veces sí y tres veces nó».

—¿Si ó nó?—le preguntó Leonela.

—Sí.

—Que es usted un bobo.

—¿Sí ó nó?

—Nó.

—Que nunca tendrá una peseta.

—¿Sí ó nó?

—Sí.

—Que le darán calabazas.

Alegres comentarios sugerían las explicaciones de las respuestas siempre desfavorables para el vate; no siendo don Casimiro Foronda el que aprovechaba menos la ocasión de cebarse en su rival.

—Qué buenos ratos se pasan con estas cosas!—decía frotándose las manos.

Después de Suárez tocó el turno á Leona, que había perdido un dedal en la contienda y fué condenada á buscarse novio entre los concurrentes. La joven se dirigió á Don Casimiro, quien para prolongar la broma, le volvió las espaldas. De Fico no se diga, no quiso redimirla de la sentencia que él mismo había dictado. Floro con su natural bondad iba á sacar el alma del purgatorio; pero le quitó las ganas una mirada oblicua de su futura suegra. Leona se vió en el caso de recurrir á los viejos, empezando por Mendoza, el cual con una sonrisa ofreció su brazo á la muchacha y la paseó en triunfo de un extremo á otro del salón.

—Ah! picaronazo, ya te arrancaré en casa las orejas—le gritó Jacobita, abanicándose.

—Sólo queda una prenda—dijo doña Luisa.

—¿Una sola?—preguntó Leonela, mirando socarronamente á don Casimiro.

—Una sola; la última y la mejor de todas.

—Pues bien, condeno al dueño de esa prenda á que la regale á la Junta de Beneficencia Privada, para los pobres.

—¡Una onza, la onza de don Casimiro!—exclamó doña Luisa exhibiendo la reluciente pelucona.

Foronda se afanaba por sonreír, pero ardía por dentro como una brasa. Aquello era una emboscada, una sorpresa. En las reglas del juego no entraban las limosnas imprevistas. Leonela le hacía víctima de una broma de mal género y no estaba dispuesto á tolerarla, porque no había proporción entre el delito y la pena y porque su onza era de él, nada más que de él, de don Casimiro Foronda, no de los pobres de la Beneficencia Privada. Ya se disponía á protestar públicamente cuando vió que los ojos de Clara, aquellos lindos ojos llenos de luz y de promesas, le miraban fijamente revelando curiosidad vivísima por saber el resultado. Foronda comprendió que se iniciaba en su espíritu una lucha rápida y tremenda entre el diablo amarillo de la avaricia y el bello rapaz de alas de rosa y flechas de oro. Hizo un esfuerzo supremo, volvió á un lado el rostro para que la pálida deidad hija de Pluto no lo fascinara con sus resplandores y dijo á Leonela.

--Quédese con ella y haga usted misma la buena obra.

Una salva de aplausos coronó sus palabras, débil compensación á sus sinsabores de filántropo por fuerza.

—Me alegro—murmuraba Fico—para que no vuelva á darse tono con su dinero.

—Es la mejor broma que se ha dado esta noche—dijo Mendoza al oído de don Cosme.

No había acabado aún de pronunciar esta frase, cuando los tertulianos se vieron sorprendidos por una nueva visita. Valdespina estaba allí sosteniendo en su diestra un rollo de papeles.

Don Cosme se adelantó hácia él con apariencia de júbilo.

—Exacto como todo un inglés.... Y ¿qué tal de viaje, amigo?

—Perfectamente, gracias á sus buenas recomendaciones.

—Eso no vale nada; lo que siento es no haber podido acompañarle en persona.... Pero venga usted acá.... Aquí tiene usted á mi esposa. Tal vez no lo distinga bien á usted porque la pobre....

—Como la antesala está tan obscura—balbuceó doña Luisa, interrumpiéndole.

—También le presento á mis dos hijas, Clara y Leonela, aunque me parece que ya conoce usted á Clara.

—Creo haber tenido ese gusto....

—Don Carlos Mendoza, dueño del ingenio «Las Yaguas»....

—¡Ah, ¿el señor es el dueño de «Las Yaguas»?

—El mismo.

—Buena finca.

Don Carlos hizo una expresiva y cortés inclinación. Terminada la retahila de las presentaciones, Jhon

tomó asiento algo cohibido por la presencia de tantas personas para él desconocidas. Además, quería hablar de su negocio y el momento hubo de parecerle inoportuno.

—Y ¿qué tal le ha parecido el país? le preguntó Fico Suárez.

—Muy bello, muy rico y también muy atrasado.

—¿Qué quiere usted? La situación, el régimen imperante....

Fico se detuvo; recordaba con terror que la primera autoridad del pueblo había jurado hacerle «tragar algunas de sus coplas».

—Casualmente—dijo Mendoza—hace un momento hablábamos de usted y nos halagaba el deseo de que su viaje á este rincón se relacionara con alguna empresa provechosa.

—En efecto, he madurado un proyecto que juzgo ha de ser muy útil para ustedes.... Vengo á hacer un ferrocarril desde esta ciudad al surgidero de la Cotorra.

Los presentes se quedaron estupefactos... ¡Un ferrocarril...! Si ese era el ideal, la ilusión común tantas veces florecida y tantas marchitada por la severa lección del desengaño. Diez ó doce veces se había hablado de lo mismo, cinco ó seis proyectos habían surgido en distintas épocas y sin embargo siempre la misma cosa; primero el embullo, el entusiasmo, la alegría, después el desencanto y, por último, el olvido. Valdespina tocó la cicatriz y todos sintieron el dolor de la vieja herida. Les sabía á crueldad el que les hablaran de un propósito querido como se quiere

un imposible y que por lo tanto se guarda en aquel rincón de la memoria donde anidan al mismo tiempo los recuerdos amables y penosos.

—;Un ferrocarril... el ferrocarril de siempre, los palos de «La Luisa», los bocoyes de «Las Yaguas» rodando á razón de veinticuatro millas por hora! —pensaba don Cosme meneando la cabeza y dibujando una sonrisa helada como un témpano.

—Mucho hierro se necesita para eso—se atrevió á murmurar Urrabieta.

Don Casimiro no abrió la boca; estaba cabizbajo... Sólo don Carlos Mendoza acogió la especie como cosa muy natural y muy corriente.

—Es verdad que la empresa es un poco árdua, pero todo es cuestión de voluntad y dinero.

—Ya sé yo—se apresuró á responderle Valdespina —que el país no ha de facilitarme el capital, ni tampoco lo pretendo; pero éste no es un obstáculo que digamos. La casa de Smithson Brothers, de Nueva York, aporta tado el dinero que sea necesario para la realización del proyecto.

—Son dieciseis leguas de camino,—exclamó Don Cosme;—hay además una loma que no la trepan ni los chivos y un río que á cada vuelta pide un puente.

—No son dieciseis leguas; son doce, según mis cálculos y usted perdone si le rectifico.

—¿Doce? Explíquese, pues....

—Desde la costa al Corojal, la línea vendrá derecha como una regla. Hay muchas curvas en el camino real, curvas innecesarias en una vía férrea.

—Pero tendrá usted que coger los Cinco Pasos, y ¿cómo evita usted los puentes?

—Va usted á ver cómo los evito.

Valdespina desenvolvió su plano en donde estaban exactamente diseñados todos los accidentes del terreno.

—La verdadera dificultad consiste en el principio de la obra, en la cabeza de la vía, en la Ciénaga. Según mis observaciones y estudios, será necesario abrir un canal y emplear algunos miles de toneladas de piedra en el terraplén y el relleno. Sin embargo, la piedra nada me cuesta; el río me dá toda la que quiero. El monte se desnuda en poco tiempo y hay en él buenos palos de júcaro para traviesas.... De ahí en adelante no hay más que tender *rieles*....

—De todos modos, siempre nos hallaremos con los Cinco Pasos.

—Con los Cinco Pasos nó, con Cerro Cangrejo sí.

—¿Va usted á trepar por el Cerro? Digo, caso de que no intente usted metérselo en el bolsillo!

Don Cosme coronó su frase dándole esa expresión de ironía grosera, de burdo excepticismo con que la ignorancia ultraja á la sabiduría como la bestia deja caer su pata sobre la flor.... Valdespina se sonrojó por un instante; pero se repuso en seguida y le devolvió la cox de esta manera.

—Verá usted como se hacen esas cosas, señor Arencibia.... En primer lugar paso por detrás del poblado y luego....

—Se encuentra frente á frente del Cerro....

—Eso es, y cuando llegue la hora, le abro un agujero, le saco las entrañas y meto mis *rieles* por allí. Eso se llama un túnel, nombre que probablemente no habrá usted oído pronunciar hasta la fecha.... Por cierto que para abrirlo no necesito perforadoras; me bastan brazos.... Es un juguete, una bagatela.... A partir de ahí los obstáculos decrecen... Desde el Corojal á Jarabacoa echo por la izquierda; sólo hay algunas quebradas que no constituyen grandes impedimentos y desde Jarabacoa á esta ciudad, ya ustedes lo han visto, no existe la menor arruga en el camino.

Como se vé, la tertulia de Arencibia había tomado un aspecto imprevisto y singular. Diríase que en ella estaba dilucidándose el porvenir de aquella olvidada región y que se trataba seriamente de marcarle una ruta fácil y derecha por la senda del progreso.

Mendoza quiso agotar la materia, planteando la cuestión en su terreno.

—Convengo con usted, señor Valdespina, en que no hay obstáculo que no venza el genio de nuestro siglo; el ferrocarril correrá desde esta ciudad hasta el surgidero de la Cotorra; pero una vez hecho, ¿compensará los gastos enormes que exige una obra de semejante magnitud? ¿Hay productos suficientes para el tráfico? ¿Dará buenos dividendos? Ante todo seamos prácticos, no arrojemos al abismo enormes capitales por el simple gusto de tirarlos. Usted viene de un país en donde el hombre al poner el pie en tierra desconocida mira mucho donde fija el otro. Precisamente tal es la eterna lucha que sostengo con

mis paisanos que son demasiado idealistas.... demasiados soñadores.

—Yo le concedo de buena gana, señor Mendoza, que esos productos son hoy insignificantes y que no pueden alimentar un ferrocarril cuyo costo no bajará de tres millones de pesos; pero á los dos años de terminada la vía, cuando la locomotora sacuda á los remisos, la riqueza ha de triplicar por efecto de las mismas facilidades que se ofrecen á su desarrollo. Tengo estadísticas que tal vez ustedes no conozcan. El setenta por ciento de lo que produce esta región fertilísima queda estancado, muerto por falta de caminos. Ochocientos bocoyes elabora el ingenio «Las Yaguas».... el día en que tengamos ferrocarril será usted señor Mendoza uno de los hacendados más fuertes de la Isla. La madera que hoy está pendiente de las crecidas de las cañadas y los ríos ó que mata los bueyes en los pantanos, no perderá tiempo y hallará mejor salida que actualmente. Ese día, señor Arenceibia, cuando el tren se meta por el túnel de Cerro Cangrejo, no tendrá usted tantas piezas de caoba como tendré yo wagones con que llevarlas. El tabaco —y cuidado si es rico el de esta jurisdicción—ó se pudre ó se vende á especuladores sin conciencia. Ya verán ustedes lo que pasa con un vehículo rápido y barato.... Esto aparte, mi proyecto se enlaza con otro de colonias para siembra de frutos del país, los cuales desde ahora me comprometo á comprar sea cual fuere la ascendencia de la producción, por cuenta de Smithson Brothers.... Esa gente de Nueva York tiene seis millones de pesos para guardarme las espaldas.

Al oír esto Fico abrió los ojos dándoles las proporciones de dos tortas de casabe.

Don Casimiro venció por un momento su preocupación y todos miraron al ingeniero como se mira á una maravilla procedente de otro planeta.

—Yo deseo—continuó Valdespina—promover una reunión de hacendados y comerciantes, no para pedirles dinero sino para que presten calor moral á mi propósito; para que le den el apoyo de su nombre é influyan directamente ó indirectamente en los propietarios de las tierras por donde ha de pasar el ferrocarril á fin de que me ofrezcan facilidades, atendiendo á que éstos serían los más beneficiados con la empresa. En tal sentido señor Don Cosme, reclamo su cooperación y apelo á la buena voluntad de los señores que me escuchan.

Todos se ofrecieron deslumbrados por las bellas perspectivas que el ingeniero abriera de repente ante sus ojos. La hoja seca reverdecía de nuevo, la ilusión ya muerta empezaba otra vez á colorearse con los tintes de la vida. El recuerdo de la velada se conservó en la crónica del pueblo como un hecho extraordinario... ¡Hasta las doce de la noche no se cerraron las puertas de la casa de Don Cosme! El único que parecía indiferente á la conversación era Don Casimiro. ¡Pensaba en su onza!

FERMENTACION

El ideal tantas veces acariciado volvió á resucitar y pocos eran los que se sustraían á su acción fascinadora. En las ciudades del interior, en los pueblos sin contacto externo por lo común se piensa poco ó no se piensa nada; pero cuando cualquier estímulo provoca las energías mentales, hasta entonces inertes ó dormidas, la fuerza nerviosa de cada organismo se reconcentra en un lugar determinado, y como la chispa al caer sobre la pólvora, determina una explosión. Abrid al prisionero una ventana y con el rayo de sol que penetra en su calabozo penetrará en su espíritu otro rayo de luz divina que ensancha el espectáculo de la naturaleza con alegres perspectivas de libertad.

Decidle á un pueblo recluso en sí mismo, aislado del mundo por falta de comunicaciones, que tiene un vehículo para trasladar sus productos, para difundir su vida, para relacionarse con el universo y es lógico que tal noticia, como el alcohol, se le suba á la cabe-

za. En los Estados Unidos, en Inglaterra un tren se echa á rodar con la misma facilidad con que nosotros echamos á rodar una carreta. En otros países donde el progreso no anda tan aprisa, los postes del telégrafo, los carriles de una vía férrea, ejercen aún la atracción de lo maravilloso, de lo excepcional, de lo que no entra en el orden corriente de las cosas.

De aquí el entusiasmo, más que el entusiasmo, la locura de aquellas gentes cuando la buena nueva, con la velocidad del relámpago, se difundió por todos los ámbitos del pueblo. El papel de chispa en la general explosión le estuvo reservado á Fico Suárez. Casa por casa fué recorriendo cuantas tenía por costumbre visitar inoculando á todo el mundo con el virus de la estupenda noticia.

En la redacción de «El Crepúsculo», hubo un verdadero escándalo. Esto es, en el Director del periodiquín ¡fué donde se produjo ese fenómeno porque; aparte del auxilio gratis é intermitente que Fico solía prestarle, él solo constituía el cuerpo de redacción. Pero esta misma circunstancia centuplicó la fuerza de las emociones que embargaban al periodista, el cual nunca, ni siquiera en sueños, logró encontrar argumento posible para un artículo de fondo.

De la redacción de «El Crepúsculo» se dirigió Suárez á la «Gran Fonda de París». Iba á pagar la deuda de la cenata; de aquel agape «histórico»—como él lo llamaba—que le hizo admirar hasta la aurora toda la poesía de las estrellas. A más de esto quería aturdir al pobre Cornellas haciéndole saber qué clase de hombre figuraba entre sus huéspedes.

—Ya lo ve usted, don Primitivo; yo nunca me equivoco en mis apreciaciones. Es un sabio eminentísimo, un ingeniero que viene á hacer un ferrocarril, es decir, á comunicarnos en pocos minutos con el resto del mundo civilizado. Le felicito á usted y me felicito á mí; á usted porque con las nuevas comunicaciones ha de aumentarse, indubitablemente, el número ya crecido de sus huéspedes y me felicito á mí, porque hijo de esta localidad he de ver con orgullo como prospera un establecimiento que la honra. Ahora puede usted júzgar si eran ó no eran exactas mis noticias.

—Mare de Deu! muchacho; si nada me dijiste; si callabas como un monje de la Trapa.... Ahora mismo voy á dar órdenes para que pongan sábanas limpias á ese noy.

Cornellas estaba poseído de una excitación extraordinaria. Él también recogería su cosecha con la realización del magno propósito y, como era de rigor, se dejó dominar por la fiebre de ilusiones que enfermaba á todo el pueblo. Tal vez haría dos cuartos nuevos en el edificio; quizás enriquecería el moviliario con tres sillones de caoba y cuatro camas de hierro; en fin, podría muy bien suceder que comprara una docena de sábanas de hilo y media de almohadas de «miraguano». Ya no se trataba de «conservar», simplemente, sino «de elevar á mayor altura» el buen nombre del establecimiento....

Pero ñ donde Fico estuvo sublime, inspiradísimo y hasta onsmatopéyico fué en la barbería titulada «La Elegancia y el Aseo». Aquel lugar era el ágora, le

forum de la noble ciudad arrullada por el poético Cuabillas. Allí se decían las cosas más estupendas, lo que nunca se hubiera atrevido á insinuar «El Crepúsculo» sin grave peligro de todo «su cuerpo de redacción». Artes, letras, filosofía, política, chismecillos, cuentos, historietas, críticas individuales y sociales, todo encontraba respiradero en «La Elegancia y el Aseo». Lenguas y tijeras trabajaban al unísono y las reputaciones se cortaban con la misma facilidad que el vello por el filo de la navaja.

Poco antes de llegar Fico Suárez, se comentaba un hecho inaudito, sensacional, inusitado, que no era otra cosa el fenómeno de haber permanecido abiertas ¡hasta las doce de la noche! las puertas de la casa de don Cosme Fernández Arencibia.

—El viejo quiere darse tono implantando las costumbres de la Habana.

—Mejor sería que en vez de reuniones diera un baile y todos tendríamos un lugar en la *bachita*.

—¡Qué vá á dar baile! Así entraría todo el mundo y eso es lo que á él no le conviene. La aristocracia chico, tú no sabes lo que es la aristocracia... En su potrero don Cosme no suelta la chamarreta; pero cuando llega aquí se cuelga la levita y se convierte en un caballero titulado, en el Excmo. Sr. Marqués de la Malanga.

—¡Qué lengua, Monguito, qué lengua!.... Mira, arráncatela ahora mismo y dásela á Isidoro para que me afeite.

—Lengua ¿eh? Pues no he dicho ni la cuarta parte de lo que todo el mundo sabe. Desde que pusie-

ron escupideras no se puede entrar en esa casa sin tarjeta. Vaya! Allí sólo visitan personajes de mucho *ringo-rango*.... El señor don Carlos Mendoza Duque de Las Yaguas, el señor don Casimiro Foronda Barón de la Cotorra, don Crisanto Urrabieta y Garagurria Vizconde del Lingote y el Corrojo; un ingeniero recién llegado que resulta ser *Mr. de Lesseppe* «inventor del cable submarino»....

—¡Aguanta, canelo, aguanta!

—El poeta lírico-dramático, sentimental, etéreo y vaporoso, don Federico Suárez Valdés Longoria Martínez Pérez de la Cerda y Alvarez de Toledo.

—Échale, mi hermano!

—Con toda esa gente ya pueden ustedes figurarse si las señoritas de la casa sabrán darse tono despreciando á los jóvenes incivilizados de este pueblo.

—Vamos chico, que todavía te duelen las calabazas....

—¿Qué calabazas?

—Las que te dieron....

—¿Quién me las dió?

—Leonela.

—¿Leonela? Vaya un partido. Ni aunque me lo pesen en doblones.

—Eso dices ahora, porque mira ¡ni agua!

—Ustedes no saben lo que dicen.... Si yo hubiera querido....

—Bastante que quisiste; pero chico, aquellas no fueron calabazas, fueron globos terráqueos.

Las risotadas con que hubo de celebrarse la cogida de que fué víctima Monguito, impidieron que Fico

Suárez—el cual entraba en la barbería jadeante y sudoroso—se enterase de la cuestión puesta sobre el tapete y que tan alegres comentarios provocaba.

Fico saludó gravemente y se quedó callado en la expectativa de una oportunidad para soltar el notición.

—Aquí está el poeta, señores; el ilustre cantor «del patrio río»...

«Del Cuabillas que gime mansamente»

y también:

«Del guayabal, que borda sus orillas»...

—El señor don Federico Suárez Valdés Longoria Martínez Pérez de la Cerda y Alvarez de Toledo.

—El futuro yerno del Excmo. Sr. don Cosme Fernández Arencibia Marqués de la Malanga.

—El rival de don Casimiro Foronda Barón de la Cotorra.

—El amigo del ingeniero *Musiú de Lesepe* inventor de las hamacas y los colchones de plumas...

—Basta, señores, de burlas que no estoy dispuesto á tolerar bajo ningún concepto....

—Eh, eh! Se calentó Víctor Hugo....

—Nada de guasas con Lord Byron Suárez....

—Con Fico Homero del Cuabillas.

—Siga, pues, la broma—dijo entonces Fico cambiando de tono.—Veo con placer que están ustedes de buen humor.... No he de molestarme por eso.... «Stultorum infinitus est numero».... A ver quien de ustedes es capaz de traducir ese latinazo.

Fico paseó una mirada de triunfo por el salón y

con movimiento rápido se miró de perfil en uno de los espejos.

—Lo único que deploro—y lo deploro con toda mi alma—es que hagan ustedes objeto de chacota la personalidad distinguida de ese ingeniero, el cual no se llama *Musiú de Lesepes* como bárbaramente ha dicho alguien, sino Mr. John Valdespina para que ustedes lo sepan.... Ahora bien, ese ilustre sabio, ese dignísimo ciudadano de la gran república norteamericana, viene á darnos lo que en tantas ocasiones se nos ha prometido inútilmente, lo que queremos y no tenemos y lo que por lo visto no nos merecemos....

—¿Y qué es lo que viene á darnos ese mozo?

—Pues una bagatela; el ferrocarril de esta ciudad á la Cotorra.... Nada entre dos platos.

Todos se quedaron con la boca abierta.... Nadie se atrevió á lanzar el dardo de un epigrama....

—Sí, señores;—continuó Fico que se creía ya en terreno seguro—habrá ferrocarril. Hace cerca de un mes que tenía yo noticia del proyecto, pero cerraba mi boca una promesa inviolable de silencio.... Ahora es distinto y oigan ustedes con atención que la cosa lo merece....

Los del concurso formaron círculo á su alrededor; no querían perder media palabra.

—El tren sale de la Cotorra y *chis chas, chis chas*.... nos metemos en un túnel, es decir debajo de una montaña, de Cerro Cangrejo como quien dice.... *Chas chis, chas chis*.... pues á los quince minutos estamos en Jarabacoa....

Un ganadero á quien afeitaban en aquel instante,

volvió su rostro enjabonado para decir á Fico, brutalmente:

—Mentira; hay que tragarse algunas leguas y por mucho que arrée ese jaco tiene que sudar hasta los cascos para hacer el viaje en hora y media.

—La palabra imposible, señor mío, está borrada del diccionario de la civilización moderna. Los ingleses han hecho un vapor en cuya bodega puede meterse el Pico de Turquino; los americanos tienen buques que navegan bajo el agua y los franceses han abierto el istmo de Suéz, separando dos continentes como se parte una rosquilla....

A Fico se le agotó el caudal de erudición y el pobre ganadero bajó la cabeza abrumado por los portentos que, á guisa de peñascos, le tiraba el poeta para pulverizar su ignorancia.

—Repito—señores—que tendremos ferrocarril y escuso evidenciarles las consecuencias prodigiosas de tal empresa; el valor que adquirirán las tierras de esta comarca; hasta qué grado alcanzarán la producción y las facilidades que para su salida obtendrán nuestros azúcares.

Y Fico decía «nuestros azúcares» como si efectivamente los poseyera ó se reservara su porción en las zafras del porvenir.

Por su parte, «El Crepúsculo» hizo una campaña enérgica, brillante, esforzadísima. Hablaba de «los bellos horizontes que se abrían ante aquella abatida comarca»; del «faro esplendoroso que brillaba entre las espesas brumas del incierto porvenir» y se despa-

chaba á su gusto con otras imágenes adecuadas á su nobilísimo propósito....

Las gentes decían:

—Cuando ruede el ferrocarril iremos á pasear á la Cotorra.... Cuestión de cinco minutos.

—Pues yo haré una nueva casa de vivienda en mi potrero Bajayagua para ir tres veces al año con mi familia.

—Ya verán ustedes—agregaba otro—si entonces meto *viandas* y mangos en el Norte.

Valdespina estaba convertido en un ente sobrenatural ó poco menos. Se le señalaba con el dedo como á los grandes escogidos de la popularidad en el instante supremo de la apoteosis. Hasta el Comandante Militar—que era un soldado adusto y poco amigo de exhibirse—venciendo sus reservas tradicionales se adelantó á hacerle una visita en el fonducho de Cornellas. Mas no se detuvieron ahí los agasajos: una comisión de hacendados y comerciantes obsequió al ingeniero con un banquete en el Casino. Concurrieron al acto las personas más notables de la población presididas por «nuestra digna primera autoridad local», como se encargó de decir «El Crepúsculo» en una nueva avenida de metáforas.... Inútil es decir que se derrochó mucha elocuencia y mucho vino. Las imágenes poéticas rebullían con el champagne y saltaban sobre John como una granizada de brillantes.

Cuando el ingeniero se levantó á brindar lo hizo en los términos siguientes:

—«Señores: no tengo elocuencia. El idioma castellano que hablé en mi infancia, se me resiste ahora

por el uso de otra lengua durante veinticinco años consecutivos. Agradezco las frases que se me dirigen y brindo por los únicos que las merecen: los señores Smithson Brothers, de Nueva York».

EL BAILE DE LOS MENDOZA

Ello fué que la bulla ferrocarrilera duró mucho tiempo todavía y que sólo la proximidad del baile ofrecido por don Carlos pudo calmarla un tanto, llevando la imaginación y el deseo á la fiesta en perspectiva. Carlitos, el unigénito de los Mendoza, acababa de llegar de la Habana, y sus levitines ajustados á las caderas, sus pantalones bombachos que estrechaban en los bajos como si quisieran estrangular la garganta del pie y sus sombreritos que más parecían solideoş, hicieron, no sin ventaja, terrible competencia á la popularidad de Valdespina.

Éste había salido nuevamente con rumbo á la Cotorra para reclutar trabajadores y recibir el primer cargamento de materiales. Antes de marchar dejó constituida una comisión de propaganda bajo la presidencia de don Carlos Mendoza á quien creía un hombre práctico y de juicio equilibrado.

Don Carlos le rogó que honrara el baile con su presencia.

—Porque amigo mío, con este baile quiero festejar tanto el regreso feliz de mi hijo como la magna empresa que tenemos entre manos.... La asistencia de usted es indispensable; de no ser así tendríamos el retablo sin el santo.

Valdespina que no acertaba á comprender como podía festejarse una obra aún no principiada, le prometió complacerlo si las circunstancias no se lo impedían.

Las Arencibia tomaron la cosa con verdadero entusiasmo. Ya don Carlos había obtenido la ciega promesa formal de que las muchachas asistirían al baile y Canda se brindó á auxiliar á don Cosme en el cuidado de las dos.

—Buen gustazo para el diablo.... Pero en fin, Canda, tú darás cuenta á Dios de los pecados de mis hijas.

De allí en adelante Clara y Leonela no paraban la atención sino en el arreglo de sus trapitos que costaron muy buenos cuartos al papá. Clarita estaba alegre como nunca, Leonela fosca y reconcentrada, pero no por eso olvidó sus perifollos. Ya en la elección de pinta hubo un altercado ruidoso. Leonela se enamoró del color azul, mientras que Clara estaba decidida por el rosa pálido. Y era éste un problema gravísimo en cuanto nunca habían salido vestidas de un modo diferente.

—Yo iré de azul—dijo resueltamente Leonela.

—Pues irás sola.

—Pues iré sola.

--Soy la mayor.

—Bah! Cinco minutos ¿no es eso?

—¿Sabes que de pocos días á esta parte estás insoportable?

—¿Y sabes que tú hablas un poco más de lo que debes? Anda, métete con tus libros y déjame en paz ¿oyes?

Clarita abandonó el campo haciendo pucheros y soltando lagrimones. Doña Luisa intervino, se hizo traer las muestras como si efectivamente las pudiera ver y dictó su fallo inapelable. La voluntad de Leonela se cumplió: las mellizas irían de azul.

Todo esto no era nada comparado con los tropeles que pasaba Jacobita. ¡Pobre señora! Nunca había sudado tanto; aquello era un diluvio reforzado por un temporal de abanicazos.

—Ay! en mal hora se le ocurrió á Carlos meterme en estos trópicos.... Telesfora, ¿cuántos pavos han traído de la finca? ¿Seis? Son pocos; Foronda es capaz de comérselos él solo.... Y el suelo de este cuarto sin fregar todavía....! Pues estamos lucidos.... no sé cuando vamos á arreglar el tocador.... Si no puede uno fiarse de nadie; si estos criados son la haragenería personificada!

Y la infeliz Jacobita venciendo la pesadumbre abrumadora de su mole, corría á desfacer el entuerto y á dictar la orden terminante.

Luego, el unigénito, el Carlitos, estaba hecho un vejigatorio; nada de lo que veía le gustaba. La estación exigía un baile de las Flores, y don Carlos, que

era hombre que no cerraba el bolsillo en sus ostentaciones y vanidades, había pagado á peso de oro cuantas pudo conseguir en la ciudad y sus contornos, á fin de convertir su casa en un edén. La entrada, sobre todo, llamaba la atención con sus adornos de palmas y de hojas dispuestas artísticamente para dar á cada flor su estuche de esmeraldas. En el suelo se colocó una tira de alfombra que corría hasta la antesala y á ambos lados veíanse dos filas de búcaros conteniendo las plantas más bellas que crecen en el trópico. El efecto era vistoso; pero el sietemesino lo encontraba lamentable.

—Vaya por lo charro.... Eso de adornar la entrada con pencas de palma, no se vé ya ni en el Aguacate. Yo quisiera que «el viejo» hubiera asistido al último baile del Liceo de la Habana.... Hay que pintar las tinas y colocar esas macetas en jarrones de bronce. Por allá se estilan de porcelana de Sevres con guirnaldas que parecen naturales....

Y dicho y hecho empezaba una nueva danza de búcaros y tinas, otro arreglo en la decoración de flores y follaje, el derribo de un tabique para dar á la sala la conveniente amplitud y la instalación de quinqués y bujías que era el gran problema por la falta de gasómetro en el pueblo. Don Carlos se impuso un gasto excepcional, el de hacer conducir á lomo, desde la Cotorra, dos arrobas de hielo conseguido á fuerza de súplicas.... y *dollars* del capitán de un bergantín norteamericano.

—Ya verá usted, mamaita,—decía Carlitos excitándose con los recuerdos de la Habana;—á primera

hora los helados, por la madrugada cena con champagne *frappé*.

—Hijo ¿estás loco? ¡Cena á la madrugada!

—Sí, señora, de cuatro á cinco.... Esa es la moda.

Pero todo tiene su término en la vida y al fin llegó la noche designada para el baile. A las nueve, la mejor orquesta de la ciudad, la de *Menegildo*, rompió con unos lanceros que nadie se tomó el trabajo de bailar.... La casa rebosaba de gente y por la parte de afuera se agrupaba la muchedumbre formando murallas insuperables al paso de los invitados. Los esfuerzos repetidos, las recomendaciones solemnes de dos guardias municipales, eran inútiles.

—Señores, dejen libre la acera....

—Eh! no «arrempujen».

—Le repito que deje libre el sardinel.

—Va sin tocar ¿entiende?

—Primera «faltación....» A la segunda irá usted al Cuartelillo.

—La calle es del Rey.

—Pero están ustedes molestando.

—¿Y por qué no echa fuera á aquel señor? Porque tiene levita, eh?

Al fin y á la postre la multitud quedaba dueña del campo y los guardias en ridículo. Juancho y Capirro se habían encaramado en la reja de una ventana.

—Oye—berreaba el primero—allí está el «dotor-sito».... Por mi madre que es feo... Parece un mico.

—Caramba, Juancho, ¡qué mesa estoy viendo....! Uno, dos, siete, ocho «guanajos» en fila.... Y los dulces ¡á montones! Mal rayo me parta....! Si dejaran

dentrar.... Vamos á apear nos que ya empiezan á tocar una danza.

—Pues yo no me apeo.... Desde aquí estoy viendo al inglés.

—Dicen que va á hacer un camino por debajo de la tierra.

—¿Y tú crées eso?

—Pues no; ese hombre es brujo.... Acuérdate de lo del Guateque....

—Mira á don Fico bailando.... Parece que trepa una mata de coco....

En la sala hacía un calor insoportable.... Predominaba el tipo trigueño en todo su esplendor y lozanía.... Los trajes, sin ser de gran lujo, evidenciaban la nativa elegancia de la criolla. Eso sí, notábase un estiramiento absurdo, una expresión encogida é incomprendible. La orquesta que alborotaba ruidosamente en la antesala, pedía ecos de risa bulliciosa, acompañamiento de frases alegres para dar á la fiesta la animación que trae consigo la musa juguetona de la danza.

Pues no señor: muy lejos estaba el selecto concurso de jugar con la etiqueta. Durante los intermedios, los jóvenes se levantaban con solemnidad, medían á pasos majestuosos el salón y se acercaban ceremoniosamente á las señoritas que con una inclinación de cabeza concedían la pieza solicitada. Otras veces discurrían por la antesala como si temieran estrechar el lance de una conversación para lo cual no estaban preparados. Monguito, tan locuaz en la barbería, callaba como un muerto... Esto, como se comprenderá, sucedía al principio, pues á medida que avanzaba la

fiesta iban abriéndose las válvulas del buen humor y la confianza.

Cuando concluyó la segunda pieza, Jacobita se dirigió hácia un grupo de viejas amigas entre las cuales figuraba la de Urrabieta. La monumental señora de Mendoza fué objeto de una ovación.

—La verdad es que te has portado; hace mucho tiempo que no se ha visto un baile como éste.

—Ni concurrencia tan granada y numerosa.

—Y qué gusto en los adornos! Si estamos en medio de un jardín!

—Pues hijas, por mucho que agradezca esos elogios yo les aseguro á ustedes que no me vuelvo á meter en otra aunque me desuellen.

A poco rato pasó Fico, que saludó al grupo de matronas con graciosa sonrisa. Iba tomando notas, según dijo. «La entrada era una reproducción del alcázar de Flora y de Pomona.... Iluminación á *giorno*.... Trajes dignos de una recepción en el palacio de las Tullerías.... Dulces y helados riquísimos.... Los dueños de la casa, los galantes esposos Mendoza, multiplicándose en obsequio de los invitados....» El folletín sería digno de la fiesta.

Apenas había pasado el poeta dijo Canda á su vecina de asiento:

—Y qué olor deja ese maldito.... De seguro ha gastado un garrafón de bencina en quitarle las manchas á la ropa.

Las gentes serias del sexo masculino se habían refugiado en el despacho de Mendoza. Hasta allí llegaban las emanaciones excitantes de una gran mesa que

se extendía en el patio, ostentando orgullosa sus colmadas salvillas, sus arquitectónicos ramilletes de dulces y, sobre todo, sus diez pavos á guisa de otros tantos pedestales del genio de la gula.

Arencibia y don Carlos hablaban á media voz.... El abogado estaba apuradísimo....

—Los gastos de Carlitos en la Habana, el vencimiento de un pagaré y la corta zafra del ingenio, zafra que yo calculaba en mil bocoyes y no ha pasado de seiscientos, me tienen con el agua al cuello.

—Pues yo creía que estaba usted más desahogado....

—Debía estar indudablemente en otras condiciones; pero usted, que es un hombre práctico como yo, sabe que la pita se enreda cuando uno menos se lo imagina. Esa casa de Foronda me tiene comido por un pie. Figúrese usted que yo, según mis cálculos, esperaba un buen sobrante y ahora me sacan una liquidación en que estoy cogido todavía con ocho mil quinientos pesos. Ya se han tragado cinco zafras y se tragarán la sexta si usted no me tiende su mano salvadora.

—Bien, usted me dirá lo que desea.

—Psh! una bicoca; diez mil pesos.

D. Cosme se estremeció.

—Es una suma bastante fuerte; si usted registra mi casa desde mi escaparate á la cocina no la encuentra.

—Pero amigo Arencibia; yo no le pido nada; me limito á proponerle un negocio.

—¿Con garantías?

—Con todas las que quiera.

—Usted dirá.

—La cosa es sencilla; diez mil pesos á seis meses plazo, doce por ciento de interés y esta casa en primera hipoteca.

—No me convinen las casas. Quiero la hipoteca sobre el ingenio «Las Yaguas».

—¡Cómo le gusta á usted morder en blando!

—Los negocios son negocios y las personas prácticas como usted están al cabo de eso.

—Sea; tendrá usted la hipoteca sobre el ingenio. Ahora quiero saber que día podrá entregarme esa suma....

—Mañana mismo le daré una orden sobre la casa de Foronda.

D. Cosme salió al patio á tomar el aire. Como el Emperador Tito Flavio ¡no había perdido el día!

Apenas dejó libre su asiento, entró en el despacho Jhon Valdespina. Mendoza lo recibió con los brazos abiertos.

—Así deben ser los hombres; exactos hasta para los placeres.

—Bueno es que el cuerpo se acostumbre á todo señor don Carlos.... Desde que salí de aquí me han empapado doce aguaceros.

—Es que se vá usted aclimatando...¿Y qué tal la obra?

—Hasta ahora bien: yo creo que no tendremos de qué arrepentirnos. Hay brazos y buena voluntad.

—Me alegro no sólo por lo que concierne á la empresa sino por lo que en particular me atañe.... Tengo grandes proyectos.

—¡Hola!

—Al liquidar la zafra me ha sorprendido un sobrante; poca cosa... algunos miles de pesos, con los cuales, la verdad sea dicha, no contaba. Esto me anima á emprender ciertas reformas en el ingenio.

—¿En «Las Yaguas»?

—En «Las Yaguas». Hace ya días que estoy madurando mi plan; porque amigo Valdespina, si en algo me diferencio de mis paisanos es en la acción reflexiva que ejercito siempre aun tratándose de los detalles más nimios, de las cosas más insignificantes. Y por eso le suplico que me ilumine con sus consejos.

—Tendré mucho gusto; aunque el momento no es á propósito...

—Tiene usted razón; pero ya charlaremos sobre esto en otra oportunidad... Se trata de un tacho al vacío. En esta jurisdicción no hay ninguno hasta ahora y deseo ser el primero que lo instale.

—He visto funcionar algunos en Luisiana y me parece que acabarán con los trenes comunes.

—Ahí tiene usted la madre de mi idea. Me jacto de previsor y no soy de los que se dejan sorprender por los acontecimientos. Además, me propongo tender una vía férrea dentro de la finca para facilitar el transporte de la caña.

—Veo que va usted á hacer las cosas en grande.

—En grande no; me limito sencillamente á mis recursos... Pero le estoy entreteniendo estúpidamente. Usted, aunque ingeniero, es joven y tiene aficiones que yo por mi edad y mi carácter enemigo del bullicio no puedo apreciar ni comprender. Hablaremos cualquier día y por lo pronto vaya al salón á refrescar

el espíritu con el espectáculo sin igual que ofrecen las bellezas tropicales... No quiero ser egoísta.

Valdespina siguió el consejo y se instaló en un rincón de la sala observando con curiosidad el éxtasis de los bailarines que arrobados y sonrientes se abandonaban en cuerpo y espíritu á las voluptuosas embriagueces de la música criolla. Fijóse, con especialidad, en un joven de complexión recia y poblado bigote, que no obstante su áspera corteza masculina reflejaba en aquel instante una expresión incomparable de beatitud. Diríase que semejante roble gozaba, por el blando influjo de la danza, de los supremos deliquios de Santa Teresa al abandonarse á sus místicos amores.

Luego pasó Carlitos moviendo los pies y las caderas con rítmica y descarada sensualidad. Parecía soñar sobre el hombro de su pareja y sus cínicas narices se abrían como para recoger con delectación las eróticas emanaciones de la sala.

También bailaban Cachita y Floro, el cual había tomado el acto con impropia seriedad y semejava una máquina moviéndose pausadamente por un resorte. Lo que decía Canda, al verle tan seriote y acompañado:

—Este muchacho necesita que le pongan un cohe-
te en cada pata.

Terminada la danza, Leonela se sentó cerca de Valdespina; pero el compañero con quien acababa de bailar, se apresuró á apoderarse de la única silla vacante al lado de la joven. Era Monguito, nombre derivado de Ramón y de Mongo por una de tantas genialidades propias de nuestra lengua. El mucha-

cho no se andaba con chiquitas ni tampoco se preocupaba de los «globos terráqueos» que á cada momento le sacaban sus amigos y espetó á la doncella una declaración arrolladora y explosiva.

Leonela le oía y á veces hablaba ó sonreía. En ocasiones se tapaba la boca con el abanico mirando al suelo distraídamente y ¡cosa estraña! por primera vez no hirió á Monguito disparándole uno de los muchos epigramas con que eila le manifestaba su desprecio. Valdespina se levantó yendo á tomar puesto junto á Clarita sobre la cual se dirigía también Fico, que al ver ocupada la plaza dió media vuelta tocando retirada. Detrás de Fico iba Foronda con la misma intención participando á la postre del fracaso.

—No creía verle esta noche por aquí—dijo la joven al ingeniero.—Los de allá no son muy amigos del baile ¿verdad?

—No lo crea usted señorita; ese es uno de tantos errores que se aceptan sin saber porqué; sencillamente porque se emiten y nadie se toma el trabajo de desmentirlos. El americano es serio, formalote y trabajador desde las siete de la mañana á las tres de la tarde. De ahí en adelante cesa de ser un puerco-espín para convertirse en un hombre como todos los demás y hasta simpático y bromista si fuese necesario. Vaya usted á Newport, Saratoga, ó Richfield Spring y verá como allí los jóvenes también se entusiasman con el baile. ¿Qué digo los jóvenes? Viejos hay que aquí tendrían un rosario por toda compañía y que allá se divierten y bailan como colegiales en vacaciones. Eso sí, lo hacen con su cuenta y medida, por-

que entre ellos el baile es un pasatiempo, no una religión.

—Para que usted vea; á mí me habían dicho lo contrario...Y hasta cierta amiga mía apostaba que usted no bailaría esta noche.

—Dígame quien es esa amiga, que quiero hacerle perder la apuesta sacándola á bailar con este oso del Norte.

—Clara se ruborizó ligeramente.

—Bien—repuso Jhon,—á falta de ella me permitirá usted servirle de pareja. Soy muy pesado de cuerpo, aunque con un poco de buena voluntad puedo salir adelante. Digo, si no tiene usted inconveniente.

—Por el contrario mucho gusto, créame usted. Lo que siento es que le falten aquí aquellas damas tan elegantes y tan lindas. Dicen los que han estado allá que son blancas como la nieve y sonrosaditas como las manzanas... ¿Qué pensará usted comparándolas con nosotras las pobres guajiras de este pueblo?

—Pues va usted á saber lo que yo pienso. Aquellas damas tan vistosas, tan frescas y coloraditas no son más que figurines sin vida cuando se las compara con las de esta tierra. No se encuentra en ellas la expresión animada y viviente de las cubanas... Son hermosos, pero fríos ejemplares de mármol blanco.

—Es usted más indulgente con nosotras y más criollo de lo que yo me figuraba.

—Lo único que puedo asegurar es que casi todo lo que tengo de cubano se ha extinguido en mí durante veinticinco años de ausencia, menos la savia vigorosa que guarda el corazón para el amor. Algo des-

pierta en mí que me sorprende. Cuando llegué á Cuba luchaba con la extrañeza que me producía todo lo que me rodeaba. Las habitaciones, los alimentos, las leyes, las costumbres eran para mí como sueños y á veces como pesadillas; pero cuando alcanzaba á ver el semblante dulce, angelical de algunas de mis paisanas me decía «te conservas tal y como te guardaba en mi corazón y mi memoria; te reconozco; eres la misma; la que ayer me tuvo en su seno y sus rodillas y la que tal vez mañana me ciña con sus brazos. ¡Aún no soy extranjero en mi país!»

Clara le oía con placer indecible, con admiración y gratitud. Aquel hombre grave, frío, casi adusto, en un momento de íntima expansión había derramado sobre ella la lava encendida de su espíritu, dejándole ver un alma ardiente donde imaginaba hallar un cerebro de calculista petrificado por el álgebra. Cuando más se afanaba por buscar una frase digna de su interlocutor, sonaron los primeros compases de un wals alemán.

—Vamos—murmuró Valdespina—quiero que su amiga pierda la apuesta.

Esto diciendo tomó á Clara del brazo y en seguida sintiéronse ambos arrebatados por la bulla de la orquesta que arrojaba sobre el salón un torbellino de notas silbantes y huracanadas. Los concurrentes se fijaron en la nueva pareja con marcada curiosidad.

—¡El yankee bailando! Cosa más rara!

Y el ingeniero lo hacía de un modo inimitable. Su gallarda mole había adquirido una flexibilidad inesperada. Todos estaban admirados del fenómeno y

hasta los demás bailarores, dejaron campo abierto á la pareja excepcional. El salón era ya de Clara y Valdespina y lo recorrían en un doble movimiento de rotación y traslación que fatigaba los ojos y dejaba rezagado el pensamiento. Sin embargo, la joven no pudo resistir mucho aquellas tempestuosas sacudidas. Ebria, jadeante, sudorosa, se arrojó sobre una silla creyéndose víctima de un vahido. La música siguió sonando por algún tiempo como si no pudiera contener el impulso que los dos eximios bailarores le imprimieran... Al sentarse Clara, Jhon se inclinó sobre ella, echóle fresco con el pañuelo, le pidió mil perdones por su inadvertencia y no dejó su lado en el resto de la velada.

La afición evidente del ingeniero dió origen á multitud de maliciosos y agudos comentarios.

—El ferrocarril—dijo Monguito—corre á todo vapor hácia el potrero «Dos Jimaguas».

Mayor pábulo hubiera dado á la hipótesis aludida el hecho de acompañar Valdespina á las gemelas cuando llegó la hora del desfile, llevando del brazo á Clarita. Seguíanlos Leonela entre Fico y Foronda y á retaguardía iban Candita, Don Cosme y Urrabieta que había pasado la noche durmiendo en un butacón del despacho de Mendoza.

Leonela se reía á carcajadas como una loca. Nunca se la viera tan locuaz y expansiva.

—Fico ¿vió usted á Encarnadita? Estaba hecha un mamarracho. ¿Y á Fefa la de don Demetrio? ¿Y qué me dicen ustedes de Caridad Vargas? Tenía cascarilla por arrobos... Cuando empezó á sudar ¡calcu-

len! parecía que le estaba corriendo por la cara el suero de un requesón.

Y acto continuo sazónaba su terrible tijeiteo con estruendosas risotadas.

Al llegar á la puerta de Arencibia, dijo Jhon...

—Ahora, sabe Dios hasta cuando, pues estoy pendiente del primer cargamento de material. Dentro de quince minutos montaré á caballo para irme á la Cotorra. Es preciso aprovechar la fresca.

—Ya nos veremos—le contestó Don Cosme estrechándole la mano.

—Nosotras también nos vamos al potrero—dijo Clara—Hace ya mucho calor, ¿verdad papá?

—Hija estamos todavía á principios de año.... Veremos lo que tu madre dispone.

Despidiéronse todos. Fico y Foronda tomaron dirección contraria á la del ingeniero. Caminaron juntos un buen rato y apenas se dirigieron la palabra. Los dos tenían clavado en la frente el mismo nombre: el nombre de Valdespina.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

XVII

MANENGO

Manuel Rosales, alias Manengo, era un fornido mocetón que tenía bajo su custodia el potrero «Dos Jimaguas», con el título de mayoral encargado.

Cuando venía el dueño á la finca, Manengo mandaba hasta cierto punto, cuanto puede mandar un gran visir por la tolerancia ó el capricho del Sultán. Conviene saber que el joven, en su calidad de sobrino de doña Luisa, estuvo destinado á más ilustres fines que los de mayoral de una finca—siquiera fuese ésta de la propiedad de su pariente político don Cosme,—pues su excelente tía, por lo mismo que el mozo quedó huérfano, se empeñó en darle una carre-

ra, si bien Manengo, á su turno, se empeñó en no tomar el bachillerato á dosis de latín y matemáticas.

El dómine que había echado sobre sí la árdua tarea de descortezarlo, cansado de luchar inútilmente con cerebro tan rebelde declaró á don Cosme que Manengo sólo servía para ensillar caballos y que él, por su parte, estaba ya aburrido de quemarle las manos con la palmeta y de sacarle sangre á fuerza de furibundos disciplinazos.

—Lléveselo usted al monte, señor Arencibia. Es un verdadero salvaje que dará más resultados con la «guataca» que con el libro.... Tanto valdría enseñar gramática á un camello.

Y aquí tienen ustedes á Manengo con su gran sombrero de jipijapa, casi tan ancho como un paraguas, su machete colgado airosamente á la cintura, sus zapatos de becerro «virado» con espuelas de plata, su chamarreta y demás aditamentos del uniforme campesino. Estaba el muchacho en sus glorias y no hubiera cambiado su tremenda cuarta, con el cuero torcido en espirales sobre el mango, por el áureo cetro de un monarca. Era el hombre de la naturaleza que al ponerse en contacto con la amorosa madre había absorbido toda la savia potente de la vida. El boniato había hecho de él un animal, porque el boniato harta y embrutece.

De aquí su fenomenal desarrollo, sus manazas que parecían propias para abarcar el tronco de una seiba, su férrea musculatura que tenía la solidez y la consistencia del guayacán, su color tostado como la caoba, el impenetrable manigual de sus cabellos y hasta el

matiz particular de la naciente patilla, que recordaba el color rubio quemado de la barba del maíz.

Este aspecto de bárbaro no estaba en completa armonía con su carácter. Nadie más cruel con los negros de la finca cuando cualquier contrariedad le enfurecía; pero semejante dato no era entonces decisivo para juzgar á un alma. Lo peor de la esclavitud no es el daño material, la opresión física que hace sufrir á una raza inferior y desdichada, sino el caos moral, la confusión que trae al juicio de ciertas acciones monstruosas ó naturales según quien las ejerce ó quien las sufre. Con ella queda oscurecido un hemisferio de la conciencia. Así Manengo, rigo-rista con los negros, era bonachón y simplote en los demás actos de su vida.

Sentía una gran pasión por la música del país y como estaba dotado de buen oído, cada vez que salía á visitar algún amigote ó á dar una vuelta por la finca, acompañaba el rápido «gualtrapeo» de su caballo, entonando con voz plañidera décimas tras décimas, especialmente la que principia:

Cuba no debe favores
á ninguna extraña tierra...

ó aquella:

Nace el pez para nadar,
para el fuego el ajenibre,
el hombre para ser libre....

ó la tan sabida:

Cuando la luna declina
debajo de los mameyes....

Eran estos sus ratos de expansión y sencilla felicidad, pues dueño absoluto del escenario de la natura-

leza, sin testigos importunos y acompañado tan sólo por los trinos de las aves, el *siseo* de los insectos y los vagos rumores de los árboles, daba rienda suelta á su voz, prolongando la última nota que repetían con honda tristeza los ecos profundos de los bosques.

Pero Manengo tenía un incentivo más poderoso que la pasión desinteresada del arte por el arte. A tres cuartos de legua de «Dos Jimaguas», en el lugar denominado «La Yagruma», vivía pobremente una viuda cincuentona llamada doña Jerónima Moreno, en compañía de su sobrina Juana Felipa, hermosa muchacha que no había llegado aún á las veinte primaveras. Contaban por toda hacienda media caballería de terreno, un platanal raquítico, un bohío de yaguas y una mata de ciruelas. Lo que no daba la menguada finca, obteníanlo ellas lavando y haciendo jabas y sombreros de yarey.

Inútil es decir que Juana Felipa constituía el principal incentivo de Manengo, si bien hay que hacer al mozo la justicia de que, hasta entonces, no había ido más allá de un pellizco—que ella cuidaba de devolverle en seguida—ó de un encontronazo ó de otro desahogo por el estilo, cosa muy común entre los rústicos enamorados.

Cierto día pasó á mayores, es decir, se atrevió con un beso; pero la muchacha le dió tal revés que le hizo sangre la boca y, para colmo de desdichas, sintió el mozo por la espalda la caricia de un varapalo que doña Jerónima le aplicó con el asta de una escoba.

XVIII

IDILIO AL NATURAL

Una tarde, como de costumbre, montó Manengo en su potro «guajamón» y echando por la vereda de Casanova, que era la vía más corta, tomó el camino de la Yagruma. Tía y sobrina estaban aún en su labor rypiando yarey para despachar un pedido de sombreros.

Lucía Juana Felipa un túnico de listado azul con tanto almidón que, al tocarlo, sonaba como alegre pandereta. Y no era esto lo peor, sino que el talle subía dos pulgadas sobre la línea que exige la moda más rudimentaria. Un gran moño en que se hundía la típica peineta evidenciaba la riqueza de vegetación con que natura había vestido su gentil cabeza, no por silvestre indigna del lienzo y los pinceles.

Porque fuera de las incorrecciones y barbarismos de su traje, la muchacha parecía con razón apetitosa. Eran sus formas ricas y lozanas, las que sabe modelar

el organismo femenil sin la intervención opresora del corsé; el color trigueño con reflejos de bronce sobre-dorado; los dientes blancos y parejos y grandísimos los ojos encendidos por las candelillas del deseo. De natural bullicioso, cuando no movía la sin hueso para sazonar el desabrimiento del trabajo, gorjeaba décimas y guarachas sencillas y armoniosas como los cantos de los alegres pajaritos.

Cantando la encontró Manengo una bella tarde de Abril en que nuestro rendido galán hacía sonar más que nunca sus espuelas de plata, al poner el pie en el bohío, después de acomodar la bestia en el batey.

—¡A la paz de Dios! Qué hay de nuevo en esta casa?

—Pues... una docena de sombreros y dos de jabas que pide la tienda de Casanova. Conque mira si estaremos de humor para visitas.

Mientras la vieja se desahogaba de este modo, Manengo se acomodó en un taburete al lado de Juana Felipa, la cual rípiaba las secas hojas de yarey con increíble ligereza.

—¡Sinvergüenza, á buenas horas te apareces!...

—¡Por mi madre que el buey berrendo se «esnuncó» en la bajada de las Cruces.... Allí estuve con cinco negros y bregando, bregando, al fin tuvimos que desollarlo. Ya te he dicho que el viejo se pone como un chivo cada vez que sucede algo y no quiero cargar con el regaño.... Pero, prenda, ¿vas á estar rípiando hasta mañana?

—No, ya vamos de remate.... Creí que no vendrías hoy y ni siquiera me he puesto una flor en la cabeza.

—¿Y qué falta te hace? Estás hoy que te comería á mordiscos.... Jé jé jé....

Y Manengo sonreía con la cínica satisfacción del que desea y ve, no muy lejana, la posesión apetecida.

En esto se dejó oír la agria voz de Doña Jerónima.

—Juana Felipa no te distraigas y á ver si acabamos esos ripios. Ya sabes que esta noche hay que pasarla en vela tejiendo.... y están de más los estorbos. El que tenga trabajo á su trabajo y el que no, que se largue ó se ponga á comer «cirguélas» en el patio. Bastantes hay ahora.... La mata está parida.

—«Animala!»—murmuró Manengo, echando fuego por los ojos.

—Ya estoy acabando tía. Oye—agregó la muchacha al oído del mozo,—aguántate un poco que el tiempo está de chubascos. Todo el santo día se lo ha pasado regañándome.... Yo no sé lo que se trae entre manos, y como tú no te mueves ni dices nada....

—¡Por Dios, que ya estoy harto de esa vieja.... Ahora voy á hablarle clarito al tío, y si le gusta bien, y si no le gusta, mejor; pero antes de un año nos casamos. Pues.... En cuantico te conozca me dá la licencia de seguro. En todo caso yo el pan que le como se lo como con mi trabajo.

—Ella dice que tu eres más pobre que las chinches y que si no fuera por don Cosme.... Ese sí que tiene plata!

—Y cómo lo sabe?

—Dice también que tú vienes á divertirte conmi-

go y que, cuando pueda, va á hacer un viaje al pueblo para hablar con tus tíos.... Yo no le hago caso.

—¡Mal rayo la parta, por mi madre...! Espera cinco meses que ya entonces tendré veinte novillos y yo te aseguro que nos veremos de manos á boca con el cura de Jarabacoa. Yo le daré algo á ella para que se las arregle como pueda. En mi casa no ha de haber más hembra que tú.

—Hombre, si ella me ha criado.

—Te habrá criado y todo lo que quieras; pero me tiene tirria. Tal vez anda pensando en casarte con un hacendado, con el Capitán General ¿no es eso?

—¿Ya acabaste, Juana Felipa?—gritó nuevamente Doña Jerónima.

—Sí, tía, aquí están.

Juana Felipa se levantó llevándose el yarey convertido en finas hebras y Manengo aprovechó la ocasión para salir al patio.

La tarde—¡una tardé primaveral en el trópico de Cáncer!—hubiera convidado á la meditación á cualquier otro espíritu menos incivilizado que el del inculto mayoral de «Dos Jimaguas». Su burda naturaleza embrutecida aún más por los hábitos cerriles de su oficio, no era propia para apreciar la poesía de aquella hora en que los árboles salmodian sus rumores más solemnes y el sol, antes de hundirse en el ocaso, dibuja con pincel maravilloso arabescos de luz y de colores. La alusión descortés de Doña Jerónima le hizo fijar la vista sobre la mata de ciruelas, en la cual amarilleaba el fruto incitando á los golosos.

—¡Cómo ha parido este año! dijo el mozo en alta

voz, sin fijarse en Juana Felipa que había dado una escapada y le miraba sonriente.—¡Ah, eres tú, prenda.... Dime ¿ya acabó de gruñir esa vieja de los diablos?

—Sí, espera.... Desde el amanecer de Dios está como el ají. Ahora le digo que venía á descolgar la ropa.

—Dios te lo pague, hija.... Gracias á que tú eres la meladura de la casa.... Si no fuera por eso, á bien que le aguantara lo que le aguanto.

—¡Bah, haz como yo; por un oído me entra y por el otro me sale.... ¿Has visto que cargada está la mata?

—Eso estoy mirando; lástima que las «cirgüelas» se pudran.

—Aunque nos gustan muchísimo, aquí no las comemos. Se me hace cuesta arriba trepar para cogerlas.

—Si no es más que eso, ahora podrás llenar algunas jabas.

Manengo se quitó el machete y con espuelas y sombrero se montó á horcajadas sobre el árbol. La moza—nueva Danae—hizo con sus faldas un hondo receptáculo donde caía la fruta en espesa lluvia de oro.

—Eh! no más, que sobran Marengo.

—¿Ya tienes bastante?

—Sí, hay tantas que no puedo con la carga.

—Bueno; esas son las tuyas; ahora van las de tu tia.

En seguida empezaron á caer las verdes y las podridas.

—Haz, por tu madre, que se las coma. Quiero ver como revienta de un cólico miserere.

—Mira que te oye Manengo, y no quiero que tengamos jaranas. Bien; ya hay más cirguelas de la cuenta.... Me conformo con las mías. Apéate.

—¿Y qué me vas á dar cuando baje, prenda?

—Un pellizco por «careñudo».

—Así me des un «garnatón» que ha de saberme á panetela.

Una vez en tierra el galán, Juana Felipa le presentó sus faldas para que cogiese una ciruela. Que hizo entonces Manengo se ignora aunque puede suponerse. Ello fué que sonó un bofetón al mismo tiempo que las doradas frutas rodaban por el suelo.

—¡Toma, para que te dejes de «relambimientos»— exclamó la doncella con los ojos relumbrantes ó de ira ó de deseo.

Ya iba Manengo á contestar la valiente acometida de su novia con alguna bárbara caricia, cuando fijó los ojos en el camino que serpenteaba en lontananza.

—Debe pasar algo, porque veo venir al negro Bejuco—dijo mientras se sobaba el ultrajado cachete.

Acto continuo salió al encuentro del mensajero que le entregó una carta. Marengo la descifró como pudo.

—Vaya, mañana llegará el viejo con la familia y es una buena ocasión para arreglarlo todo.

—¿Vienen también las «jimaguas»?

—Así parece, á lo que colijo de la carta.

—Pues ahora no me quedo sin conocerlas.

—Bien; ya llegaremos allá; eso sí, no se muevan sin avisarme. Por lo pronto tengo que echarle las piernas á este jaco. Hay que arreglar la casa de vi-

vienda para que la familia lo encuentre todo en su lugar.... Pero dime ¿estás brava, prenda!

—Eres muy caretudo y como sigas así peleamos.... Ah, y le cuento la historia á tía Jerónima. Acuérdate del escobazo.

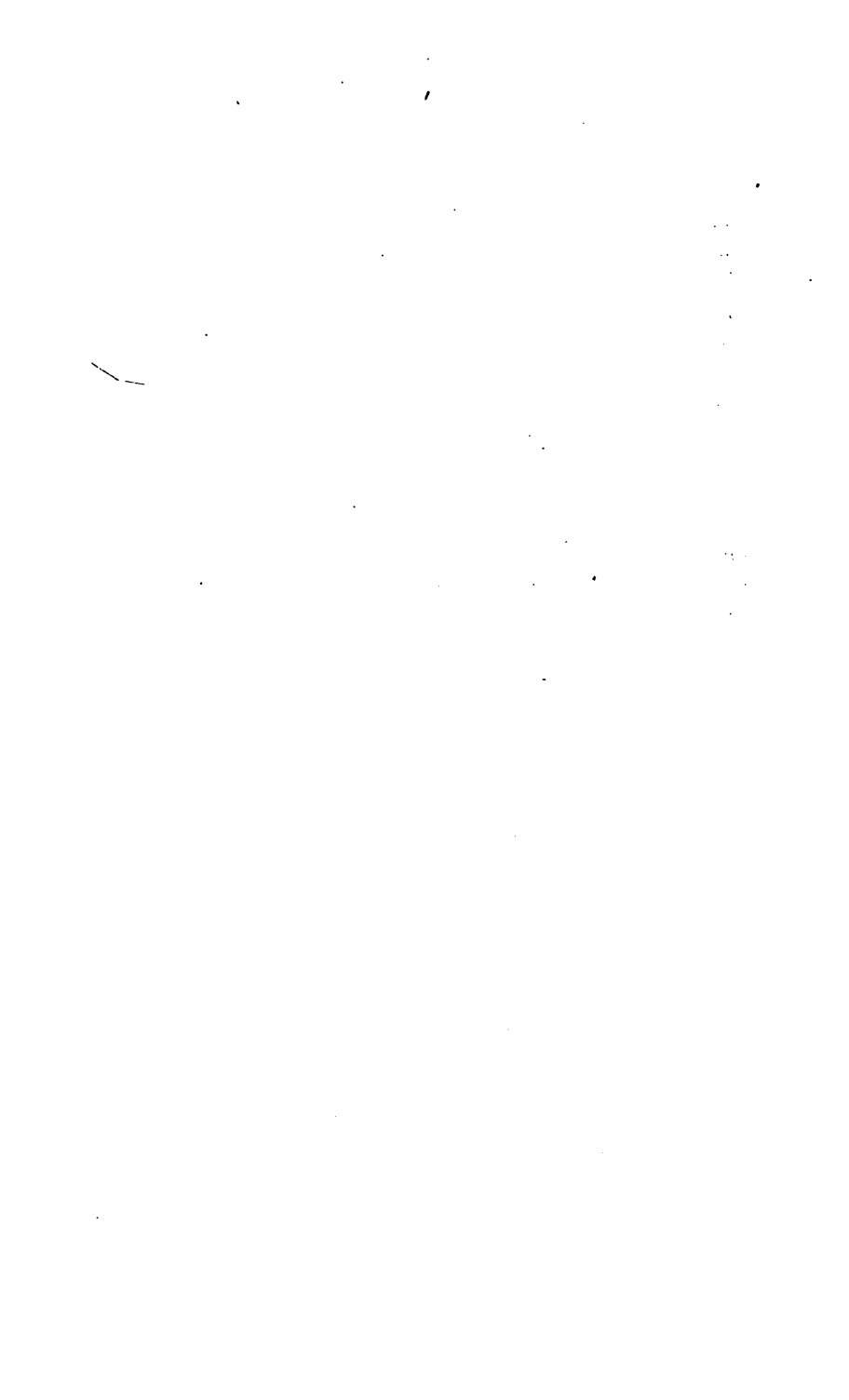
—No digas eso porque cojo esta jáquima y me guindo de la mata de cirgüelas.

—Ya sabes que te pasas de sinvergüenzón.

—Y tú de sabrosísima. Anda, dímele adiós á la vieja.... ¡Mal rayo la parta!

Apenas dichas estas palabras y hecho el amago de coger otra ciruela contestado por Juana Felipa con el amago de otro bofetón, salió Manengo al galope, mientras cantaba alegremente:

Flores de guatapaná
en la cinta del sombrero....



XIX

EN "DOS JIMAGUAS"

El potrero «Dos Jimaguas» era una de las mejores fincas del partido de Jarabacoa. Veinticinco esclavos de dotación, sesenta caballerías de tierra y mil cabezas de ganado no son un grano de anís como quien dice. El Cuabillas orlaba el límite oriental del potrero dándole agua, buenos pastos y poéticos rumores. Hacia el norte cortaba la hacienda la vereda de Casanova y por el sur confinaba con un monte firme que comprendía el riquísimo corte de maderas nombrado «La Luisa», propiedad también de don Cosme. El camino real se extendía frente á la talanquera, es decir, al oeste de «Dos Jimaguas».

La casa de vivienda sin ser un prodigio de comodidades y elegancia, encerraba todo lo necesario para la vida dentro de los hábitos sencillos que ésta impone en nuestros campos. ¿A quién se le ocurre pedir más en tales casos que algunos muebles, limpio catre, comi-

da sana y abundante, buen café, buen caballo y buen tabaco? Pues en ese orden de cosas era una finca modelo la hacienda de Arencibia.

Llegábase al amplio caserón por una hermosa guardarraya abierta en doble columnata de palmeras. Estos hermosos árboles con sus fustes rectos y erguidos, como los de los pórticos atenienses, y sus penachos verdes y correctos, suspendían de admiración á los más indiferentes que, por primera vez, contemplaban una obra arquitectónica de la vegetación cubana. De fijo que ningún soberano del viejo mundo tenía entrada más soberbia en el más suntuoso de sus palacios de recreo.

El frente principal de la vivienda se cubría con un colgadizo tan bajo que parecía dar con los bordes de sus tejas en la cabeza de los que entraban; pero abarcaba tanto espacio que en él hubiera podido bailarse con más comodidad que en cualquier salón de los del pueblo. Dentro ya de la casa, veíase la sala, holgadísima también; cuartos á derecha é izquierda y dando al patio otro colgadizo más pequeño que el anterior. El edificio era de tejas y mampostería y á él se agregaban para las necesidades domésticas y del trabajo propio de la finca, otros accesorios, sin contar con el barracón de los esclavos.

Por el patio y á la izquierda, el río formaba un barranco que parecía un balcón bajo un dosel de raso verde. Era un lugar amenísimo que convidaba á la siesta en las horas de bochorno. Conociace este rincón delicioso, impenetrable al sol, lleno de frescura y arrullado por la risa de las aguas, con el gráfico

nombre de «El Retiro».... En fin, podía decirse que el potrero «Dos Jimaguas» era un agradable refugio para los aficionados á las sencillas emociones de la estética rural.

Conforme es de suponerse, tan pronto como Manengo dejó el caballo libre de freno y albarda, puso en actividad la servidumbre para preparar alojamiento á la familia. Las carretas llegaron de la ciudad esa misma noche y esta circunstancia vino á sacarle de apuros respecto á infinidad de menudencias que nunca se le hubieran ocurrido.

—Mereja, que limpien bien esos «féferes». La tía Luisa no anda con juegos en estas cosas.... Bejuco, arma los catres.... Pero menéate negro de los demonios.

Daba mil órdenes á la vez y algunas contradictorias. Hubiera querido hacerlo todo por sí mismo, tender las camas, alinear los muebles, fregar los jarros y hasta beneficiar el cerdo que se preparaba para el recibimiento. El amor entrañable á su tía que era, á la vez, su protectora y cierto estímulo rudimentario que aun en los organismos psicológicos de orden inferior se manifiesta instintivamente cuando se trata de recibir con decoro á las personas á quienes debemos gratitud ó cortesía, obraban sobre Manengo con influjo decisivo. Pero había otra consideración que, á guisa de peñasco, pesaba sobre el espíritu del joven. Junto á faz dulce y atractiva de la ciega veía surgir el gesto avinagrado del sultán, quien con frase breve y cortante como el golpe de un hacha sobre el árbol, motejaba al mayoral sus deficiencias.

—;Mi caballo sin herrar! Bien, te pondremos á tí las herraduras... He visto una ternera cundida de garrapatas... Cuando digo que tú eres más animal que la res...

Arrullos de esta clase zumbaban á cada rato en sus oídos, haciéndole estremecer ante la promesa de otros reproches inesperados y violentos. Lo que Manengo hacía con los esclavos hacía don Cosme con Manengo. En la escala de las degradaciones humanas el que oprime halla siempre un peldaño en que apoyarse. A veces acariciaba la idea de arrostrar por todo, de escupir sobre el viejo toda la hiel condensada por los ultrajes recibidos, de abandonarle la finca y de irse á buscar fortuna á cien leguas de distancia; pero sus proyectos fracasaban al verse frente á frente de don Cosme. Formábasele un nudo en la garganta, se le paralizaba la lengua y sufría en silencio los insultos del tirano como el asno los golpes del ginete.

Sus temores eran más vivos porque la presencia de la familia exigía á su obscuro intelecto mayor gasto de reflexión para no incurrir en el olvido de algunos detalles referentes á la vida doméstica, hecho que hubiera avivado la cólera incorregible de don Cosme. Pero muy poco tiempo duraron sus legítimas preocupaciones. La gente llegó por la mañana y la acogida jubilosa de que fué objeto puso á todo el mundo de buen humor. La secular volanta en que hizo el viaje doña Luisa, pasó entre los animados grupos de los siervos que se disputaban el honor de besar la mano de su señora. Ésta se sentía contentísima.

—¿Eres tú Mereja? Ya lo creo que te distinguo.

He mejorado mucho de los ojos.... Por tí no pasan los años, hija... Quirino, muchacho, acércate; quiero verte.

—Soy Bejuco l'ama... Écheme su mercé la bendición.

—¡Ah, ya decía yo, mi negro Bejuco... Dios te bendiga hijo. Ahí te traigo unos calzones nuevos y á Mereja su pañuelo de Madrás... Pero Manuel, dame la mano... ¿cómo quieres que baje sola? Siempre tan encogido! Deseo ver cómo te la has arreglado para recibirnos... Por supuesto, los catres sin armar.

—Están armados, tía.

—Las sábanas limpias, ¿no es eso?

—Acaban de salir de la batea. Pregúntele á Mereja.

—¿Todo en su lugar?

—Tía, si por mí hubiera sido... Vamos, que se hizo lo que se pudo.

—Bien; veo que has estado diligente.

—Si usted supiera cuánto me alegro de su viaje...! Tenía que hablarle de un asunto... de un asunto no; de una cosa; vamos al decir, de un negocio; precisamente de un compromiso, de...

Doña Luisa que conocía ya estos galimatías de su sobrino cuando hablaba turbado, le cortó la palabra para preguntarle:

—¿Y qué compromiso es ese? ¿Has hecho alguna?

—No, señora, al contrario; es que...

El mozo iba á publicar su secreto, cuando se oyó una voz tremenda, la voz de don Cosme que gritaba:

—Manengo!

El pobre mayoral todo turbado y descolorido, acomodó en un sillón á su tía y con paso ligero se dirigió al lugar en donde sonaba la trompeta del juicio.

—El regaño es seguro—pensaba;—algún chismoso, Bejuco sin duda, le habrá contado la contingencia del buey berrendo.

Algo por el estilo debió suceder, porque se oyó muy claro que don Cosme decía:

—No fué el buey sino tú quien debió tirar de la carreta.

Leona y Clara se hallaban aún bajo el poder de Mereja.

—Válgame Dios—decía la negra;—¡si están como dos retoñitos, como dos clavellinas! El cielo me las guarde... ¡Y qué fuera yo á cerrar los ojos sin verlas otra vez!

Los demás esclavos las rodeaban, mirándolas como pueden mirar los insectos á los astros. Para que nada faltase, el perro «Sabroso» saltó sobre Leona poniéndole las patas delanteras en el seno palpitante. La joven lo acarició con pasión, le dijo mil ternezas y, después, entró en uno de los cuartos del ala izquierda.

—Oye Mareja—dijo á media voz;—lleva mi cama al otro aposento. Quiero estar sola.

Respecto á Clarita, inútil es decir cuanto gozaría acariciando sus proyectos de vida pastoril amenizada con poéticas lecturas.

—¿Y mi pollona ceniza, Mereja?

—El amo la mandó al caldero, niña.

—¡Pobrecita!... Dime, ¿todavía están por aquí las Rodríguez?

—No, se fueron á Cabarute.

—¿Y Petra Antúnez, aquella buena moza del Co-rojal?

Mereja sonrió con malicia.

—Yo no sé de ella, niña.

Clarita cambió de tema.

—Vamos, Merejita, que quiero dar un paseo por «El Retiro».

Era su sitio predilecto... Al pisar su alfombrado de hojas secas, mullido como pérsico tapiz, al verse bajo aquel toldo fresco y sombrío formado por espesos pabellones de ramajes y al escuchar la charla armoniosa de la corriente que en su sonoro baluceo le hacía misteriosas confidencias, sintió un hondo estremecimiento en todas las vísceras de su organismo, y la imagen de Valdespina surgió en su mente como un recuerdo dulce y como una promesa más dulce todavía.

TIA Y SOBRINA Y SOBRINO Y TIO

En medio de un grupo de trabajadores hallábase Manengo muy atareado en marcar unos novillos con el hierro de la casa. Una semana hacía que don Cosme estaba en el potrero y ya el mayoral había perdido la cuenta de los regaños recibidos. La reprimenda en sí era lo de menos; lo que más sublevaba á Manengo era el sentido de crueldad despreciativa que el viejo daba á sus desahogos. Por hábito ya antiguo, tomaba como punto de comparación un animal para poner á su sobrino debajo de la bestia. Véase la muestra:

—Ninguna de tus barbaridades me sorprende; tú naciste para la albarda..... Más confianza tengo en la inteligencia de ese potro que en la tuya.... Cualquier día me dirán, y he de creerlo, que en vez de tú enyugar al buey el buey te ha puesto el yugo.

De estas flores había muchas en el ramillete del mayoral de «Dos Jimaguas». Lo peor del caso era que don Cosme decía todas estas lindezas delante de los trabajadores y Manengo, para vigorizar su autoridad debilitada, se veía en el caso de hacer atrocidades con el «cuero». Por otra parte, los regañíos obstruían el ejercicio corriente de sus facultades, haciéndole más torpe que de costumbre. Por la práctica de su oficio y por nativa afición, nadie, en todo el partido de Jarabacoa, ensillaba un caballo ni enjugaba una yunta de bueyes con más facilidad y perfección que Manuel Rosales; pero bastaba que el viejo se pusiera á fiscalizar el acto para que Manengo no diera pie con bola. Y, claro está, sonaba inmediatamente el latigazo de un epigrama.

—Dicen que un herrero se pasó toda su vida haciendo un clavo y que luego la cabeza del herrero valía menos que la del clavo. Conque ya puedes aplicarte la consecuencia.

Tal era la disposición de espíritu del muchacho siempre que don Cosme honraba la finca con su presencia y tal era, también, en el instante en que marcaba las reses con el hierro. Temblando estaba de que el sultán apareciese, pues ya, sin querer, había quemado un novillo en el vientre haciéndole una llaga, cuando vió asomar por la talanquera á Doña Jerónima y sobrina. Instintivamente colocó el bárbaro instrumento en manos de Bejuco, para dirigirse hácia las guajiras á quienes saludó con marcada contrariedad, como si la visita, lejos de serle grata, viniera á crearle una situación comprometida.

—¿Por qué han venido hoy?—preguntó á Juana Felipa, poniéndose á su lado y dejando atrás á la vieja.—Todavía no he tenido tiempo de hablar con los tíos.

—Ya te digo que esta vez no se me iban las jimaguas sin conocerlas. Son muy bonitas, según cuentan.... ¿Qué mal hay en eso?

—Es que si el viejo averigua este lío antes de tiempo, vamos á tener quebraderos de cabeza.

—Que lo averigüe; mejor que mejor. Si al fin y al cabo todo ha de saberse, lo mismo es hoy que mañana. Y luego, como no es cosa de que una deba avergonzarse.... ¿No dices tú que el pan que comes lo ganas con tu trabajo?

—Juana Felipa—gruñó Doña Jerónima—no aprietes mucho el paso que tengo reumatismo en las rodillas.

—Y lo repito—continuó Manengo moderando un poco su andadura;—pero hoy está de un humor de todos los diablos y no quiero más tragedias. Al saber lo del buey berrendo, me echó la culpa como si yo hubiera estado en las Cruces cuando Dámaso y Quirino metieron á los animales en el barranco.... Y, vamos, que ya tengo los hígados en el gaznate. Esto vá á concluir en que yo haga una muy sonada.

—Bien, no te incomodes. Nosotras venimos á traer unos sombreritos de montar para las jimaguas.... Ya ves que con entregarlos, cerrar el pico y largarnos en seguida, todo queda arreglado.

Manengo respiró como si le quitaran un gran peso del corazón. De tan buen talante se puso que, por

primera vez en su vida, tuvo un rasgo de galantería ayudando á Doña Jerónima á subir la breve escalinata del colgadizo.

En la sala estaban la ciega y sus hijas, que se quedaron suspensas de curiosidad ante las recién venidas, las cuales fueron presentadas á su manera por el mozo.

—Tía, unas amigas.... digo unas vecinas.... eso es, unas mujeres de la Yagruma que traen sombreros para las muchachas.... Doña Jerónima Moreno y su sobrina Juana Felipa.

Luego pretextó tener que seguir marcando reses y salió de allí colorado como un tomate.

—Mucho gusto de conocerlas—dijo doña Luisa.— Acérquense un poco.... un poquito más.... así.... Tengo días en que no veo á cierta distancia y hoy es uno de ellos.... Ahora nos dirán ustedes lo que desean.

—Venimos á traer unos sombreritos de montar para las señoritas. Manengo nos dijo que como ustedes son tan buenas dispensarían la confianza.

—¡Y qué lindos están!—esclamó Clarita.—Son de yarey, con cintas y ribetes azules. Para el campo son muy graciosos. Míralos Leona.

—Es verdad, muy bonitos. Los estrenaremos en la fiesta del Patrono, cuando vayamos á Jarabacoa.... ¿Conque son ustedes vecinas?

—Sí, de muchos años,—se apresuró á manifestar doña Jerónima.—Vivimos en la Yagruma, á dos pasos; pero como somos «probes» y no tiene una en ocasiones trapos que ponerse, se nos hacía pesado aparecernos por acá.

—¡Bah!—dijo doña Luisa;—estos escrúpulos no rezan con nosotras. Cada cual es hijo de sus obras y todos lo somos de Jesucristo. Vengan ustedes cuando quieran que en esta casa serán bien recibidas. Además, son ustedes amigas de Manuel....

—Y más también, aunque él no lo haya dicho.

—¿Más también?... Pues no lo entiendo.

—Sí, señora, amigos viejos.... Allá que lo diga Juana Felipa.

La guajirita se ruborizó con los encendidos colores del ají maduro y para completar su expresión de exquisita pudibundez se puso á hacer pliegues con su falda sin apartar de ella los ojos.

Doña Luisa, á su vez, empezó á alarmarse con las reticencias sospechosas que creyó advertir en las palabras y, especialmente, en el tono de doña Jerónima, la cual aludía á una especie de lazo más íntimo que el de la amistad como existente entre los jóvenes.

—Vamos, explíquense ustedes—dijo temerosa de hallarse con alguna enormidad que pudiera ofender los castos oídos de sus hijas.

—Muchacha, ¿te han cortado la lengua para que no hables de lo que debes? ¿No venimos á contar lo que pasa?

—Pero tía ¡yo qué voy á hacer! Es verdad, Manengo es amigo.... me quiere con buen fin.

—Ah! bribonazo—exclamó algo más serena doña Luisa;—ya le daré unos cuantos coscorrónes para que no vuelva á enamorar muchachas sin consultármelo.... ¿Y cuánto tiempo hace que son ustedes.... buenos amigos?

—Huy! dos años y más—dijo doña Jerónima.—El jura que la cosa es seria, que piensa hablar con ustedes, que cuando tenga veinte novillos se la lleva á la «sacrestía»; pero el tiempo pasa y pasa y él no se decide y como esta muchacha es huérfana y yo soy su tía y la gente es muy chismosa y no quiero cargos de conciencia.... En fin bueno es que sepan todos lo que hay.

Clara y Leonela sonreían picarescamente; Juana Felipa continuó haciendo pliegues sin atreverse á levantar los ojos ni á mover los labios y doña Luisa demostraba hallarse poseída de la curiosidad más absorbente.

—Pues sí, señora; como ésta se halla en edad de colocarse y no se va á quedar para vestir santos y como el muchacho nada dice «veríficamente», yo he venido á poner las cosas en claro para que no se queje después si mi sobrina le falta á la palabra.... En estos asuntos hay que saber hilar y si él no puede que lo cante. Muchos hay, gente de plata, que se desmoronan por Juana Felipa y no estamos para perder las ocasiones.... Ustedes son ricas, no saben lo que es vivir con un racimo de plátanos y pueden esperar lo bueno que les caiga.... Otra cosa sería si pusieran el caldero con agua sola....

—¿Es decir que mi sobrino Manuel le ha dado palabra de matrimonio?

—Sí, señora; pero de ahí no sale.

—Pues nada me ha contado.... aunque ahora me acuerdo.... sí, algo tenía que decirme. Está bien; los casaremos; yo le regalaré los novillos que le falten

para completar los veinte. Es mi sobrino, hijo de mi hermana y debo hacerlo.... ¿Estás contenta Juanita? Ven acá, acércate.... Este día nublado me pone inútiles los ojos.... Eh!, sí, muy buena moza.... ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho, para servir á la señora.

—Manengo veintidós. Muy proporcionaditos.... Ya hablaré con él y, sobre todo, con mi marido. Bueno es vivir como Dios manda ya que por estos campos se ven cosas horribles. Clara, Leonela, llévenlas á dar una vueltecita por el batey y que tomen algo.

Las mellizas cumplieron el deseo de su madre y después de obsequiarlas á porfía, les prometieron una visita. Hubo más, Juana Felipa cargó con un paquete que contenía un traje casi nuevo de Leonela.

—Vivimos cerca de aquí—dijo la guajirita,—en un bohío que dá frente á la vereda. No hay más que tomarla y seguir derecho. El camino es bueno; se puede ir á pie.... Pero ustedes no «quedrán» ver tanta miseria.

—No lo creas, hija—exclamó Clarita con poética exaltación.— Me encanta esa vida sencilla; sobre todo el bohío de yaguas y esa mata de ciruelas que, según dices, produce tan buena fruta. En donde hay virtud y cariño hay felicidad y en donde hay felicidad no falta nada. Ya iremos por allí.

—¿Pronto?

—Muy pronto. Manengo nos acompañará.

Al fin se despidieron, tomando las guajiras el camino Real. Manengo que estaba envuelto en un va-

por repugnante de carne achicharrada, logró distinguirlas al otro lado de la cerca y soltando el hierro fué á cortarles el paso; mas tuvo que retroceder espantado. Don Cosme hablaba con ellas.

POLICARPO I

¡Vaya si aquel día se frió carne de puerco en «Dos Jimaguas»! Don Cosme sabía hacer las cosas en grande y mandó matar un cerdo de doce arrobas que desató un océano de manteca en los calderos. En todo el batey se respiraba el craso aroma y se oía el bullicioso hervidero de la fritanga. Mereja y Bejuco sudaban como buenos; la primera echando plátanos y sacando chicharrones y el segundo atizando el fuego con leña y virutas que chillaban escandalosamente al contacto de la llama. El general que dirigía esta batalla era Leonela. Clarita huyendo de tanta prosa se había refugiado en «El Retiro», donde, medio tendida sobre la hierba, se entregaba á la lectura de alguno de sus autores favoritos.

Mientras Leonela, recogidas las faldas, andaba á

saltitos para no ensuciarse con el fango sanguinolento y daba órdenes precisas sobre el almuerzo, don Cosme que había regañado mucho toda la mañana, hizo una seña á Bejuco, el cual se le acercó con el alma en un hilo.

—Oye bien lo que voy á decirte, negro. Esta tarde coges un costillar y lo llevas á «La Yagruma», á casa de doña Jerónima, esa viêja que antier estuvo aquí con la muchacha, ¿entiendes?

—Sí l'amo.

—En caso de que Leona te pregunte, le dirás que yo le mando eso á mi compadre Toñico.... Ah! lleva también una botija de manteca; pero ¡cuidado con lo que haces!

El infeliz Bejuco vió relampaguear en la severa mirada de don Cosme el castigo que le esperaba en caso de indiscreción. Oída la orden volvió á su tarea. Arencibia, á su vez, fijó la vista en la guardarraya, queriendo reconocer á dos ginetes que se acercaban.

—Son el Capitán y el Cura,—murmuró seguidamente.

En efecto, eran el Padre Juan Gallardo y don Policarpo Ruíz Maella, Capitán Pedáneo del partido de Jarabacoa.

Apenas puesto el pie en terreno firme, dijo el Cura con expresivo gesto de sensualidad y benevolencia:

—¡Hola, parece que hay bodas de Canaán en esta casa!

—¡Tate;—exclamó riendo don Cosme—ustedes han venido al olor de la «gandinga».... Leona, acércate que tenemos huéspedes.

El Capitán Maella, á título de hombre maduro é insensible—según decía—á cualquier otro afecto que no fuera el paternal, tomó un cachete de Leonela entre los dedos índice y mayor para retorcerlo suavemente, disimulando seniles apetitos con el pretexto de la confianza... El tal era un hombre sesentón, enjuto y desdentado. Vestía un traje indefinible entre militar y paisano; usaba bigote y perilla y era un rasgo típico de su fisonomía el de expresar algún deseo ó satisfacción apretando los marchitos labios que se hundían en la fosa del paladar por la falta de dientes que los contuvieran.

Desde el punto de vista oficial estaba pagadísimo de su puesto. A cada momento y con profunda delectación, ingería los cansados estribillos de «mi autoridad», «mis atribuciones», «el cargo oficial de que estoy investido», «las funciones que me conciernen en el ejercicio de mi mando», etc., etc. Si un mulo se rompía una pata y el dueño del animal no le daba «el parte correspondiente», tronaba «contra semejante desconocimiento de su autoridad en el territorio de su mando». Creía asumir—y en realidad asumía— todos los poderes, incluso el judicial, y eran muy comunes en él amenazas de esta índole:

«Oye, bergante, es preciso que andes muy derecho, porque si nó te pongo un grillete y te soplo para Céuta.»

El Cura no parecía tan tremendo en el ejercicio de su poder espiritual. Aunque su conducta no pecaba de muy correcta, era necesario reconocerle que no se distinguía ni por cínico ni por hipócrita. Si estaba

de buen talante daba con mano larga á sus feligreses pobres.

—Esas tres gallinas son para Ana Paula que está parida y no tiene que echar en el caldero.... A ver si llevan una carga de boniatos á Juan Ramón. Así almorzará algo su familia, porque, el pobre, anda comido de tercianas.

Su pasión favorita era la «valla». Gastábase gruesas sumas en la adquisición de gallos finos y apostaba buenos pesos que, por lo general, ganaba.

Su saludo á Leonela era invariable.

—Muchacha ¿cuándo te leo la epístola de San Pablo?

—Nunca, Padre,

—¿Vas á vestir santos?

—¡Dios me libre!

—¿Serás monja?

Leonela soltó la carcajada.

—¡Pues no veo á donde vas á parar!

—Cada uno se entiende.

—¿No hay moros en la costa?

—Ni cristianos tampoco.

—Diz que en la ciudad tienen ustedes muchos buenos mozos.

—Puede ser; pero ya le dije que cada una se entiende.

—¿Y Clarita?

—En «El Retiro».

—¿Qué hace allí?

—Leer y poetizar. Esa cabeza dá más humo que un tronco de leña verde.

Dicho esto entraron en la casa, no siendo escaso el júbilo de la piadosa doña Luisa al enterarse de la visita del ministro del Señor.

—Leonela, hija, es preciso preparar una taza de chocolate para el Padre, que es lo que le gusta en el almuerzo.

La verdad era que todos sentían un apetito declarado, ese apetito formidable que el campo despierta con su aliento regenerador y vigorizante. Clarita acababa de aparecer y todos estaban pendientes de su retorno para dar principio á la refriega. Una vez en la mesa y concluida la tregua de silencio que exigen los primeros bocados, el Cura tomó la palabra:

—Amigo Arencibia; tengo ahí mi pollo canelo, una criaturita que acaba de dejar á la madre, y pienso echárselo al «Cuatro-espuelas» del Capitán. Supongo que usted será de los míos.

—Siempre! Algunas onzas me cuesta ya el maldito «Cuatro-espuelas» y hay que darle muy duro á don Policarpo.

—Pierden ustedes, señores; cinco años hace que el Padre está con la misma y ya mi gallo tiene veinte peleas.

—Pues ahora apuesto hasta la sotana, aunque me esté mal el decirlo. Mi pollo es hijo del «Tostado» de don Brigido y de la gallina «Grano de oro» de los Hernández. Raza más noble que la de Osuna. En fin, allá veremos; las fiestas están encima.

—Y el dinero va á correr como nunca—agregó don Cosme.—El ferrocarril trae alborotado á todo el mundo.

El Pedáneo cambió de fisonomía y tomó el aire solemne que reservaba para las grandes ocasiones.

—No auguro nada bueno de esa obra—dijo.—Me parece que muchos se van á quedar colgados.

—¿Cómo, ¿por qué causa?—preguntó Arencibia.

—Porque veo algo que ni está muy claro ni huele bien tampoco; algo que....

Clarita aguzó el oído para no perder una sílaba. Leonela parecía ajena á la conversación, dedicándose con frecuencia á obsequiar á los huéspedes, principalmente al Padre Gallardo que apenas dejaba verse detrás de un Himalaya de arroz con pollo.

—Algo que puede perturbar el orden establecido—continuó el Capitán esforzándose en romper con los dientes que no tenía el inflexible carapacho de un chicharrón.

—Bah, bah! No sé qué tenga que hacer una cosa con la otra.

—Sí que tiene que hacer y mucho, amigo Arencibia. Ese hombre trae demasiado dinero para que no inspire sospechas vehementes á cualquier funcionario celoso de la tranquilidad y buen gobierno de sus administrados. Además, es un aparecido y ¡vive Dios! que hasta ahora mis esfuerzos han sido inútiles para averiguar que pata ha puesto ese huevo. Ayer mismo me lo encontré en el paso de Arroyo la Guáiba y me saludó mirándome por encima del hombro como si el Capitán Pedáneo del partido de Jarabacoa, que debe su nombramiento al Gobierno de S. M. y no por cierto al Presidente de la República de los Estados Unidos, fuese, vamos al decir, un títere, un qui—

dam, un cualquiera.... Bueno es que se hagan ferrocarriles y se emprendan novedades de ese jaéz, aunque hasta ahora lo hemos pasado muy bien con nuestras carretas y cabalgaduras; pero mejor sería para la obra que se contara con el apoyo ó la aquiescencia de las autoridades legítimamente constituídas.... En fin, no lo creerán ustedes; pero hasta la fecha ese señor no se ha dignado, así como suena, no se ha dignado presentarme sus respetos.

Maella volvió á emprenderla con el maldito cuero que continuaba en plena insubordinación. El Cura que ya había suprimido la cordillera de arroz con pollo, vió caer, por ministerio de Leonela, una terrible ración de «gandinga» sobre su plato. Animado con semejante refuerzo se atrevió á confirmar los razonamientos del Capitán en esta forma:

—Es que todos los extranjeros son por el estilo. Viven sin rey ni roque, con Lutero y compañía, y no entienden de fórmulas sociales.

—Porque son muy orgullosos y se las dan de que vienen á civilizarnos. A fe que me agradaría sentar la mano de duro á ese díscolo personaje; no para hacer gala de mi autoridad, pues ya saben ustedes cuan poco me preocupo de honores y grandezas, sino para que vea claro como el agua que la Ley no admite privilegios ni distingos. Allá en su tierra puede gobernarse como guste; pero en esta demarcación puesta á mi cuidado tiene que andar derecho como un huso.

Al acabar su perorata don Policarpo hizo un esfuerzo decisivo, y, entero y todo, empujó al rebelde chicharrón, comprimiendo con tal fuerza los labios que

pareció haberse tragado también la perilla y el bigote.

—Pues mire usted, Maella—dijo Clara;—el señor Valdespina ni es yankee ni lo que usted se figura.

—Cómo, ¿no es extranjero? Vaya, ese acento pronunciado, ese pelo y esa barba de otros climas, ese color encendido quizás por el abuso de la bebida ¿no están diciendo á voz en cuello la procedencia extranjera de semejante personaje? Sarà la primera vez que me equivoque en la larga práctica que he adquirido estudiando á gentes sospechosas.

—Por esta vez se ha equivocado usted; el señor Valdespina es del país—continuó Clara disimulando á duras penas su indignación.

—Nadie lo diría.... Y si he de hablar ingenuamente, las confidencias que tengo, en virtud de la vigilancia exquisita que exige mi cargo, me habían hecho creer todo lo contrario.

—Ese señor ha venido recomendado á papá.

—Por Gironella é hijos, mis corresponsales de la Habana, y hablando en plata me parece un mozo redondo.

—Lo celebro en el alma—dijo el Capitán meneando aún la cabeza como si no estuviera enteramente convencido.—Y más lo celebro ya que así me evito entrar en nuevas averiguaciones. Porque ustedes comprenderán desde luego que al depositar en mí su confianza el Gobierno de S. M., me impone la obligación de velar por el sosiego público y de cumplir los deberes anexos á la autoridad de que estoy investido.

Maella completó su esfuerzo oratorio encendiendo

un tabaco y el Padre que había terminado el epílogo de su tarea agotando el contenido de una escudilla de humeante soconusco, quiso dar un poco de tertulia á la ciega, hablándole de misas y sermones en perspectiva con motivo de las fiestas del Patrono. Pero don Cosme se encargó de romper el coloquio manifestando que Cura y Capitán quedaban en su casa, toda vez que él iba á dar una vuelta á su potrero.

—Este Manengo me lo tiene todo abandonado. Parece que anda en enredos de amores y hombre enamorado es hombre perdido. A bien que ya pondré el remedio.

—Nosotros le acompañaremos hasta la vereda, señor don Cosme,—dijo el Capitán.—Casualmente vamos con rumbo á Hoyo Colorado en donde tengo que enterarme de asuntos del servicio. Hay sospechas de que están cortando caoba en los montes de la Hacienda... ¿Puede usted concebir semejante audacia?

A poco rato salían en correcta fila los tres ginetes, y allí el Padre Gallardo hizo una apología de su pollo canelo vástago ilustre del «Tostado» de don Brígido y de la gallina «Grano de oro» de los Hernández. En cambio, don Policarpo estaba fijo en sus trece: el «Cuatro-espuelas» no tenía rivales ni competidores; era el Hércules con plumas del partido... Quizás se lo pintaba como una especie de gallo gubernamental, como una institución político-administrativa que debía imponerse á todo trance en obsequio al principio de autoridad.

Antes de llegar á la vereda don Cosme hizo alto.

—Yo voy á tomar este trillo, porque creo que me han cortado la cerca en el lindero de la Sigüapa.
¡Este Manengo!

Cura y Capitán se miraron con picardía, sonrieron socarronamente y siguieron su camino.

REALIDAD COLONIAL

La presencia de Jhon Valdespina marcó una huella profundísima en el partido de Jarabacoa. Su actividad extraordinaria, su increíble resistencia á la fatiga, causaron la estupefacción, el asombro de los habitantes de aquellos lugares. Era hombre que por la madrugada ponía las piernas en el caballo y á la caída de la noche dejaba medio reventada á la infeliz cabalgadura. No había pedrusco, zanja ó arruga del terrero que no estuviese anotado en su cartera, diseñado en sus planos, previsto en sus proyectos. De la Cotorra al Corojal tantas millas, tantos pantanos y cañadas, tantos trabajadores, tantas carretadas de piedra, tantos millares de traviesas y toneladas de carriles... Aquí una curva, allá un declive, acullá un puente y así todo lo demás.

A esto se unía el trabajo de bufete, las cartas é in-

formes á Smithson Brothers y las constantes excitaciones á Gironella para mover las perezosas voluntades burocráticas. Afortunadamente la activa razón social habanera supo manejárselas muy bien y el proyecto quedó listo en pocos días para su inmediata realización. En seguida empezaron las contrataciones, las importaciones de braceros, los desembarcos sucesivos de materiales, el movimiento febril, la vida fecunda en aquel rincón que antes dormía el sueño de la inercia y ahora despertaba en medio de las saludables agitaciones del trabajo civilizado. Bosques imponentes, maniguales, cañadas, lomas, pantanos, todo desaparecía al empuje de un ejército de obreros luchando con la rebelde naturaleza.

Jiménez se persignaba una vez más, considerando los prodigios realizados por el ingeniero.

—«Desque lo vide» la primera vez—decía—se me puso en la cabeza que ese hombre era brujo. Los mosquitos le huyen como al diablo y si me dicen que ha comido candela, lo creo por estas cruces. Cualquiera día verán ustedes que Cerro Cangrejo revienta como un triqui-traque.

La labor más difícil consistía en abrir un canal para el desagüe de la Ciénaga y allá fueron centenares de braceros que trabajaron como héroes mediante el enérgico incentivo de un jornal fabuloso para aquellos paupérrimos campesinos. Apenas se hicieron los primeros desagües y terraplenes, se dió principio á la colocación de los carriles, pues ya había algunas toneladas de ellos sobre los muelles de la Cotorra.

Y era mayor la animación del partido, porque si-

guiendo la costumbre norte-americana, Valdespina hizo nacer á poco con el nombre de Smithson-city, un pueblecito más decente y civilizado que la Cotorra, en donde se instalaron las familias de los trabajadores. El tal pueblo era un lindo juguete. Sus casitas de madera habían sido traídas del Norte en piezas numeradas. Casi todas tenían, con los enseres más necesarios, su pequeño jardín que les daba un aspecto elegante y agradable. Ya se había hecho el trazado de una capilla é instalado una escuela en el lugar de preferencia. Dos tiendas surtían á los habitantes ora de telas, ora de buenos comestibles y un botiquín garantizaba á los enfermos el auxilio de excelentes medicinas.

Este rápido despertar provocado en una comarca por hábito amodorrada, dió inmensa popularidad al ingeniero. Se había verificado una transformación milagrosa que justificaba la adhesión de los guajiros al espíritu vigoroso que los dirigía. Sobraba trabajo y la vena del dinero, impetuosamente desatada, iba á llenar todos los bolsillos. Eso sí era indispensable moverse de duro. Aquel hombre daba pan sólo al que sabía ganárselo. Y lo más admirable del caso era el orden, la regularidad con que marchaba la empresa, pues nadie se atrevía á levantar la voz sin peligro de inmediata expulsión.

Fuera de esto, en sus raros momentos de ócio, daba consejos prácticos y saludables á los labradores petrificados por la rutina.

—Hay aquí árboles tan altos que á su lado los de Europa no son más que mondadientes. Eso consti-

tuye una riqueza que ustedes no saben explotar... El arado que ustedes usan es muy primitivo. Yo haré traer unos de nueva invención que ahorran tiempo y tratan mejor á tierra tan agradecida... Además de tabaco y caña, siembren café y cacao, porque en la variedad de cultivos es donde está la riqueza agrícola de un país.

El capitán Maella veía semejantes novedades con indignación mal reprimida. No se explicaba como el Gobierno había dado privilegio á aquel hombre «para perturbar el orden establecido». Desde que el ingeniero había empezado los trabajos de la linea, nadie se acordaba de la primera—y única—autoridad del partido de Jarabacoa.

—Vive allí—decía señalando á Smithson-city—en plena república norte-americana. Yo no soy nadie para ese extranjero insubordinado, perturbador y declaradamente pernicioso. Antier me saludó en su jerga creyendo que no lo entendería y para darse el gusto de burlarse de mí. Lo peor es que me solivianta con su ejemplo á los sencillos habitantes de este territorio de mi mando. Treinta años hace que en diferentes destinos de la carrera administrativa he servido al Gobierno de S. M. y nunca he visto semejante desconocimiento de mi representación oficial y de las funciones que me han sido encomendadas.

Maella se propuso poner un correctivo al intruso, al forastero «díscolo, insubordinado, perturbador y declaradamente pernicioso», y después de meditar la cosa á sus anchas, se dejó sentir mediante un golpe maestro que por nada concluye con la empresa.

Algo había llegado á oídos de Valdespina, respecto al sordo disgusto «gubernamental», pero se encogió de hombros, porque nada tenía que hacer con las auidades, respetando, como tenía buen cuidado en hacerlo, las leyes establecidas. Por vueltas que le daba al asunto nunca pudo comprender como un ferrocarril, signo evidente de civilización é instrumento eficaz del servicio público, podía ser materia sospechosa para nadie. Ignoraba que, sin darse cuenta de ello, había herido la vanidad de un tiranuelo rural, del que se consideraba—más que el primero—el único escogido en aquella grey campestre, y este hecho, ridículo en otro medio más amplio, revestía los caracteres de un delito. Así fué que la realidad, como el célebre día del resbalón en la cañada, vino á despertarle con una fuerte sacudida.

Inspeccionaba, muy satisfecho, los trabajos de desecación que hacía la bomba de vapor en terreno cenagoso para instalar una plataforma giratoria, cuando recibió un aviso de Smithson-city llamándole con urgencia. Montó á caballo y apenas llegó á su despacho el segundo ingeniero le entregó una orden del Pedáneo ordenándole la inmediata suspensión de los trabajos á causa de haber invadido la línea los terrenos de la Hacienda, en los cuales se cortaba leña; «hecho—agregaba la comunicación del Capitán—que apareja causa criminal y por lo mismo me veo en el caso imprescindible de iníciar el expediente que es de rigor».

Valdespina palideció de indignación. La alcaldada de don Policarpo traía consigo pérdidas enormes

para su empresa. Era imposible suspender los trabajos de canalización. Un aguacero fuerte podía desbordar las aguas contenidas y en tal emergencia ya no se trataría de un mero revés, sino de una verdadera calamidad. Surgía, además, otro problema que se consideraba insoluble. Si la suspensión se prolongaba mucho tiempo, había que entretener á los trabajadores ociosos dándoles su salario, lo cual representaba gastos inútiles y enormes ó se hacía indispensable despedirlos, circunstancia que traería el descrédito de la empresa y una grave dificultad para reunirlos nuevamente cuando las circunstancias lo permitieran.

Valdespina, por un momento, perdió la sangre fría. Sus cálculos, sus constantes reflexiones, el peso y la medida á que sujetaba sus ideas pudieron preverlo todo, menos un incidente de semejante naturaleza. Ignoraba que con una visita á tiempo, con un saludo respetuoso, con algunos adjetivos sobaditos y aduladores, el problema hubiera quedado resuelto, la obra en buen camino y el principio de autoridad rural en todo su prestigio y esplendor.

Mas, para llegar ahí necesitaba un poco menos de experiencia científica y un poco más de experiencia colonial. Tal vez adivinó algo de esto instintivamente cuando se propuso ver inmediatamente al Capitán. Quería convencerle de que la concesión le otorgaba el pleno uso de los terrenos de la Hacienda en la cantidad que fuese necesaria para la construcción y explotación de la línea y que la leña estaba comprendida en ese caso.

Fué á Jarabacoa, pero tuvo la mala suerte de hallarse con la nueva de que el Capitán había salido, ignorándose con qué rumbo. Volvió el día siguiente muy temprano y entonces sí le halló en su casa, aunque la primera autoridad del partido le hizo saber «que no podía recibirle por impedírsele asuntos del servicio y que á su debido tiempo le tomaría la declaración correspondiente.»

Tal recado le supo á latigazo. Le contestó por el mismo mensajero que acudiría en queja á la autoridad superior y que se proponía pedir la indemnización á que hubiera lugar.

Doś días después, aprovechó el paso de un buque por la Cotorra y se dirigió á la capital del Departamento. Allí revolvió el cielo con la tierra, se presentó al Cónsul, hizo jugar al telégrafo y consiguió, al fin, una audiencia del Comandante General.

No se atrevió este alto funcionario á cubrir con su aprobación la responsabilidad en que había incurrido su subordinado y entregó una orden á Valdespina para la continuación de los trabajos prometiéndole que reprendería al Capitán «por su celo exagerado».

El Pedáneo se tragó la reprimenda; pero el daño estaba hecho, daño inmenso, aunque no irreparable. Valdespina se dedicó á remediarlo y, con voluntad indómita, en menos de una semana, puso la obra en sus primitivas condiciones. Sin embargo, por la primera vez en su vida sintió un principio de decaimiento, no en su cuerpo, duro como el granito, sino en su espíritu que estaba acostumbrado á luchar con las rebeldías de la naturaleza, mas no con las sorpre-

as de una Administración para él incomprensible. Desde ese instante presintió la fragilidad de su obra. Su fe virgen se resintió profundamente ante aquella acometida de la suerte y en lo sucesivo siempre que acariciaba un proyecto dejaba su parte á lo imprevisto que es en Cuba el factor por excelencia.

XXIII

SOMBRA Y LUZ

Como la complejidad de afectos es una condición permanente del espíritu humano, es preciso declarar también que Jhon Valdespina se sentía bajo el influjo de una atracción enérgica que le dominaba tenazmente. El recuerdo de Clara Arencibia, las dulces reminiscencias del baile de Mendoza flotaban como un polvillo de oro en su memoria y hacían latir las fibras hasta entonces inertes de su corazón. Había visto infinidad de mujeres más lindas que la mayor de las gemelas, pero ninguna que hablara de un modo tan grato á su espíritu hondamente impresionado.

Hubiérase creído más natural que la elección, la preferencia recayera sobre Leona, de carácter mucho más sólido que su hermana y, por lo mismo, perfectamente armónico con la complexión moral del ingeniero. Pero ya se sabe que en amor todo tiene su

lógica... menos la lógica. Valdespina se fijó en Clara porque sí, y lejos de simpatizar con Leonela, sentía cierta repulsión hácia ella por la sequedad casi imponente de la joven. La dulzura de Clara, dulzura nativa mezclada con cierta artificiosa ingenuidad que había estudiado en las novelas, le atraían como imán para él desconocido. Generalmente, los hombres de carácter austero son bien desdichados en la elección de compañera. Raro es el Sócrates que no halle su Xantipa y raro el Marco Aurelio que no tropiece con su Faustina. Entre dos señoritas, una de ellas sentimental y soñadora y la otra de condiciones inapreciables para la vida del hogar, Valdespina, el hombre práctico, optó por la primera. Tal parece que lo que falta en nosotros tratamos de encontrarlo en los demás. El alma helada del matemático pedía un soplo de calor á la exaltada sensibilidad de una mozuela.

Siempre que le hería su recuerdo se olvidaba de todo, incluso del grave propósito que le trajera á este país. Hasta entonces había vivido desposado con la ciencia, virgen pálida cuyas caricias si enardecen, si acaloran la mente, llegan como una ráfaga de aire polar al corazón. El amor es fenómeno de todos los climas; pero en el trópico se desarrolla con tal fuerza y lozanía que casi siempre es prematuro. A los treinta y siete años Jhon vino á pagar su tributo á la tierra nativa por una especie de segunda adolescencia. Cuando la obra de la línea férrea volvió á normalizarse, reparado ya el entuerto del Pedáneo, Valdespina pensó seriamente en una visita á «Dos Jimaguas».

vengo recomendado y con este título me atrevo á pedir el perdón de ese infeliz.

Manengo que, aparte de bruto, era también hombre de arranques sintió que el espíritu se le serenaba y dirigiéndose á Bejuco le escupió el perdón con estas frases:

—Anda, que si no es por este caballero no cuentas la fiesta de hoy.... El muy cachorro se está robando las viandas para llevárselas á la tienda á cambio de aguardiente....

El pobre negro besó la bota de su salvador antes de saltar la cerca con la ligereza de una jutía. Tan sublime y tan heroico como Mucio Scévola, había apurado el castigo sin tomarse el trabajo de abogar por su inocencia. Llevaba las viandas á la Yagruma, por encargo de don Cosme y, como éste le había recomendado el silencio, calló á costa de su sangre. La Historia que habla del sacrificio de Decio y el estoicismo de Catón nunca refiere estas heroicidades cuando las realizan los humildes.

Terminado el horrible incidente, Jhon y Manengo tomaron el camino con dirección á la talanquera.

—¿El señor sigue viaje ó quiere ver á la familia?

—Sí, quiero ver á la familia.

—Yo lo acompañaré. Estamos á dos pasos. Esta es la cerca del potrero.

Cinco minutos después, entraban los dos por la regia guardaraya á cuyo extremo se distinguía el colgadizo de la casa de vivienda y, bajo su techo, un grupo femenil; tres damas vestidas de blanco, una de las cuales se apoyó sobre la baranda para observar

mosa égloga de la esclavitud se realizaba viva ante sus ojos. Manengo, armado del odioso instrumento, azotaba ferozmente al negro Bejuco, quien sin exhalar un ¡ay! se doblaba y retorció en la epilepsia del dolor. La rota chamarreta del infeliz esclavo dejaba ver la piel infamada por los rasgos del cuero que había escrito allí un *inri* ignominioso con la sangre fresca de la víctima. Valdespina se emocionó terriblemente ante el bárbaro espectáculo y con la misma voz de mando que resonó en los campos de batalla en donde expuso su vida defendiendo la redención de los siervos, gritó al ministro inconsciente de la abominable servidumbre:

—No maltrate usted á ese hombre.... Es usted un bárbaro.

Manengo se volvió hácia el desconocido, lo contempló un instante, se apoyó sobre el mango del cuero y le dijo, torcida la faz y trémula la voz:

—Y á usted ¿quien lo mete?

Bejuco, mientras tanto, se había agarrado á una bota de Valdespina. Éste, después de recapacitar sobre la situación contestó en forma algo más culta al mayoral de «Dos Jimaguas»:

—Joven, usted dispense. Sé que no tengo derecho para hacerle observaciones; pero soy casi un extranjero y hace muchos años que no oigo hablar de un *boca-abajo*. Hasta la palabra se me había olvidado ya. Crea usted que sufro horriblemente con eso y no he podido refrenarme, por lo cual le suplico otra vez que me dispense. Soy amigo del señor Arencibia á quien

vengo recomendado y con este título me atrevo á pedir el perdón de ese infeliz.

Manengo que, aparte de bruto, era también hombre de arranques sintió que el espíritu se le serenaba y dirigiéndose á Bejuco le escupió el perdón con estas frases:

—Anda, que si no es por este caballero no cuentas la fiesta de hoy.... El muy cachorro se está robando las viandas para llevárselas á la tienda á cambio de aguardiente....

El pobre negro besó la bota de su salvador antes de saltar la cerca con la ligereza de una jutía. Tan sublime y tan heroico como Mucio Scévola, había apurado el castigo sin tomarse el trabajo de abogar por su inocencia. Llevaba las viandas á la Yagruma, por encargo de don Cosme y, como éste le había recomendado el silencio, calló á costa de su sangre. La Historia que habla del sacrificio de Decio y el estoicismo de Catón nunca refiere estas heroicidades cuando las realizan los humildes.

Terminado el horrible incidente, Jhon y Manengo tomaron el camino con dirección á la talanquera.

—¿El señor sigue viaje ó quiere ver á la familia?

—Sí, quiero ver á la familia.

—Yo lo acompañaré. Estamos á dos pasos. Esta es la cerca del potrero.

Cinco minutos después, entraban los dos por la regia guardaraya á cuyo extremo se distinguía el colgadizo de la casa de vivienda y, bajo su techo, un grupo femenil; tres damas vestidas de blanco, una de las cuales se apoyó sobre la baranda para observar

mejor al visitante. Era Clarita. Jhon que no había sacudido por completo la impresión angustiada de la escena relatada, cuando reconoció á la joven dió al olvido sus ideas pesimistas y hasta creyó que oreaba su frente un soplo suave de brisa fresca y perfumada. La acogida simpática que se le hizo, completó la satisfacción, el bienestar delicioso de que se hallaba poseído.

—Muy caro se vende usted—le dijo Leonela.

—No lo crea; desde que dejamos de vernos este es mi primer día de vacaciones y á ustedes lo dedico.

—Lástima que no esté Cosme.... Acaba de salir... Creo que trae entre manos una venta de novillos—murmuró doña Luisa.

—Pero no por ello me van á echar ustedes de la casa.

—Eso es—repuso Leonela—le vamos á echar después que almuerce con nosotras.

Clarita sonreía; pero callaba. En casos tales, parece que todo el mundo tiene el derecho de hablar, menos el interesado. Al tomar asiento Jhon se colocó junto á ella y algunas cosas dulces le diría, porque la joven, á falta de otras demostraciones más expresivas, le miraba con pasión y gratitud.

Después de almuerzo se celebró consejo y se decidió que irían todos á «El Retiro» que era la maravilla de la hacienda. Ir á «Dos Jimaguas» y no ver «El Retiro», valía tanto como ir á Suiza y no ver el lago de Ginebra. Valdespina bendijo su suerte, pues como doña Luisa optó por el brazo de Leonela, que era su habitual lazarillo, él tomó posesión del de Clarita.

VENTA DE AÑOJOS

Pocos momentos antes de llegar el ingeniero, salía don Cosme de «Dos Jimaguas». Se proponía—á juzgar por lo que dijo—dar una vuelta á la finca y vender unos añojos, si bien tuvo buen cuidado de advertir que no le esperasen á almorzar. Al principio puso á media marcha su caballo; pero al entrar en la vereda de Casanova partió al galope hácia la tienda.

Una sonrisa inconsciente iluminaba la expresión severa de su rostro y cálidas corrientes de juventud fundían en sus venas la nieve de los años. Quizás algún pensamiento jubiloso resplandecía en su espíritu, dulcificando aquella faz que, como cabeza de Medusa, petrificaba de terror á sus siervos y empleados.... Por una coincidencia feliz, la naturaleza con su expresión optimista justificaba el buen talante del tirano.

—Riquísima.... Mire los manguitos.... Son de corazón.... Ya están maduros.

—Bien; basta de noticias—dijo Leonela.—Volvamos para el batey que mamá se encuentra fatigada.

El regreso se hizo en las mismas condiciones que la ida. Clara apoyada en el brazo de Jhon y Leonela sirviendo á la ciega de lazarillo.

Cuando llegaron á la casa, el ingeniero pidió su caballo; pero la protesta fué general; no le dejarían ir antes de comer alguna fruta; la hora del refresco se acercaba.

—Además—expuso doña Luisa—el sol está tan fuerte todavía que me siento deslumbrada.... Los extranjeros, como usted, se hallan muy expuestos á tabardillos.... al vómito.

—Pero, señora, si ya estoy aclimatado.... El sol me molesta tanto como á usted la luz de una vela y el agua que cae me hace el mismo efecto que si rodara por un impermeable.... Pero no quiero que me tachen de ingrato; esperaré la hora del refresco y luego....

—Luego—le interrumpió Leonela—nos acompañará con la fresca á otro paseito.

—¿Otro paseito?

—Sí, á un lugar cerca de aquí; á la Yagruma; verá usted una guajirita que quizás le guste.

Jhon se rió, poniéndose colorado.

Todos aprobaron la idea; doña Luisa más que nadie... Tenía que arreglar el asunto de Manengo.

XXIV

VENTA DE AÑOJOS

Pocos momentos antes de llegar el ingeniero, salía don Cosme de «Dos Jimaguas». Se proponía—á juzgar por lo que dijo—dar una vuelta á la finca y vender unos añojos, si bien tuvo buen cuidado de advertir que no le esperasen á almorzar. Al principio, puso á media marcha su caballo; pero al entrar en la vereda de Casanova partió al galope hácia la tienda.

Una sonrisa inconsciente iluminaba la expresión severa de su rostro y cálidas corrientes de juventud fundían en sus venas la nieve de los años. Quizás algún pensamiento jubiloso resplandecía en su espíritu, dulcificando aquella faz que, como cabeza de Medusa, petrificaba de terror á sus siervos y empleados.... Por una coincidencia feliz, la naturaleza con su expresión optimista justificaba el buen talante del tirano.

La mañana desplegaba todos sus recursos como si quisiera solazarse en una apoteosis deslumbradora agotando toda su luz, derrochando todos sus matices y haciendo hablar á todos sus rumores. Nunca brilló un sol más encendido en el cielo azul de Cuba. Pegadas á las cercas, las clavellinas abrían sus labios rojos y amarillos pidiendo ósculos amorosos á los lascivos aires matinales. Los mangos lucían sus collares de frutos, verdes y maduros, á la manera de enormes joyas de oro y esmeralda. Las palmas, que constituyen la aristocracia de la vegetación tropical, permanecían inmóviles con la serenidad majestuosa que adoptan para con el vulgo las gentes linajudas. Asomaban tímidamente entre las hierbas, buscando su rayo de luz, multitud de florecitas humildes y olorosas. Allá, á lo lejos, el Cuabillas recitaba confusas estrofas de murmullos y, en todas partes, el astro rey con ardiente contacto avivaba la charla de los pájaros y el olor á tierra virgen con que el campo desayuna á los que van á sorprenderlo en su hermoso despertar.

Don Cosme montaba á «Careto» y el noble animal demostraba tales bríos que hubiera dado cuenta de otro que no fuera su habitual ginete; pero éste casi ni se preocupaba de su cabalgadura; era un hombre que dormía a caballo sin riesgo para su persona. Cuando más desprevenido se le creía, con un oportuno golpe de freno domaba al valiente potro que se quedaba parado, cabeceando y tembloroso.

Arencibia desmontó en la tienda de Casanova, en donde el Capitán y el Cura refrescaban tomando la mañana.

mas, dió rienda suelta á la endemoniada afición que le poseía. Claro es que se debatió de nuevo la eterna cuestión del pollo canelo y el invencible «Cuatro-espuelas». Para el Cura seguía siendo un dogma de fe la superioridad indudable de su pollo; para el Capitán un principio fundamental de gobierno el triunfo de su gallo. Don Cosme se arrimaba á la Iglesia complaciéndose en contradecir al brazo secular. Tanto fuego y tantas razones pusieron en la discusión, que habían sonado las tres de la tarde y todavía el punto no se hallaba suficientemente esclarecido.

Arencibia fué el primero en abandonar el campo. Iba—según manifestó—«á cerrar una venta de añojos» y no quería que le sorprendiera la noche, pues el individuo á quien tenía que ver se marchaba el día siguiente.... Sin embargo, ya fuese porque olvidara su propósito ó porque diera el negocio por fallido, el hecho es que picó á Careto con rumbo á la Yagruma, echó pie á tierra frente al bohío de doña Jerónima y entró en la miserable vivienda con el aplomo de un viejo amigo de la casa.

Ésta había variado de aspecto en cuanto podía consentirlo su pobreza primitiva. En vez de dos taburetes se contaban hasta cinco; revelábanse también como novedades estupendas una mesa de pino, algunos vasos de vidrio, tres escudillas de loza y una cafetera de hojalata. Mas no era esto lo único que llamaba la atención á los que recordaran la anterior miseria de las dos mujeres. En el batey discurrían seis gallinas y dos pavos, viéndose en la cercana pocilga un lechoncito que se revolcaba y gruñía

con la satisfacción grosera de estos indignos animales.

Mucho y pingüe trabajo debió caer á las pobres moradoras de la Yagruma cuando daban tan inesperado empuje al fomento de sus intereses, pues hasta en el aspecto de ambas se notaban síntomas de relativo mejoramiento.

Al llegar don Cosme, la vieja, con gesto imperioso, recomendó á Juana Felipa que pusiera el café en la candela para obsequiar á la visita. Hízolo así la joven y, una vez servida la taza, salió á una señal de su tía con el pretexto de tender ropa en el batey.

—Espero—dijo Arencibia—que sea cosa resuelta el asunto de que hablamos la otra tarde.

—«Asegún»—contestó la vieja, mientras ponía ojos y manos en el tejido de un sombrero.

—¿Y por qué la condición? Yo no soy hombre á quien se trate como á Manengo... hoy una palabra y mañana otra. Me gusta ir derechito al asunto y tantas canas tengo ya para perder el tiempo en dimes y diretes.

—No es que yo me eche atrás «verificamente», sino que es preciso ver las contingencias.

—Bien; hablemos claro, ¿ella me quiere ó no me quiere? Esto es lo que me importa.

—Lo que es quererlo sí lo quiere.... Buen trabajo me ha costado convencerla! Pero «aunque» ya no tenga ley al otro, está con miedo de que le arme alguna «alegatoria».

—No haya cuidado por eso. Si «gallea» lo mando al corte y le hago coger un hacha. Bien mirado no sirve para maldita la cosa. En «Dos Jimaguas» el día

mas, dió rienda suelta á la endemoniada afición que le poseía. Claro es que se debatió de nuevo la eterna cuestión del pollo canelo y el invencible «Cuatro-espuelas». Para el Cura seguía siendo un dogma de fe la superioridad indudable de su pollo; para el Capitán un principio fundamental de gobierno el triunfo de su gallo. Don Cosme se arrimaba á la Iglesia complaciéndose en contradecir al brazo secular. Tanto fuego y tantas razones pusieron en la discusión, que habían sonado las tres de la tarde y todavía el punto no se hallaba suficientemente esclarecido.

Arencibia fué el primero en abandonar el campo. Iba—según manifestó—«á cerrar una venta de años» y no quería que le sorprendiera la noche, pues el individuo á quien tenía que ver se marchaba el día siguiente.... Sin embargo, ya fuese porque olvidara su propósito ó porque diera el negocio por fallido, el hecho es que picó á Careto con rumbo á la Yagruma, echó pie á tierra frente al bohío de doña Jerónima y entró en la miserable vivienda con el aplomo de un viejo amigo de la casa.

Ésta había variado de aspecto en cuanto podía consentirle su pobreza primitiva. En vez de dos taburetes se contaban hasta cinco; revelábanse también como novedades estupendas una mesa de pino, algunos vasos de vidrio, tres escudillas de loza y una cafetera de hojalata. Mas no era esto lo único que llamaba la atención á los que recordaran la anterior miseria de las dos mujeres. En el batey discurrían seis gallinas y dos pavos, viéndose en la cercana pocilga un lechoncito que se revolcaba y gruñía

con la satisfacción grosera de estos indignos animales.

Mucho y pingüe trabajo debió caer á las pobres moradoras de la Yagruma cuando daban tan inesperado empuje al fomento de sus intereses, pues hasta en el aspecto de ambas se notaban síntomas de relativo mejoramiento.

Al llegar don Cosme, la vieja, con gesto imperioso, recomendó á Juana Felipa que pusiera el café en la candela para obsequiar á la visita. Hizolo así la joven y, una vez servida la taza, salió á una señal de su tía con el pretexto de tender ropa en el batey.

—Espero—dijo Arencibia—que sea cosa resuelta el asunto de que hablamos la otra tarde.

—«Asegún»—contestó la vieja, mientras ponía ojos y manos en el tejido de un sombrero.

—¿Y por qué la condición? Yo no soy hombre á quien se trate como á Manengo... hoy una palabra y mañana otra. Me gusta ir derechito al asunto y tantas canas tengo ya para perder el tiempo en dimes y diretes.

—No es que yo me eche atrás «veríficamente», sino que es preciso ver las contingencias.

—Bien; hablemos claro, ¿ella me quiere ó no me quiere? Esto es lo que me importa.

—Lo que es quererlo sí lo quiere.... Buen trabajo me ha costado convencerla! Pero «aunque» ya no tenga ley al otro, está con miedo de que le arme alguna «alegatoria».

—No haya cuidado por eso. Si «gallea» lo mando al corte y le hago coger un hacha. Bien mirado no sirve para maldita la cosa. En «Dos Jimaguas» el día

á los ojos de un sátiro experimentado como don Cosme. Las mejillas de la moza arreboladas por los esfuerzos de su labor en la batea, sus cabellos poéticamente desordenados, las amplias caderas redondas como las de una Venus clásica y la carne florida, juvenil y palpitante de los hombros desnudos, sacaron de quicio al viejo Priapo, al fauno senil de aquellos montes, el cual se hubiera desatado en sensuales galanterías á no cortarle la joven el intento para decirle con precipitación:

—Ahí está su gente!

—¿Qué gente? ¿Mi familia?

—Sí, los he visto asomar por la vereda.

Don Cosme se levantó apresuradamente y salió al camino para comprobar la noticia que, en efecto, era exacta, pues á poco entraba la volanta arrastrando á Clara y doña Luisa. Detrás iba Leonela en un soberbio potro y, á ambos lados de ella, Manengo y Valdespina.

—¿Cómo, papá! ¿usted por aquí?—le preguntó Clarita.

—Sí, hija; estaba en la tienda y no sé por qué me dió la corazonada de que ustedes vendrían. Lo cierto fué que se me antojó desmontar en esta casa y ya pueden ustedes ver que el viejo nunca se equivoca.... Pero ¡calle! el amigo Valdespina.

—Sí, señor; vine á hacerles una visita. He tenido el gusto de almorzar con su familia y sentí mucho que hubiera usted salido.

—¿Y no saberlo á tiempo! Vea usted las casualidades.... Hace días que estaba para cerrar un negocio

y hasta hoy no he podido rematarlo.... ¿Y, qué hay de ferrocarril? Ayer estuve á punto de darme una vuelta por allá, por.... *Remison*.... ¿Cómo le llama usted á ese poblado?

—Smithson-city.

—Smithson-city, eso es; pero, amigo, tiene uno que vivir esclavo de sus intereses por aquello de que el ojo del amo engorda al caballo y el que de otro se fia por pobre lo entierran.

Al hablar así, don Cosme tenía fija la mirada en Manengo que bajó la cabeza avergonzado.

—Nada, anímese á ir—dijo Valdespina—y verá como han progresado los trabajos. Apesar de las mortificaciones que me causó el procónsul que tienen ustedes en Jarabacoa, he tendido mis «rieles» en doce kilómetros de la Ciénaga. Ya he salido á terreno firme y dentro de unos días haré correr una «locomotiva» para activar el transporte de materiales.

Mientras tanto doña Luisa, con el auxilio de Manengo, había bajado del carruaje. Clara se apoyó en Valdespina y don Cosme fué en ayuda de Leonela.

—Muchacha, tú no las piensas. Ya te he dicho que no montes ese caballo.... Pero no tienes tú la culpa sino el pedazo de animal que te lo ensilla.

El dardo partió de nuevo rápido y silbante para clavarse en el corazón del mayoral de «Dos Jimaguas».

—Bah! pregúntele á Valdespina si soy ó no soy gineta.

—Amigo don Cosme, estoy asombrado del valor y audacia de su hija. Hace del animal un corderito y

vuela por encima de los obstáculos como un jockey inglés en las carreras de *steeple chase*.

—¡Hija de su padre!—exclamó don Cosme con ingenua y candorosa vanidad.

Doña Jerónima estaba lela ante la distinguida muchedumbre que honraba su bohío y aunque todo se le volvía decir:

—«Asiéntense» ustedes—comprendía la dificultad insuperable de colocar seis personas en cinco taburetes.

—Juana Felipa, pon café que las visitas «quedrán» tomar.

Esto lo dijo para salir del atolladero.

—No—manifestó doña Luisa—hemos venido á descansar un momento. No está bien que se molesten ustedes por nosotros.

Clarita quiso dar una solución al conflicto de los taburetes tomando del brazo á Juana Felipa y dirigiendo una mirada insinuante á su galán.

—Quiero dar una vuelta por el «conuquito».

—Y yo también—agregó Leonela.

Don Cosme que era, asimismo, de la partida, al pasar por el lado de Manengo, dejó caer estas palabras como plomo derretido: Tú estás aquí de más. Véte, que yo me encargaré de llevar á las mujeres.

El pobre mozo, trémulo y cabizbajo, se encaminó al sitio en que se hallaba su potro guajamón, y sin volver el rostro dió un salto sobre él y le hundió el acicate en el vientre alejándose á toda marcha, mientras un rugido tremendo, un «¡Maldita sea tu casta, viejo del demonio!» pugnaba por salir de sus labios contraídos.

y hasta hoy no he podido rematarlo.... ¿Y qué hay de ferrocarril? Ayer estuve á punto de darme una vuelta por allá, por.... *Remison*.... ¿Cómo le llama usted á ese poblado?

—Smithson-city.

—Smithson-city, eso es; pero, amigo, tiene uno que vivir esclavo de sus intereses por aquello de que el ojo del amo engorda al caballo y el que de otro se fia por pobre lo entierran.

Al hablar así, don Cosme tenía fija la mirada en Manengo que bajó la cabeza avergonzado.

—Nada, anímese á ir—dijo Valdespina—y verá como han progresado los trabajos. Apesar de las mortificaciones que me causó el procónsul que tienen ustedes en Jarabacoa, he tendido mis «rieles» en doce kilómetros de la Ciénaga. Ya he salido á terreno firme y dentro de unos días haré correr una «locomotiva» para activar el transporte de materiales.

Mientras tanto doña Luisa, con el auxilio de Manengo, había bajado del carruaje. Clara se apoyó en Valdespina y don Cosme fué en ayuda de Leonela.

—Muchacha, tú no las piensas. Ya te he dicho que no montes ese caballo.... Pero no tienes tú la culpa sino el pedazo de animal que te lo ensilla.

El dardo partió de nuevo rápido y silbante para clavarse en el corazón del mayoral de «Dos Jimaguas».

—Bah! pregúntele á Valdespina si soy ó no soy gineta.

—Amigo don Cosme, estoy asombrado del valor y audacia de su hija. Hace del animal un corderito y

vuela por encima de los obstáculos como un jockey inglés en las carreras de *steeple chase*.

—¡Hija de su padre!—exclamó don Cosme con ingenua y candorosa vanidad.

Doña Jerónima estaba lela ante la distinguida muchedumbre que honraba su bohío y aunque todo se le volvía decir:

—«Asiéntense» ustedes—comprendía la dificultad insuperable de colocar seis personas en cinco taburetes.

—Juana Felipa, pon café que las visitas «quedrán» tomar.

Esto lo dijo para salir del atolladero.

—No—manifestó doña Luisa—hemos venido á descansar un momento. No está bien que se molesten ustedes por nosotros.

Clarita quiso dar una solución al conflicto de los taburetes tomando del brazo á Juana Felipa y dirigiendo una mirada insinuante á su galán.

—Quiero dar una vuelta por el «conuquito».

—Y yo también—agregó Leonela.

Don Cosme que era, asimismo, de la partida, al pasar por el lado de Manengo, dejó caer estas palabras como plomo derretido: Tú estás aquí de más. Véte, que yo me encargaré de llevar á las mujeres.

El pobre mozo, trémulo y cabizbajo, se encaminó al sitio en que se hallaba su potro guajamón, y sin volver el rostro dió un salto sobre él y le hundió el acicate en el vientre alejándose á toda marcha, mientras un rugido tremendo, un «¡Maldita sea tu casta, viejo del demonio!» pugnaba por salir de sus labios contraídos.

Juana Felipa, que no se dignó dirigirle una mirada, seguía al lado de Clara, lamentándose de los escasos atractivos del lugar.

—Aquí hallarán ustedes poco que ver.... Matas de plátanos que cuando tienen racimos se harta una sólo de verlos. La de «cirguélas» es muy paridora; pero ya no tiene fruta.

—No importa, hay florecitas silvestres que son las que me agradan. ¡Qué clavellinas tan frescas y bonitas.... ¿verdad, Mr. Jhon?

—¿Le gustan á usted?

—Mucho.

Jhon improvisó ramilletes para repartirlos á las damas.

—Espero—dijo al oído de Clarita—que sus juramentos duren más que lo que duran estas flores.

—Gracias, señor mío.... ¿tan variable me supone usted?

—No lo permita Dios.... Sin embargo, dicen que en amor es cosa corriente la inconstancia.

—Entre los hombres, desde luego.

—Y entre las mujeres, también.

—Yo no soy de esa cosecha, aunque usted se lo figure.

—Pues yo me figuro.... vamos, que es usted un angelito.

—No tanto ¡por Dios! ¿Acaso en el Norte se aprende á hacer burla de la gente?

La conversación fué interrumpida por Leonela que se interpuso entre los novios, pues ya lo eran.

—Un nido, un nido.... Vea usted Valdespina; en esa mata hay un nido.

—¿Usted lo quiere?

—Sería mucho pedir.... ¿Quién lo cogería?

—Ahora veremos.

Jhon midió el árbol con la mirada, dejó el sombrero sobre la hierba, trepó por el nudoso tronco hasta agarrarse de la primera rama y se perdió dentro del follaje exuberante.

—Amigo, bájese—le gritó don Cosme—no le haga usted caso á esa locuela.... Diablo, si trepa como una jutía!

El árbol oscilaba pesadamente. Los secos crujidos de sus ramas mezclábanse con las dolientes querellas de la infeliz pareja avara de sus hijuelos. Reflexiones inesperadas pasaron por la mente de Valdespina. ¡Cómo pudo ocurrírsele la muchachada de subir á un árbol y coger nidos á guisa de pilluelo! Las condiciones de su carácter, adusto y á veces intratable, se iban modificando hasta ese extremo.

Cuando se fijó en su situación especial, trepado sobre una rama, lidiando por dejar sin prole á dos inocentes pajaritos y con tres espectadores femeninos que sonreían al verle oscilar sobre sus cabezas, sintió como si la oleada del ridículo encendiera sus mejillas. Pero ya era tarde; el ridículo mayor consistiría en bajar sin los polluelos. Tuvo, pues, que aventurarse hasta un lugar en donde la debilidad de las ramas presentaba un grave peligro para el peso de su cuerpo. Y en tanto que extendía la mano y se esforzaba inútilmente por asir el nido, los alados esposos revoloteaban á su alrededor entonando desesperadas elegías

que conmovieron, hasta lo más hondo, los instintos maternos de Clarita.

—Déjelos, Jhon.... ¡Pobrecitos!

El testaduro semi-sajón se había salido con la suya. Adelantó gallardamente un brazo y cogió el nido que puso en manos de Leonela.

—Es de tomeguines—dijo la agraciada.—Míralos Clara.

—No quiero, me dan lástima. Es una crueldad quitar los hijos á sus padres.

—¡Si serás boba, hija! Pues yo voy á cuidarlos mejor que sus papás. Todos los días les daré migas, los pondré al sol y cuando sean grandes ¡á la jaula!

Los pichoncitos estaban aún sin plumas y, con su intemperancia natural, extendían los abiertos picos hácia Leonela que se complacía en engañarlos dándoles el dedo.

—Eh! volvamos al bohío—dijo don Cosme—no quiero que la noche se nos venga encima.

—Volvamos—agregó Clara con sequedad.

—¿Está usted molesta?—le preguntó Valdespina.

—No.... ¿por qué he de estarlo?

—Como la veo así....

—¿Y qué tiene de particular?

—Mucho ó nada, según la causa.

—Es que me dá mucha pena ver esos pobres animalitos.

—Más pena debía darle yo, cuando se pone usted sería conmigo.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Y cuando vuelve?

—Cuando usted mande, salvo ocupaciones urgentes.

—¿Vá el día quince á Jarabacoa?

—Si usted vá sí, si usted no vá, nó.

—Iré.

—Déme alguna de esas flores.

Clara arrancó una de su ramo y la entregó al ingeniero.

—¿Está usted contento?

—Sí, la pondré sobre mi pecho.

—¿Qué boberías le está diciendo Clara?—preguntó Leonela interponiéndose otra vez.

—Nada, que soy un hombre sin corazón porque arranqué el nido de la mata.

—¿Eso dice? No me extraña de *Madama Remilgos*.

Leonela coronó su frase con una carcajada á toda orquesta.



EL CUERVO Y LA PALOMA

Doña Luisa había renunciado al paseo, tanto por necesidad de reposo como porque tenía que hablar á solas con la tía de Juana Felipa respecto del proyectado matrimonio. Escena singular en que se ponían frente á frente dos almas tan distintas como pueden serlo la perspectiva de una espelunca en donde reinan las sombras y aletean los murciélagos y el espectáculo que ofrece un campo verde en donde brilla el sol y los pájaros gorjean. Ambas mujeres representaban dos aspectos contrarios de la conciencia humana; la moral del deber y la moral del interés; el sentimiento puro, immaculado del honor y del decoro y la grosería del apetito ó quizás esa falta de escrúpulos que censuramos en los desheredados porque no sentimos el peso terrible de sus necesidades.

La expresión de una y otra reflejaba exactamente

do por su hombre y que del tal es ya la muchacha que quiere casar con el sobrino...

La guajira hubiera continuado haciéndose reflexiones por el estilo, si doña Luisa no reanudara su arenga para decirle:

—Ya sé yo que ustedes no están muy bien de recursos y esto no tiene nada de extraño, porque en el mundo no suelen andar apareadas la honradez y la riqueza. Pero ya que no sea posible remediarlo todo, de algo pueden servir á Juana Felipa estos regalitos, á más de otros que le tengo preparados para que pueda ir habilitándose... De Manengo no se hable; le completaré los veinte novillos y, también, como regalo de boda, pienso llenarle el baul de buena ropa y darle algunos pesos de mis ahorros.

La ciega tomó un paquete, que tenía á sus pies, y lo pasó á Doña Jerónima, la cual, con los ojos encandilados por la codicia, empezó á registrarlo febrilmente para ver, no sin desencanto, que se trataba de un dedal, dos carretes de hilo, un juego de agujas, unas tijeras, seis camisones y una estampita de la Virgen del Cobre.

—¡Valiente miseria; sermón tan largo para tan poca cosa!... En otros tiempos esos «féferes» hubieran remediado alguna necesidad, cuando Juana Felipa siempre que ensuciaba su único camisón se veía en el caso de lavarlo por la mañana para ponérselo por la tarde... Ahora era distinto; don Cosme iba á echar la casa por la ventana y la moza tendría más de lo que necesitaba: túnicos á elegir; medias por docenas; sayuelas bordadas; pañuelos y otras menudencias que

no las usarían mejores las jimaguas... Y eso no era nada; ya le había anunciado lo de la estancita cerca del pueblo, con lechones, vacas y hasta un jaco... Andando el tiempo, ¿quién iba á saber en donde pararían las cosas? Hasta el potrero podría ser de su sobrina... Como á Juana Felipa se le antojara, desde luego... Don Cosme babeaba por ella y con un poco de buen manejo el hombre se volvería un idiota y la muchacha vendría á ser dueña de él y de su bolsa... ¿Qué se figuraba la vieja predicadora?... Sentíase tentada de decírselo todo para que rabiase de lo lindo...

Sin embargo, como no era realizable semejante atrocidad, Doña Jerónima buscó dos ó tres palabras de forzada cortesía:

- Ella va á agradecerse mucho... Está desnuda.

—Es una niña muy inteligente y muy buena moza, si mis ojos no me engañan. Manengo no puede quejarse. Será una mujer honrada, hacendosa y trabajadora... El que sea pobre es lo de menos. Cuando yo me casé con Cosme no nos pusimos á averiguar lo que teníamos y, mire usted, no creo que en el mundo haya matrimonio más feliz que el nuestro. Aunque él tiene su genio, cuando le pasa el primer arranque es una oveja; y respecto á fidelidad, debo decirlo á boca llena, jamás me ha dado el menor motivo de sentimiento... Algo de eso habrá de pegarse á los muchachos.

Doña Luisa siguió disertando acerca de las excelencias de las virtudes conyugales con la unción y el fervor de una inspirada. Doña Jerónima la oía indiferente, impasible, sin mover un músculo de su cara

do por su hombre y que del tal es ya la muchacha que quiere casar con el sobrino...

La guajira hubiera continuado haciéndose reflexiones por el estilo, si doña Luisa no reanudara su arenga para decirle:

—Ya sé yo que ustedes no están muy bien de recursos y esto no tiene nada de extraño, porque en el mundo no suelen andar apareadas la honradez y la riqueza. Pero ya que no sea posible remediarlo todo, de algo pueden servir á Juana Felipa estos regalitos, á más de otros que le tengo preparados para que pueda ir habilitándose... De Manengo no se hable; le completaré los veinte novillos y, también, como regalo de boda, pienso llenarle el baul de buena ropa y darle algunos pesos de mis ahorros.

La ciega tomó un paquete, que tenía á sus pies, y lo pasó á Doña Jerónima, la cual, con los ojos encandilados por la codicia, empezó á registrarlo febrilmente para ver, no sin desencanto, que se trataba de un dedal, dos carretes de hilo, un juego de agujas, unas tijeras, seis camisones y una estampita de la Virgen del Cobre.

—¡Valiente miseria; sermón tan largo para tan poca cosa!... En otros tiempos esos «féferes» hubieran remediado alguna necesidad, cuando Juana Felipa siempre que ensuciaba su único camisón se veía en el caso de lavarlo por la mañana para ponérselo por la tarde... Ahora era distinto; don Cosme iba á echar la casa por la ventana y la moza tendría más de lo que necesitaba: túnicos á elegir; medias por docenas; sayuelas bordadas; pañuelos y otras menudencias que

LAS FIESTAS DEL PATRONO

Fico Suárez acababa de salir de la «Gran Fonda de Paris» y al dirigirse por la calle de Ricafort se encontró, de manos á boca, con don Casimiro. Los dos rivales se trataban con cierta reserva, pues no hay pasión como la de los celos para ahondar el abismo abierto entre los corazones. Sin embargo, uno y otro guardaban las formas y ponían empeño en mantenerse dentro de los límites de la urbanidad ceremoniosa que su misma posición les exigía. Después de saludarse con afecto aparente, entablaron el diálogo que sigue:

—¿Hacia donde, amigo Suárez?

—Hacia la oficina, amigo Foronda. He pasado un buen rato con don Primitivo, el cual se empeñó en darme de almorzar.

—Que le aproveche... Yo voy á una junta del gremio... Conque, hasta la vista, don Federico.

de granito. La sesión se hubiera prolongado más tiempo á no regresar los del paseo. En seguida se dio la señal de retirada. Ya estaban listos para emprender el viaje, cuando se le ocurrió preguntar á Doña Luisa:

—¿Y mi sobrino Manuel?

—Manengo se fué—dijo don Cosme.—Parece que tenía algo que hacer en la finca.

—Pues no lo entiendo!—murmuró la buena señora.

¡Caso ciertamente raro! Sólo la ciega notó la ausencia del desventurado mancebo.

LAS FIESTAS DEL PATRONO

Fico Suárez acababa de salir de la «Gran Fonda de París» y al dirigirse por la calle de Ricafort se encontró, de manos á boca, con don Casimiro. Los dos rivales se trataban con cierta reserva, pues no hay pasión como la de los celos para ahondar el abismo abierto entre los corazones. Sin embargo, uno y otro guardaban las formas y ponían empeño en mantenerse dentro de los límites de la urbanidad ceremoniosa que su misma posición les exigía. Después de saludarse con afecto aparente, entablaron el diálogo que sigue:

—¿Hacia donde, amigo Suárez?

—Hacia la oficina, amigo Foronda. He pasado un buen rato con don Primitivo, el cual se empeñó en darme de almorzar.

—Que le aproveche... Yo voy á una junta del gremio... Conque, hasta la vista, don Federico.

—Hasta la vista, don Casimiro.

Éste dió algunos pasos y luego retrocedió para preguntar como al descuido:

—Dígame—ahora que recuerdo—¿no se ha sabido nada de... la familia?

—Ni palabra.. Parece que toda esa gente se ha muerto.

—Según doña Canda es cosa hecha lo de Clarita con el yankee.

Fico adoptó un aire de olímpica indiferencia.

—Psh! desde hace tiempo lo tengo predicho.

—Yo también lo había «inaugurado»

—Que sean felices, pues... Y hablando de otro particular, ¿no va usted á las fiestas de Jarabacoa? Yo prometo mi ausencia.

—Por ahora no pienso... Pero se me acerca la junta y no quiero perderla.. Hasta luego amigo...

—¡Hasta el infierno!—murmuró Fico, apenas se extingió el último pliegue de la sonrisa conque hubo de obsequiar á su poderoso antagonista.

Cualquier observador hubiera notado que, al separarse los dos rivales, se dibujaba en el semblante de uno y otro la misma expresión de burla mefistofélica. Porque la verdad era que Fico, después de amansar á doña Eduvigis diciéndole que iba á una «comisión del servicio», obtuvo de su jefe ocho días de licencia «para restablecer su quebrantada salud». Don Casimiro, á su turno, había anunciado á Virués que se marchaba á Jarabacoa «con el objeto de descansar unos cuantos días de la agitación de los negocios».

Sucedió, pues, que, á la siguiente madrugada, mon-

tó don Casimiro un penco de alquiler, tomando resueltamente el camino de Jarabacoa. No habría caminado tres millas á paso de tortuga—el corcel no daba más de sí—cuando la marcha de otro caballo le hizo volver la cara, no siendo poca su sorpresa al reconocer en el ginete á Fico Suárez.

—Hola, amigo; parece que también usted se ha decidido á hacer el viaje.. Una humorada ¿verdad?

—Una humorada señor don Casimiro... Y la de usted ¿otra humorada, no es eso?

—Otra humorada y á fe que lo celebro; así iremos en compañía... Porque mi viaje ha sido improvisado, nada más que improvisado. Anoche me dije ¿qué demonio! bueno es salirse de la corriente y, dicho y hecho, aquí me tiene usted lidiando con esta fiera.

—¿Caramba, hombre, ni que nos hubiéramos puesto de acuerdo. Ayer, cuando nos encontramos, lo que menos me pasaba por la mente era subir sobre este jaco. Sin embargo, también yo celebro la ocurrencia ya que la suerte me depara tan.... amable compañero.

—Nada, que iremos juntos y así será más divertida la caminata. Eso sí, no arree mucho porque este potro se excita fácilmente... Refrescaremos en la tienda de la Anegada.

—En donde usted guste, don Casimiro. Estoy á sus órdenes.

Fico y Foronda siguieron viaje, departiendo sobre temas indiferentes y forzados, no por falta de argumento sino por falta de auditorio adecuado á la materia. El día anterior don Casimiro había cerrado

alma á las sublimidades celestes bajo las bóvedas de un templo. Algunas casas, las de mejor aspecto, se engalanaron con vistosas colgaduras, y en una de las boca-calles que daban á la Plaza, erguíase un arco de triunfo de estilo arquitectónico indefinible y hecho de ramajes y percalina. Había también por donde quiera puestos de frituras y también de estampas del santo con unos versitos al pie que empezaban en décima y acababan en soneto.

Desde la primera ojeada comprendieron Fico y don Casimiro que el grueso de los habitantes estaba en la Iglesia. A ella se encaminaron; pero fué inútil propósito el de entrar á causa de hallarse el templo henchido de feligreses. Decidieron, pues, éesperar la terminación de la misa y pasada media hora cambiaron sus saludos con las dos Arencibia, sus padres, el Capitán Ruíz Maella que lucía una encomienda en el pecho y Jhon Valdespina ingeniero de la línea del Corojal, como ya se la llamaba. El Cura, muy grave y sofocado, salió poco después á la Plaza é invitó á todos á un almuerzo.

—Yo hago los honores á nombre del santo Patrono y no faltará un bocado para ustedes.

Algo más que un bocado había en la morada del pastor de aquel rebaño. La cocinera, muy hábil en materia de platos criollos, desplegaba una actividad que excedía á toda ponderación. Chillaban los huevos en la sartén, asábanse los plátanos entre las cenizas calientes, nadaban en la manteca burbujeante las ruedas correctísimas de boniato, humeaba el tasajo del país sobre la parrilla, la carne frita hacía coro á

la algaraza de los huevos y allá en el patio, junto á la pared de la cocina, cruelmente atravesado por una estaca del rabo á la boca y sobre una hoguera digna de Torquemada, un lechón con los cuatro remos abiertos tomaba el brillo del oro al contacto ardiente de la candela.

Fico, á quien el viaje había servido de enérgico aperitivo, dilataba las narices con chocante intemperancia. El olorcillo pecador de los manjares le ponía fuera de sí y hasta se permitió bromear, desde el punto de vista hípico, á su compañero de caminata.

—Tres veces he visto en el suelo á don Casimiro, señores.

—No tal, y eso que mi caballo es muy brioso y espantadizo.

—¡Si es un penco de tomo y lomo!

Con estas y otras bromas por el estilo, esperaron la hora del almuerzo que fué saludada con aplausos. El Cura tomó la cabecera, no sin honda contrariedad del Capitán que juzgaba deprimida la representación de que se hallaba investido; á la derecha se colocó doña Luisa y á su izquierda don Policarpo. Los demás huéspedes se acomodaron en los puestos vacantes, quedando Clara junto á Jhon y Leonela entre Suárez y Foronda.

—¿Es cierto que está próximo el casamiento de Clara y el yankee?—preguntó el comerciante á la joven.

—Yo que sé!...

—¿Cree usted que me mortifica?

—Parece natural... ¡Tanto tiempo esperando y encontrarse con ese regalo!

alma á las sublimidades celestes bajo las bóvedas de un templo. Algunas casas, las de mejor aspecto, se engalanaron con vistosas colgaduras, y en una de las boca-calles que daban á la Plaza, erguíase un arco de triunfo de estilo arquitectónico indefinible y hecho de ramajes y percalina. Había también por donde quiera puestos de frituras y también de estampas del santo con unos versitos al pie que empezaban en décima y acababan en soneto.

Desde la primera ojeada comprendieron Fico y don Casimiro que el grueso de los habitantes estaba en la Iglesia. A ella se encaminaron; pero fué inútil propósito el de entrar á causa de hallarse el templo henchido de feligreses. Decidieron, pues, éesperar la terminación de la misa y pasada media hora cambiaron sus saludos con las dos Arencibia, sus padres, el Capitán Ruíz Maella que lucía una encomienda en el pecho y Jhon Valdespina ingeniero de la linea del Corojal, como ya se la llamaba. El Cura, muy grave y sofocado, salió poco después á la Plaza é invitó á todos á un almuerzo.

—Yo hago los honores á nombre del santo Patrono y no faltará un bocado para ustedes.

Algo más que un bocado había en la morada del pastor de aquel rebaño. La cocinera, muy hábil en materia de platos criollos, desplegaba una actividad que excedía á toda ponderación. Chillaban los huevos en la sartén, asábense ios plátanos entre las cenizas calientes, nadaban en la manteca burbujeante las ruedas correctísimas de boniato, humeaba el tasajo del país sobre la parrilla, la carne frita hacía coro á

la algazara de los huevos y allá en el patio, junto á la pared de la cocina, cruelmente atravesado por una estaca del rabo á la boca y sobre una hoguera digna de Torquemada, un lechón con los cuatro remos abiertos tomaba el brillo del oro al contacto ardiente de la candela.

Fico, á quien el viaje había servido de enérgico aperitivo, dilataba las narices con chocante intemperancia. El olorcillo pecador de los manjares le ponía fuera de sí y hasta se permitió bromear, desde el punto de vista hípico, á su compañero de caminata.

—Tre señores. ¿Cuántas veces he visto en el suelo á don Casimiro, espantado tal, y eso que mi caballo es muy brioso y listo.

—No. ¡Si es un penco de tomo y lomo! Con estas y otras bromas por el estilo, esperaron la hora del almuerzo que fué saludada con aplausos. El Cura tomó la cabecera, no sin honda contrariedad del Capitán que juzgaba deprimida la representación de que se hallaba investido; á la derecha se colocó doña Luisa y á su izquierda don Policarpo. Los demás huéspedes se acomodaron en los puestos vacantes, quedando Clara junto á Jhon y Leonela entre Suárez y Foronda.

—¿Es cierto que está próximo el casamiento de Clara y el yankee?—preguntó el comerciante á la joven.

—Yo que sé!...

—¿Cree usted que me mortifica?

—Parece natural... ¡Tanto tiempo esperando y encontrarse con ese regalo!

—Usted se equivoca, Leonela.... ¡Maldita la impresión que me ha producido la noticia! Hace mucho tiempo que decidí dejarme de eso.... Otra hay de sus mismas circunstancias y mayores atractivos que.... ¿Me entiende usted?

—No señor, no lo entiendo.

—Me explicaré más claro.... No estando como no estoy enamorado de Clarita y habiendo hecho este viaje bastante pesado en la no muy grata compañía del coplero su vecino, ya puede usted suponer el objeto que me trae.

—Divertirse.

—Divertirme no; ver alguna persona....

—¿Nada más que verla?

—Pues.... decirle....

—¿Decirle qué?

—Que me agrada.... que la quiero....

—Y ¿cómo se llama esa persona?

Los bríos de Foronda se agotaron; ¡jamás había hecho un esfuerzo semejante!... No pudo seguir y ahogó su declaración en un bocado.

—Leonelita acepte usted esta fritura—díjole Fico, cuando vió que había terminado el diálogo con Foronda.

—No tengo ganas.

—¡Qué! ¿me desaira usted?

—Bueno, venga la fritura para que no lo tome á desaire.

—¡Oh, sería una crueldad incalificable!

—Vamos, hombre....

—¿Que no? ¿Por quién se figura usted que he de-

en ciertas diversiones pecaminosas que recordaban los juegos abominables del circo romano».

—Ya ve usted, señor Arencibia, que estoy perdido —dijo Gallardo á don Cosme, llevándosele á un rincón.—Esta carta me parte por el eje.... Pero no quiero dar al Capitán el gustazo de que crea que me retiro de la liza.... Hágase cargo del pollo, ponga en mi nombre doscientos pesos, gobiérnese bien y Dios le proteja!

—No tenga usted cuidado, que me van veinticuatro onzas en la brega.

la oportunidad de invitarles para que vean correr la primera «locomotiva» que ha de traerme material hasta las puertas de Smithsonian-city.

—Tendremos mucho gusto—dijo el Pedáneo.— Estoy dispuesto á prestar mi cooperación á todo propósito que lo merezca y más cuando, como sucede en la presente circunstancia, es para mí un título de gloria el que, bajo mi mando, la locomotora atraviese estos lugares.

Todos se expresaron en los mismos términos y se deshicieron en elogios del autor y la obra. Lo particular del caso fué que no se habló del pollo canelo ni del gallo «Cuatro-espuelas». Era la fecha fijada para la pelea y tanto el Cura como el Capitán sentíanse bajo el imperio de una emoción profundísima. Ninguno de los dos iría á la valla.... El Pedáneo, porque no lo tenía por costumbre en virtud de su representación oficial. Jugaba sí; pero desde su casa. Además aquel día, aun siendo de fiesta, necesitaba trabajar en un expediente urgentísimo cuya terminación se le había ordenado «por la Superioridad».

En cuanto al padre Gallardo está de más decir que hubiera asistido á la valla si no se lo impidiera otra nueva epístola del Secretario de Cámara, el cual le daba «no como probable sino como segura la visita de Su Ilustrísima». Y añadía «que el venerable prelado, afligido cada vez más con ciertos rumores que llegaban á sus oídos, quería ver por sí mismo si la oveja traquila por la mano del divino Pastor, si el sacerdote ungido como representante de Jesucristo, era el primero en dar un escándalo con su presencia increíble

en ciertas diversiones pecaminosas que recordaban los juegos abominables del circo romano».

—Ya ve usted, señor Arencibia, que estoy perdido —dijo Gallardo á don Cosme, llevándosele á un rincón.—Esta carta me parte por el eje.... Pero no quiero dar al Capitán el gustazo de que crea que me retiro de la liza.... Hágase cargo del pollo, ponga en mi nombre doscientos pesos, gobiérnese bien y Dios le proteja!

—No tenga usted cuidado, que me van veinticuatro onzas en la brega.

lloso de su dueño, á quien sacó muchas veces de apuros al cumplirse el pago de la renta; allí toda una dinastía de tostados de don Brígido, que habían causado más víctimas en los de su raza que una epidemia de viruela ó de moquillo; allí el pollo «Mendoza» con el «Baracutey» de don Emeterio; allí el «malatobo» de D. Toñico, al que faltaba un ojo como á Aníbal y Filipo de Macedonia y allí el canelo del Cura y el «Cuatro-espuelas» del Capitán, que eran á los demás gallos lo que Wellington y Napoleón á los demás generales de su tiempo.

Mezclábanse con éstos otros guerreros de inédita historia que exhibían orgullosos toda la riqueza y variedad de sus plumajes. No era posible imaginar mayor viveza de matices que la que lucían tan hermosos animales, cuyas vestiduras de raso y terciopelo se avaloraban ya con el brillo fascinador del oro y de la plata, ya con los iris y los cambiantes de la más deslumbradora pedrería.

Muchos, entre ellos, de espuelas agudísimas, ojos saltones y cuello de escarlata parecían agitados por cólera latente y escarbaban el suelo en señal de arrogante desafío. Estas actitudes bélicas exigían exquisita vigilancia por parte de los galleros, pues, á lo mejor, los inquietos gladiadores tiraban furiosamente de la cuerda y conmovían la estaca á que se hallaban sujetos, por el afán de buscarle camorra á su vecino.

Dentro de la valla—edificio de madera en forma circular que remataba en cono—la bulla y el movimiento eran indescriptibles. Las graderías estaban

convertidas en un mar alborotado de seres racionales que gesticulaban como energúmenos. Los había pertenecientes á todas las clases sociales, viéndose el pobre al lado del rico, el trabajador junto al hacendado, ebrios unos y otros por las emociones que la lidia provocaba. Valdespina reconoció á muchos de sus trabajadores que, en un momento de loca afición, iban á comprometer los ahorros de algunos meses y el pan de sus familias. Esta consideración le disgustó profundamente; pero, reflexionándolo un poco, el hecho en sí no era nuevo para él. También los sajones dejan su puritanismo como un estorbo inútil cuando se trata de un pugilato ó de una apuesta.

Dos galleros en cuclillas contenían en el redondel al pollo «Mendoza»—que había robado á don Carlos, su dueño, el apellido—y al «Tuerto» de don Toño, listos ya para venir á las espuelas. Don Carlos arriesgaba veinte onzas en obsequio de su gallo.

--¿No me acompaña en esta aventura, amigo Aren-cibia?

—No puede ser; le haría mal tercio á mi compadre Toñico.

—Pues lo siento, porque dejará usted de coger algunos pesos. No crea que hago cálculos alegres; usted sabe que soy hombre prevenido y desde hace seis meses vengo preparando mi gallo para este lance... La ganancia es segura.

—Yo no lo creo así, si le he de hablar con franqueza. El malatobo tiene muchas libras y las carnes duras como un palo.

—Sin embargo es tuerto; tengo esa ventaja.



XXVII

WATERLOO

El embullo era fenomenal. Todo el mundo masculino de Jarabacoa y su extensa comarca, si no almorzó más temprano, almorzó más aprisa que nunca. El contratista de la valla hizo una limpia general de bolsillos y aseguró un año más la vida de la escuelita del lugar, pues ésta medraba con el vicio como las plantas viven del estiércol.

Pero, dejando á un lado filosofías y moralidades, los jarabacoeños podían mostrarse orgullosos de la animación estupenda que reinaba en su pueblo. Vinieron gallos y galleros hasta de quince leguas á la redonda. Más de cincuenta héroes plumíferos que tenían en su cuerpo tantas cicatrices como Julio César y enumeraban tantas victorias como Bonaparte, ensordecían el aire con las notas agudas de su canto provocador. Allí el «jabao» de don Leandro, orgu-

lloso de su dueño, á quien sacó muchas veces de apuros al cumplirse el pago de la renta; allí toda una dinastía de tostados de don Brígido, que habían causado más víctimas en los de su raza que una epidemia de viruela ó de moquillo; allí el pollo «Mendoza» con el «Baracutey» de don Emeterio; allí el «malatobo» de D. Toñico, al que faltaba un ojo como á Aníbal y Filipo de Macedonia y allí el canelo del Cura y el «Cuatro-espuelas» del Capitán, que eran á los demás gallos lo que Wellington y Napoleón á los demás generales de su tiempo.

Mezclábanse con éstos otros guerreros de inédita historia que exhibían orgullosos toda la riqueza y variedad de sus plumajes. No era posible imaginar mayor viveza de matices que la que lucían tan hermosos animales, cuyas vestiduras de raso y terciopelo se avaloraban ya con el brillo fascinador del oro y de la plata, ya con los iris y los cambiantes de la más deslumbradora pedrería.

Muchos, entre ellos, de espuelas agudísimas, ojos saltones y cuello de escarlata parecían agitados por cólera latente y escarbaban el suelo en señal de arrogante desafío. Estas actitudes bélicas exigían exquisita vigilancia por parte de los galleros, pues, á lo mejor, los inquietos gladiadores tiraban furiosamente de la cuerda y conmovían la estaca á que se hallaban sujetos, por el afán de buscarle camorra á su vecino.

Dentro de la valla—edificio de madera en forma circular que remataba en cono—la bulla y el movimiento eran indescritibles. Las graderías estaban

convertidas en un mar alborotado de seres racionales que gesticulaban como energúmenos. Los había pertenecientes á todas las clases sociales, viéndose el pobre al lado del rico, el trabajador junto al hacendado, ebrios unos y otros por las emociones que la lidia provocaba. Valdespina reconoció á muchos de sus trabajadores que, en un momento de loca afición, iban á comprometer los ahorros de algunos meses y el pan de sus familias. Esta consideración le disgustó profundamente; pero, reflexionándolo un poco, el hecho en sí no era nuevo para él. También los sajones dejan su puritanismo como un estorbo inútil cuando se trata de un pugilato ó de una apuesta.

Dos galleros en cuclillas contenían en el redondel al pollo «Mendoza»—que había robado á don Carlos, su dueño, el apellido—y al «Tuerto» de don Toño, listos ya para venir á las espuelas. Don Cárlos arriesgaba veinte onzas en obsequio de su gallo.

—¿No me acompaña en esta aventura, amigo Aren-
cibia?

—No puede ser; le haría mal tercio á mi compadre
Toñico.

—Pues lo siento, porque dejará usted de coger al-
gunos pesos. No crea que hago cálculos alegres; usted sabe que soy hombre prevenido y desde hace seis meses vengo preparando mi gallo para este lance... La ganancia es segura.

—Yo no lo creo así, si le he de hablar con fran-
queza. El malatobo tiene muchas libras y las carnes duras como un palo.

—Sin embargo es tuerto; tengo esa ventaja.

—No importa, está ya muy «cujeado» y los gallos de ese temple ven hasta con las plumas de la cola.

—Es decir que tiene usted andar en mi compañía.

—Por esta vez sí.... Lo único que puedo hacer es pasarme sin apuesta.

Y á fe que el experto don Cosme sabía lo que decía; porque si bien el cenizo empezó con bríos superiores á su juvenil edad, acometiendo con incesantes revuelos al veterano, cuando cesaron los rumores secos, característicos del choque de las alas y se fueron resueltamente á pico, la superioridad del Tuerto era ya patente, indiscutible. El pollo «Mendoza» con el instinto maravilloso de ciertos animales, atacaba á su antagonista por el ojo huero; pero el malatobo, que ya sabía á que atenerse en esos lances, le jugaba la cabeza y le presentaba siempre el ojo sano, provocador y centelleante. Entonces cogía al cenizo por la cresta y le daba hasta tres veces seguidas, lo que equivalía á otras tantas estocadas en el cuello. Resultó, pues, que las ilusiones de don Carlos no duraron mucho tiempo: á los quince minutos el joven gladiador estaba hecho una tortilla.

—Ya lo vé usted don Carlos—dijo Arencibia—ese tuerto se va á morir de viejo.

—Pero mi pollo se ha portado bien ¿no es eso?

—Como un guapo de verdad. Si vive, que lo du-do, déjelo para cría.

Calmada la excitación de la primera pelea, se echaron dos más sin importancia, tocándole después el turno al canelo del Cura y al «Cuatro-espuelas» del Capitán. Hubo entonces un intervalo de solemne

su postrer arranque de heroísmo, porque, una vez libre, el canelo le asestó el golpe mortal picándole una arteria.

El resultado de la lidia produjo hondo silencio, asombro y estupefacción. Los partidarios del Cura dudaban aún de su victoria; hubiérase creído que su éxito les estorbaba. El que más y el que menos veía surgir la imagen vengadora de Maella, el cual se desquitaría en otro terreno del fracaso de la valla. No había para él mayor ofensa que la suposición de que su gallo perdiera una pelea. «Cuatro-espuelas» era el gallo gubernamental, el gallo institución y así como el Capitán Ruíz Maella se creía el primero entre los habitantes de Jarabacca, «Cuatro-espuelas» debía ser también el primero en el reino de las plumas.

Pero el hecho era el hecho: allí estaba el pollo, cuadrado, altivo y provocador, barriendo la tierra con sus alas, como el general romano con el manto de triunfo al subir al Capitolio, mirando á su víctima despreciativamente y escarbando y picoteando en espera de un nuevo contendiente á quien despachar al otro mundo. El terrible animal, viendo que ninguno se atrevía á medirse con él en nueva lid, entonó un canto de victoria sonoro y prolongado.

Y allí estaba también «Cuatro espuelas» con el pescuezo hinchado, negro y deforme, las patas rígidas y abiertas, manando sangre por el pico, apagados los magníficos reflejos de sus plumas doradas, vencido, muerto y pisoteado sobre el sangriento escenario de sus anteriores heroicidades....

brindaba sus vocablos más innobles, groseros y ex-
tranbóticos. Algunos arrojaban sus sombreros al
redondel entre visibles contorsiones propias de borra-
chos, otros mostraban su dinero como cebo para las
apuestas y casi todos borbataban frases desdeñosas y
denigrantes contra el vencido, á la manera de igno-
miosos escupitajos.

De pronto, dos ó tres voces se sobrepusieron á
aquellos baraundá de brutales calificativos:

—¡El canelo se huye!

—Es que anda buscando á la mamá.

—«Antodavía» quiere comer maíz la criaturita...

El canelo no se huía, muy lejos de eso, maniobra
por maniobra, había apelado también al ardid de su
raza, al ardid heredado de la gallina «Grano de oro»
de los Hernández. Viéndose entablado, para evi-
tar el serio peligro de su posición, hizo un hábil mo-
vi- miento de flaco y, como tenía buenas cañas, empezó
á correr alrededor de la valla, siguiéndole su enemi-
go con feroz encarnizamiento. Tantas vueltas dió
que muchos creyeron en la huida, aunque pronto sa-
beron de su error, pues cuando el pollo juzgó menos
brioso á «Cuatro-espuelas», lo atrajo al centro del pa-
leque y, volviéndose con la rapidez de una exhalación,
le dió tal revuelo que le hizo caer rodando sobre la
arena. Ya en tierra y á sus plantas, no lo dejaba le-
vantar cabeza, ensañándose á su placer en el coloso
derribado... Después de inauditos esfuerzos, «Cuatro-
espuelas» pudo erguirse con una pata encogida y en-
tonces el canelo le picó en el buche, logrando vaciar-
le un ojo.

de abejorros.... Empeño inútil el del Padre, su atención se iba muy lejos de los santos conceptos del breviario. El ruido de la valla aumentaba por momentos; era como el ronco murmullo del mar embravecido. A lo mejor todo quedaba en silencio, en ese silencio especial, profundísimo que suele ser el prelude de más fuertes sacudidas.

—¡Ah!—pensaba el sacerdote apoyando el libro sobre el pecho;—si estos hábitos no me lo impidieran, visto el punto á que han llegado las cosas, otro gallo iba á cantar al Nabucodonosor de don Policarpo y al filisteo de «Cuatro-espuelas». Porque no las tengo todas conmigo y mucho me temo que don Cosme no sepa manejarse bien en este asunto.... Si yo—por la última vez y sin propósito de reincidencia—me arriesgase á ir un momento, nada más que un momento, el necesario para presenciar la lucha y gozarme en la victoria.... Pero no; á fe que se darían gusto los chismosos del partido.... Vendría la tercera carta á decirme sin circunloquios ni rodeos: «está usted arrastrando los hábitos por la valla y fuera esas licencias».... Mucho vale mi pollo; pero más vale esta sotana.... Sin embargo, criar un animalito para la gloria no es pecado tan grave que digamos. ¿Qué me importa la material ganancia del dinero? Capaz soy de entregársela al primer pobre que me la pida.... Lo que me agrada es recrearme en el triunfo de mi pollo.... ¡Es una perla! Tres onzas di á los Hernández cuando aún corría tras de la madre. Fué el único que sobrevivió en una epidemia de moquillo. Después lo traje á mi patio: el grano más selecto era

para él, y mis cuidados fueron los de un padre para con su hijo.... Muchos compañeros tiene; pero ninguno que me haya producido más afanes. Yo mismo corté sus plumas con esmero especialísimo; el agua y el alcohol que rociaban su cuello pasaban primero por mi boca; diariamente comprobaba su peso, y sus espuelas afiladas han sido por estas manos pecadoras.... Aparte de estos naturales incentivos, mi principal deseo es pegarle en la cabeza á don Policarpò, taparle esa boca la cual sólo se abre para darme en el rostro con «su autoridad» que pretende hacer extensiva hasta su gallo.... ¡Y ver trocada tan sencilla aspiración en un delito! Este pueblo es una Babel de lenguas viperinas!

Y apenas desahogaba en esta forma la activa fermentación de sus ideas, abría otra vez el libro para alborotar la ronca colmena de sus latines.

—Debe ser la cuarta pelea—se decía, asomándose á la ventana con el propósito de traducir los sordos rumores de la valla.—Cuando tanto gritan es porque «Cuatro-espuelas» se lleva la parte del león y quieren congraciarse con los poderes temporales... Un gallo viejo, cargado de laureles, con veinte lidias felices en su historia, es un cebo magnífico para las apuestas de los que adoran al dios Éxito... ¡Y que yo no pueda ver lo que sucede! ¡Lenguas viperinas!

—Padre—dijo doña Luisa desperezándose trabajosamente;—creo que se acerca la hora de la procesión.

—No hija, disponemos de un buen espacio todavía.

—Me pareció haber oído las campanas.

—Faltan dos horas para las cinco.

LA IGLESIA Y EL ESTADO

El Padre Gallardo estaba agitadoísimo. Las gemelas se habían retirado á descansar en las habitaciones que aquél reservaba para sus huéspedes—pues sabía practicar como pocos la virtud de la hospitalidad —y doña Luisa dormitaba en un sillón. Esto permitió al buen presbítero entregarse libremente á sus pensamientos, que, en rotación incesante, giraban siempre sobre el mismo eje: la pelea.

Sin embargo, recordó la segunda carta del Secretario de Cámara de su Ilustrísima, carta que no cesaba de morderle el cerebro, y trató de luchar con la delectación pecaminosa, con las debilidades terrenas que para él estaban vestidas de plumas y armadas de agudos espolones. A ese fin tomó el breviario y dándose paseos por la habitación, empezó á borbotar latines semejantes al ronco zumbido de un enjambre

de abejorros.... Empeño inútil el del Padre, su atención se iba muy lejos de los santos conceptos del breviario. El ruido de la valla aumentaba por momentos; era como el ronco murmullo del mar embravecido. A lo mejor todo quedaba en silencio, en ese silencio especial, profundísimo que suele ser el preludio de más fuertes sacudidas.

—¡Ah!—pensaba el sacerdote apoyando el libro sobre el pecho;—si estos hábitos no me lo impidieran, visto el punto á que han llegado las cosas, otro gallo iba á cantar al Nabucodonosor de don Policarpo y al filisteo de «Cuatro-espuelas». Porque no las tengo todas conmigo y mucho me temo que don Cosme no sepa manejarse bien en este asunto.... Si yo—por la última vez y sin propósito de reincidencia—me arriesgase á ir un momento, nada más que un momento, el necesario para presenciar la lucha y gozarme en la victoria.... Pero no; á fe que se darían gusto los chismosos del partido.... Vendría la tercera carta á decirme sin circunloquios ni rodeos: «está usted arrastrando los hábitos por la valla y fuera esas licencias».... Mucho vale mi pollo; pero más vale esta sotana.... Sin embargo, criar un animalito para la gloria no es pecado tan grave que digamos. ¿Qué me importa la material ganancia del dinero? Capaz soy de entregársela al primer pobre que me la pida.... Lo que me agrada es recrearme en el triunfo de mi pollo.... ¡Es una perla! Tres onzas di á los Hernández cuando aún corría tras de la madre. Fué el único que sobrevivió en una epidemia de moquillo. Después lo traje á mi patio; el grano más selecto era

para él, y mis cuidados fueron los de un padre para con su hijo.... Muchos compañeros tiene; pero ninguno que me haya producido más afanes. Yo mismo corté sus plumas con esmero especialísimo; el agua y el alcohol que rociaban su cuello pasaban primero por mi boca; diariamente comprobaba su peso, y sus espuelas afiladas han sido por estas manos pecadoras.... Aparte de estos naturales incentivos, mi principal deseo es pegarle en la cabeza á don Policarpo, taparle esa boca la cual sólo se abre para darme en el rostro con «su autoridad» que pretende hacer extensiva hasta su gallo.... ¡Y ver trocada tan sencilla aspiración en un delito! Este pueblo es una Babel de lenguas viperinas!

Y apenas desahogaba en esta forma la activa fermentación de sus ideas, abría otra vez el libro para alborotar la ronca colmena de sus latines.

—Debe ser la cuarta pelea—se decía, asomándose á la ventana con el propósito de traducir los sordos rumores de la valla.—Cuando tanto gritan es porque «Cuatro-espuelas» se lleva la parte del león y quieren congraciarse con los poderes temporales... Un gallo viejo, cargado de laureles, con veinte lidias felices en su historia, es un cebo magnífico para las apuestas de los que adoran al dios Éxito... ¡Y que yo no pueda ver lo que sucede! ¡Lenguas viperinas!

—Padre—dijo doña Luisa desperezándose trabajosamente;—creo que se acerca la hora de la procesión.

—No hija, disponemos de un buen espacio todavía.

—Me pareció haber oído las campanas.

—Faltan dos horas para las cinco.

—Entonces aprovecharé el tiempo «descabezando» algunas oraciones... «Que estás en los cielos...»

Ciertamente sólo imperaba el buen deseo en la piadosa intención de doña Luisa, pues al llegar al «hágase, Señor, tu voluntad», inclinó suavemente la cabeza y la frase «así en la tierra como en el cielo» espiró con dulzura entre sus labios.

El Cura aprovechó el sueño de la ciega para apostarse otra vez en su observatorio. Ya el escándalo de la valla había llegado á su colmo. Oíanse claramente descargas de insultantes adjetivos, tiroteos de palabras frenéticas, andanadas de apóstrofes brutales y rugidos de entusiasmo y de victoria.

—¡Veinte onzas! ¿quién pone veinte onzas?

—¡A la olla, á la olla con ese guanajo!

—Eso es, duro con él y agárralo por la cresta!

—¡Por la cresta!—pensaba el Padre con angustia y masticando la frase que el acaso le traía.—Por la cresta!... Pues estoy perdido, perdido sin remedio... Mi pollo sólo pica en el buche.

Los gritos se habían moderado, sustituyéndolos un silencio sospechoso. Diríase que habían énmudecido todos en la valla.

—¡Dios de Israel!, ¿se habrá consumado el sacrificio?—exclamó el Padre, dejándose caer sobre una silla.

El breviario había rodado por el suelo.

El Capitán Ruíz Maella tampoco estaba muy sereno, pero disimulaba heroicamente su agitación al recordar el cargo que ejercía. Su especial concepto del principio de autoridad, de la representación casi di-

Don Policarpo se levantó como sacudido de una descarga eléctrica; sus ojos brillaban con resplandores siniestros, fosforescentes; temblábanle las manos, y los labios se le hundían en movimientos convulsivos.

—Está bien—repuso;—llévelo usted al basurero.... No quiero ver los restos de ese cobarde. Y usted—gritó dirigiéndose al amanuense—extienda inmediatamente una orden para que el guardia de servicio me traiga amarrados al mulato Lorenzo Ramírez, alias Lelé, y á su cómplice don Celedonio Pérez, quienes, con las diligencias del caso, serán remitidos ante la autoridad correspondiente.

--Hasta ahora sólo consta—dijo el amanuense, hojeando las diligencias—«que el 17 del próximo pasado mes se notaron indicios de corte reciente en los montes de la Hacienda, zona comprendida entre Guayogordo y Arroyo la Guáiba; que el 18 á las seis de la tarde fué visto el mulato Lorenzo Ramírez, alias *Lelé*, arrastrando un palo con dirección al Humilladero; que interrogado el referido Lelé en diligencia evacuada el 21 del mismo, expuso que la pieza de caoba, objeto de este expediente, era de la propiedad de don Celedonio Pérez el cual le pagaba el tiro de la madera; que interrogado también el susodicho don Celedonio Pérez dijo á su vez ser el palo en cuestión de su única y exclusiva propiedad como procedente que era de su corte nombrado «La Catalina», según podía probarlo con los documentos y testigos del caso y que, en efecto, pagaba el arrastre de la madera al aludido presunto delincuente...»

—;Buenos están el don Celedonio y el Lelé! — Un par de «peines», lobos de la misma camada que necesitan un castigo ejemplar... Pero ya proveeremos lo que corresponda. Venga ese expediente.

El Capitán casi no se fijó en las diligencias tan laboriosamente «confeccionadas». En aquel instante venían hasta él las vociferaciones y los rugidos de la valla. Le sucedía con el expediente lo que al Cuira con el breviario, y ¿á qué negarlo? el organismo oficial del representante del Gobierno de S. M. en el partido de Jarabacoa, tuvo un principio de flaqueza que le hizo fijar la atención en los rumores tempestuosos de la lidia.

XXVIII

LA IGLESIA Y EL ESTADO

El Padre Gallardo estaba agitadísimo. Las gemelas se habían retirado á descansar en las habitaciones que aquél reservaba para sus huéspedes—pues sabía practicar como pocos la virtud de la hospitalidad —y doña Luisa dormitaba en un sillón. Esto permitió al buen presbítero entregarse libremente á sus pensamientos, que, en rotación incesante, giraban siempre sobre el mismo eje: la pelea.

Sin embargo, recordó la segunda carta del Secretario de Cámara de su Ilustrísima, carta que no cesaba de morderle el cerebro, y trató de luchar con la delectación pecaminosa, con las debilidades terrenas que para él estaban vestidas de plumas y armadas de agudos espolones. A ese fin tomó el breviario y dándose paseos por la habitación, empezó á borbolar latines semejantes al ronco zumbido de un enjambre

espuelas». Comprendo el natural regocijo, la sencilla alegría de mis administrados que tienen en mí un padre indulgente más que una autoridad rigorista é intratable. ¡Pobre presbítero Gallardo! Después de tantos esfuerzos locos por elevar su pollo á la altura del feliz antagonista, que tan severa lección le reservaba, encontrarse con el infeliz animalejo en la cazuela...!

El Capitán no quiso oír más y empezó á examinar el expediente con benevolencia inusitada:

—Bien visto este negocio—decíase—el tal Lelé no es por cierto tan culpable. Las diligencias no arrojan nada concreto en perjuicio del mulato.... Vienen á corroborar este juicio, á más de las declaraciones de un testigo intachable, D. Celedonio Pérez, los buenos antecedentes del acusado y el hecho de tener por habitual ocupación el arrastre de maderas.... Vaya, que se hace preciso poner en libertad al pobre diablo.

Ya iba á tomar la pluma para sobreeser, cuando entró su gallero con aspecto de consternación y de bochorno. Llevaba á «Cuatro-espuelas» indignamente cogido por una pata y casi arrastrando la negra y deforme cabeza agujereada.

—Capitán—dijo el gallero—hemos perdido!

—¿Perdido? Está usted de bromas ó no sabe lo que dice.

—Véalo usted, degollado.... ¡Diantre de pollo!... Ya la pelea era nuestra, cuando el canelo fingió que huía y luego le fajó como una fiera.... En fin, que ni para el caldero sirve.

Don Policarpo se levantó como sacudido de una descarga eléctrica; sus ojos brillaban con resplandores siniestros, fosforescentes; temblábanle las manos, y los labios se le hundían en movimientos convulsivos.

—Está bien—repuso;—llévelo usted al basurero.... No quiero ver los restos de ese cobarde. Y usted—gritó dirigiéndose al amanuense—extienda inmediatamente una orden para que el guardia de servicio me traiga amarrados al mulato Lorenzo Ramírez, alias Lelé, y á su cómplice don Celedonio Pérez, quienes, con las diligencias del caso, serán remitidos ante la autoridad correspondiente.

XXIX

EL VELO ROTO

Aquel año Manengo privó de su presencia á las fiestas del Patrono. En otro tiempo las horas más dulces de su vida eran las que, en tales días, dedicaba á la valla y el «guateque». En uno de estos bailes conoció á Juana Felipa principiando el rústico idilio que llegó á su nota más alta bajo la mata de ciruelas. De ahí en adelante la cosa tomó un cariz de temporal y los celos trocaron en algo parecido á la acometividad de una bestia bravía el instinto bonachón del pobre mozo... Para colmo de desgracia don Cosme se lo había dicho de un modo claro y terminante:

—Manengo, este año no debes ir á las fiestas de Jarabacoa; me han robado tres novillos y es necesario que te quedes cuidando la finca.

Bien; no iría á Jarabacoa, pero sí á la Yagruma. Necesitaba poner en claro sus asuntos, pues empezaba

--Hasta ahora sólo consta—dijo el amanuense, hojeando las diligencias—«que el 17 del próximo pasado mes se notaron indicios de corte reciente en los montes de la Hacienda, zona comprendida entre Guayogordo y Arroyo la Guáiba; que el 18 á las seis de la tarde fué visto el mulato Lorenzo Ramírez, alias *Lelé*, arrastrando un palo con dirección al Humilladero; que interrogado el referido *Lelé* en diligencia evacuada el 21 del mismo, expuso que la pieza de caoba, objeto de este expediente, era de la propiedad de don Celedonio Pérez el cual le pagaba el tiro de la madera; que interrogado también el susodicho don Celedonio Pérez dijo á su vez ser el palo en cuestión de su única y exclusiva propiedad como procedente que era de su corte nombrado «La Catalina», según podía probarlo con los documentos y testigos del caso y que, en efecto, pagaba el arrastre de la madera al aludido presunto delincuente....»

—¡Buenos están el don Celedonio y el *Lelé*!.... Un par de «peines», lobos de la misma camada que necesitan un castigo ejemplar.... Pero ya proveeremos lo que corresponda. Venga ese expediente.

El Capitán casi no se fijó en las diligencias tan laboriosamente «confeccionadas». En aquel instante venían hasta él las vociferaciones y los rugidos de la valla. Le sucedía con el expediente lo que al Cura con el breviario, y ¿á qué negarlo? el organismo oficial del representante del Gobierno de S. M. en el partido de Jarabacoa, tuvo un principio de flaqueza que le hizo fijar la atención en los rumores tempestuosos de la lidia.

Juana Felipa y aclarar de una vez y para siempre aquel negocio. Por lo pronto trataría de contenerse todo lo posible, á fin de no hacer una barrabasada al encontrarse con doña Jerónima. La maldita vieja le iba á recibir de seguro, con dos piedras en la mano y él «que ya tenía mucha hiel en el buche» necesitaba de poco para retorcerle el pezcuezo á la primera arremetida. Era, pues, indispensable estar sobre aviso y no dejarse llevar de un arranque imprudente ó temerario. «Así como así, á la hora del cuajo» es decir, del matrimonio, doña Jerónima se iría al infierno y él con su mujercita á una estancia cuyo arriendo tenía poco menos que cerrado... Don Cosme se pondría «como un chivo»; pero entonces se las verían de hombre á hombre, no de tío á sobrino y de dueño á mayoral...

¡Y gracias que no se lo cantara todo y de plano á doña Luisa con otras cosas que habían visto aquellos maniguales y se sabían de memoria hasta los ratones del partido de Jarabacoa...! «Que en la Anegada tiene un hijo con Telesfora, la cuñada del de la tienda... Que mantiene una mulata en el corte de «La Luisa»... Que ha vivido públicamente con una sobrina de don Toño, su compadre... Que se robó á Petra Antúnez en el Corojal y la trajo al potrero mientras hallaba un bohío donde meterla... y así «subversivamente»... Hasta entonces había callado, porque esas hombradas no iban con él; pero las cosas podían variar de especie y era preciso que cada cual se defendiera con sus uñas.

Pensando y pensando desembocó Manengo en la

espuelas». Comprendo el natural regocijo, la sencilla alegría de mis administrados que tienen en mí un padre indulgente más que una autoridad rigorista é intratable. ¡Pobre presbítero Gallardo! Después de tantos esfuerzos locos por elevar su pollo á la altura del feliz antagonista, que tan severa lección le reservaba, encontrarse con el infeliz animalejo en la cazuela...!

El Capitán no quiso oír más y empezó á examinar el expediente con benevolencia inusitada:

—Bien visto este negocio—decíase—el tal Lelé no es por cierto tan culpable. Las diligencias no arrojan nada concreto en perjuicio del mulato.... Vienen á corroborar este juicio, á más de las declaraciones de un testigo intachable, D. Celedonio Pérez, los buenos antecedentes del acusado y el hecho de tener por habitual ocupación el arrastre de maderas.... Vaya, que se hace preciso poner en libertad al pobre diablo.

Ya iba á tomar la pluma para sobreeser, cuando entró su gallero con aspecto de consternación y de bochorno. Llevaba á «Cuatro-espuelas» indignamente cogido por una pata y casi arrastrando la negra y deforme cabeza agujereada.

—Capitán—dijo el gallero—hemos perdido!

—¿Perdido? Está usted de bromas ó no sabe lo que dice.

—Véalo usted, degollado.... ¡Diantre de pollo!... Ya la pelea era nuestra, cuando el canelo fingió que huía y luego le fajó como una fiera.... En fin, que ni para el caldero sirve.

do la tranquilidad de la pocilga. Había desaparecido también la soga en que Juana Felipa colgaba la ropa y que iba desde el alero del bohío hasta una rama de la mata de ciruelas.

Manengo se apoyó en la cerca quedándose meditando. Los postreros resplandores de la tarde que empezaba á enturbiarse con las primeras sombras de la noche, daban mayor solemnidad á sus dolorosas meditaciones. La duda se cambiaba en certidumbre... El viejo había dado un golpe maestro birlándole la novia mientras él suspiraba como un bruto. Por cierto que el desenlace no debía cogerle de sorpresa... ¿De qué le valían sus veintidós años y sus quince novillos comparados con los cien mil pesos de don Cosme? Pasó aquella vez lo que pasaba siempre que el cacique sentía antojos soberanos de doncellas buenas mozas; lo que sucedió con Telesfora la cuñada del dueño de la tienda de la Anegada, lo que sucedió con la mulata del corte de la Luisa, lo que sucedió con la sobrina de don Toño, lo que sucedió con Petra Autúnez la del Corojal... y así «subversivamente».

—Vaya usted á hombrearse con la gente de dinero... También el amor es almoneda en donde se «mercan» el corazón y la honra de las mujeres. Yo no podía llenarles la barriga como deseaba el hambre de doña Jerónima y encuentro el castigo en mi «arranquera». ¡Rayos y truenos! ¡Por Dios santo que deseo una buena tremolina para llevarlo todo á sangre y fuego! Y á fe que ya se habla de la gorda... don Celedonio me hizo antier proposiciones en la ba-

jada de las Cruces. El que tenga machete que lo afile; no ha de quedar en pie ni una res, ni un árbol, ni una casa... Quiero matar, incendiar, convertir el partido de Jarabacoa, la isla de Cuba, el mundo entero, en una pavesa, en un montón de cenizas que el viento desparrame.

Y al solazarse en la embriaguez tremenda de su ira, Manengo miraba su machete con voluptuosidad nerviosa y acariciaba el cabo como se acaricia una doncella apetecida:

—Sí, el primero don Cosme... Las pagará todas de una vez. No he de saciarme con abrirle la cabeza en dos pedazos; he de guindar al muy perro por las patas y después jamaquearlo, degollarlo y sacarle de un golpe las entrañas... Seguidamente le tocará su parte á doña Jerónima por alcahueta y desvergonzada... ¡Oh, cómo la agarre, he de tostarla á fuego lento lo mismo que una lechona... También á Bejuco el muy cachorro y, por último, á Juana Felipa...

La sangre se le revolvía con el recuerdo de la moza. ¡Aquellos ojos, aquel pelo, aquel aire, las redondas caderas, el seno palpitante...! Si Juana era suya; si nadie tenía más derecho que él á poseerla como dueño y á servirla como esclavo... Don Cosme era un mamarracho para semejante florecita; un vejete que, fuera de sus reales, valía lo que un perro desdentado... Por eso mismo la venganza había de ser más espantosa, más terrible. ¿Qué haría con la traidora? ¿matarla? Era poco. ¿Tostarla á fuego lento como á su tía? ¿Arrancarle el corazón para hacerlo picadillo?... Quería inventar un dolor desconocido,

un tormento nuevo y deleitarse aplicándolo á la ingrata.

Manuel Rosales se hallaba en uno de esos instantes en que el espíritu se desequilibra y enloquece. Así como en el organismo material el predominio de una fuerza determinada trastorna el orden de las funciones fisiológicas, así en el organismo moral el predominio de una pasión violenta destruye ó modifica los factores psíquicos que concurren á la suprema armonía de la conciencia. En ese momento nace el asceta ó el bandido; el hombre de rectos principios que se anula como personalidad activa y va á llorar su desventura en el aislamiento de una celda, ó el hombre sin freno que quiere hacer partícipes á los demás de su desdicha y los trata como el cazador trata al ave que no le hece daño; pero se le antoja.

Manengo estaba huérfano de afectos. La única persona que le demostraba algún cariño—Doña Luisa—vivía casi siempre lejos de él. Cuando don Cosme le hablaba era para dirigirle frases que equivalían á puntapiés y bofetones. Fuera del tío, en el potrero no había sino esclavos que por su triste condición antes parecían prójimos de los animales que de los hombres. El rayo de luz fué Juana Felipa, porque allí donde las letras son impotentes para civilizar un espíritu salvaje, la palabra cariñosa entrando por el corazón halla abiertas de par en par las puertas del cerebro. La pasión iba haciendo lúcida la inteligencia atrofiada del muchacho: el hecho de amar le elevaba hasta la categoría de sér inteligente.

Y esa hora de la revelación fué la hora del desenga-

ño. Una sola sensación prolongada, interminable, nos inutiliza para apreciar el múltiple trabajo de los sentidos; todo es igual, todo es lo mismo; pero cuando el fenómeno se modifica hay un cambio de estado, una metamórfosis psicológica que nos obliga á diferenciar el hecho anterior del hecho que le sigue... Manengo, no conociendo ó no amando á Juana Felipa, hubiera continuado siendo el sér casi inconsciente que, sin protesta, recibía el ultraje del amo como la piedra el golpe que la aparta del camino. Pero él vió también su pedazo de paraíso, oyó su estrofa de amor y quiso su ración de felicidad. Quitársela era quitar al perro el hueso que le corresponde. Por lo general, el can muerde y el hombre mata si la educación no lo refrena.

Cuando ya en plena noche, en la soledad misteriosa de los campos, frente á aquel bohío tan amado y en presencia del lugar que había sido refugio de su dicha y mudo testigo de su afrenta, Manuel Rosales volvió á la realidad de la vida, su suerte estaba echada...

Juana Felipa y aclarar de una vez y para siempre aquel negocio. Por lo pronto trataría de contenerse todo lo posible, á fin de no hacer una barrabasada al encontrarse con doña Jerónima. La maldita vieja le iba á recibir de seguro, con dos piedras en la mano y él «que ya tenía mucha hiel en el buche» necesitaba de poco para retorcerle el pezcuezo á la primera arremetida. Era, pues, indispensable estar sobre aviso y no dejarse llevar de un arranque imprudente ó temerario. «Así como así, á la hora del cuajo» es decir, del matrimonio, doña Jerónima se iría al infierno y él con su mujercita á una estancia cuyo arriendo tenía poco menos que cerrado... Don Cosme se pondría «como un chivo»; pero entonces se las verían de hombre á hombre, no de tío á sobrino y de dueño á mayoral...

¡Y gracias que no se lo cantara todo y de plano á doña Luisa con otras cosas que habían visto aquellos maniguales y se sabían de memoria hasta los ratones del partido de Jarabacoa...! «Que en la Anegada tiene un hijo con Telesfora, la cuñada del de la tienda... Que mantiene una mulata en el corte de «La Luisa»... Que ha vivido públicamente con una sobrina de don Toño, su compadre... Que se robó á Petra Antúnez en el Corojal y la trajo al potrero mientras hallaba un bohío donde meterla... y así «subversivamente»... Hasta entonces había callado, porque esas hombradas no iban con él; pero las cosas podían variar de especie y era preciso que cada cual se defendiera con sus uñas.

Pensando y pensando desembocó Manengo en la

fectamente instalada, enfermería, carrileras, almacenes y allá, en altura cercana, un edificio elegante, aunque reducido, el pabellón del ingeniero director de las obras.

Ciertamente no reinaba en este pueblo, hogar de una vida nueva, la loca bullanga del placer que pide la música del baile ó el concurso del vaso en la taberna; por el contrario, predominaban los ruidos graves de la industria, el golpe sonoro del martillo sobre el yunque, el chirrido prolongado de las carretas cargadas, el sordo rumor de la sierra al morder la madera, el clavetear constante, la respiración de los fuelles y la ebullición característica del vapor que pone en movimiento enormes organismos de metal.

Todo en Smithson-city respondía á una exigencia imperiosa de las necesidades de la industria y todo hallaba su nota, su vibración especial, en aquel pequeño rincón de la vida civilizada. La bomba, los martinets, la sierra de vapor, los taladros, fraguas y veletas se movían obedeciendo á un compás incesante y armonioso, hablaban un idioma si inarticulado, comprensible, parecían secretear, quejarse y reír en el himno extraño que entona la inerte materia cuando el hombre la sacude por medio del trabajo inteligente.

Jhon se complacía en mostrar á sus huéspedes los prodigios realizados «en menos tiempo del que pide un padre nuestro», como decía don Cosme Fernández Arencibia. El que más le abrumaba con sus preguntas era don Carlos Mendoza. Estaba el buen señor loco de entusiasmo viendo palpitar «los hechos vivos»

dos la tranquilidad de la pocilga. Había desaparecido también la soga en que Juana Felipa colgaba la ropa y que iba desde el alero del bohío hasta una rama de la mata de ciruelas.

Manengo se apoyó en la cerca quedándose meditando. Los postreros resplandores de la tarde que empezaba á enturbiarse con las primeras sombras de la noche, daban mayor solemnidad á sus dolorosas meditaciones. La duda se cambiaba en certidumbre... El viejo había dado un golpe maestro birlándole la novia mientras él suspiraba como un bruto. Por cierto que el desenlace no debía cogerle de sorpresa... ¿De qué le valían sus veintidós años y sus quince novillos comparados con los cien mil pesos de don Cosme? Pasó aquella vez lo que pasaba siempre que el cacique sentía antojos soberanos de doncellas buenas mozas; lo que sucedió con Telesfora la cuñada del dueño de la tienda de la Anegada, lo que sucedió con la mulata del corte de la Luisa, lo que sucedió con la sobrina de don Toño, lo que sucedió con Petra Autúnez la del Corojal... y así «subversivamente».

—Vaya usted á hombrearse con la gente de dinero... También el amor es almoneda en donde se «mercan» el corazón y la honra de las mujeres. Yo no podía llenarles la barriga como deseaba el hambre de doña Jerónima y encuentro el castigo en mi «arranquera». ¡Rayos y truenos! ¡Por Dios santo que deseo una buena tremolina para llevarlo todo á sangre y fuego! Y á fe que ya se habla de la gorda... don Celedonio me hizo antier proposiciones en la ba-

jada de las Cruces. El que tenga machete que lo afile; no ha de quedar en pie ni una res, ni un árbol, ni una casa... Quiero matar, incendiar, convertir el partido de Jarabacoa, la isla de Cuba, el mundo entero, en una pavesa, en un montón de cenizas que el viento desparrame.

Y al solazarse en la embriaguez tremenda de su ira, Manengo miraba su machete con voluptuosidad nerviosa y acariciaba el cabo como se acaricia una doncella apetecida:

—Sí, el primero don Cosme... Las pagaré todas de una vez. No he de saciarme con abrirle la cabeza en dos pedazos; he de guindar al muy perro por las patas y después jamaquearlo, degollarlo y sacarle de un golpe las entrañas... Seguidamente le tocará su parte á doña Jerónima por alcahueta y desvergonzada... ¡Oh, cómo la agarre, he de tostarla á fuego lento lo mismo que una lechona... También á Bejuco el muy cachorro y, por último, á Juana Felipa...

La sangre se le revolvía con el recuerdo de la moza. ¡Aquellos ojos, aquel pelo, aquel aire, las redondas caderas, el seno palpitante...! Si Juana era suya; si nadie tenía más derecho que él á poseerla como dueño y á servirla como esclavo... Don Cosme era un mamarracho para semejante florecita; un vejete que, fuera de sus reales, valía lo que un perro desdentado... Por eso mismo la venganza había de ser más espantosa, más terrible. ¿Qué haría con la traidora? ¿matarla? Era poco. ¿Tostarla á fuego lento como á su tía? ¿Arrancarle el corazón para hacerlo picadillo?... Quería inventar un dolor desconocido,

un tormento nuevo y deleitarse aplicándolo á la ingrata.

Manuel Rosales se hallaba en uno de esos instantes en que el espíritu se desequilibra y enloquece. Así como en el organismo material el predominio de una fuerza determinada trastorna el orden de las funciones fisiológicas, así en el organismo moral el predominio de una pasión violenta destruye ó modifica los factores psíquicos que concurren á la suprema armonía de la conciencia. En ese momento nace el aseta ó el bandido; el hombre de rectos principios que se anula como personalidad activa y va á llorar su desventura en el aislamiento de una celda, ó el hombre sin freno que quiere hacer partícipes á los demás de su desdicha y los trata como el cazador trata al ave que no le hece daño; pero se le antoja.

Manengo estaba huérfano de afectos. La única persona que le demostraba algún cariño—Doña Luisa—vivía casi siempre lejos de él. Cuando don Cosme le hablaba era para dirigirle frases que equivalían á puntapiés y bofetones. Fuera del tío, en el potrero no había sino esclavos que por su triste condición antes parecían prójimos de los animales que de los hombres. El rayo de luz fué Juana Felipa, porque allí donde las letras son impotentes para civilizar un espíritu salvaje, la palabra cariñosa entrando por el corazón halla abiertas de par en par las puertas del cerebro. La pasión iba haciendo lúcida la inteligencia atrofiada del muchacho: el hecho de amar le elevaba hasta la categoría de sér inteligente.

Y esa hora de la revelación fué la hora del desenga-

común; pero siempre entretiene ver como el palo bruto, cubierto de cáscara grosera y lleno de excoiaciones y de arrugas, por el impulso de una rotación vertiginosa, se va descortezando y puliendo mientras una catarata de virutas en pintoresco torbellino asciende y cansa la vista con sus caprichosas combinaciones en el aire, para caer, después, en chorro inagotable sobre el suelo.

La máquina de cepillar fué, á su turno, objeto de una inspección muy detenida. Llamó mucho la atención de los visitantes el movimiento de sus cilindros estriados que aprisionaban el tablón y le iban quitando las asperezas hasta dejar su superficie con la suavidad del mármol recién pulido. No menos dignas de observarse eran dos sierras, la más grande de ellas en forma de disco dentado que hendía una viga tan fácilmente como una cuchilla pudiera cortar una hoja de papel, y la otra continua, delgada y flexible que hacía calados y dibujos delicadísimos en la madera. Y allá á lo lejos una máquina de vapor se encargaba de mover tan complicados mecanismos que sacudían su inercia al contacto de las correas como el caballo que emprende la marcha al sentir el roce de la rienda.

—Esto es admirable!—exclamó el Licenciado Mendoza henchido de férvido entusiasmo.—Mr. Jhon ha venido á repetir la obra divina, creando un mundo de la nada.

—Digo, ¿pues no hay pocos hierros en esta casa!—agregó don Cosme Arencibia.

Fico seguía haciendo apuntes y tomando notas con el afán de un periodista consumado. Pocas veces se

le había ofrecido asunto más interesante para un trabajo de actualidad. Estas ocupaciones no le impedirían seguir mirando con el rabo del ojo á Carlitos Mendoza que no cesaba de decir gracias más ó menos fiambres á Leonela.

—Ahora—dijo Valdespina—dispónganse ustedes á ir conmigo hasta la estación provisional. Esta madrugada hice venir la máquina arrastrando unos carros con materiales y debemos aprovecharla para el viaje á la Cotorra.

Jacobita estaba consternada y ponía empeño en hacer partícipes á los demás de sus temores.

—He leído en los periódicos verdaderas atrocidades producidas por los trenes. Hay viajeros que llegan sin ojos, otros se quedan sin piernas y de muertos no se hable.

—Eso será en caso de descarrilamiento—le interrumpió Leonela.

—Pues lo habrá; ya lo verán ustedes.

—¡Por Dios Jacobita no se ponga usted en ridículo!

—Soy vieja ya y hasta ahora me ha ido muy bien viajando en volanta.... Yo no sé á qué vienen estas novedades peligrosas.

—Jacoba, tú harás lo que hagamos todos—le dijo don Carlos con severidad.

El unigénito se reía de los temores de su madre y los atizaba contándole detalles terribles de un descarrilamiento que presenció viajando desde la Habana á Matanzas. El lance fué espantoso: ojos saltados de sus cuencas, materia cerebral salpicando los menudos pedazos de los carros deshechos, cuerpos cogidos en

tre los carriles y las ruedas.... ¿Un «sandwich» humano ó cosa por el estilo!.... Jacobita palidecía.

—Si cuando pienso —murmuraba gimiendo— que estas cosas las hacen los hombres para tentar á Lucifer....

Los excursionistas vencieron á pie cerca de media milla hasta llegar á la estación provisional en donde los esperaba la locomotora demostrando su impaciencia con resoplidos imponentes. La mayor parte de los trabajadores y no pocos guajiros de las cercanías, contemplaban la enorme cabeza de hierro armada de una trompa vertical, con asombro semejañte al que pudiera producirles la resurrección de un mastodonte. Los más creían hallarse en presencia de un organismo vivo al observar su respiración de agua caliente pulverizada, sus movimientos nerviosos y amenazadores y su vientre repleto de carbones encendidos.

Pegados á la «locomotiva»—según decía Jhon con incorregible anglicismo—veíanse hasta siete carros que ya habían descargado algunas toneladas de carriles y traviesas. Valdespina había dado orden de colocar en el último wagón los asientos necesarios para sus huéspedes y allí fué Troya en el momento de entrar para ocuparlos. Con su resolución acostumbrada Leona penetró la primera, pues enrojecía de vergüenza al pensar lo que se diría Jhon de todos ellos, si los juzgaba por los temores ridículos de Jacobita. Siguióla el Capitán Ruíz Maella muy solemne y muy orondo considerando que la realización de tal prodigio dentro del territorio puesto á su cuidado le indemnizaba de la ignominia que le reservara el fin lamenta-

ble de «Cuatro-espuelas». El cura masculló sus oraciones y se metió detrás del Pedáneo. Los demás se colocaron á su vez y sólo Jacobita se resistía á seguirlos augurando una catástrofe.

—Jacoba—exclamó don Carlos—te pones en evidencia con esos miedos pueriles y, á más, infieres una grave ofensa á hombre tan experto y galante como el Sr. Valdespina.

—Su esposo tiene razón, señora; yo no voy á exponerlos á una desgracia; no me lo perdonaría.... El viaje será muy corto é iremos á razón de medio kilómetro por minuto.... Ya ve usted ¡una carreta!

—Sí, buena carreta.... Me han contado que en el Norte se hundén los puentes y que los carros se montan unos sobre otros. Ahora mismo me estaba refiriendo mi hijo un descarrilamiento entre la Habana y Matanzas y todavía tengo los pelos de punta....

—Hija—le observó doña Luisa—encomendémonos al Patrono y sea lo que Dios quiera. Milagros mayores ha hecho San Nicomedes y ahí está la iglesia de Jarabacoa llëna de ejemplos piadosos que no me dejarán mentir. Anda, dile al Padre que te los cuente.

Éste, que oía el diálogo desde la plataforma, confirmó las apreciaciones de la ciega:

—En efecto; hay allí un ex-voto de alguien que, arrastrado por la corriente de un río en crecida, se encomendó al Santo y tocó la orilla en salvo. Recuerdo una piernita de plata de don Serapio Núñez que curó de una llaga en la rodilla, y también algunos ojos, dedos y narices de otros tantos lesionados

que, por su devoción particular al Patrono, lograron la curación apetejada.

El Cura hubiera manifestado asimismo que sentía vehementes deseos de ofrecer en el altar de la sagrada imagen un gallito de oro con ojos de topacio, cresta de rubíes y espuelas de brillantes para perpetuar con ese testimonio de gratitud el triunfo del canelo sobre su rival; pero recordaba las amonestaciones episcopales y temió que su sencillo propósito se tradujera como profanación.... Esto aparte, el milagro mayor estaba hecho, porque Jacobita había quedado convencida.

Ya la locomotora empezaba á sacudirse y hacía á cada momento más sonoros sus estornudos de vapor. Al fin movió todas sus articulaciones, marchandó despacio hasta salir á campo abierto en donde tomó impulso extraordinario, coronada con su revuelta melena de humo negro y dando agudísimos pitazos, los cuales se sobreponían al traqueteo de las ruedas y al ruido ingrato de las vértebras que enlazaban los wagones.

Era un espectáculo indiscutiblemente extraordinario el que ofrecía la creación atrevida del hombre ante la majestad soberana de una naturaleza virgen, dueña hasta entonces de sí misma y no ultrajada aún por el ósculo fecundo, pero violento de la industria. Parecía que las seibas seculares, los centenarios cedros, las palmas empinadas inclinábanse llenos de asombro á la vista de un animal desconocido que pasaba gritando y corriendo con la velocidad de una centella. Los campesinos se quedaban lelos con el arado en re-

do instrumento lo acariciaba con blandura y sin hacer ruido le abría una brecha profunda y correctísima.

Una operación semejante realizaba otro aparato del mismo género que el referido. Bastaba que el obrero encargado de manejarlo montara una correa sobre la rueda para que el punzón cortara la lámina de metal en fragmentos regulares y del tamaño que se quisiera. Los martinets trabajaban también de un modo curioso, aunque no con tanta delicadeza, porque vienen á representar la energía bárbara, el elemento bruto de la mecánica. Su papel se reducía á golpear con furia sobre el lingote encendido que, al principio, se desmoronaba en chispas brillantes y luego se deprimía y modelaba como la cera bajo el dedo que la oprime.

Por su parte los fuelles en constante actividad y resoplando incesantemente, servíanles á cada momento el rojo manjar que llevaba algún obrero cogido con enormes tenazas. Aquella atmósfera era la que debía respirarse en las fraguas de Vulcano. Doña Luisa y Jacobita declararon solemnemente que no podían soportarla y todos convinieron en pasar al taller de carpintería.

Era tan interesante y más ameno que la fundición. Lo que hacían los taladros con el hierro, lo hacían más cómodamente con la madera. Las damas respiraron á todo pulmón el grato aroma que surgía del pino y del cedro pulverizados. Aquello estaba más en armonía con la delicadeza de sus gustos. Uno de los tornos tuvo el privilegio de sorprenderlos profundamente, no obstante ser un aparato de uso muy

na moderó su carrera á la vez que los silbidos redoblaron de un modo alarmante.

—¿De qué se trata?—preguntó á don Cosme Fico Suárez, haciendo inauditos esfuerzos por que no le venciera la emoción.

—Es una res que está en el camino.

—Pues descarrilamiento seguro....—exclamó Fico, rondando, levantándose precipitadamente y tropezando con Leonela para salir á la plataforma.

—¡Misericordia!—gritó Jacobita.—Ya lo decía yo; ir tan aprisa es tentar á Lucifer.

—Jacoba—le interrumpió don Carlos,—no escandalices de ese modo; no hay razón para tus alarmas. El Sr. Valdespina es un hombre muy inteligente... y muy práctico en estas materias. Ten confianza en él y, sobre todo, no hagas un papel lastimoso en lance tan sencillo.

Doña Luisa permanecía inmóvil y se le oía murmurar algo del padrenuestro.... «Que estás en los cielos, santificado....»

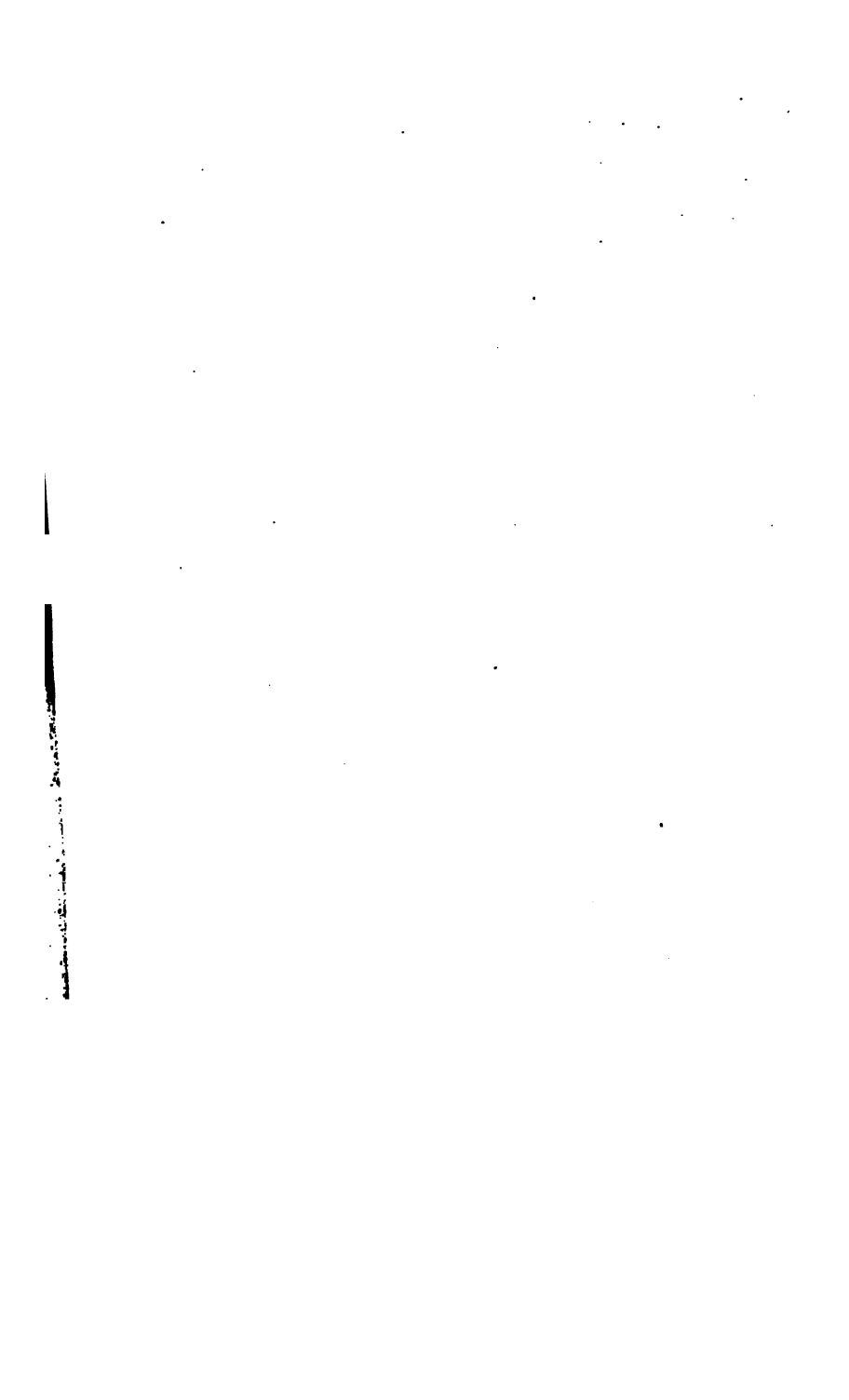
El que se puso horriblemente pálido fué Fico Suárez. Lo que él decía:

—Estos grandiosos espectáculos de la civilización moderna tienen el privilegio de conmoverme profundamente.

El único que parecía impasible era el Capitán Maella. Hallábase también profundamente alarmado; pero el sentimiento de su posición le imprimía la serenidad majestuosa de una estatua. Todo era preferible á ofrecerse en espectáculo indigno ante los ojos de sus administrados que debían hallar en él ejemplos de se-

di y fortaleza. Lo único que se permitió en tan amargo fué hundir los labios á las primeras le alarma.

nto los temores generales quedaron desvaneciendo llegar Valdespina—el cual hasta entonces no se separado del maquinista—con la noticia de que había huído y el riesgo con ella. Cinco minutos tarde llegaban á la Cotorra.



PERDIDOS!

Los viajeros tomaron su *lunch* tan pronto como volvieron á Smithson-city; y hasta en este detalle, al parecer insignificante, se marcaba la diferencia profunda que existía entre las costumbres inveteradas de la comarca y los nuevos hábitos importados por el ingeniero. Nada de lechón, plátanos, frituras y demás agradables menudencias de la cocina criolla; imperaban las conservas, el jamón, la mantequilla, las patatas y cuanto se estila en las mesas norte-americanas, sin olvidar las raciones formidables de roasts-beef fiambre. Además, Jhon hizo destapar muchas botellas de champagne, pues—como decía don Cosme—«esa limonada se escurría por el gznate, que era un gusto».

Fico, excitado por los vapores del vino aristocrático, rumiaba su correspondencia para «El Crespúculo», la cual, «indubitablemente, sería reproducida por los

colegas de la capital» y era necesario adobarla con una salsita literaria propia para satisfacer los refinados paladares habaneros.

A la hora del regreso, Valdespina, no obstante las observaciones de don Cosme, quiso acompañarlos hasta «Dos Jimaguas». Sentía necesidad de correr, de hablar, de reír y sacudirse como si el vaho caliente de la tierra cubana hubiera hendido y roto la coraza de hielo sajón que lo cubría.

Por desdicha suya se vió obligado á ir, paso á paso, junto á la volanta excesivamente cargada con doña Luisa, Clara y la respetable humanidad de Jacobita. De ahí su envidia á Leona que marchaba la primera dando al aire los lacitos azules de su sombrero de montar y celebrando á carcajadas las simplezas de Mendocita. Seguíanla el Capitán Pedáneo, don Carlos Mendoza, el Cura y don Cosme, entretenidos en interminables controversias sobre agricultura.

Don Carlos hablaba acaloradamente de sus planes de reformas en «Las Yaguas». Había recibido modelos y precios del tacho al vacío y en cuanto á la línea que pensaba tender para facilitar el transporte de la caña dentro de la finca, ya se entendería con Mr. Jhon.

—A mí, señores, no me cogerán desprevenido los acontecimientos. Dentro de un par de meses mi ingenio estará en comunicación ferroviaria con la Cotorra y es preciso meter mucho azúcar por ese boquete.... Nada de carretas ¡y á cargar wagones!...

Fico iba á retaguardia, ordenando los últimos datos de su epístola «crepusculiana» que contendría noticias

verdaderamente sensacionales sobre la inauguración del primer tramo de la línea del Corojal. «La excursión»—decíase el vate, redactando in mente su correspondencia,—«aunque muy feliz en su desenlace, fué bastante fértil en emociones y también en serios peligros conjurados gracias á la serenidad é inteligencia del ilustre ingeniero Mr. Jhon Valdespina, director de las obras. Una res (el concepto *res* le pareció de baja estirpe) «una ternera» (la palabra ternera se le figuró más indigna todavía) «un cuadrúpedo de la familia de los rumiantes se interpuso importunamente en la vía cuando llegábamos con velocidad vertiginosa al lugar denominado «Paso de puercos» (aquí de las angustias del bardo) «mejor dicho «Paso de.... cochinos» (Fico se detuvo espantado) esto es, «Paso de cerdos» (optó por fingir olvido del nombre) «denominado no recuerdo cómo, y según era de esperarse, puso al tren y, «por ende», á los viajeros muy cerca de una desgracia inmensa, irreparable. La pluma tiembla en mis manos al considerar las consecuencias horripilantes de un descarrilamiento, precisamente cuando ocupaban «el carro de honor» personalidades tan caracterizadas como don Policarpo Ruíz Maella y presbítero don Juan Gallardo, es decir, la primera autoridad administrativa y la primera autoridad eclesiástica del Partido de Jarabacoa; y con ellos el opulento hacendado don Cosme Fernández Arencibia, su respetable esposa y angelicales hijas, etc., etc., etc. Por cierto que en el instante supremo, cuando juzgábamos «perdida toda esperanza», tuvimos que prodigar nuestros consuelos á una dama muy espiritual y dis-

tinguida perteneciente á la buena sociedad de ésa» (con tal perifrasis designaba poéticamente á Jacobita).

Fico quedó satisfecho de su obra aún no nacida y emprendió diálogo con don Casimiro Foronda que cabalgaba á su lado llevando las piérganas muy extendidas á los costados de la bestia.

La tarde caía con solemne languidez y navegaban en el éter algunas nubecillas desflecadas. El aire estaba sofocante y los árboles se sacudían con movimientos perezosos.

—Huélome un temporalito señor don Carlos—dijo Arencibia.

—No haga usted semejante profecía.... ¿Qué será entonces de mi zafra?

—Pues sí señor, creo que tendremos danza esta noche. El cielo está sospechoso y es mucho el calor que nos castiga.

Leonela, como una 'oquilla, volvió grupas, dejando plantado á su acompañante, y se dirigió hácia donde estaba Valdespina

—¿No quiere usted regatear conmigo? Podemos aprovechar este clarito.

Jhon picó su caballo y apareado con Leonela salió á escape sin preocuparse de la comitiva. La muchacha empezó á arrear de duro y al verla pasar como un relámpago envuelta en su largo traje de amazona inflado por el aire removido y haciendo ondular los gallardetes azules de su sombrerito de yarey, se la hubiera tomado por una hermosa evocación de las edades caballerescas. Ni uno ni otro hablaban; pero se complacían observando el estímulo de sus caballos que apre-

taban furiosamente en la carrera. Al llegar á una sabaneta, la cual, como un tapiz de peluche verde, cubría el espacio abierto entre los árboles, era tal la rapidez de la marcha que ya tocaba en los límites de la temeridad y la demencia. Jhon picaba y picaba para no quedarse rezagado, lo que hacía duplicar sus esfuerzos al potro de Leonela. Un cuarto de hora llevaban en este pugilato hípico sin acordarse de sus compañeros y ya la noche empezaba á tender sus crespones sobre los árboles.

—¿No le parece que debemos esperar á los demás? —preguntó Valdespina.

—No tenga cuidado, que yo sé el camino y vamos á llegar antes que todos.

En seguida la audaz muchacha torció á la izquierda, saltó una cerca medio caída y entró por una veredita recién abierta.

—¿Qué dirá de esto Clara?—exclamó riendo en son de burla.—Creo que va á ser capaz de arrancarnos las orejas.

Y para sazonar la frase dirigió una mirada insinuante y sostenida al ingeniero. Valdespina no dijo nada, porque empezaba á arrepentirse de haber sido cómplice en aquella locata femenil. Y á todo esto la carrera seguía sin freno, desbocada. Ambos potros sudaban espuma, los cactus y los yareyes desaparecían como fantasmas en desfile atropellado y la distancia que los separaba de los compañeros era ya de un par de leguas por lo menos.

—¡Dios mío! me figuro que nos hemos perdido ¿no es verdad Vasdespina?

—Hace rato que estoy pensando en eso; pero ya es preciso seguir adelante, que á algún lugar saldremos en donde podamos informarnos.

Leonela hizo alto.

—Jhon....—dijo medio ruborizada.

—¿Se le ofrece algo?

—Si usted fuera tan amable.... Se me ha zafado el estribo y no lo encuentro.

Y al expresarse así lanzó otra mirada aún más insinuante y sostenida sobre Valdespina.

Éste dejó su cabalgadura y, con gravedad genuinamente sajona, después de apartar el remolino de faldas que caían sobre el vientre de la bestia, encontró un pie pequeñito como una almendra, lo abarcó con toda la mano y ajustó la punta en el estribo.... Fué un momento de raras impresiones para Jhon. Aquel pie tan mono y reducido latía entre sus dedos con suaves palpitations y voluptuosidades inconscientes.... Por muy inglés que se creyera, no dejó de sentir un escalofrío general y luego un movimiento de gravitación hácia la carne.... Mas, con heroica fidelidad, llevó á otra parte sus alborotados pensamientos.

—Así los tendrá ella.... Son mellizas—dijo para sí.

Seguidamente volvió á montar, permaneciendo silencioso.... También callaba Leonela que se encendía con todas las brasas del rubor, si bien lo disimulaba conteniendo los impacientes arranques de su potro.

—¿Y qué haremos? Yo no sé por donde vamos.... Mire usted que es gorda ésta en que nos hemos metido. Pero ¿quién iba á pensar?....

—Pierda cuidado, señorita; la Providencia se encargará de guiarnos.... Y á propósito ¿no oye usted nada?

—Algo me parece oír.

—Es una voz lejana que viene por la derecha.

—Será sin duda que nos buscan.

—Bien, esperemos.

Efectivamente, una voz quejosa y prolongada se dejaba oír á lo lejos despertando los tristes ecos de los bosques dormidos. Leonela y Jhon, atentos á los rumores más leves y sin desplegar los labios, observaban como se iba acercando el personaje desconocido á medida que se hacían más claras y perceptibles las notas de su canto, del cual surgía, como un lamento, la siguiente frase:

Te sacaron de tu choza
y te trujeron al pueblo...

—¡Eh! por aquí, viajeros perdidos!

La voz cesó de cantar y á un segundo llamamiento se oyó el gualtrapeo de un caballo que se dirigía resueltamente al punto en donde se hallaban Leonela y Valdespina.

—¿Quién va?—preguntó el recién llegado.

—Soy yo, Leonela, que me he perdido regateando con el Sr. Valdespina.... Tú eres Manengo, ¿no es eso?

—¡Cómo, Leonela.... don Jhón.... ¿Y la familia?

—Ya habrá llegado á la finca; veníamos de Smitson-city.... Pero llévanos pronto que deben estar inquietos al ver que no aparecemos.

—¿Y á dónde diablos iban ustedes por aquí?

—Equivocamos la vereda.

—Pues den gracias á Dios de haberme encontrado, porque si no van derechitos á los pantanos de la Siguapa.... Conque á picar de duro, que el tiempo está malo y es más tarde de lo que ustedes se figuran.

Manengo volvió á reanudar su canto quejumbroso:

Te sacaron de tu choza
y te trujeron al pueblo...

PRELUDIOS

Poco antes de llegar á la finca encontraron á don Cosme que iba en busca de la extraviada pareja.

—Gracias á Dios—dijo al verlos en compañía de Manengo.—No es flojo el susto que nos han hecho pasar.

—¡Perdidos!—exclamó el ingeniero, no sin cierta confusión producida por la vergüenza.—Regateando y regateando nos metimos en un lugar donde la salida era un problema.... Y qué habrá dicho usted de un hombre formal como yo?... Pero cada cual tiene sus horas de muchacho.

--Cá, hombre, no es de usted la culpa sino de ésta que es el mismísimo demonio. Yo no sé que mosca la ha picado de algún tiempo á esta parte.... En fin, á lo hecho, pecho, y vamos para casa que mi mujer los está encomendando á toda la corte celestial.

La abochornada Leonela no sabía que cara poner

al verse en presencia de los suyos. Clarita le dirigió una mirada relampagueante á guisa de severísima reprimenda. En cambio, doña Luisa, con la sublime indulgencia de las madres que solicitadas por el beso ó el reproche, optan siempre por el beso, se arrojó en los brazos de Leona colmándola de caricias:

—¿No te has hecho daño, hijita? ¿estás bien? Mira, no vuelvas á hacer otra igual, porque esas locuras al fin acaban en desgracias.

Fico ponderaba el susto que todos habían pasado y su propósito de ir en busca de la pareja «á tener mejor caballo, saber el camino y no estar la noche tan oscura». Foronda no quiso ser menos y declaró «que le había privado de ese gusto la circunstancia de ser su caballo muy inquieto y espantadizo».

—¡Eh!, dejemos eso y vamos á otra cosa—dijo don Cosme dirigiéndose á la mesa.

Jhon notó que Clarita no tomaba bocado y emprendió con ella una conversación muy animada. El ingeniero no era ya el hombre de otros tiempos; estaba desasosegado é impaciente. El champagne, el brandy, las emociones agitadísimas de la jornada y, sobre todo, aquel pie del tamaño de una almendra, que se movía nerviosamente dentro de su mano como un sunsún aprisionado en una jaula, habían revuelto hasta lo hondo su sangre joven y potente. El pseudo ciudadano del Norte se derretía al rescoldo de la fragua tropical. La nueva adaptación, el reingreso del hombre latino en su medio anterior empezaba á consumarse. Un rayo de esta luz divina que dora la poma en el árbol y hace arder como brasas los corazones, dió

de lleno, en la hora crítica, sobre el hijo pródigo que encontraba otra vez en el solar abandonado su antigua naturaleza, sus instintos contenidos y sus propensiones olvidadas. Jhon iba siendo Juan.

Leonela apenas hacía caso de las vaciedades y galanteos de Fico Suárez. Toda su atención se concentraba en el diálogo de Clara y Valdespina, diálogo que, antes que por las palabras, adivinábase por los gestos expresivos del ingeniero.

—¡Qué felices son!—dijo suspirando el cantor del «patrio río».—La dicha se refleja en el rostro de Mr. Jhon como el cielo azul en un lago cristalino.... ¿No le parece Leonelita?

—Es de suponer.

—¿Y no se embulla usted con el ejemplo?

—¿Con qué ejemplo?

—Con el de esa pareja venturosa.

—¿Yo? Vamos, no sea bobo, hombre.

—¿Y á eso le llama usted bobería, á lo más sagrado, al acto más serio de la vida, al compromiso formal y eterno de dos seres que se aman?... Dígame Leonela ¿hay nada más dulce que la conjunción de dos almas en el firmamento del amor....?

Era la frase decisiva, el último esfuerzo, la nota final de la retórica de folletín que cultivaba el vate del Cuabillas. Fico la había estado elaborando concienzudamente entre bocado y bocado con la tenacidad de un artífice que pone en su obra todo su pensamiento y toda su esperanza. Pero ay! las mujeres no son de los que hablan, sino de los que ejecutan. Leonela se encogió de hombros, contrajo la boca

despreciativamente y se levantó sin mirar al vate, yéndose á sentar en el colgadizo.

Clara y el ingeniero la siguieron, apoyándose ambos en el barandal que miraba al camino. Allí continuaron el diálogo con el mismo fuego y también con un aire marcadísimo de lucha. Él hablaba agitado; sus ojos brillaban como nunca; sus ademanes eran incorrectos y en la expresión excepcional de su semblante se conocía que pasaba del ruego á la exigencia y de la exigencia á la amenaza.... Ella bajaba la vista, trémula, sorprendida y contestaba con voz suave y susurrante. Había llegado para ambos un momento muy común en los enamorados, un momento de casi abandono en que pierden la noción de la realidad y apenas si se preocupan de las gentes que los miran.

Aprovechando este descuido, esta dejadez tan indecorosa como grata, Leonela los disecaba gesto á gesto y frase á frase con sus ojos afilados y cortantes como el bisturí de un cirujano. Seguramente iba leyendo, sin perder una sílaba, los conceptos más ocultos de aquellas páginas secretas.

Así estuvieron hasta que Valdespina, sin duda por haber obtenido la promesa apetecida, echó mano á su sombrero con la idea de regresar á Smithson-city.

—¿Está usted loco!—le observó don Cosme.—Lo mejor será que se quede á pasar la noche con nosotros. Un catre no ha de faltarle.

—Me es de todo punto imposible detenerme más tiempo. Tengo ocupaciones urgentes para la madrugada.

—Mire que el tiempo anda muy revuelto y es probable que la tormenta le coja en el camino. Ahora hablaba de eso con Foronda.

—Agradezco su buen deseo; pero estoy en el caso de marcharme. Si hay temporal el deber me manda ponerme al lado de mi obra en el momento del peligro. Nosotros los ingenieros somos como los generales en campaña, que antes deben pensar en el remedio de un fracaso posible que en la probabilidad de la victoria.

Visto lo inútil de la súplica, don Cosme no quiso insistir más, aunque le ofreció á Bejuco por si algo pudiera ocurrirle en el camino.

—No,—dijo Jhon con inquietud;—no es fácil que vuelva á perderme.... Si esta tarde pasó lo que pasó fué por el embullo del «regateo», que no me dió tiempo para ver por donde íbamos.... Conque, señores, hasta el próximo domingo, si es que algún suceso extraordinario no me impide la visita.

Valdespina tomó el camino real; pero no la dirección de Smithson-city; lejos de eso, tomó la contraria hasta darle la vuelta al potrero por la izquierda. El caballo se encabritaba más de lo regular, tal vez porque el ginete, sin notarlo, lo castigaba con la espuela. De ese modo continuaron hasta llegar á un sitio en que se dejaban oír, con imponente resonancia, los rumores del Cuabillas. Jhon, que había observado atentamente el lugar como buscando entrada, consultó la brújula que llevaba á modo de dije en la cadena del reloj, y caminó todavía media milla, siempre del lado izquierdo del potrero. Cerca de allí, á cincuen-

ta pasos, se dejaba ver una masa oscura de árboles muy frondosos, los árboles de «El Retiro». Pero el paso era difícil y la cerca de maya, es decir de lenguas erizadas de espinas que ponían miedo con la amenaza de una desolladura inevitable.

Jhon amarró su caballo y buscó con afán un medio de pasar sin deterioro. Llamando en su auxilio toda su resolución, lo intentó dos veces, si bien se encargaron de convencerlo de la imposibilidad de su empresa, dos terribles rasgaduras en su ropa. Lejos de darse por vencido, sacó el cuchillo de monte que siempre le acompañaba y comenzó á podar aquellas rígidas hojas de filos mordientes como los filos de una sierra y de puntas agudísimas como la punta de una espada.

Quizá recordó en medio de su original operación otros trabajos parecidos cuando Jiménez, para desembarazarse de maniguas, sacaba el machete y abría una senda en donde antes imperaban ramajes y matojos; mientras él, absorto en su idea, trazaba paralelas imaginarias, hacía volar cerros y echaba puentes sobre los abismos. Entonces se trataba de cosas muy distintas. La ciencia, las grandes empresas industriales, el interés del negocio, eran dueños absolutos de su sér. No hubiera cambiado un signo de sus operaciones algebraicas por todas las sonrisas de todas las mujeres de la tierra. La máquina le había impreso la sequedad de sus movimientos regularizados y el acero la solidez de sus moléculas apretadas.

Pero, al fin, llegó el día inevitable, el día de la transformación del matemático en el hombre. El

amor reserva sus mejores jugarretas para los fuertes. Siempre Alcides hilará domesticado por una hembra y Sansón perderá el pelo en los brazos de Dalila. Al principio, Jhon Valdespina tomó su pasión por el lado romántico, por el aspecto idealista. Aparte de que los hombres más prosaicos cuando se enamoran suelen estrenarse de este modo, no pedía otra satisfacción la delicadeza espiritual de Clara Arencibia. Sin embargo, el que confiado en la índole exquisita de su afecto no cuenta con el incidente extraño, con el factor oculto, no podrá defenderse en la hora del peligro. El viaje á la Cotorra y el regreso de Smithson-city á «Dos Jimaguas» fueron para Jhon motivos de enérgicas sensaciones. Bebió mucho y corrió demasiado. Cualquiera fisiólogo predice el desenlace cuando se trata de una naturaleza joven, algunas copas de champagne, un buen golpe de sol cubano y una carrera desenfrenada al lado de una moza.

La sacudida que partió de Leonela, fué á repercutir en Clara y la inclinación natural se sobrepuso á la inclinación improvisada. En aquel motín de los sentidos una sembró y la otra iba á ser la cosecherà.

Jhon había abierto un boquete en la cerca á costa de inauditos esfuerzos y entró como un ladrón en el potrero, dirigiéndose á «El Retiro...» ¿Qué juicio habría formado de sí mismo si hubiera tenido luz y serenidad suficiente para verse con el traje hecho girones, las manos llenas de rasguños por las mordeduras de las mayas, los ojos extraviados con el extravío del apetito y la actitud de un criminal que penetra en dominio

ageno para llevarse algo más que la res ó el fruto del dormido propietario?

Quizás, por efecto de su mismo desequilibrio, vinieron á su mente reminiscencias extrañas, recuerdos del inmenso Oeste americano, de las praderas interminables, en donde el hombre, abandonado á sus fuerzas, sin gobierno que lo ampare, fia á su remington la conservación de su persona y de sus bienes. Por un instante, asaltado de horribles alucinaciones, le pareció oír el movimiento del gatillo de una carabina y aguardó la detonación y con la detonación la bala vengadora dirigida al pecho ó á la frente para que le cobrara en un segundo el delito moral y social no consumado todavía.

Y pensó también en la ley tremenda que castiga como el rayo ciertos crímenes, aunque propiamente no sean crímenes legales, la venganza colectiva, el «linchamiento» donde el cuerpo social actúa más que como juez como verdugo. Si don Cosme Arencibia, reuniendo y azuzando á sus esclavos, caía sobre él y dejaba sus restos despedazados y palpitantes sobre las hierbas ¿habría razón para llamar barbarie en Cuba lo que en la Unión llaman justicia?

Pero ¿á qué el temor de peligros imaginarios? Una infame impunidad lo defendía y el bosque cubierto de sombras era colaborador pasivo en aquella aventura tan común en los trópicos ardientes. Ya había llegado á «El Retiro» y una vez allí se colocó bajo el árbol predilecto de Clarita.... La obscuridad era completa.

LA PIEL DE ESAÚ

Bien aseguradas las puertas con trancas de júcaro, por lo que pudiera acontecer dado el feo cariz del tiempo, todos en «Dos Jimaguas» dormían á pierna suelta... Es decir no todos dormían: Clara, al entrar en su cuarto, se había tirado sobre una silla dejando caer la cabeza en las palmas de ambas manos. Su actitud era de profunda meditación, de esa meditación, no serena, sino angustiosa, á que se entrega cualquier prójimo cuando habla consigo mismo de materias harto graves. Puede asegurarse que al desdoblarse las ideas de la joven en esa hora dramática, surgían dos aspectos muy distintos de una misma conciencia; el que presentaba la mujer sencilla, honrada y pura y el que presentaba la mozueta de imaginación recalentada con la lectura de obras sentimentales servida en novelas por entregas. Para la mujer la cuestión era muy seria: una cita en plena soledad campes-

tre y á las altas horas de la noche. En tal lance iba envuelto algo importantísimo: su reputación.

Hasta entonces las Arencibia eran el modelo vivo del recato. Se las citaba por donde quiera como la virtud repetida en dos ejemplares exquisitos. Doña Luisa decía á boca llena: «mis hijas», como hubiera podido decir: «mis ángeles, mis madonas». Los jóvenes más corrompidos las miraban como un asceta miraría las pinturas místicas de los tiempos medioevales... Renunciar á esa aureola era renunciar al incienso invisible, pero de aroma penetrante, que surge de las mujeres inmaculadas.

Clara, al pensar en esto, palidecía. Bajar la frente encendida por la vergüenza cuando se hablara de decoro, de honor y de virtud, era el peor de los suplicios, el suplicio del que quiere ser honrado después de su caída irremediable. Mas la mujer, que es el tipo de la delicadeza refinada, es también, de vez en cuando, el tipo de la pasión audaz y ciega. Agrádale saltar abismos, no por el gusto de vencer el peligro sino por el afán de saborear una emoción desconocida. Una cita con el hombre amado, en medio de las tinieblas y al abrigo del árbol confidente de sus deseos, era la impresión suprema, la nota aguda de la pasión loca y sin freno, la remoción de la fibra más honda del artista en presencia de su obra terminada. Y aquí se ingería el romanticismo para vencer los posteriores escrúpulos del honor en peligro. Cuando en un temperamento se manifiesta una propensión avasalladora, los demás instintos quedan, respecto de ella, en el mismo lugar que los soldados respecto del jefe

que los dirige. Y Clarita era virtuosa; pero antes que virtuosa era romántica.

Además, no se trataba de un riesgo grave para su honra. Iría á «El Retiro» á realizar una página viva, si bien «teórica» de su amor. Ya sabría ella defenderse aun en el caso de que Jhon, olvidando respetos altísimos, dejara de ser caballero para ser exclusivamente hombre. Ella había leído en algunas novelas escenas parecidas y todo se concretaba á echar algunos párrafos ardientes sobre el amor, el céfiro y las flores; pero sin que pasara nada de extraordinario. Llegada la hora de la separación se iba cada cual por su lado con muchas ilusiones en el alma y sin ninguna mancha en la conciencia. Por lo general, el marido celoso ó el padre irritado quedaban incólumes en su honra.

Estas reflexiones acabaron de decidirla y se levantó con firmeza para mirar la hora en un reloj de bolsillo colocado en una mesita junto á su lecho. Luego abrió con sigilo la ventana y consultó afanosamente el horizonte. Bendijo aquella complaciente obscuridad encubridora de sus propósitos y se echó un mantón negro sobre la cabeza, dando algunos pasos en puntillas hácia la puerta que comunicaba con la sala. Ya tenía puesta la mano en la llave, cuando la otra puerta, la del cuarto vecino, se abrió violentamente y apareció Leonela.

Clarita se quedó helada de espanto, de un espanto parecido al que experimenta el ave cuando oye el tiro inesperado del cazador.

—¿Qué tienes? ¿qué te pasa?—le preguntó Leona.

—¿A mí?... Nada. ¿Por qué me lo preguntas?

—Como te veo levantada á estas horas...

—Y qué hay en eso de particular? Estoy desvelada.

—Yo no digo que tenga nada de particular.... También estoy desvelada... Sin duda ibas á pasearte por la sala á obscuras... Porque me pareció que abrías esa puerta, ¿no es eso?

—Tenía sed.

—Sin embargo veo ahí una copa de agua, llena todavía.

Clara miró la copa en la cual se quebraba un rayo de luz como en las facetas de un brillante.

—¿Vienes á tomarme declaración? ¿Eres tú el Capitán Maella que mete en un calabozo á los que no se acuestan á sus horas? Pues mira no me siento con humor de escucharte. Lo mejor es que te vayas.... Tengo sueño.

—¿Ahora?... Antes me habías dicho que estabas desvelada.

—Será lo que quieras; pero vete para tu cuarto.... Quiero leer....

—Uno de esos libros que dicen tantas cosas lindas é interesantes sobre amores... ¿no es verdad, «china»?

La actitud, el tono, los ademanes de Leonela eran solemnemente irónicos. Estaba pálida y sonreía como si su sonrisa antes que la expresión del regocijo fuera la de un dolor reconcentrado. Después de una breve pausa continuó destilando gota á gota sus palabras.

—Casi me atrevo á recitarte la página que lees....

Un hombre sin parecido en el mundo, un caballero en toda la extensión de la palabra, alto, robusto, bien barbado, ¿no es eso? tiene amores con una señorita sentimental, crédula, inocente, ¿no es eso también? amores honrados y leales.... por supuesto. La joven lo quiere con delirio, y sin duda á causa de ese cariño ciego, cuando el caballero intachable le da una cita.... en despoblado, ella la acepta y, como es de rigor, tira su honra por la ventana.

Clarita se desplomó sobre su lecho y apenas si tuvo aliento para exclamar:

—¡Leonela, Leonela! ¿será posible que me trates de ese modo?

Y al decir esto, hundía su faz en la almohada; el sollozo atropellaba al sollozo comprimido; las lágrimas corrían sobre las lágrimas y un llanto henchido de angustias, un llanto á toda vena y sin consuelo dejaba oír su nota triste y fatigosa.

—Ese caballero,—siguió diciendo Leonela—es Mr. Jhon Valdespina, el sabio que, según cuenta, no miraba á las mujeres en su tierra; la doncella enamorada eres tú y «El Retiro» el lugar de la cita.... Esto dice la novela.... ¿no es verdad, Clarita?

—¡Mentira!... Yo no tenía nada que hacer en «El Retiro». Es una historia que inventas porque me tienes envidia; una calumnia monstruosa, increíble... ¿Quién me lo hubiera dicho de mi hermana?

—Tú sabes que lo que digo es el Evangelio... Si no lo hubiera oído lo hubiera adivinado.

—Mentira, mentira y mentira...! Te repito que me calumnias. La envidia te ciega...

—¿Envidia... calumnia... ¿eh? Cuando Fico me inareaba con sus simplezas, yo tenía puesto el oído en lo que hablaban ustedes. Luego seguí espíándolos en el colgadizo y lo hice... porque debía velar por tu decoro. Puedo asegurar que no perdí una sílaba... Lo que no me decían las palabras me lo decían los gestos de ese caballero que estaba loco ó borracho, ó las dos cosas á la vez.... ¿Crees que yo iba á quedarme con los brazos cruzados viendo que tú, en un momento de locura, tratabas de echar al camino el honor de nuestra casa? Mi madre está ciega y yo tengo que ver por los ojos de mi madre... Y vengamos á cuentas, ese... hombre ó te quiere con fin-honrado ó no te quiere. En el primer caso ¿á qué citas de noche cuando es más fácil el camino de la iglesia? En el segundo tu conciencia debe decirte lo que merece quien olvida de ese modo el respeto que te debe.

—Te equivocas... me ultrajas injustamente. No soy tan mala como supones.

—Sé lo que hablo y sé, también, hasta donde alcanza tu resolución con ese airecito de inocencia. Has pasado la vida soñando con los personajes de las novelas... «Éste, es el marqués de Flor de Lis, rubio, de ojos azules y aire distinguido; el otro Raul de Lantignac, trigueño, bigotudo y bien plantado; aquél, Ricardo de Aguilar, simpático, buen mozo, y así todos los que encuentras en tus libros... Ya ves que algo se me pega en la memoria... Claro está, al lado de ellos Foronda resulta un sujeto excelente, aunque la verdad sea dicha con muy poco barniz y mucha prosa... El otro, Fico Suárez, es un infeliz con gra-

nos en la cara. Necesitabas algo que tuviera más poesía... Don Juan Tenorio, el Conde de Pinaflor... Y ese... ¿cómo dices en tu jerga? ¡ah, ese «ideal» vino, al fin, en figura de Valdespina... ¡Hermoso ideal que da citas por la noche, bajo un árbol!

—Hablas sin fundamento.... Yo soy incapaz....

—Una mujer enamorada es capaz de todo,—la interrumpió Leonela, sonriendo de un modo siniestro.— Yo no puedo permitir que suceda una desgracia. Voy á salvarte de tí misma. En igual ocasión, si yo fuera la culpable, tu deber sería hacer por mí lo que yo en este instante quiero hacer contigo... Afortunadamente, yo no tengo «ideales». Dios me ha concedido el discernimiento necesario para no dejarme embobar con charadas de amor y cantilenas de poetas... Lo que importa es que escarmientes y te convenzas de que el mundo está lleno de abrojos y mentiras y de que esos galanes de novelas á la postre resultan peores—porque suelen ser unos hipócritas—que el basto don Casimiro y el hambriento Fico Suárez.... Véase la muestra... en el tal Valdespina, un señor con cara de tranca, muy metido en sus números, el tipo de la caballerosidad, la encarnación de la sabiduría y que, sin embargo, anda de noche asaltando fincas como un malhechor para perder á una muchacha y deshorrar á una familia.

Clarita continuaba sollozando....

—Ahora, oye lo que te voy á decir. Acuéstate inmediatamente y no pretendas dejar el cuarto. Es inútil que lo pienses... Me quedo con la llave.

Y para confirmar su orden se acercó á la puerta

que daba á la sala y quitó la llave, guardándosela en el bolsillo.

—Por aquí no saldrás, ni por allí tampoco. La cerradura está de mi lado. Aunque quedas presa, supongo que me lo agradecerás, si hoy no, mañana tal vez. Me parece inútil el que te prometa mi silencio. Hay cosas que se caen por su propio peso... Yo tendré buen cuidado de callarme y tú lo tendrás de arrepentirte... Hasta mañana y ¡qué Dios te ilumine!

Leonela entró en su cuarto, dió una vuelta á la llave y se puso á oír por las rendijas los ahogados suspiros de la culpable. Así estuvo un buen rato, pasado el cual se descalzó las botas para ponerse unos zapatos sin tacones. Hecho esto se cubrió la cabeza con un pañolón y salió resueltamente. Al llegar á puerta del patio se detuvo pensativa.... Fué cuestión de un momento.... Se repuso, quitó la tranca, abrió y tomó el camino de «El Retiro».

La atmósfera continuaba en calma amenazadora. Turbábala á ratos alguna ráfaga de aire rasfrero al agitar pesadamente la hierba de guinea que se extendía á lo lejos como un mar de aguas profundas. De vez en cuando se percibían los sollozos del Cuabillas. Hubo un instante en que Leonela creyó tener el corazón en la garganta y llena de pavor se puso á mirar en todas direcciones como si millares de pupilas invisibles la acecharan detrás de los pabellones de sombras que colgaban de los árboles.... Vino a aumentar sus terrores un ahullido prolongado y sospechoso, una especie de lamento acariciante, seguido de la aparición de un bulto extraño que desde las caballe-

rizas corría hacia ella con rapidez extraordinaria. Cuando estaba á pique de desplomarse bajo el peso de la emoción y la vergüenza, sintió oprimido su seno por las dos patas delanteras de «Sabroso» que, radiante de júbilo, buscaba las manos de la joven para lamerlas.... Leona, algo repuesta, lo acarició con dulzura, dejó correr blandamente sus dedos por el lomo del animal y, después, le hizo un gesto de enérgica despedida. «Sabroso» se marchó con las orejas gachas, el rabo entre las piernas y volviendo á ratos la cabeza impulsado por la fidelidad y el cariño.

Fuera ya del batey, que era el lugar peligroso por la posibilidad de encontrar algún testigo importuno, Leoneta caminó en dirección de «El Retiro».... Iba temblando; pero iba. Eso sí, apretaba el paso para ahogar el eco de una voz interna que la mandaba retroceder.... Sobre todo, angustiábanla terriblemente los siseos á la vez lúgubres y burlones de los insectos ocultos que la llamaban á citas misteriosas detrás de los matojos; la luz fosforescente de algún cocuyo que aprovechaba el imperio de la noche para encender sus candilejas; el susurrar apagado é intermitente del viento entre las hojas y el aspecto sombrío de los árboles que semejabán inmóviles fantasmas....

Por otra parte ¿cómo luchar con las acusaciones severísimas de la conciencia; cómo acallar aquella voz interior que le gritaba «¡criminal! dos veces criminal, como mujer y como hermana!».... ¡Ah, la situación de las gemelas había cambiado por completo en un minuto. La acusada iba á ser juez, reo la acusadora. Los conceptos irónicos, las diatribas, las frases amar-

gas, aquellas teorías sobre el honor, los nobles arranques inspirados en el afán de velar por el decoro de su nombre, todo se volvía contra ella, la delincuente, la secuestradora, la infame! Había esgrimido un látigo terrible y el golpe bochornoso iba á herirla en pleno rostro. Cuando la próxima mañana se encontraran una y otra y al evocar los recuerdos de la noche, bajarán la cabeza ¿cuál sería la más culpable de las dos? ¿Quién la romántica, la loca, la enamorada de andantes caballeros?... Clara leía novelas; pero Leona sabía hacerlas...

Y el remordimiento era ya grande. Muchas veces ese estado de la conciencia precede al delito y sin embargo no lo evita. Leonela pesaba toda la monstruosidad de su intento y se complacía en fomentarlo. Cien honras, no una, hubiera dado por no renunciar á la sensación extraña, al placer amarguísimo, diabólico y punzante de buscar entre los maniguales un novio que no era suyo. Era la tentación decisiva, que condensa en un placer único el goce vergonzoso del pecado y el goce ahominable de la traición.... ¿Retroceder? Nunca! Ella lo había dicho: una mujer enamorada es capaz de todo.... Además, era tarde; ya sentía unos brazos vigorosos que la estrechaban.

La noche tiene por oficio favorito acoger y encubrir ciertas monstruosidades que son incompatibles con la luz. Y la mala obra se completa fácilmente si se trata de la noche campestre, aún más espesa por las masas de árboles cuyo color verde se transforma en tintas pardas al contacto de las tinieblas, creando la sombra en la sombra.... Nadie hubiera reconocido á

amor reserva sus mejores jugarretas para los fuertes. Siempre Alcides hilará domesticado por una hembra y Sansón perderá el pelo en los brazos de Dalila. Al principio, Jhon Valdespina tomó su pasión por el lado romántico, por el aspecto idealista. Aparte de que los hombres más prosaicos cuando se enamoran suelen estrenarse de este modo, no pedía otra satisfacción la delicadeza espiritual de Clara Arencibia. Sin embargo, el que confiado en la índole exquisita de su afecto no cuenta con el incidente extraño, con el factor oculto, no podrá defenderse en la hora del peligro. El viaje á la Cotorra y el regreso de Smithson-city á «Dos Jimaguas» fueron para Jhon motivos de enérgicas sensaciones. Bebió mucho y corrió demasiado. Cualquiera fisiólogo predice el desenlace cuando se trata de una naturaleza joven, algunas copas de champagne, un buen golpe de sol cubano y una carrera desenfrenada al lado de una moza.

La sacudida que partió de Leonela, fué á repercutir en Clara y la inclinación natural se sobrepuso á la inclinación improvisada. En aquel motín de los sentidos una sembró y la otra iba á ser la cosecherà.

Jhon había abierto un boquete en la cerca á costa de inauditos esfuerzos y entró como un ladrón en el potrero, dirigiéndose á «El Retiro...» ¿Qué juicio habría formado de sí mismo si hubiera tenido luz y serenidad suficiente para verse con el traje hecho girones, las manos llenas de rasguños por las mordeduras de las mayas, los ojos extraviados con el extravío del apetito y la actitud de un criminal que penetra en dominio



XXXIV

DOS TEMPORALES

Las predicciones de don Cosme se cumplieron al pie de la letra: antes de caer la madrugada se había desatado el temporal, uno de esos ciclones de nuestra zona, en que la naturaleza, frenética ó demente, líquida de una vez todos sus odios. Los aguaceros se sucedían con ímpetu aterrador, danzaban sobre los tejados de la casa de vivienda, zapateaban sobre el suelo cenagoso y se sacudían iracundos en los bosques ensopados. Cuando se agotaban unos los sustituían otros y otros, en una serie interminable de rumores y chasquidos.

El viento, solicitado también para aquel pugilato de violencias, no quería quedarse atrás y les hacía coro soplando con diapasón huracanado.... Venía, rugiendo, del Este, daba tremendas sacudidas á los árboles, se estrellaba en las paredes, las ventanas y las puertas y hacía temblar las conciencudas

que se veían asaz comprometidas al oponerse á sus brutales empujones. A veces fingía callar dejando oír claramente el ronco vocerío del Cuabillas que empezaba á desbordarse; mas era una breve tregua de silencio para tomar impulso y embestir de nuevo sobre matas, cercas y edificios. Entonces causaba el efecto de un enorme lienzo engomado desenrollándose de golpe, y de millares de fustas chasqueando, al mismo tiempo, en el espacio. En los bosques, principalmente, el alboroto llegaba á su colmo; allí los genios del ruido convertían cada árbol en una lira lúgubre y cada hoja en una nota silbante y destemplada. No había relámpagos ni truenos; pero el viento y el agua bastábanse para consumir la obra de destrucción, ya derribando el bohío miserable del pobre guajiro, ya arrastrando á los desprevenidos animales, que eran tragados por el pletórico Cuabillas, el cual, á su vez, los esputaba en la Cotorra.

Fué una noche horrible de la que aún conservan recuerdos dolorosos los sencillos habitantes del partido de Jarabacoa. En «Dos Jimaguas» no pareció el lance tan serio, porque la vivienda era de sólida mampostería, y, no obstante, desde la madrugada nadie pudo dormir á causa de ser imposible pegar los ojos en medio de aquella espantosa baraunda.

De Leonela no se diga: había vuelto á su habitación cuando empezaban los aguaceros y con las ropas mojadas se dejó caer en su lecho, oprimida por la pesadumbre de sus pensamientos. El traspies decisivo estaba dado y se sentía aterrorizada ante su obra. Pero no fué aquel arranque una explosión inesperada

de su espíritu, un capricho improvisado por la ocasión; tiempo hacía que se elaboraba alimentado por la complicidad silenciosa de sus deseos. Tan pronto como vió por primera vez á Valdespina, se dijo á la callada que aquel injerto singular, medio criollo, medio yankee, era un hombre superior, inteligente, sólido, completo. Precisamente lo que ella buscaba—no en los libros como Clarita, sino en la realidad viva—lo que ella buscaba sin encontrarlo desde que, al iniciarse su pubertad, empezaron las tentaciones del amor que tocaba inútilmente todas las fibras de su sexo como en las teclas de un piano sin cuerdas ni registros. ¡Y la hermana de su corazón con torpe egoísmo, con ansia inmoderada de niño goloso, había extendido la mano para coger aquella fruta incitante y sazónada! Egoísmo, sí, glotonería, deseo insaciable dictado por la vanidad de conquistar antes que nadie al forastero.... Pues no señor; en buen hora que se quedara con Fico, con don Casimiro, con toda la turba de necios que, quizás, iban buscando, no el amor, sino la dote de la romántica.... Que no, que nó, que nó y que nó!

Entonces empezó el martirio inédito de un alma en la apariencia helada como un témpano del Polo, en el fondo ardiente como un volcán de los Andes. ¡Qué sufrir sin semejanza, qué dolor sin lenitivo! Ver aquel hombre al alcance de su mano, amarlo por un movimiento instintivo de su corazón, consagrarle su alma virgen, dedicarle su juventud en plena florecencia, hacer con Valdespina lo que su orgullo no le había permitido hacer con nadie, esto es declararse

con los ojos, tal vez con la sonrisa, interponerse locamente entre los dos enamorados la tarde del paseo á la Yagruma, insinuársele en el «regateo» de la vispera y, sin embargo, recoger por tódo fruto la indiferencia peor, la que no se fija en el objeto que la provoca; el desdén más ofensivo, el que no desprecia, porque pasa junto á lo insignificante sin mirarlo, sin darse cuenta de que existe!

La noche del baile de los Mendoza le achicharraron el corazón las primeras quemaduras de los celos. Valdespina prescindió de ella para pegarse á las faldas de Clarita. De ahí en adelante ésta lo fué todo y ella nada. Los desdenes, lejos de abatirla, se convertían en aguijonazos para su voluntad rebelde á los desaires... ¿Cómo John Valdespina, un hombre tan serio, se pagaba de una tonta dada á sosos libracos y ridículas novelas? Ella valía más que su hermana; valía infinitamente más por donde quiera que se la mirase. Todo su plan se redujo á saber esperar, presentándose cuando la ocasión lo requiriese. La cita en «El Retiro» vino á ser el «fiat», el rayo de luz en el caos de sus deseos. Era una infamia, ciertamente; robaba, secuestraba, desbalijaba, se deshonoraba; pero quien más quiere más arriesga y quien más arriesga más consigue... Clarita era la víctima, porque lo amaba con remilgos, porque no era capaz, aunque digera otra cosa, de sacrificárselo todo, reposo, honor, tranquilidad, existencia!

Y Valdespina la había aceptado por la otra... El misterio, la lobreguez impenetrable de la noche, el parecido de ambas, la misma ceguera del apetito,

contribuyeron al éxito de la obra. ¡Ojalá la hubiera conocido! Ese era el momento providencial, el momento de decírselo, de confesárselo todo, de reíatarle sus celos, sus torturas y dolores... ¿Qué hombre, por poco caballero que se le juzgase, no extendería hidalgamente su mano para levantar á la pecadora sin esperanza y por amor?

Pero nada de eso había sucedido; el misterio guardaba su secreto y disipada la embriaguez del placer se hacía indispensable meditar en sus terribles consecuencias... ¿Aceptaría él la original sustitución, bajaría la cabeza ante el hecho consumado? ¡Problema difícil, porque todo dependería del punto de vista, de la indignación ó la generosidad del engañado... Tanto podía ser aquello perversidad como heroísmo; tanto podría traer sobre la reo la absolución como el castigo... Y luego la deshonra, la vergüenza, la traición descubierta y exhibiéndose ante su familia, ante la sociedad entera con su lujo habitual de pormenores repulsivos. El padre colérico, la madre sucumbiendo ante su desventura, la hermana doliente, inconsolable, el amante ó perplejo ó indignado, el público arrojándose como perro con hambre sobre su reputación hasta entonces inmaculada...

Leonela dejó de un salto el lecho y se apoyó tambaleando en el espaldar de una silla; era una lucha horrorosa, irresistible... El viento seguía zumbando y sus hondos gemidos se le antojaban ecos de los sollozos de Clarita. Vió que por las rendijas empezaba á mirar el día con la tristeza de un anémico y abrió un postigo, dirigiendo una ojeada al horizonte. La

lluvia continuaba sacudiéndose, aunque no con tanta violencia como por la madrugada; el campo estaba convertido en un inmenso charco; la hierba de guinea sólo dejaba ver las puntas de sus penachos de esmeralda; las palmas se debatían aún desgredando sus melenas; los cañaverales agüinados de una finca próxima, sumergían sus blancas banderolas en las aguas y las nubes corrían en tropel como bandadas de carneros que confundieran sus vellones.

Leonela cerró, echándose otra vez sobre la cama.

EL REGRESO

Tres días tardaron las aguas en bajar y al cuarto dispuso don Cosme la vuelta de la familia á la ciudad. Como la tormenta había dejado á su paso un reguero de calamidades, se hacía muy poco grata la vida en aquellos lugares y á todos pareció muy natural la resolución del jefe de la casa. En el fondo de este plan, sea dicho sin ambages ni rodeos, había tanta razón como interés respecto de Arencibia. La gentil moradora de la Yagruma estaba en el nido y don Cosme en plena luna de miel. Cuando se llega á esas alturas todo el mundo estorba y más que nadie la mujer propia, aunque Dios la ciegue de ojos y de espíritu como á la bonachona doña Luisa.

Sucedió, pues, que á la primera sonrisa del buen tiempo se alistó la gente para el viaje. Manengo lo dispuso todo con tal precisión y cuidado que don Cosme no encontró el menor pretexto para una coz.

El muchacho era otro hombre: no sonreía ni hablaba; pero tampoco prescindía de ningún detalle, ni el más leve, en el desempeño de su oficio. Estaba siempre sombrío como una noche nebulosa y cuando el viejo le daba una orden la oía sin mirarlo y acariciando al descuido el puño del machete.

El día del viaje y pocos momentos antes de montar, su tía, con gran misterio lo llamó á una conferencia íntima.

—Manuel—le dijo;— no creas que me he olvidado de algo que te interesa... Aunque ustedes lo duden yo estoy en todo; así pues, al irme de aquí tengo la satisfacción de anunciarte que tu asunto está arreglado.

—¿Mi asunto?...¿Qué asunto tía?

—Hombre esto es grande... En mi tiempo no se estilaban enamorados de tan mala memoria.

—Tía, no se ponga brava; pero, por estas cinco cruces, que estoy en ayunas.

—Entonces será preciso hacértelo tragar como á los niños la papilla... Me refiero á tu matrimonio.

—¿A mí matrimonio?... Ya no pienso en eso...

—¿Qué no piensas en tu matrimonio?... Mira, ahora soy yo la que no entiende.... Vamos explícate que el caso lo merece... Es una cosa muy rara por cierto.

—Pues en pocas palabras, que ya no quiero á Juana Felipa.

—¿Qué ya no quieres á Juana Felipa? Tú me contarás lo que ha sucedido, porque muy gorda debe ser la causa cuando llegas al extremo increíble de dejar plantada á una infeliz que se fió de tus prome-

sas... Conque dime, francamente, en qué fundas tu resolución.

—En nada tía...

—Hablando con toda seriedad, debo decirte que yo te creí un joven más formal, de más seso, en el cumplimiento de tus deberes. Ya le había oído á Cosme lamentarse de tu pereza y tus descuidos, aunque no dí importancia á sus quejas creyendo que tú te enmendarías. «Cuando se case—pensaba yo—sus nuevas obligaciones harán de él otro hombre»... Pero ahora es distinto; no puedo ser tan indulgente. Cometí la torpeza de mezclarme en ese negocio y, por lo que veo, me está reservado un papel bastante triste.

—Yo no tengo la culpa, tía...

—¿Y quién puede tenerla?... Al llegar á esta finca me enteré de lo que pasaba. Conocí á tu novia, una muchacha llena de atractivos, y me propuse protegerla. Su tía doña Jerónima que, ó mucho me equivocó ó es una mujer ignorante sí, pero completa y honradísima, sintió escrúpulos muy fundados y acudió á mí para legalizar esos amores. Comprendí sus alarmas hijas de un santo propósito y tomé el asunto por mi cuenta. Dicho y hecho me comprometí á dejar habilitada á Juana Felipa, completarte de mi cuenta los veinte novillos y darte, además, algún dinero para que no fueras sin recursos á la boda... Lo único que me faltaba era hablarle á Cosme...

Manengo se puso verde. Si su tía hubiera podido verle claramente, hubiérase espantado ante la expresión de extravío que tomaron los ojos del mancebo:

—No quise estrecharlo al principio, pidiéndole su consentimiento, porque tú sabes qué pulgas se gastaba. Las cuestiones de la finca lo ponían de mal humor y como tú eras la causa no me pareció prudente exasperarlo... Ultimamente las cosas tomaron otro giro y ayer, con esa resolución que tengo cuando se hace preciso jugar el todo por el todo, le hablé del matrimonio, le hice, del cristo á la zeta, la historia de tus amores y se manifestó muy sorprendido... Esto no debe chocarte, porque él vive entregado á sus negocios y sabe de amoríos lo que Bejuco de gramática... Ello es que el hombre se me puso blandito como cera derretida y me dijo: «Si él quiere casarse que se case; yo no me opongo.»

—¿Eso dijo?

—Lo que oyes... Y cuando pensaba ganarte las albricias me sales haciéndote de pencas y con la embajada de que te has arrepentido y no quieres casamiento...

—No puede ser ya... Lo he pensado mejor.

—A buena hora! Lo que siento es haber intervenido en eso para quedar como he quedado... ¿Qué dirá de mí doña Jerónima? Pues es claro; pensará que he sido juguete de un mozuelo... Está bien, no he de quejarme; pero tu conciencia te dirá si has obrado bien con esa niña, inocente, abandonada, y si esta vieja, que tanto te quiere y tanto se desvela por tu porvenir, merece que la pongas en ridículo...

Manengo bajó abrumado la cabeza... ¿Qué iba á hacer, qué iba á decir? Por un instante estuvo bajo el imperio de la tentación vengadora que le invitaba

á rasgar de un golpe el velo; á vomitar toda la hiel que le subía del corazón á los labios... Pero no; se detuvo. Su venganza iba á ser terrible, mas nunca llegaría hasta el único ser que le habría sonreído con bondad, hasta aquella santa señora cuya alma inocente se hubiera quebrado á la primera noticia de su desventura... Pasada la breve acometida, Manengo hizo un nudo en su lengua y se limitó á contemplar á la noble mujer con un gesto de ironía dolorosa y compasiva.

—¿Te callas... nada me dices?

—Tía; usted tiene razón; usted es muy buena y yo soy un animal. Pero quizás llegue un día ¡ojalá nunca llegue! en que se convencerá de que su sobrino Manuel Rosales tuvo razón en no casarse.

—Pues señor; no lo entiendo—dijo doña Luisa para no dejar su estribillo sin aplicación.

No hubiera podido apurar más el argumento de su conferencia con Manuel Rosales, en cuanto ya los viajeros habían tomado posesión de sus respectivas cabalgaduras. Fué una jornada aquella que dejó convidado á todo el mundo para no volver.... A todo el mundo, menos á don Cosme. El camino era un enigma. Árboles enormes yacían rendidos en el suelo, interrumpiendo el paso con sus moles inertes. Los pantanos habían ascendido al rango de ciénagas y las ciénagas á la categoría de océanos. Grietas recientes, que hendían la tierra en distintas direcciones, daban salida á arroyos improvisados. Los bohíos que antes alegraban el camino, si no con su aspecto, al menos con la animación re-

lativa que ofrece la soledad habitada, hallábanse convertidos en montones de cujes disgregados y de yaguas en desorden. Los cañaverales veían sus tallos altivos ignominiosamente doblados. Aparte de esto, los pasos habituales del río habíanse perdido y era indispensable buscar otros, adivinándolos más que viéndolos. Tan penoso fué el viaje, que doña Luisa, olvidando los incidentes de la excursión á la Cotorra, pedía á Dios y á San Nicomedes, Patrono de Jarabacoa, la terminación de la línea ferrocarrilera. No la deseaba menos Fico Suárez, el cual declaró que en lo sucesivo sólo viajaría en alas del vapor y á razón de doce leguas por hora.

—No comprendo—decía—el que haya gentes que prefieran otro género de locomoción. Es, en verdad, grato eso de que lo lleven á uno sobre carriles de acero, por tierra siempre llana y sin la fatiga de lidiar con ríos, lomas y pantanos... ¿No le parece á usted don Casimiro?

Foronda contestó con un sí «que más que sí era un balido». Estaba estropeadísimo y le dolía el cuerpo como á Sancho después del célebre manteo... Hubiera renunciado al caballo ante la posibilidad de meterse, no ya en un tren, sino en una carreta.

Al fin entraron en la ciudad con los quebrantos consiguientes. Los Arencibia encontraron su hogar sin variación notable. Pio dormitaba en su taburete y casi ni se dió cuenta de la llegada de sus amos. Por la noche se vieron éstos honrados con la visita de Doña Canda. Trajo, como era de esperarse, algunos cuentos.

—¿Qué es eso, niñas? ¿Han pasado ustedes las tercianas? Lo digo por Clarita... ¡Qué delgada Jesucristo! ¿Y Leona? Pues no tiene pocas ojeras que digamos. ¡Vaya, y la color como un cirio en fiesta de difuntos. Ir al campo, estar allí tanto tiempo para volver arenques es mal negocio, y perdonen ustedes la franqueza. Yo soy así; no me quedo con nada en el estómago... Pero hablando de otra cosa; ¿á que no saben ustedes quienes se casan?

—Hija—le contestó Doña Luisa—¿quién puede saber nada de lo que sucede en el mundo viniendo del monte?

—Pues tengan ustedes entendido que se están corriendo las amonestaciones de Cacha Cabrera y Floro Martínez.

—Alguna vez había de ser... ¿Y qué quieres que diga? Me alegro; todo lo que sea vivir como Dios manda merece mi aprobación.

—Buen porvenir les espera... Un par de «arrancados» que no tienen para hacer un ajiaco. A los siete años siete barrigones... y ni un plátano que asar!

La de Urrabieta quiso meter en seguida el hocico en los amores de Clarita; mas como ésta eludía la conversación y le contestaba con monosílabos, tomó el partido de dirigirse á Leonela, hablándole al oído:

—Y ese «musiú» ¿cuándo viene?

—Yo no sé nada.... Ella no habla de eso conmigo.

—Cuando el río suena.... En fin, yo me alegraría, porque es hombre que lo merece y lo que es Clara no tiene peros. Están pintados el uno para el otro... Luego te tocará á tí.

—No, yo no quiero casarme.... Tú lo sabes bien.

—Hasta que alguno quite ese corazoncito que si hoy es un pedrusco mañana puede ser una jalea.... Todo consistirá en que halles uno que te guste. Eso sí, buen mozo y caballero.... como el «misiú» Valdespina.

La conversación era muy desagradable para Leonela. Por eludirla hubiera dado un año de vida; pero la insistencia de Canda era invencible. Afortunadamente vino á libertar á la joven del cautiverio la presencia del unigénito, de Carlitos Mendoza, que acababa de saber el regreso del señor Arencibia y familia y no quiso perder tiempo en ir á saludarlos.

Ellos,—según dijo refiriéndose á él y los suyos— habían llegado dos días antes y con este motivo se extendió en largos pormenores acerca de los estragos que el huracán había hecho en «Las Yaguas». Jacobita estuvo á pique de volverse loca y pedía á gritos «que pusieran un tren para volver pronto á la ciudad». Todo era preferible á seguir rodeada de ruinas y oyendo el pavoroso relato de tantas desventuras. La caña estaba en el suelo, destruída la casa de calderas y la de vivienda había perdido parte del tejado. Aquello daba lástima, era preciso verlo.

Concluída su pavorosa narración, puso monumento al lado de Leonela.... ¡Cuántas cosas le dijo, mentiras casi todas!

—«Desde que había llegado de la Habana no pensaba sino en ella; su imagen lo seguía á todas partes y hasta estuvo decidido á quedarse en el ingenio, entre los escombros, para acallar su pasión en aque-

llas soledades.... Sin embargo, había optado por declararse y desahogar su corazón comprimido, pues mirándolo bien, sus pretensiones eran muy naturales... Aparte de lo que Leona dispusiera, él podía presentar algunos títulos para obtener la apetecida correspondencia. En primer lugar, su amor inmenso, desinteresado, ardentísimo. Luego su posición de hombre independiente por su carrera y, á más, la circunstancia de ser hijo único de padres acomodados... Estaba dispuesto á todo; quería dar cuantas pruebas se le pidiesen y hasta se comprometía á hacer la vida de un ermitaño si á Leonela le daba el antojo de domesticarlo en esa forma.... Por lo pronto se conformaría con una leve esperanza, con la seguridad que su declaración no era mal recibida».

Leona callaba. Si la conversación de Canda se le hacía insoportable, la de Carlitos le causaba una especie de inquietud y de vergüenza. Aquellos galanteos hijos de la ignorancia en que todos estaban de su reciente metamórfosis, le producía una sensación mezclada de bochorno y amargura. Era cosa horrible oír hablar de amores, escuchar conceptos rendidos, declaraciones halagadoras que no obstante reconocer por principal fundamento su belleza, se desvanecerían al saberse su traspies, la mancha eterna arrojada sobre su honor. No podía acoger esos homenajes porque se creía indigna de ellos, ni rechazarlos porque en sus circunstancias no se rechaza lo que nos favorece, aunque nos favorezca por error.

Mientras tanto, envalentonado Méndocita con el silencio de la muchacha—el cual tradujo por acepta-

ción tácita de sus pretensiones—apretaba en su empeño y hasta se permitió pintarle un idilio de su futura vida conyugal. «Irían á vivir con Jacobita y don Carlos; serían los príncipes de la casa. Ya tenía ideado un plan de reformas en el edificio.... Casi lo iba á echar abajo para reconstruirlo á la moderna y luego llenarlo de muebles y adornos traídos expresamente de París».

Leonela seguía oyéndolo con su impasibilidad acostumbrada y, por contestar algo, dijo que «lo pensaría». Carlitos dió por logrado su propósito y se lanzó—como su excelente padre—á improvisar proyectos fantásticos para el porvenir. Agotada la materia se despidió, pues como habían sonado las diez «no quería—según dijo—que hablaran en el pueblo».

Leona se retiró inmediatamente á su habitación y fué para ella empresa vana conciliar el sueño. ¡Cuántas transformaciones provoca en un alma la sencillez trágica de un mal paso! Antes, con la soberbia indómita de su carácter, al primer disparo repelía todo galanteo que no fuera de su agrado. Ahora casi agradecía á Carlitos Mendoza que se hubiera dignado declarársele. Tenía que abatirse y abdicar en presencia de los demás, desde el momento en que se abatía y abdicaba en presencia de sí misma... ¡Qué criminal había sido y qué desventurada era! Dios le había reservado ese segundo lugar que es el de los príncipes sin corona y el de los hijos sin herencia. Al principio, Suárez y Foronda revoloteando junto á Clara como los pájaros al rededor del fruto sazonado. Viene el forastero y, entre las dos, escoge á la eterna

favorecida. Entonces Foronda y Fico van sobre ella, no por la predilección inconsciente con que el amor se manifiesta, sino por la tentación de la plaza vacante, del lugar desocupado.... El joven Mendoza se les agrega; pero ¿cuándo? cuando Clarita está comprometida y ella inutilizada. ¡Ay ¿cómo no amar en la sombra, cómo no amar en el misterio y por sorpresa, si la otra se había reservado el derecho exclusivo de ser amada en pleno día y de ser la primera en la intención de los demás?

Leonela lloró mucho aquella noche.



LA JUGADA DE DON CARLOS

Don Carlos Mendoza estaba arruinado: el despilfarro era la ley económica de su vida. Poseía un buen ingenio y su bufete era el mejor de la ciudad; pero le molestaba el contacto del dinero y gastaba como gastan los pródigos, primero lo suyo y luego lo del prójimo. Hizo deudas é ideó reformas costosísimas en su finca, careciendo ya de recursos. Cuando pidió á don Cosme los diez mil pesos, le dijo que tenía el agua al cuello y la verdad era que le llegaba á las narices. El temporal vino á darle el golpe de muerte. ¿Cómo levantar las fábricas caídas, cómo atender á los primeros gastos de la molienda? De los famosos diez mil pesos no quedaba ni el recuerdo. Foronda, Virués y Compañía, escamados con el «Debe» de aquel hacendado incorregible, suspendieron la refacción del ingenio mientras las deudas pendientes no quedasen redimidas. Ya le amenazaban con un plei-

to. La única salvación de Mendoza era D. Cosme Fernández Arencibia.... Negocio difícil también, porque don Cosme había recibido su mordida correspondiente. Y, sin embargo, se hacía indispensable seguir cultivando ese campo casi virgen y explotar de cualquier modo al hombre sin letras que tan buenas onzas se guardaba.

Y aquí surgía el abogado cuyas audaces combinaciones eran proverbiales en la ciudad. Nadie como él para desplegar tantos recursos en los casos difíciles ni tejer con más esmero las redes de las habilidades forenses. Todo lo que tenía de inexperto é idealista el hacendado, lo tenía de listo y previsor el hombre de bufete. Y como los fracasos aguzaban su inteligencia en el arte de hacer pagar á los demás las locuras que él se tomaba el trabajo de cometer, apenas llegó de la finca trazó su plan, llamó á su hijo, se encerró con él en el despacho y le habló en los términos siguientes:

—Hijo: nuestros negocios están perdidos. Debo no sé cuanto á Foronda y Compañía; diez mil pesos con intereses á don Cosme Arencibia y otros piquitos á diferentes personas cuyos nombres excuso decirte en obsequio de la brevedad. Ya has visto lo que pasa en el ingenio y comprenderás cual es mi situación. Esa finca puede aún dejar algo, si muele; pero lo difícil es que muele. El peligro más inmediato está en don Cosme al cual atorgué un documento público que vence ahora. No tengo un centavo para abonarle los intereses ni menos el capital y lo peor del lance es que necesito más dinero. En dos palabras; á más

de la prórroga me hace falta un nuevo pico. Él me tiene cogido con una hipoteca y puede ejecutarme cuando se le antoje.... Estoy como el pájaro en la trampa, aunque todo puede arreglarse si me ayudas.

Carlitos se quedó con la boca abierta; nunca pudo creer que sirviera para nada y menos para ayudar á su padre en los negocios.

Así fué que sintió correr por su cuerpo un cosquilleo de orgullo semejante al de aquellas lagartijas que se hinchaban de vanidad porque las de su especie eran buscadas por un naturalista para sus experimentos anatómicos.

—Hasta ahora—continuó don Carlos—has hecho una vida alegre, la vida del joven soltero que tiene un padre que le abre la bolsa para que meta los brazos hasta los codos. Me he gastado un caudal en tu carrera y lo más triste del caso es que no tengo gran confianza en tí como abogado. Has salido de la Universidad tan desnudo de ciencia como Adán de ropa al dejar el Paraíso. El otro día te hice una pregunta sobre las Pandectas y se las colgaste á don Alfonso el Sabio... Creo, pues, indispensable que mires ya por tu porvenir. Mientras yo viva iremos adelante; después será otra cosa.

—Está bien; yo me hallo dispuesto á trabajar. Usted me dirá lo que tengo que hacer.

—No se trata de que trabajes; tú no sirves para eso... Se trata de que te cases.

—¡Casarme yo!... Si en este pueblo no hay mu-
chacha que me guste...

—Porque no te habrás detenido á meditar en tu

propia conveniencia. Una hay muy bella y bien educada con otras condiciones que no deben echarse en saco roto... Veamos ¿qué te parece Leonela Arencibia?

—Phs! Me parece... cualquier cosa.

—Pues yo la ereo el mejor partido del pueblo, linda, inteligente, discreta y con cincuenta ó sesenta mil pesos por detrás... Mira como el yankee, que es un hombre experimentado, ha sabido echarle el guante á la otra. Eso deben hacer los cerebros que piensan, que no se dejan embaucar por idealismos imposibles... ¡Ah, mis paisanitos! ¿cuándo sabrán mis paisanitos lo que les conviene? A los poetas debemos estos resultados lamentables... «El conde Alarcos»... la oda al «Niágara», cosas muy bellas, ciertamente, si no produjeran en la práctica resultados calamitosos. Ahí tienes nuestro atraso industrial, la agricultura entregada á la rutina, los campos vírgenes de Cuba pidiendo el arado, reclamando el sudor de nuestras frentes; ríos hermosísimos sin canalizar y derrochando sin provecho el caudal incomparable de sus fuerzas, pudriéndose en los árboles frutas que no se hubieran dado mejores en el jardín de las Hespérides, una tierra pródiga envilecida por la pereza de los hombres, un cielo azul que...

Don Carlos se contuvo de pronto, pues notó con horror que él también hacía una oda.

—Pero volvamos al asunto—dijo algo abochornado de su lírico desahogo.—Me extraña que te cause sorpresa mi proposición porque, si mal no recuerdo, galanteabas á Leonela el día de la excursión á Smithson-city.

—Por hacer algo, por entretenerme... Me aburría soberanamente aquella tarde.

Esto lo dijo Mendocita con el desdén supremo de un lord abrumado por el *spleen*.

—Te repito que esa muchacha te conviene. Si yo estuviera en tú lugar la conquistaría, aunque no fuera más que por amor propio... Ella se jacta de que no hay joven en esta ciudad que la merezca.

La estocada fué maestra. Carlitos se irguió todo lo que le permitía su corta estatura, revelándose en su faz un gesto soberano de altivez.

—Además—siguió don Carlos,—en ella estriba nuestra salvación. Tres días te doy para que la conquistes. Cuando lo hayas hecho, iré á ver á don Cosme y entonces tendré un arma segura que esgrimir en el negocio.

—Estoy convencido; lo haré... En medio de todo es algo nuevo para mí; una emoción con la cual no contaba en este pueblo inaguantable donde se bosteza hasta en los bailes.

—Lo que te aconsejo ahora es que no pierdas tiempo. Esa familia debe estar para volver y nuestro interés exige que te pongas en campaña inmediatamente. He notado que Foronda y el Fico andan rondando como si la fruta les gustara. Suárez no es de temer... Es un poeta. Foronda sí... Tiene doscientos mil pesos!

El resultado de esta conferencia lo vimos la noche del regreso de los Arencibia. El unigénito llevó buenas noticias á su padre, relativamente se entiende; pero don Carlos que deseaba maniobrar con rapidez,

las tomó como inmejorables en toda la extensión de la palabra.

—¿Conque te dijo que lo pensaría?

—Sí, señor, que lo pensaría.

—Hijo mío, estamos como las flores. Cuando las mujeres declaran que piensan es porque resuelven. En seguida voy á ver á don Cosme; hoy, precisamente vence el documento.

Dicho y hecho se encaminó á la morada de su acreedor. Don Carlos principió haciéndole una pintura patética, dolorosísima del estado del ingenio después del temporal. Nadie contaba con aquello, la naturaleza se había empeñado en hundirlo, en desmentir sus cálculos que no podían ser más racionales y seguros. Tenía doscientos bocoyes de aumento sobre la zafra anterior, pero estaba imposibilitado de moler por falta de recursos.

—Si usted amigo Arencibia—agregó con voz melosa é insinuante—no quiere concederme un uevo plazo, puede ejecutarne inmediatamente. He hecho cuanto estaba de mi parte por cumplir mis compromisos, pero todo se ha conjurado contra mí. Tengo mucha caña maltratada que es preciso moler sin pérdida de tiempo. Dándome algún respiro me comprometo á aumentar el interés de ese dinero y á pagarle en Mayo próximo... En caso contrario, haga usted lo que le convenga.

Don Cosme reflexionaba, según su costumbre, con los párpados entornados.

—El diantre era eso de cerrar negocios con amigos. Ya lo tendría en cuenta para lo futuro... Aun-

que, bien visto el caso, á Mendoza no le faltaba razón. El temporal era un hecho imprevisto.

—Está bien—dijo en voz alta, pensando y contando sus palabras á guisa de monedas que iban á caer en bolsa ajena;—le esperaremos, ¡que vamos á hacer! Supongo que usted me asegurará también parte de los azúcares de la zafra para cubrir los nuevos intereses.

—Desde luego.

—Entonces no tenemos más que hablar.

Don Carlos montó una pierna en la otra, se recostó sobre el espaldar del sillón y dijo pausadamente.

—Hay una segunda parte todavía... Yo necesito diez mil pesos más.

—¿Diez mil pesos más?

—Sí, señor.

—No seré yo quien se los preste.

—Lo sentiría en el alma, pues en ese caso me veré en la necesidad de pedírselos á Foronda, Virués y Compañía y tendré que asegurarles la parte libre del ingenio en vez de ampliar la hipoteca de usted, señor Arencibia.

—Es que aunque quiera no puedo... Diez mil duros hoy y antes otros diez mil, hacen mucha plata.

—Es verdad; pero ampliándole la hipoteca á toda la finca queda usted sólidamente asegurado. Y una de dos: ó yo le pago ó no le pago. Si le pago, recupera usted sus veinte mil pesos con un quince por ciento de interés, que estoy dispuesto á darle, cuando se pactó el doce para el préstamo anterior. Si no le pago me ejecuta y por veinte mil pesos se posesiona

usted de un ingenio que vale cien mil... Una panetela que usted se comería.

Don Cosme se quedó deslumbrado.

—En efecto—pensaba—el negocio tienta. Si recupero mi pico, lo recupero con buen interés.... Si no, me quedo con «Las Yaguas» que es una finca de primer orden.

—Los diez mil pesos que usted me facilite—continuó Mendoza—vienen á ser mi última carta en este juego. Yo puedo ganar ó perder; pero usted siempre gana.

—Tiene usted mucha «labia», amigo mío. Haré un esfuerzo y le entregaré el pico cuando usted disponga.

—Ya que hemos ventilado ese negocio—dijo Mendoza disimulando apenas su regocijo—pasemos á dilucidar un asunto íntimo, de familia.

—¿De familia?

—Si señor.

—Estoy oyendo.

—Yo tengo un hijo con carrera, esto es, con un bonito porvenir. El muchacho está en edad y en condiciones de ganarse la vida y pienso asociarlo á mis negocios judiciales. Mas, para ejercer una profesión tan seria, tan elevada como la nuestra, es casi indispensable tomar estado.

—Me parece muy bien.

—El chico piensa del mismo modo y no es poca fortuna la que le lleva á fijarse en una joven dignísima, en un dechado de méritos y virtudes que no otra cosa es Leonela, la encantadora hija de usted señor

don Cosme.... Así pues; tengo el honor de pedir la mano de esa señorita para mi hijo.

Don Cosme se quedó perplejo. Jamás había cruzado dos palabras con el Carlitos ni le pasó nunca por la mente que éste pudiera enamorarse de una de sus hijas. El tal Mendocita le pareció siempre un alfeñique; «no había allí espacio para una bofetada». Enclenque, chiquitín y paliducho, contrastaba notablemente su figura con la rica naturaleza de Leona, con la altivez de su carácter que le daría una superioridad inevitable sobre aquel boceto de marido. Sin embargo, tales razonamientos no eran para dichos y, además, el joven Mendoza pertenecía á una familia excelente y reputada. Tenía también su carrera y haciendo caso omiso de su pobreza corporal, no podía acusársele de ningún vicio vergonzoso.

—Crea usted—dijo don Cosme—que no sospechaba esa inclinación del muchacho. Esto se explica, porque yo en los asuntos de mis hijas no me meto; su madre se encarga de eso. Pero ¡qué diantre! por mi parte no hay inconveniente. Ya se lo diré á Luisa para que hable con Leona.

—Es así que usted me pondrá al corriente del resultado?

—Cuenta con ello.... Respecto á la escritura....

—Mañana la dejaremos lista. De doce á una iremos á la Notaría, salvo que le convenga otra hora.

—Estoy conforme.

—Pues hasta mañana y gracias mil por sus repetidos favores.

—No hay de qué darlas.

ción tácita de sus pretensiones—apretaba en su empeño y hasta se permitió pintarle un idilio de su futura vida conyugal. «Irían á vivir con Jacobita y don Carlos; serían los príncipes de la casa. Ya tenía ideado un plan de reformas en el edificio.... Casi lo iba á echar abajo para reconstruirlo á la moderna y luego llenarlo de muebles y adornos traídos expresamente de París».

Leonela seguía oyéndolo con su impasibilidad acostumbrada y, por contestar algo, dijo que «lo pensaría». Carlitos dió por logrado su propósito y se lanzó—como su excelente padre—á improvisar proyectos fantásticos para el porvenir. Agotada la materia se despidió, pues como habían sonado las diez «no quería—según dijo—que hablaran en el pueblo».

Leona se retiró inmediatamente á su habitación y fué para ella empresa vana conciliar el sueño. ¡Cuántas transformaciones provoca en un alma la sencillez trágica de un mal paso! Antes, con la soberbia indómita de su carácter, al primer disparo repelía todo galanteo que no fuera de su agrado. Ahora casi agradecía á Carlitos Mendoza que se hubiera dignado declarársele. Tenía que abatirse y abdicar en presencia de los demás, desde el momento en que se abatía y abdicaba en presencia de sí misma... ¡Qué criminal había sido y qué desventurada era! Dios le había reservado ese segundo lugar que es el de los príncipes sin corona y el de los hijos sin herencia. Al principio, Suárez y Foronda revoloteando junto á Clara como los pájaros al rededor del fruto sazonado. Viene el forastero y, entre las dos, escoge á la eterna

las circunstancias, es decir, amigo Arencibia, la necesidad de hablar alguna vez sobre asuntos serios, me trae á estos extremos... ¿me comprende usted?

—Lo que es comprenderle mayormente, no.

—El negocio es sencillo y se lo voy á decir en dos palabras. Usted sabe que á mí me gusta llamar al pan, pan y al vino, vino.

—Pues al grano.

Don Casimiro se incorporó, haciendo lanzar un ¡ay! al sillón y después de reflexionar un momento dijo:

—Señor don Cosme, he pensado establecerme.

—¿Establecerse? Pues no hace pocos años que se halla usted establecido...! Le conocí de dependiente de Ortiguera en la bodeguita aquella que hacía esquina á la calle de San Antón. Luego compró usted «La Primera Reformada» y allí no perdió mucho el tiempo que digamos. Algunos pesos nos ha cogido usted á los de esta casa, medio á medio y libra á libra. De ahora no se hable... Es usted regidor, tiene un almacén que es una mina y en plata sonante ¡qué sé yo! una barbaridad, doscientos mil pesos!

—No se trata del giro,—expuso Foronda algo contrariado.

—Hombre, si no se trata de eso usted me dirá de qué se trata... A menos que no le haya picado la tarántula de ser hacendado... Ese negocio sí que tiene quiebras; desde el agua hasta el gobierno, todo el mundo es su enemigo. Quédese usted con sus víveres y nunca quiera soltar el pellejo en el monte. Sobre todo, mírese en mi espejo y recuerde que yo ne-

esito un año para ganar lo que usted gana en un día sin salir de su almacén.

—No, si no intento tal, aunque algo pudiera haber del asunto en el caso de que cuaje cierto negocio... Mi idea ahora no es esa... Pienso... Ya lo sabe usted ¿no es eso?

—Qué he de saberlo, hombre de Dios!

—Seré más claro, pienso... casarme.

—¿Casarse? No está mal... A su edad y con su dinero, puede hacerse.

—Celebro que usted apruebe mi proyecto, porque así me ahorro la mitad del camino.

—¿Y quién es la moza que le ha sacudido de ese modo?

—A ello iba señor don Cosme... La moza, quiero decir, la joven... la señorita esa... es... Usted me perdonará, estoy algo perplejo y casi ni me atrevo á franquearme, á pesar de que ya sabe usted mi costumbre, al pan...

—Pan y al vino, vino; pero hasta ahora no la entiendo.

—Ello es precioso, ea...! La elegida, contando con la venia de usted y el consentimiento de ella, es Leonelita.

Don Cosme se quedó mirándolo sin saber que responderle. En veinticuatro horas le habían hecho dos peticiones idénticas respecto de la joven y el hilo empezaba á enredársele. Pero como precedía un compromiso con Mendoza se vió en el caso de hablar claro.

—Le agradezco y siento, también, lo que me dice,

amigo Foronda... mi hija Leonela me fué pedida ayer por el Licenciado Mendoza para Carlitos y le debo una respuesta que no puedo darle todavía. Me parece que esto es cosa hecha y muy difícil que usted logre lo que quiere. Entienda, desde luego, que no es por mi voluntad sino por esa circunstancia.

Don Casimiro estaba rojo.

—¿Qué hemos de hacerle! ¡Si yo lo hubiera adivinado!... Porque hace tiempo que pienso en eso.

—Ayer estuvo aquí don Carlos y me la pidió después de hablarme largamente de la hipoteca sobre el ingenio «Las Yaguas».

—Ya sé; la que nos ha prometido para asegurarnos el piquito pendiente.

—¿Qué les ha prometido, dice usted?

—¿No estaba usted enterado? Si señor; nos debe unos doce mil duros y para cubrir esa cantidad hemos convenido en que nos hipotecará la mitad del ingenio. El negocio está cerrado, pero hasta dentro de tres ó cuatro días no se harán las escrituras.

—Espere usted... hoy le he facilitado diez mil pesos sobre otros diez mil que le había prestado y la finca será mía como no afloje la mosca á su debido tiempo.

El color de Foronda, de rojo cambió en pálido.

—¿Cómo! ¿qué dice usted señor don Cosme?

—Lo que oye. De la Notaría vengo y la hipoteca se ha constituido á mi favor.

—¡Nuestro crédito es preferente...!

—Sería; pero el ingenio «Las Yaguas» está ya de este lado.

—Eso es inicuo, señor Arencibia; inmediatamente voy á ver al socio para que sepa lo que sucede.

Don Cosme sonreía. Foronda salió dando tropezones sin saber á que dolor entregarse, si al de la pérdida de su pretendida ó al del fracaso de la hipoteca.

XXXVII

EL CONFLICTO

Rato hacía que las Arencibia se hallaban en el comedor entregadas á sus labores, esto es, Leona cosiendo, Clarita leyendo y doña Luisa rezando fervorosamente, cuando la última, sin duda por haber terminado su piadosa tarea, dijo volviendo el rostro á Clara:

—Hija mía, retírate un momento que tengo que hablar con tu hermana.

Clarita se levantó, yéndose á su cuarto y entonces la ciega hizo una señal á la menor de las mellizas para que acercara un poco más su asiento.

Leonela sintió el frío del espanto discurrir por todo su organismo. Jamás su madre le había dicho nada que no debiera ser oído por su hermana. Considerábalas tan gemelas de espíritu como de cuerpo, y así como la tela que las vestía era igual para las dos, así el consejo, la frase cariñosa, se repartían por mitad

propia conveniencia. Una hay muy bella y bien educada con otras condiciones que no deben echarse en saco roto... Veamos ¿qué te parece Leonela Arencibia?

—Phs! Me parece... cualquier cosa.

—Pues yo la ereo el mejor partido del pueblo, linda, inteligente, discreta y con cincuenta ó sesenta mil pesos por detrás... Mira como el yankee, que es un hombre experimentado, ha sabido echarle el guante á la otra. Eso deben hacer los cerebros que piensan, que no se dejan embaucar por idealismos imposibles... ¡Ah, mis paisanitos! ¿cuándo sabrán mis paisanitos lo que les conviene? A los poetas debemos estos resultados lamentables... «El conde Alarcos»... la oda al «Niágara», cosas muy bellas, ciertamente, si no produjeran en la práctica resultados calamitosos. Ahí tienes nuestro atraso industrial, la agricultura entregada á la rutina, los campos vírgenes de Cuba pidiendo el arado, reclamando el sudor de nuestras frentes; ríos hermosísimos sin canalizar y derrochando sin provecho el caudal incomparable de sus fuerzas, pudriéndose en los árboles frutas que no se hubieran dado mejores en el jardín de las Hespérides, una tierra pródiga envilecida por la pereza de los hombres, un cielo azul que...

Don Carlos se contuvo de pronto, pues notó con horror que él también hacía una oda.

—Pero volvamos al asunto—dijo algo abochornado de su lírico desahogo.—Me extraña que te cause sorpresa mi proposición porque, si mal no recuerdo, galanteabas á Leonela el día de la excursión á Smithson-city.

do, como si hubieran muerto todos los músculos de su fisonomía. Las palabras misteriosas de su madre, el hecho de haber sido Clarita eliminada de la conversación y la pesadumbre abrumadora de su conciencia, todo, hasta los detalles más insignificantes, tomaban su lugar en el proceso. Por segunda vez iba á descubrirse pidiendo la frase de misericordia, cuando volvió á detenerla la intervención providencial de doña Luisa:

—Tu vida, hasta hoy, ha sido la de las jóvenes recatadas é inocentes. ¡Bendito sea Dios que me ha dado hijas tan buenas....! Ningún mozo, que yo sepa—y cuidado si yo me encuentro en todo—ha conseguido hacerte impresión, enamorarte, en una palabra. De lo cual me alegro en el alma porque así has tenido más tiempo para hacer tu elección, y estas cosas mientras más se maduran, mejor salen. ¡Qué proceder tan distinto al de otras locuelas que pican á la primera carnada que les echan! Pero todo tiene su término en el mundo y ha llegado el instante en que debes decidir acerca de tu matrimonio.

Al oír esto Leona se quedó algo más tranquila. Viniere lo que viniera el fantasma negro había pasado. Por lo pronto disponía de una tregua y en las grandes batallas un minuto de respiro puede asegurar, si no la victoria, una buena retirada. Así fué que se permitió responder casi bromeando:

—¡Por Dios, mamá, ¿á que hablarme de esa historia? Yo me he casado con usted.

—Hija, déjate de jaranas y óyeme con atención. No se trata de un simple consejo mío, sino de una

respuesta inmediata que debes dar. Anoche me llamó tu padre y me dijo: «Luisa, hoy ha venido el Licenciado Mendoza á pedirme la mano de Leonela para su hijo. Por mi parte no hay dificultad si ella lo quiere. Pregúntale lo que piensa y tráeme la contestación, porque el hombre me ha comprometido á dársela yo mismo. En fin, que ustedes resolverán lo que mejor les parezca. Yo me lavo las manos». Esto me dijo tu padre y esto te repito yo. Como ves, no es cosa de broma.

La joven estaba abrumada; la tregua había durado poco. Un nuevo problema, otro conflicto grave se irguió de improviso en su conciencia. La reputación de la mujer encontraba en Mendocita una bandera encubridora; pero el corazón aún amaba su delito. El amor no tiene escrúpulos, se recrea en su obra y en el recuerdo de su obra. Si le ofrecen un lecho de fango, allí se revuelca como entre sábanas y blondas. Leonela evocó su deshonra, la noche infame de «El Retiro», sus crueles inquietudes, el sabor intenso y amargo de su crimen y al recordar esto, venía, también, á su mente la imagen de Valdespina, del galán hermoso, sin parecido, insustituible. ¡Qué diferencia entre hombre y hombre! De un lado la decadencia física, el raquitismo y del otro la virilidad humana en toda su lozanía, en toda su imponente plenitud. Al meditar sobre esto se levantó hasta la altura de relativa dignidad que alcanzan los grandes pecadores cuando se les propone una bajeza para tapar la huella del delito, y dijo á su madre con la resolución de los que mueren sin rendirse:

—Pues bien, mi respuesta es clara; yo no acepto la mano de Carlitos.

—Antes de llevar esa contestación, como madre que se interesa por la suerte de su hija, te pidió que la medites.

—¡Si no lo quiero!... si me es indiferente en absoluto. Quizás se ha envalentonado porque la otra noche no lo despaché con cajas destempladas. Otra vez será.

—Líbreme el Señor de forzar tu voluntad y de obligarte á una boda que te repugna; pero en todos estos lances ustedes las chiquillas sólo se fijan en un lado de las cosas. Puede muy bien suceder que no te guste la cara de Carlitos Mendoza y, aceptando únicamente esta impresión, no te pongas á estudiar las otras cualidades del muchacho. Feo es—puedo asegurarlo porque ojos no me faltan—pero es persona de buena cepa. Sus padres son gentes muy distinguidas; la amistad que tienen con nosotros es ya de muchos años. Hasta ahora el Carlitos si no se porta como un santo tampoco escandaliza con su conducta y si le sale algún defecto gordo, tú te encargarás de corregírselo con maña. Sobre todo, tiene un porvenir, una carrera...

—Yo reconozco todo eso y, sin embargo, creo que no me hará feliz.

—Hay, además, otras circunstancias, hija de mi alma. Tu padre va siendo viejo y á mí no me restan muchos años... No me digas que nó; sé cual es mi edad y hasta donde llegan mis achaques. Al morir nosotros ¿qué sería de tí, de mi Leonela, sola, aban-

donada, sin una mano protectora que la sostuviese? Esto me pone nerviosísima, me aterroriza. En Clara no pienso, porque, á lo que parece, ya tiene hecha su elección. ¡Si tú supieras el gusto que me causa ver el tino, el acierto que Dios se ha servido concederle en un acto tan grave para su vida! Ese señor Valdespina es todo un caballero y también un sabio que tiene maravilladas á las gentes con sus inventos...

¡Cuántas cosas, á tener ojos sanos, hubiera visto doña Luisa en el rostro demudado de Leonela! El remordimiento que avergüenza, la pena que nubla, la sonrisa irónica y doliente, la desesperación, la fatiga, el desaliento...! Pero doña Luisa, excitada por el fuego oratorio, quiso tocar todas las teclas y se puso á arrullarla con su voz melodiosa, llena de mimos y caricias:

—Ahora bien; yo no quiero que sea menos mi Leonela; ella merece también un buen marido, un hombre que la quiera muchísimo y sepa apreciar sus buenas cualidades... ¡Pues no faltaría más que la una se casara y la otra no!... Ustedes han hecho siempre lo mismo; tienen la misma edad, los mismos trajes, las mismas joyas. Cuando no las hay iguales se mandan á hacer expresamente ó no se compran. Dificil es que se casen con el mismo hombre—añadió, dibujando una sonrisa que fué una puñalada para Leonela,—pero ya que esto no pueda ser, bien pueden casarse al mismo tiempo. Este es mi sueño, mi aspiración más arraigada. El día en que yo las mire en la iglesia haciendo dos parejas será el más dichoso de mi vida...

Doña Luisa hizo una pausa como esperando el efecto de su arenga; pero Leona no respondía; contemplaba fijamente una de las losetas del piso como si le pidiera inspiraciones en su aprieto. Por más que pensaba y medía los argumentos de su madre uniéndolos á la consideración suprema, naturalísima, inexcusable de su situación excepcional, no se hallaba con fuerzas para pronunciar el sí que le pedían, el monosílabo más grave que puede salir de los labios de una hembra.... Si al menos la dejaran pensar serenamente, ei pudiera disponer de algunos días para coordinar sus pensamientos, amansar su conciencia é irse acostumbrando al sacrificio... Mas ¡ay! le exigían que se condenara á sí misma, sin deliberación y por sorpresa.

—¿Qué dices á todo esto?—insistió la ciega.

—Que lo más que puedo hacer es pensarlo. Ya vé usted.... Se trata de un asunto muy serio.

—En eso te reconozco, hija mía.... Reflexiva como una mujer de juicio maduro. ¡Ah, no todas las madres tienen mi fortuna!.... Y ¿cuándo me dirás lo que resuelvas?

—Mañana.... no, mañana, no.... Dentro de dos ó tres días.

—¡Que el Señor te inspire lo que más te convenga!..

Madre é hija se besaron. Doña Luisa—procediendo como solía proceder, gracias á la índole optimista de su naturaleza—juzgó resuelta la cuestión. Santa, bienaventurada señora que por un sarcasmo de la suerte se dedicaba á zurcir matrimonios previamente malogrados por un suceso, á la vez, imprevisto y bochornoso!

cesito un año para ganar lo que usted gana en un día sin salir de su almacén.

—No, si no intento tal, aunque algo pudiera haber del asunto en el caso de que cuaje cierto negoci- to... Mi idea ahora no es esa... Pienso... Ya lo sabe usted ¿no es eso?

—Qué he de saberlo, hombre de Dios!

—Seré más claro, pienso... casarme.

—¿Casarse? No está mal... A su edad y con su di- nero, puede hacerse.

—Celebro que usted apruebe mi proyecto, porque así me ahorro la mitad del camino.

—¿Y quién es la moza que le ha sacudido de ese modo?

—A ello iba señor don Cosme... La moza, quiero decir, la joven... la señorita esa... es... Usted me perdonará, estoy algo perplejo y casi ni me atrevo á franquearme, á pesar de que ya sabe usted mi costum- bre, al pan...

—Pan y al vino, vino; pero hasta ahora no la en- tiendo.

—Ello es precioso, ea...! La elegida, contando con la venia de usted y el consentimiento de ella, es Leo- nelita.

Don Cosme se quedó mirándolo sin saber que res- ponderle. En veinticuatro horas le habían hecho dos peticiones idénticas respecto de la joven y el hilo empezaba á enredársele. Pero como precedía un compromiso con Mendoza se vió en el caso de hablar claro.

—Le agradezco y siento, también, lo que me dice,

amigo Foronda... mi hija Leonela me fué pedida ayer por el Licenciado Mendoza para Carlitos y le debo una respuesta que no puedo darle todavía. Me parece que esto es cosa hecha y muy difícil que usted logre lo que quiere. Entienda, desde luego, que no es por mi voluntad sino por esa circunstancia.

Don Casimiro estaba rojo.

—¡Qué hemos de hacerle! ¡Si yo lo hubiera adivinado!... Porque hace tiempo que pienso en eso.

—Ayer estuvo aquí don Carlos y me la pidió después de hablarme largamente de la hipoteca sobre el ingenio «Las Yaguas».

—Ya sé; la que nos ha prometido para asegurarnos el piquito pendiente.

—¿Qué les ha prometido, dice usted?

—¿No estaba usted enterado? Si señor; nos debe unos doce mil duros y para cubrir esa cantidad hemos convenido en que nos hipotecará la mitad del ingenio. El negocio está cerrado, pero hasta dentro de tres ó cuatro días no se harán las escrituras.

—Espere usted... hoy le he facilitado diez mil pesos sobre otros diez mil que le había prestado y la finca será mía como no afloje la mosca á su debido tiempo.

El color de Foronda, de rojo cambió en pálido.

—¡Cómo! ¿qué dice usted señor don Cosme?

—Lo que oye. De la Notaría vengo y la hipoteca se ha constituido á mi favor.

—¡Nuestro crédito es preferente...!

—Sería; pero el ingenio «Las Yaguas» está ya de este lado.

cesito un año para ganar lo que usted gana en un día sin salir de su almacén.

—No, si no intento tal, aunque algo pudiera haber del asunto en el caso de que cuaje cierto negocio... Mi idea ahora no es esa... Pienso... Ya lo sabe usted ¿no es eso?

—Qué he de saberlo, hombre de Dios!

—Seré más claro, pienso... casarme.

—¿Casarse? No está mal... A su edad y con su dinero, puede hacerse.

—Celebro que usted apruebe mi proyecto, porque así me ahorro la mitad del camino.

—¿Y quién es la moza que le ha sacudido de ese modo?

—A ello iba señor don Cosme... La moza, quiero decir, la joven... la señorita esa... es... Usted me perdonará, estoy algo perplejo y casi ni me atrevo á franquearme, á pesar de que ya sabe usted mi costumbre, al pan...

—Pan y al vino, vino; pero hasta ahora no la entiendo.

—Ello es precioso, ea...! La elegida, contando con la venia de usted y el consentimiento de ella, es Leonelita.

Don Cosme se quedó mirándolo sin saber que responderle. En veinticuatro horas le habían hecho dos peticiones idénticas respecto de la joven y el hilo empezaba á enredarsele. Pero como precedía un compromiso con Mendoza se vió en el caso de hablar claro.

—Le agradezco y siento, también, lo que me dice,

amigo Foronda... mi hija Leonela me fué pedida ayer por el Licenciado Mendoza para Carlitos y le debo una respuesta que no puedo darle todavía. Me parece que esto es cosa hecha y muy difícil que usted logre lo que quiere. Entienda, desde luego, que no es por mi voluntad sino por esa circunstancia.

Don Casimiro estaba rojo.

—¿Qué hemos de hacerle! ;Si yo lo hubiera adivinado!... Porque hace tiempo que pienso en eso.

—Ayer estuvo aquí don Carlos y me la pidió después de hablarme largamente de la hipoteca sobre el ingenio «Las Yaguas».

—Ya sé; la que nos ha prometido para asegurarnos el piquito pendiente.

—¿Qué les ha prometido, dice usted?

—¿No estaba usted enterado? Si señor; nos debe unos doce mil duros y para cubrir esa cantidad hemos convenido en que nos hipotecará la mitad del ingenio. El negocio está cerrado, pero hasta dentro de tres ó cuatro días no se harán las escrituras.

—Espere usted... hoy le he facilitado diez mil pesos sobre otros diez mil que le había prestado y la finca será mía como no afloje la mosca á su debido tiempo.

El color de Foronda, de rojo cambió en pálido.

—¿Cómo! ¿qué dice usted señor don Cosme?

—Lo que oye. De la Notaría vengo y la hipoteca se ha constituido á mi favor.

—¡Nuestro crédito es preferente...!

—Sería; pero el ingenio «Las Yaguas» está ya de este lado.

cesito un año para ganar lo que usted gana en un día sin salir de su almacén.

—No, si no intento tal, aunque algo pudiera haber del asunto en el caso de que cuaje cierto negociato... Mi idea ahora no es esa... Pienso... Ya lo sabe usted ¿no es eso?

—Qué he de saberlo, hombre de Dios!

—Seré más claro, pienso... casarme.

—¿Casarse? No está mal... A su edad y con su dinero, puede hacerse.

—Celebro que usted apruebe mi proyecto, porque así me ahorro la mitad del camino.

—¿Y quién es la moza que le ha sacudido de ese modo?

—A ello iba señor don Cosme... La moza, quiero decir, la joven... la señorita esa... es... Usted me perdonará, estoy algo perplejo y casi ni me atrevo á franquearme, á pesar de que ya sabe usted mi costumbre, al pan...

—Pan y al vino, vino; pero hasta ahora no la entiendo.

—Ello es precioso, ea...! La elegida, contando con la venia de usted y el consentimiento de ella, es Leonelita.

Don Cosme se quedó mirándolo sin saber que responderle. En veinticuatro horas le habían hecho dos peticiones idénticas respecto de la joven y el hilo empezaba á enredársele. Pero como precedía un compromiso con Mendoza se vió en el caso de hablar claro.

—Le agradezco y siento, también, lo que me dice,

amigo Foronda... mi hija Leonela me fué pedida ayer por el Licenciado Mendoza para Carlitos y le debo una respuesta que no puedo darle todavía. Me parece que esto es cosa hecha y muy difícil que usted logre lo que quiere. Entienda, desde luego, que no es por mi voluntad sino por esa circunstancia.

Don Casimiro estaba rojo.

—¿Qué hemos de hacerle! ¡Si yo lo hubiera adivinado!... Porque hace tiempo que pienso en eso.

—Ayer estuvo aquí don Carlos y me la pidió después de hablarme largamente de la hipoteca sobre el ingenio «Las Yaguas».

—Ya sé; la que nos ha prometido para asegurarnos el piquito pendiente.

—¿Qué les ha prometido, dice usted?

—¿No estaba usted enterado? Si señor; nos debe unos doce mil duros y para cubrir esa cantidad hemos convenido en que nos hipotecará la mitad del ingenio. El negocio está cerrado, pero hasta dentro de tres ó cuatro días no se harán las escrituras.

—Espere usted... hoy le he facilitado diez mil pesos sobre otros diez mil que le había prestado y la finca será mía como no afloje la mosca á su debido tiempo.

El color de Foronda, de rojo cambió en pálido.

—¿Cómo! ¿qué dice usted señor don Cosme?

—Lo que oye. De la Notaría vengo y la hipoteca se ha constituido á mi favor.

—¡Nuestro crédito es preferente...!

—Sería; pero el ingenio «Las Yaguas» está ya de este lado.

—Eso es inicuo, señor Arencibia; inmediatamente voy á ver al socio para que sepa lo que sucede.

Don Cosme sonreía. Foronda salió dando tropezones sin saber á que dolor entregarse, si al de la pérdida de su pretendida ó al del fracaso de la hipoteca.

XXXVII

EL CONFLICTO

Rato hacía que las Arencibia se hallaban en el comedor entregadas á sus labores, esto es, Leona cosiendo, Clarita leyendo y doña Luisa rezando fervorosamente, cuando la última, sin duda por haber terminado su piadosa tarea, dijo volviendo el rostro á Clara:

—Hija mía, retírate un momento que tengo que hablar con tu hermana.

Clarita se levantó, yéndose á su cuarto y entonces la ciega hizo una señal á la menor de las mellizas para que acercara un poco más su asiento.

Leonela sintió el frío del espanto discurrir por todo su organismo. Jamás su madre le había dicho nada que no debiera ser oído por su hermana. Considerábalas tan gemelas de espíritu como de cuerpo, y así como la tela que las vestía era igual para las dos, así el consejo, la frase cariñosa, se repartían por mitad

entre una y otra. La ciega había seguido inquebrantablemente esta costumbre, aunque Leona siempre fué su predilecta. El hecho de romper con tal sistema alarmó á la hija culpable, víctima de sus terrores y juguete de la angustia compañera del delito.

—Leonela—dijo doña Luisa gravemente,—voy á hablarte de un asunto serio, del más serio que hay en el mundo para una mujer soltera como tú.

La infeliz niña se puso pálida como la muerte, sintió que un sudor helado inundaba su rostro y creyó que su corazón había cesado de latir. Fué aquello una sacudida espantosa, un vértigo, una sensación terrible que robaba la tierra á su planta, el aire á sus pulmones y la posesión de la personalidad á su conciencia. A poder hacerlo se hubiera echado á los pies de la anciana para demandarle un perdón que no fuera una frase, un ruego ni una súplica siquiera, sino un lamento, un grito, un ¡ay! desgarrador y sollozante.

Por fortuna, la materia, rebelde á todo movimiento, se negó á obedecer al espíritu acongojado, dando tiempo á doña Luisa para reanudar su perorata:

—Y no te extrañe lo que te digo porque en el mundo á todos, hasta á los más insignificantes, les llega un día en que se les hace indispensable tomar una resolución. Y ese día ha llegado para tí, hija de mi corazón. Lo único que quiero es que me hables con franqueza, como pudieras hacerlo en un confesionario. Se trata de tu dicha y de mi tranquilidad.

Leonela continuaba inmóvil, con el semblante rígi-

do, como si hubieran muerto todos los músculos de su fisonomía. Las palabras misteriosas de su madre, el hecho de haber sido Clarita eliminada de la conversación y la pesadumbre abrumadora de su conciencia, todo, hasta los detalles más insignificantes, tomaban su lugar en el proceso. Por segunda vez iba á descubrirse pidiendo la frase de misericordia, cuando volvió á detenerla la intervención providencial de doña Luisa:

—Tu vida, hasta hoy, ha sido la de las jóvenes recatadas é inocentes. ¡Bendito sea Dios que me ha dado hijas tan buenas....! Ningún mozo, que yo sepa—y cuidado si yo me encuentro en todo—ha conseguido hacerte impresión, enamorarte, en una palabra. De lo cual me alegro en el alma porque así has tenido más tiempo para hacer tu elección, y estas cosas mientras más se maduran, mejor salen. ¡Qué proceder tan distinto al de otras locuelas que pican á la primera carnada que les echan! Pero todo tiene su término en el mundo y ha llegado el instante en que debes decidir acerca de tu matrimonio.

Al oír esto Leona se quedó algo más tranquila. Viera lo que viniera el fantasma negro había pasado. Por lo pronto disponía de una tregua y en las grandes batallas un minuto de respiro puede asegurar, si no la victoria, una buena retirada. Así fué que se permitió responder casi bromeando:

—¡Por Dios, mamá, ¿á que hablarme de esa historia? Yo me he casado con usted.

—Hija, déjate de jaranas y óyeme con atención. No se trata de un simple consejo mío, sino de una

respuesta inmediata que debes dar. Anoche me llamé tu padre y me dijo: «Luisa, hoy ha venido el Licenciado Mendoza á pedirme la mano de Leonela para su hijo. Por mi parte no hay dificultad si ella lo quiere. Pregúntale lo que piensa y tráeme la contestación, porque el hombre me ha comprometido á dársela yo mismo. En fin, que ustedes resolverán lo que mejor les parezca. Yo me lavo las manos». Esto me dijo tu padre y esto te repito yo. Como ves, no es cosa de broma.

La joven estaba abrumada; la tregua había durado poco. Un nuevo problema, otro conflicto grave se irguió de improviso en su conciencia. La reputación de la mujer encontraba en Mendocita una bandera encubridora; pero el corazón aún amaba su delito. El amor no tiene escrúpulos, se recrea en su obra y en el recuerdo de su obra. Si le ofrecen un lecho de fango, allí se revuelca como entre sábanas y blondas. Leonela evocó su deshonor, la noche infame de «El Retiro», sus crueles inquietudes, el sabor intenso y amargo de su crimen y al recordar esto, venía, también, á su mente la imagen de Valdespina, del galán hermoso, sin parecido, insustituible. ¡Qué diferencia entre hombre y hombre! De un lado la decadencia física, el raquitismo y del otro la virilidad humana en toda su lozanía, en toda su imponente plenitud. Al meditar sobre esto se levantó hasta la altura de relativa dignidad que alcanzan los grandes pecadores cuando se les propone una bajeza para tapar la huella del delito, y dijo á su madre con la resolución de los que mueren sin rendirse:

—Pues bien, mi respuesta es clara; yo no acepto la mano de Carlitos.

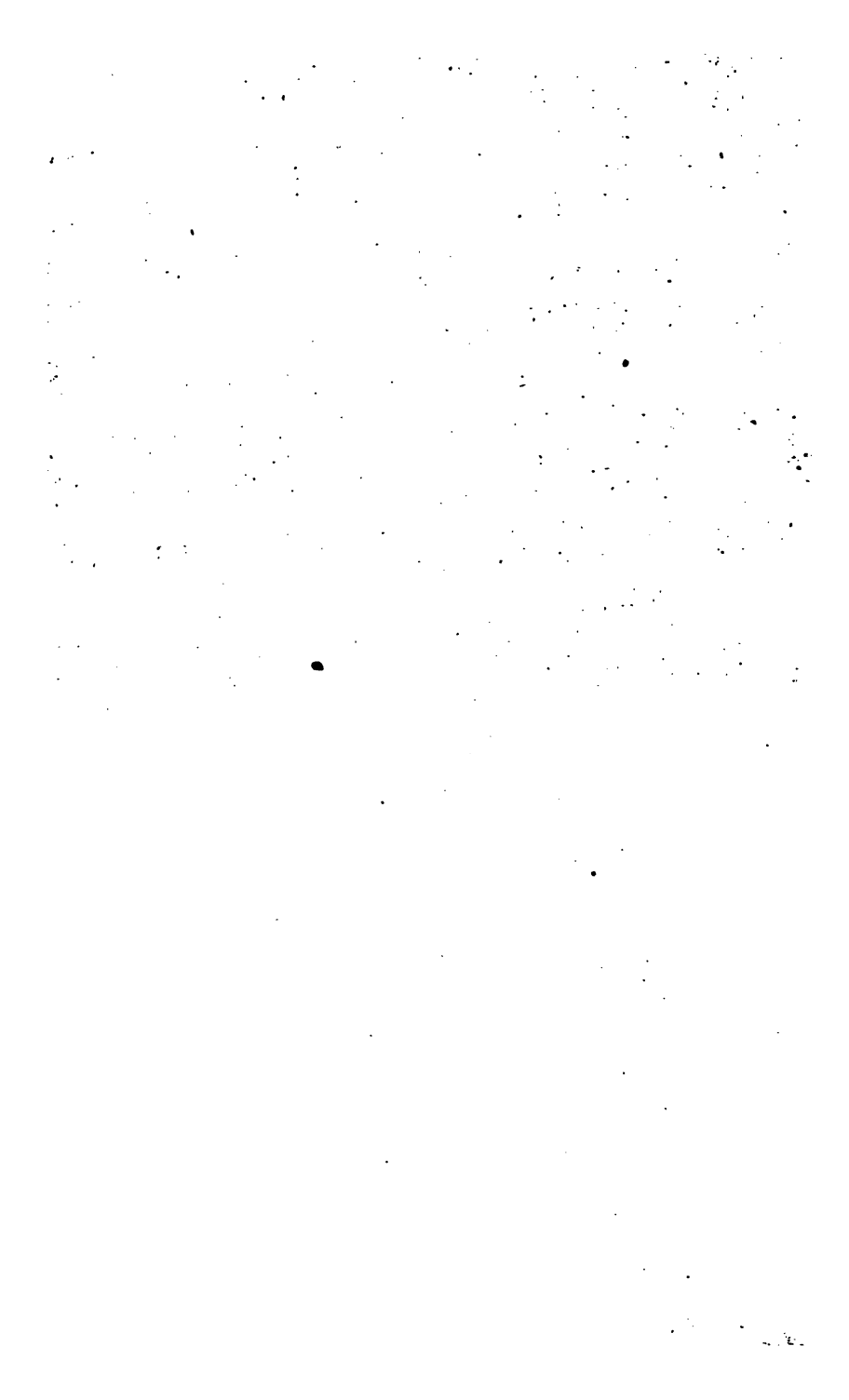
—Antes de llevar esa contestación, como madre que se interesa por la suerte de su hija, te pidió que la medites.

—¡Si no lo quiero!... si me es indiferente en absoluto. Quizás se ha envalentonado porque la otra noche no lo despaché con cajas destempladas. Otra vez será.

—Líbreme el Señor de forzar tu voluntad y de obligarte á una boda que te repugna; pero en todos estos lances ustedes las chiquillas sólo se fijan en un lado de las cosas. Puede muy bien suceder que no te guste la cara de Carlitos Mendoza y, aceptando únicamente esta impresión, no te pongas á estudiar las otras cualidades del muchacho. Feo es—puedo asegurarlo porque ojos no me faltan—pero es persona de buena cepa. Sus padres son gentes muy distinguidas; la amistad que tienen con nosotros es ya de muchos años. Hasta ahora el Carlitos si no se porta como un santo tampoco escandaliza con su conducta y si le sale algún defecto gordo, tú te encargarás de corregírselo con maña. Sobre todo, tiene un porvenir, una carrera...

—Yo reconozco todo eso y, sin embargo, creo que no me hará feliz.

—Hay, además, otras circunstancias, hija de mi alma. Tu padre va siendo viejo y á mí no me restan muchos años... No me digas que nó; sé cual es mi edad y hasta donde llegan mis achaques. Al morir nosotros ¿qué sería de tí, de mi Leonela, sola, aban-



LA JUGADA DE DON CARLOS

Don Carlos Mendoza estaba arruinado: el despilfarro era la ley económica de su vida. Poseía un buen ingenio y su bufete era el mejor de la ciudad; pero le molestaba el contacto del dinero y gastaba como gastan los pródigos, primero lo suyo y luego lo del prójimo. Hizo deudas é ideó reformas costosísimas en su finca, careciendo ya de recursos. Cuando pidió á don Cosme los diez mil pesos, le dijo que tenía el agua al cuello y la verdad era que le llegaba á las narices. El temporal vino á darle el golpe de muerte. ¿Cómo levantar las fábricas caídas, cómo atender á los primeros gastos de la molienda? De los famosos diez mil pesos no quedaba ni el recuerdo. Foronda, Virués y Compañía, escamados con el «Debe» de aquel hacendado incorregible, suspendieron la refacción del ingenio mientras las deudas pendientes no quedasen redimidas. Ya le amenazaban con un plei-

to. La única salvación de Mendoza era D. Cosme Fernández Arencibia.... Negocio difícil también, porque don Cosme había recibido su mordida correspondiente. Y, sin embargo, se hacía indispensable seguir cultivando ese campo casi virgen y explotar de cualquier modo al hombre sin letras que tan buenas onzas se guardaba.

Y aquí surgía el abogado cuyas audaces combinaciones eran proverbiales en la ciudad. Nadie como él para desplegar tantos recursos en los casos difíciles ni tejer con más esmero las redes de las habilidades forenses. Todo lo que tenía de inexperto é idealista el hacendado, lo tenía de listo y previsor el hombre de bufete. Y como los fracasos aguzaban su inteligencia en el arte de hacer pagar á los demás las locuras que él se tomaba el trabajo de cometer, apenas llegó de la finca trazó su plan, llamó á su hijo, se encerró con él en el despacho y le habló en los términos siguientes:

—Hijo: nuestros negocios están perdidos. Debo no sé cuanto á Foronda y Compañía; diez mil pesos con intereses á don Cosme Arencibia y otros piquitos á diferentes personas cuyos nombres excuso decirte en obsequio de la brevedad. Ya has visto lo que pasa en el ingenio y comprenderás cual es mi situación. Esa finca puede aún dejar algo, si muele; pero lo difícil es que muele. El peligro más inmediato está en don Cosme al cual atorgué un documento público que vence ahora. No tengo un centavo para abonarle los intereses ni menos el capital y lo peor del lance es que necesito más dinero. En dos palabras; á más

de la prórroga me hace falta un nuevo pico. Él me tiene cogido con una hipoteca y puede ejecutarme cuando sé le antoje.... Estoy como el pájaro en la trampa, aunque todo puede arreglarse si me ayudas.

Carlitos se quedó con la boca abierta; nunca pudo creer que sirviera para nada y menos para ayudar á su padre en los negocios.

Así fué que sintió correr por su cuerpo un cosquilleo de orgullo semejante al de aquellas lagartijas que se hinchaban de vanidad porque las de su especie eran buscadas por un naturalista para sus experimentos anatómicos.

—Hasta ahora—continuó don Carlos—has hecho una vida alegre, la vida del joven soltero que tiene un padre que le abre la bolsa para que meta los brazos hasta los codos. Me he gastado un caudal en tu carrera y lo más triste del caso es que no tengo gran confianza en tí como abogado. Has salido de la Universidad tan desnudo de ciencia como Adán de ropa al dejar el Paraíso. El otro día te hice una pregunta sobre las Pandectas y se las colgaste á don Alfonso el Sabio... Creo, pues, indispensable que mires ya por tu porvenir. Mientras yo viva iremos adelante; después será otra cosa.

—Está bien; yo me hallo dispuesto á trabajar. Usted me dirá lo que tengo que hacer.

—No se trata de que trabajes; tú no sirves para eso... Se trata de que te cases.

—¡Casarme yo!... Si en este pueblo no hay muchacha que me guste...

—Porque no te habrás detenido á meditar en tu

propia conveniencia. Una hay muy bella y bien educada con otras condiciones que no deben echarse en saco roto... Veamos ¿qué te parece Leonela Arencibia?

—Phs! Me parece... cualquier cosa.

—Pues yo la ereo el mejor partido del pueblo, linda, inteligente, discreta y con cincuenta ó sesenta mil pesos por detrás... Mira como el yankee, que es un hombre experimentado, ha sabido echarle el guante á la otra. Eso deben hacer los cerebros que piensan, que no se dejan embaucar por idealismos imposibles... ¡Ah, mis paisanitos! ¿cuándo sabrán mis paisanitos lo que les conviene? A los poetas debemos estos resultados lamentables... «El conde Alarcos»... la oda al «Niágara», cosas muy bellas, ciertamente, si no produjeran en la práctica resultados calamitosos. Ahí tienes nuestro atraso industrial, la agricultura entregada á la rutina, los campos vírgenes de Cuba pidiendo el arado, reclamando el sudor de nuestras frentes; ríos hermosísimos sin canalizar y derrochando sin provecho el caudal incomparable de sus fuerzas, pudriéndose en los árboles frutas que no se hubieran dado mejores en el jardín de las Hespérides, una tierra pródiga envilecida por la pereza de los hombres, un cielo azul que...

Don Carlos se contuvo de pronto, pues notó con horror que él también hacía una oda.

—Pero volvamos al asunto—dijo algo abochornado de su lírico desahogo.—Me extraña que te cause sorpresa mi proposición porque, si mal no recuerdo, galanteabas á Leonela el día de la excursión á Smithson-city.

—Por hacer algo, por entretenerme... Me aburría soberanamente aquella tarde.

Esto lo dijo Mendocita con el desdén supremo de un lord abrumado por el *spleen*.

—Te repito que esa muchacha te conviene. Si yo estuviera en t' lugar la conquistaría, aunque no fuera más que por amor propio... Ella se jacta de que no hay joven en esta ciudad que la merezca.

La estocada fué maestra. Carlitos se irguió todo lo que le permitía su corta estatura, revelándose en su faz un gesto soberano de altivez.

—Además—siguió don Carlos,—en ella estriba nuestra salvación. Tres días te doy para que la conquistes. Cuando lo hayas hecho, iré á ver á don Cosme y entonces tendré un arma segura que esgrimir en el negocio.

—Estoy convencido; lo haré... En medio de todo es algo nuevo para mí; una emoción con la cual no contaba en este pueblo inaguantable donde se bosteza hasta en los bailes.

—Lo que te aconsejo ahora es que no pierdas tiempo. Esa familia debe estar para volver y nuestro interés exige que te pongas en campaña inmediatamente. He notado que Foronda y el Fico andan rondando como si la fruta les gustara. Suárez no es de temer... Es un poeta. Foronda sí... Tiene doscientos mil pesos!

El resultado de esta conferencia lo vimos la noche del regreso de los Arencibia. El unigénito llevó buenas noticias á su padre, relativamente se entiende; pero don Carlos que deseaba maniobrar con rapidez,

entre una y otra. La ciega había seguido inquebrantablemente esta costumbre, aunque Leona siempre fué su predilecta. El hecho de romper con tal sistema alarmó á la hija culpable, víctima de sus terrores y juguete de la angustia compañera del delito.

—Leonela—dijo doña Luisa gravemente,—voy á hablarte de un asunto serio, del más serio que hay en el mundo para una mujer soltera como tú.

La infeliz niña se puso pálida como la muerte, sintió que un sudor helado inundaba su rostro y creyó que su corazón había cesado de latir. Fué aquello una sacudida espantosa, un vértigo, una sensación terrible que robaba la tierra á su planta, el aire á sus pulmones y la posesión de la personalidad á su conciencia. A poder hacerlo se hubiera echado á los pies de la anciana para demandarle un perdón que no fuera una frase, un ruego ni una súplica siquiera, sino un lamento, un grito, un ¡ay! desgarrador y sollozante.

Por fortuna, la materia, rebelde á todo movimiento, se negó á obedecer al espíritu acongojado, dando tiempo á doña Luisa para reanudar su perorata:

—Y no te extrañe lo que te digo porque en el mundo á todos, hasta á los más insignificantes, les llega un día en que se les hace indispensable tomar una resolución. Y ese día ha llegado para tí, hija de mi corazón. Lo único que quiero es que me hables con franqueza, como pudieras hacerlo en un confesionario. Se trata de tu dicha y de mi tranquilidad.

Leonela continuaba inmóvil, con el semblante rigi-

do, como si hubieran muerto todos los músculos de su fisonomía. Las palabras misteriosas de su madre, el hecho de haber sido Clarita eliminada de la conversación y la pesadumbre abrumadora de su conciencia, todo, hasta los detalles más insignificantes, tomaban su lugar en el proceso. Por segunda vez iba á descubrirse pidiendo la frase de misericordia, cuando volvió á detenerla la intervención providencial de doña Luisa:

—Tu vida, hasta hoy, ha sido la de las jóvenes recatadas é inocentes. ¡Bendito sea Dios que me ha dado hijas tan buenas....! Ningún mozo, que yo sepa—y cuidado si yo me encuentro en todo—ha conseguido hacerte impresión, enamorarte, en una palabra. De lo cual me alegro en el alma porque así has tenido más tiempo para hacer tu elección, y estas cosas mientras más se maduran, mejor salen. ¡Qué proceder tan distinto al de otras locuelas que pican á la primera carnada que les echan! Pero todo tiene su término en el mundo y ha llegado el instante en que debes decidir acerca de tu matrimonio.

Al oír esto Leona se quedó algo más tranquila. Viera lo que viniera el fantasma negro había pasado. Por lo pronto disponía de una tregua y en las grandes batallas un minuto de respiro puede asegurar, si no la victoria, una buena retirada. Así fué que se permitió responder casi bromeando:

—¡Por Dios, mamá, ¿á que hablarme de esa historia? Yo me he casado con usted.

—Hija, déjate de jaranas y óyeme con atención. No se trata de un simple consejo mío, sino de una

usted de un ingenio que vale cien mil... Una panetela que usted se comería.

Don Cosme se quedó deslumbrado.

—En efecto—pensaba—el negocio tienta. Si recupero mi pico, lo recupero con buen interés.... Si no, me quedo con «Las Yaguas» que es una finca de primer orden.

—Los diez mil pesos que usted me facilite—continuó Mendoza—vienen á ser mi última carta en este juego. Yo puedo ganar ó perder; pero usted siempre gana.

—Tiene usted mucha «labia», amigo mío. Haré un esfuerzo y le entregaré el pico cuando usted disponga.

—Ya que hemos ventilado ese negocio—dijo Mendoza disimulando apenas su regocijo—pasemos á dilucidar un asunto íntimo, de familia.

—¿De familia?

—Si señor.

—Estoy oyendo.

—Yo tengo un hijo con carrera, esto es, con un bonito porvenir. El muchacho está en edad y en condiciones de ganarse la vida y pienso asociarlo á mis negocios judiciales. Mas, para ejercer una profesión tan seria, tan elevada como la nuestra, es casi indispensable tomar estado.

—Me parece muy bien.

—El chico piensa del mismo modo y no es poca fortuna la que le lleva á fijarse en una joven dignísima, en un dechado de méritos y virtudes que no otra cosa es Leonela, la encantadora hija de usted señor

don Cosme.... Así pues; tengo el honor de pedir la mano de esa señorita para mi hijo.

Don Cosme se quedó perplejo. Jamás había cruzado dos palabras con el Carlitos ni le pasó nunca por la mente que éste pudiera enamorarse de una de sus hijas. El tal Mendocita le pareció siempre un alfeñique; «no había allí espacio para una bofetada». Enclenque, chiquitín y paliducho, contrastaba notablemente su figura con la rica naturaleza de Leona, con la altivez de su carácter que le daría una superioridad inevitable sobre aquel boceto de marido. Sin embargo, tales razonamientos no eran para dichos y, además, el joven Mendoza pertenecía á una familia excelente y reputada. Tenía también su carrera y haciendo caso omiso de su pobreza corporal, no podía acusársele de ningún vicio vergonzoso.

—Crea usted—dijo don Cosme—que no sospecha esa inclinación del muchacho. Esto se explica, porque yo en los asuntos de mis hijas no me meto; su madre se encarga de eso. Pero ¡qué diantre! por mi parte no hay inconveniente. Ya se lo diré á Luisa para que hable con Leona.

—Es así que usted me pondrá al corriente del resultado?

—Cuenta con ello.... Respecto á la escritura....

—Mañana la dejaremos lista. De doce á una iremos á la Notaría, salvo que le convenga otra hora.

—Estoy conforme.

—Pues hasta mañana y gracias mil por sus repetidos favores.

—No hay de qué darlas.

Los futuros consuegros se apretaron la mano y se despidieron con una sonrisa.

—Ocho meses de respiro—pensaba don Carlos solazándose—y la muchacha de este lado.... Si la boda cuaja, la celebraremos antes de que venzan esos documentos. Entonces me retiraré de los negocios agrícolas, encargaré á Carlitos de la administración y veremos si su suegro lo ejecuta.

Don Cosme no perdió el tiempo y cuando en la tarde del día siguiente, regresó á su casa desde la Notaría, era ya presunto dueño de «Las Yaguas». Después de comer y en los instantes en que se entregaba á las delectaciones del magnífico negocio que había hecho, le sorprendió la visita de Foronda. Le sorprendió sencillamente por la hora, que no era la acostumbrada y, también, por el traje del comerciante, el traje de las grandes ocasiones, esto es levita larga, de ceremonia, y chaleco blanco de uno de cuyos ojales pendía gruesa leontina de oro con un rosario de dijes.

—¿Qué de bueno le trae por este rancho, amigo?

—Nada de particular,—le contestó don Casimiro.—Aunque bien mirado, vengo á molestarle un momento.

—Usted nunca me molesta—le replicó Arencibia acercándole un sillón.—Es usted una persona á quien aprecio y hasta donde yo pueda servirle mándeme sin miedo.

—En esa confianza vengo, porque, si le he de hablar con franqueza, he pensado mucho este paso, que, la verdad no entra en mis hábitos... Pero las... bien

Doña Luisa hizo una pausa como esperando el efecto de su arenga; pero Leona no respondía; contemplaba fijamente una de las losetas del piso como si le pidiera inspiraciones en su aprieto. Por más que pensaba y medía los argumentos de su madre uniéndolos á la consideración suprema, naturalísima, inexcusable de su situación excepcional, no se hallaba con fuerzas para pronunciar el sí que le pedían, el monosílabo más grave que puede salir de los labios de una hembra.... Si al menos la dejaran pensar serenamente, ei pudiera disponer de algunos días para coordinar sus pensamientos, amansar su conciencia é irse acostumbrando al sacrificio... Mas ¡ay! le exigían que se condenara á sí misma, sin deliberación y por sorpresa.

—¿Qué dices á todo esto?—insistió la ciega.

—Que lo más que puedo hacer es pensarlo. Ya vé usted.... Se trata de un asunto muy serio.

—En eso te reconozco, hija mía.... Reflexiva como una mujer de juicio maduro. ¡Ah, no todas las madres tienen mi fortuna!.... Y ¿cuándo me dirás lo que resuelvas?

—Mañana.... no, mañana, no.... Dentro de dos ó tres días.

—¡Que el Señor te inspire lo que más te convenga!..

Madre é hija se besaron. Doña Luisa—procediendo como solía proceder, gracias á la índole optimista de su naturaleza—juzgó resuelta la cuestión. Santa, bienaventurada señora que por un sarcasmo de la suerte se dedicaba á zurcir matrimonios previamente malogrados por un suceso, á la vez, imprevisto y bochornoso!

cesito un año para ganar lo que usted gana en un día sin salir de su almacén.

—No, sí no intento tal, aunque algo pudiera haber del asunto en el caso de que cuaje cierto negocio... Mi idea ahora no es esa... Pienso... Ya lo sabe usted ¿no es eso?

—Qué he de saberlo, hombre de Dios!

—Seré más claro, pienso... casarme.

—¿Casarse? No está mal... A su edad y con su dinero, puede hacerse.

—Celebro que usted apruebe mi proyecto, porque así me ahorro la mitad del camino.

—¿Y quién es la moza que le ha sacudido de ese modo?

—A ello iba señor don Cosme... La moza, quiero decir, la joven... la señorita esa... es... Usted me perdonará, estoy algo perplejo y casi ni me atrevo á franquearme, á pesar de que ya sabe usted mi costumbre, al pan...

—Pan y al vino, vino; pero hasta ahora no la entiendo.

—Ello es precioso, ea...! La elegida, contando con la venia de usted y el consentimiento de ella, es Leonelita.

Don Cosme se quedó mirándolo sin saber que responderle. En veinticuatro horas le habían hecho dos peticiones idénticas respecto de la joven y el hilo empezaba á enredársele. Pero como precedía un compromiso con Mendoza se vió en el caso de hablar claro.

—Le agradezco y siento, también, lo que me dice,

XXXVIII

A SOLAS

Leonela se retiró á su habitación; necesitaba el aislamiento, la soledad más absoluta. Para compañía le bastaba la de su conciencia, un vecino incómodo que desde la noche del temporal le decía por lo bajo palabras muy desagradables. Hay, no obstante, un descanso relativo cuando el dolor nos pertenece por completo y somos libres para entregarnos á él sin la obligación de pensar en los demás. No sucede lo mismo si la intervención extraña concurre á añadirles una nueva ansiedad, la ansiedad que sentimos respecto del que espera. Leona abrió, pues, otra cuenta á sus terrores: la del matrimonio con Carlitos Mendoza.

Al principio se propuso no meditar en nada, echar lejos de sí el fardo de las dificultades como el barco que bota la carga en caso de peligro. Y buscó en lo que veía motivos para distraerse, algo que diera ocupación inmediata á su cerebro.

A veces los objetos que nos son familiares parece

—Eso es inicuo, señor Arencibia; inmediatamente voy á ver al socio para que sepa lo que sucede.

Don Cosme sonreía. Foronda salió dando tropezones sin saber á que dolor entregarse, si al de la pérdida de su pretendida ó al del fracaso de la hipoteca.

poco siente que su voz se extingue en medio de la bulla que levantan nuestras conveniencias alarmadas.

La culpable empezó diciéndose lo que ya se había dicho al oír que la pedían en matrimonio: «no me caso; no quiero á Carlitos y, aunque lo quisiera, ya estoy inútil para él». Sin embargo, la realidad, las exigencias de las cosas corrigen después estos puritanismos intransigentes. Leonela tomó la balanza de su interés y comenzó á echar peso en esta forma.

—Pensándolo bien, yo no puedo ser de Valdespina, porque Valdespina es de mi hermana. Aunque él, al convencerse del engaño se interesara por mi honra y me diera su nombre, yo no debo aceptarlo, porque mi triunfo causaría la desgracia de una inocente. No hay goce tranquilo cuando se compra al precio de un fraude. Además, esa esperanza no es más que una quimera. Si mi delito no deja rastro, las cosas seguirán como hasta hoy y Valdespina se apresurará á enmendar su falta para redimir á quien no ha sido víctima de ella. Si luego, en sus confidencias íntimas, Clara y él caen en la cuenta de lo que ha sucedido, ya tendrán buen cuidado de callárselo. Pero pongamos que el hecho tenga el peor desenlace, consecuencias visibles.... En ese caso debo prevenir el remedio de una situación comprometedora. Es así que no hay más salida que el matrimonio, el matrimonio inmediato, á la carrera, con quien, providencialmente, se brinda á celebrarlo.... De no casarme con éste, mi suerte no es dudosa; uno á uno surgen á mi vista todos los detalles: la cólera y el dolor de mis padres, la desesperación de mi her-

entre una y otra. La ciega había seguido inquebrantablemente esta costumbre, aunque Leona siempre fué su predilecta. El hecho de romper con tal sistema alarmó á la hija culpable, víctima de sus terrores y juguete de la angustia compañera del delito.

—Leonela—dijo doña Luisa gravemente,—voy á hablarte de un asunto serio, del más serio que hay en el mundo para una mujer soltera como tú.

La infeliz niña se puso pálida como la muerte, sintió que un sudor helado inundaba su rostro y creyó que su corazón había cesado de latir. Fué aquello una sacudida espantosa, un vértigo, una sensación terrible que robaba la tierra á su planta, el aire á sus pulmones y la posesión de la personalidad á su conciencia. A poder hacerlo se hubiera echado á los pies de la anciana para demandarle un perdón que no fuera una frase, un ruego ni una súplica siquiera, sino un lamento, un grito, un ¡ay! desgarrador y sollozante.

Por fortuna, la materia, rebelde á todo movimiento, se negó á obedecer al espíritu acongojado, dando tiempo á doña Luisa para reanudar su perorata:

—Y no te extrañe lo que te digo porque en el mundo á todos, hasta á los más insignificantes, les llega un día en que se les hace indispensable tomar una resolución. Y ese día ha llegado para tí, hija de mi corazón. Lo único que quiero es que me hables con franqueza, como pudieras hacerlo en un confesionario. Se trata de tu dicha y de mi tranquilidad.

Leonela continuaba inmóvil, con el semblante rígi-

do, como si hubieran muerto todos los músculos de su fisonomía. Las palabras misteriosas de su madre, el hecho de haber sido Clarita eliminada de la conversación y la pesadumbre abrumadora de su conciencia, todo, hasta los detalles más insignificantes, tomaban su lugar en el proceso. Por segunda vez iba á descubrirse pidiendo la frase de misericordia, cuando volvió á detenerla la intervención providencial de doña Luisa:

—Tu vida, hasta hoy, ha sido la de las jóvenes recatadas é inocentes. ¡Bendito sea Dios que me ha dado hijas tan buenas....! Ningún mozo, que yo sepa—y cuidado si yo me encuentro en todo—ha conseguido hacerte impresión, enamorarte, en una palabra. De lo cual me alegro en el alma porque así has tenido más tiempo para hacer tu elección, y estas cosas mientras más se maduran, mejor salen. ¡Qué proceder tan distinto al de otras locuelas que pican á la primera carnada que les echan! Pero todo tiene su término en el mundo y ha llegado el instante en que debes decidir acerca de tu matrimonio.

Al oír esto Leona se quedó algo más tranquila. Viera lo que viniera el fantasma negro había pasado. Por lo pronto disponía de una tregua y en las grandes batallas un minuto de respiro puede asegurar, si no la victoria, una buena retirada. Así fué que se permitió responder casi bromeando:

—¡Por Dios, mamá, ¿á que hablarme de esa historia? Yo me he casado con usted.

—Hija, déjate de jaranas y óyeme con atención. No se trata de un simple consejo mío, sino de una

respuesta inmediata que debes dar. Anoche me llamó tu padre y me dijo: «Luisa, hoy ha venido el Licenciado Mendoza á pedirme la mano de Leonela para su hijo. Por mi parte no hay dificultad si ella lo quiere. Pregúntale lo que piensa y tráeme la contestación, porque el hombre me ha comprometido á dársela yo mismo. En fin, que ustedes resolverán lo que mejor les parezca. Yo me lavo las manos». Esto me dijo tu padre y esto te repito yo. Como ves, no es cosa de broma.

La joven estaba abrumada; la tregua había durado poco. Un nuevo problema, otro conflicto grave se irguió de improviso en su conciencia. La reputación de la mujer encontraba en Mendocita una bandera encubridora; pero el corazón aún amaba su delito. El amor no tiene escrúpulos, se recrea en su obra y en el recuerdo de su obra. Si le ofrecen un lecho de fango, allí se revuelca como entre sábanas y blondas. Leonela evocó su deshonra, la noche infame de «El Retiro», sus crueles inquietudes, el sabor intenso y amargo de su crimen y al recordar esto, venía, también, á su mente la imagen de Valdespina, del galán hermoso, sin parecido, insustituible. ¡Qué diferencia entre hombre y hombre! De un lado la decadencia física, el raquitismo y del otro la virilidad humana en toda su lozanía, en toda su imponente plenitud. Al meditar sobre esto se levantó hasta la altura de relativa dignidad que alcanzan los grandes pecadores cuando se les propone una bajeza para tapar la huella del delito, y dijo á su madre con la resolución de los que mueren sin rendirse:

—Pues bien, mi respuesta es clara; yo no acepto la mano de Carlitos.

—Antes de llevar esa contestación, como madre que se interesa por la suerte de su hija, te pidió que la medites.

—¡Si no lo quiero!... si me es indiferente en absoluto. Quizás se ha envalentonado porque la otra noche no lo despaché con cajas destempladas. Otra vez será.

—Libreme el Señor de forzar tu voluntad y de obligarte á una boda que te repugna; pero en todos estos lances ustedes las chiquillas sólo se fijan en un lado de las cosas. Puede muy bien suceder que no te guste la cara de Carlitos Mendoza y, aceptando únicamente esta impresión, no te pongas á estudiar las otras cualidades del muchacho. Feo es—puedo asegurarlo porque ojos no me faltan—pero es persona de buena cepa. Sus padres son gentes muy distinguidas; la amistad que tienen con nosotros es ya de muchos años. Hasta ahora el Carlitos si no se porta como un santo tampoco escandaliza con su conducta y si le sale algún defecto gordo, tú te encargarás de corregírselo con maña. Sobre todo, tiene un porvenir, una carrera...

—Yo reconozco todo eso y, sin embargo, creo que no me hará feliz.

—Hay, además, otras circunstancias, hija de mi alma. Tu padre va siendo viejo y á mí no me restan muchos años... No me digas que nó; sé cual es mi edad y hasta donde llegan mis achaques. Al morir nosotros ¿qué sería de tí, de mi Leonela, sola, aban-

donada, sin una mano protectora que la sostuviese? Esto me pone nerviosísima, me aterroriza. En Clara no pienso, porque, á lo que parece, ya tiene hecha su elección. ¡Si tú supieras el gusto que me causa ver el tino, el acierto que Dios se ha servido concederle en un acto tan grave para su vida! Ese señor Valdespina es todo un caballero y también un sabio que tiene maravilladas á las gentes con sus inventos...

¡Cuántas cosas, á tener ojos sanos, hubiera visto doña Luisa en el rostro demudado de Leonela! El remordimiento que avergüenza, la pena que nubla, la sonrisa irónica y doliente, la desesperación, la fatiga, el desaliento...! Pero doña Luisa, excitada por el fuego oratorio, quiso tocar todas las teclas y se puso á arrullarla con su voz melodiosa, llena de mimos y caricias:

—Ahora bien; yo no quiero que sea menos mi Leonela; ella merece también un buen marido, un hombre que la quiera muchísimo y sepa apreciar sus buenas cualidades... ¡Pues no faltaría más que la una se casara y la otra no!... Ustedes han hecho siempre lo mismo; tienen la misma edad, los mismos trajes, las mismas joyas. Cuando no las hay iguales se mandan á hacer expresamente ó no se compran. Dificil es que se casen con el mismo hombre—añadió, dibujando una sonrisa que fué una puñalada para Leonela,—pero ya que esto no pueda ser, bien pueden casarse al mismo tiempo. Este es mi sueño, mi aspiración más arraigada. El día en que yo las mire en la iglesia haciendo dos parejas será el más dichoso de mi vida...

Doña Luisa hizo una pausa como esperando el efecto de su arenga; pero Leona no respondía; contemplaba fijamente una de las losetas del piso como si le pidiera inspiraciones en su aprieto. Por más que pesaba y medía los argumentos de su madre uniéndolos á la consideración suprema, naturalísima, inexcusable de su situación excepcional, no se hallaba con fuerzas para pronunciar el sí que le pedían, el monosílabo más grave que puede salir de los labios de una hembra.... Si al menos la dejaran pensar serenamente, ei pudiera disponer de algunos días para coordinar sus pensamientos, amansar su conciencia é irse acostumbrando al sacrificio... Mas ¡ay! le exigían que se condenara á sí misma, sin deliberación y por sorpresa.

—¿Qué dices á todo esto?—insistió la ciega.

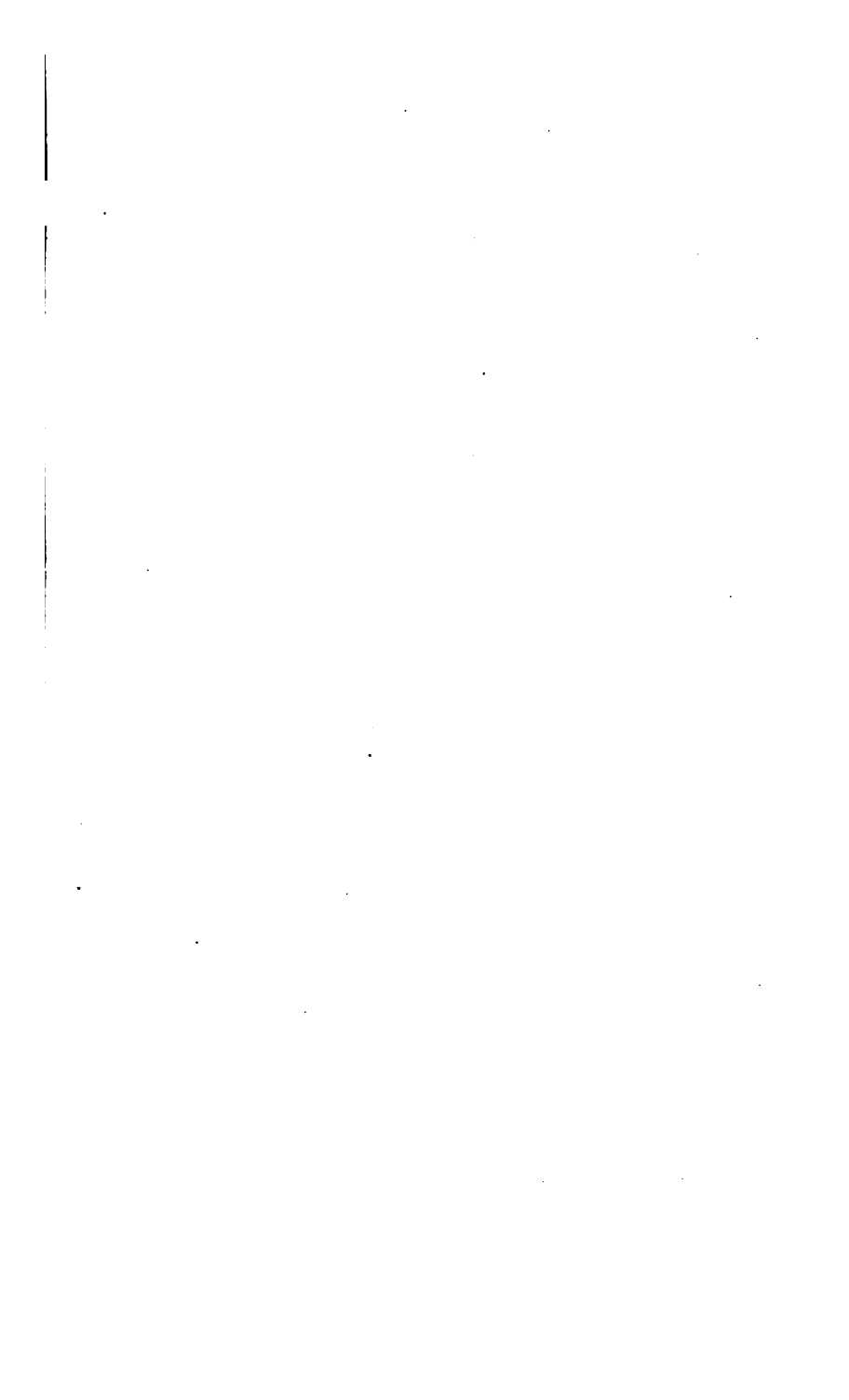
—Que lo más que puedo hacer es pensarlo. Ya vé usted.... Se trata de un asunto muy serio.

—En eso te reconozco, hija mía.... Reflexiva como una mujer de juicio maduro. ¡Ah, no todas las madres tienen mi fortuna!.... Y ¿cuándo me dirás lo que resuelvas?

—Mañana.... no, mañana, no.... Dentro de dos ó tres días.

—¡Que el Señor te inspire lo que más te convenga!..

Madre é hija se besaron. Doña Luisa—procediendo como solía proceder, gracias á la índole optimista de su naturaleza—juzgó resuelta la cuestión. Santa, bienaventurada señora que por un sarcasmo de la suerte se dedicaba á zurcir matrimonios previamente malogrados por un suceso, á la vez, imprevisto y bochornoso!



XXXVIII

A SOLAS

Leonela se retiró á su habitación; necesitaba el aislamiento, la soledad más absoluta. Para compañía le bastaba la de su conciencia, un vecino incómodo que desde la noche del temporal le decía por lo bajo palabras muy desagradables. Hay, no obstante, un descanso relativo cuando el dolor nos pertenece por completo y somos libres para entregarnos á él sin la obligación de pensar en los demás. No sucede lo mismo si la intervención extraña concurre á añadirles una nueva ansiedad, la ansiedad que sentimos respecto del que espera. Leona abrió, pues, otra cuenta á sus terrores: la del matrimonio con Carlitos Mendoza.

Al principio se propuso no meditar en nada, echar lejos de sí el fardo de las dificultades como el barco que bota la carga en caso de peligro. Y buscó en lo que veía motivos para distraerse, algo que diera ocupación inmediata á su cerebro.

A veces los objetos que nos son familiares parece

que conocen nuestra situación y aun podría decirse que aspiran á interesarnos hablándonos de ellos, de su vecindad, de su contacto. Sin saber por qué, Leona clavó la vista en su lecho, una cama de hierro muy bien vestida con linda colgadura adornada de seda azul y dos graciosas moñas del mismo color recogiendo los pliegues de las esquinas. Bajo el rodapiés bordado, se asomaban dos chinelas que parecían el calzado de un niño.

Uno á uno fué recorriendo todos los detalles que la rodeaban: la tira de alfombra junto al lecho, la mesita de noche, el escaparate de caoba veteadada con dibujos fantásticos, regalo de su padre que hizo escoger para ese mueble, el palo más bello del corte de «La Luisa»; el tocador lleno de chucherías; colgada á la pared la estampa de San León, un Pontífice de luenga barba blanca, deteniendo el tropel de bárbaros junto á las puertas de Roma, y, descansando sobre repisa de cedro, una pequeña imagen de la virgen popular y milagrosa, la Caridad del Cobre, con su faz morena y su traje de oro.... Leona lo miraba todo comó quien se despide de lo que ama. Porque si los ojos se adherían á aquellos objetos materiales, el espíritu se la llevaba al abismo obscuro, á los recuerdos de su falta y al conflicto planteado por el proyectado enlace con Carlitos Mendoza.

Matrimonio imposible por dos razones decisivas: no amaba á ese joven y no debía amarlo, que era lo más triste. Pero esa moral sublime que ni los más ignorantes desconocen cuando quieren amoldarse á sus deberes, si al principio habla muy alto, poco á

poco siente que su voz se extingue en medio de la bulla que levantan nuestras conveniencias alarmadas.

La culpable empezó diciéndose lo que ya se había dicho al oír que la pedían en matrimonio: «no me caso; no quiero á Carlitos y, aunque lo quisiera, ya estoy inútil para él». Sin embargo, la realidad, las exigencias de las cosas corrigen después estos puritanismos intransigentes. Leonela tomó la balanza de su interés y comenzó á echar peso en esta forma.

—Pensándolo bien, yo no puedo ser de Valdespina, porque Valdespina es de mi hermana. Aunque él, al convencerse del engaño se interesara por mi honra y me diera su nombre, yo no debo aceptarlo, porque mi triunfo causaría la desgracia de una inocente. No hay goce tranquilo cuando se compra al precio de un fraude. Además, esa esperanza no es más que una quimera. Si mi delito no deja rastro, las cosas seguirán como hasta hoy y Valdespina se apresurará á enmendar su falta para redimir á quien no ha sido víctima de ella. Si luego, en sus confidencias íntimas, Clara y él caen en la cuenta de lo que ha sucedido, ya tendrán buen cuidado de callárselo. Pero pongamos que el hecho tenga el peor desenlace, consecuencias visibles.... En ese caso debo prevenir el remedio de una situación comprometida. Es así que no hay más salida que el matrimonio, el matrimonio inmediato, á la carrera, con quien, providencialmente, se brinda á celebrarlo.... De no casarme con éste, mi suerte no es dudosa; uno á uno surgen á mi vista todos los detalles: la cólera y el dolor de mis padres, la desesperación de mi her-

mana, la ira del burlado caballero, el desprecio público, un nombre manchado, un hijo de la casualidad y del crimen.... Y como es natural, la deshonra, quizás el suicidio.... En tal extremo el suicidio antes que la deshonra.

Por un momento la hirió esta idea, encandilándole el cerebro con extraños resplandores y se quedó absorta mirando unas tijeritas que mostraban sus puntas aceradas y brillantes entre los retazos del costurero... Era una tarea muy fácil; todo se reducía á levantar un poco el seno y empujar de golpe y sin temor. Mas ay! allí estaba el escándalo con su cortejo de voces denigrantes! Dos crímenes en vez de uno, dos historias negras aleteando sobre el trágico recuerdo de su nombre....

Era preciso casarse con Mendocita. Para el joven era pura. Su falta tenía una particularidad casi sin ejemplo; fué consumada valiéndose de un cómplice inconsciente. Había defraudado en la sombra con el concurso de una de las víctimas que le prestó su ayuda sin saberlo. Aunque Jhon se convenciera de su error, si ella no reclamaba, era de suponer que aquél guardase el secreto por su propio interés y también por hidalguía. Y en cuanto al público, ignorante de aquel episodio secreto, de aquel drama mudo, sin relato, siempre vería en la mujer de Mendocita, en la nueva matrona, á la imponente Leonela erguida é inaccesible como un peñón acantilado.... El silencio, la soledad eran los únicos espectadores que habían asistido á su transformación de niña indiferente en hembra apasionada.

Además, tal vez el matrimonio le daría la tranquilidad que tanto necesitaba. Por lo pronto, las condiciones de su carácter altivo, resuelto, avasallador eran muy propias para dominar al sietemesino. Lo amoldaría á sus gustos y quizás llegaría á quererlo, y aun á estimarlo, con el tiempo. No era tan repugnante como á ella se le antojaba; le parecía mejor que Fico entregado á los versos sin sustancia y á las frascitas tomadas de los libros. Era, también, preferible á Foronda cuyo dinero no había sido suficiente á barnizarlo. Mendoza tenía un aire mundano que no se notaba en los jóvenes del pueblo. Su título dábale indiscutible superioridad sobre todos ellos que casi nunca pasaban de escribientes. Por otra parte, el cuidado de los hijos, sus nuevos deberes y las atenciones de la casa bastarían para llenar su corazón.... Se casaría.

Leonela se detuvo y le pareció que oía una voz severa, la voz de la moral sencilla y clara, expresarse en estos términos.

—¿Esa boda es un acto digno? ¿Debes repetir el engaño, organizar otra emboscada, consumir otro secuestro? ¿No es más odioso, más repugnante hacer á sangre fría y con la salvaguardia de un mentido decoro, lo que has realizado dentro de la obcecación y la ceguedad de un arrebato? Es decir, delito sobre delito, borrón sobre borrón. El honor no está solo en las apariencias, está en el hecho, en la persona. El mundo dirá que eres honrada; tú misma te dirás que eres infame. Mendoza es un mozuelo casquivano, superficial, insignificante; pero tú, Leonela Arencibia,

no tienes derecho á herirle premeditamente en lo más íntimo, en lo más sagrado de su sér, en su honra de marido, la cual dejará de existir en el preciso instante de la boda.

—¡Oh no, mi conciencia tiene razon.... Yo no puedo, no debo casarme con el muchacho.... Ni quiero tampoco.... Mi corazón me llama por otro camino. Yo seré de Valdespina ó de nadie. Sabiéndolo ó no sabiéndolo él, existe un pacto entre los dos, un compromiso de honor que un hecho ha consagrado. No amo, no debo amar á otro. Con Valdespina la deshonor... Enhorabuena!.. Sir él la muerte...

Pero ¿cómo, con qué títulos, en qué forma hacerlo suyo, compelerlo al cumplimiento de una obligación que no había contraído, á sancionar un acto opuesto á su voluntad y su intención? Tal era el problema.

Un pensamiento rápido, brillantísimo, aclaró su mente con una explosión de luz. La audacia que la había perdido, podía tal vez salvarla. Iría á Clarita, sí, á su hermana, para confesárselo todo, arrojarse á sus pies y demandar perdón y ayuda. Quizás la movería. Clara era sensible y generosa; contando con ella, todo se allanaba. El único punto negro era Valdespina; mas para los hombres de espíritu elevado ciertos arranques increíbles en las mujeres son estímulos de amor y motivos de generosidad caballeresca.... Iría sí y aun cuando todo mal saliera, siempre habría lugar para hacer un disparate.

Sin pensarlo más se encaminó al cuarto de su hermana porque una vez decidida la acción seguía en ella al propósito como el trueno al relámpago.

FRENTE A FRENTE

Desde la trágica noche en que Leonela le dije tantas cosas inolvidables, Clarita no había cruzado una frase con su hermana y siempre excusó encontrarla á solas, sin duda porque le era muy penoso recordar la vergüenza de un mal propósito frustrado. De Leona no se hable; lo que la otra podía sentir como intención, le pesaba á ella como un hecho. Y sucedió que el lazo apretadísimo quedó roto, que la convivencia íntima de ambas—unidas desde el cláustro materno—se convirtió en desvío, en hostilidad secreta, como si la naturaleza humana hubiera querido odiar su propia imagen.

Tal parecía al menos en lo concerniente á Clara. Pero como cada corazón es un libro cerrado, nadie hubiera podido afirmar lo que pasaba detrás de aquel rostro juvenil en el cual las preocupaciones iban acu-

mulando algunas de sus sombras. ¿Había allí, con el recuerdo de una falta no consumada, la impresión dolorosa del arrepentimiento ó la contrariedad de un proyecto malogrado? ¿Qué causas reconocía su reserva, su enigmático mutismo? ¿Era en realidad vergüenza, era pesar ó antipatía? Cuestión difícil, porque Clarita nada decía ni con palabras ni con gestos.

Leonela se hizo reflexiones semejantes al vencer el breve espacio que mediaba entre su cuarto y el de su hermana. La encontró leyendo como de costumbre y—precedente fatal—Clarita, al sentirla, levantó los ojos y los volvió rápidamente á las páginas del libro. La culpable se quedó helada; pero se rehizo y continuó avanzando hasta llegar cerca del asiento de Clarita la cual continuó leyendo como si no hubiera visto nada, como si no hubiera entrado nadie. La angustia de Leonela llegó á su colmo; un minuto estuvo de pie frente á la esfinge en la actitud de una estatua de expresión suplicante ante otra estatua de expresión indiferente. Al fin hizo un esfuerzo y dijo:

—Clara....

Ésta puso el volumen sobre sus rodillas y sin con-
testarle se quedó mirándola fijamente.

—Clara, soy muy desgraciada.

—¿Desgraciada tú? Nunca lo hubiera creído.

—Más desgraciada que el más desgraciado de este mundo.

—Cosa rara! Viven tus padres, eres joven, todos te miman, no tienes preocupaciones.... ni ideales.... de esos que hacen dar á cualquiera un tropezón, ¡y te quejas!

— ¡Ah, no quiero ni por un instante que entres dentro de mí, porque saldrías con los cabellos erizados.

— Vaya, nadie lo hubiera creído.

— ¿Te acuerdas de lo que te dije la noche de la... cita?

— Difícil es que se me olvide. Fué un sermón muy largo y muy fuerte, pero muy justo.... Debo confesar que lo que yo iba á hacer era bastante feo. Ya ves que te doy la razón.

— Estuve cruel, ciertamente; te eché en cara tu liviandad, te prohibí que salieras y hasta te encerré llevándome la llave... Todo eso y cuanto malo se te ocurra puedes tú decírmelo con más razón aún.... Puedes decírmelo sin miedo, que yo oiré tus quejas, tus insultos, sin contradecirte... Así ¡de rodillas!

Y Leona la altiva, la indomable, se arrojó á los pies de la hermana dulce y modesta, llorando como lloran todos los pecadores arrepentidos, cuando se dan cuenta de su falta y de las consecuencias de su falta.... Clara se transfiguró é inclinándose sobre la doliente la levantó con sus brazos.

— Leona, serénate; ven á mi lado, aquí, en esta silla... No llores... Para todo hay remedio en la tierra.

— Para esto no.... ¡Si supieras!

— Todo lo sé.

Leonela la miró aterrada. ¿Habría habido, quizás, algún testigo oculto? ¿Estaba descubierta su secreto?... Pero nó, ¿quién pudo presenciar ni suponer siquiera aquel caso increíble, inesperado...? Clara menos que nadie.

— ¿Dices que lo sabes?

—Todo.

—No es posible, por mucho que pienses lo que hice dejará atrás cuanto puedas imaginarte.

—Te aseguro que estoy al corriente de lo que te pasa y empezaré diciéndote que te han venido á pedir para Carlitos Mendoza.... Papá me lo contó.

—;Si eso es lo de menos!

—;Aguarda, no me interrumpas. Desde ese momento, desde el momento en que supe que te pedían en matrimonio, esperaba tu visita y comprendí lo que debía sufrir tu corazón.... Porque lo reconozco, tu desgracia es más grande que la mía.... ¡Es una desgracia inmensa!

Leonela la miraba como si quisiera y no quisiera darse cuenta de lo que oía.

—Comprendiendo tu situación, estuve pendiente de lo que iba á pasar y te esperaba.... Perdona mi crueldad.... Te impuse ese castigo porque también yo quería tener mi pequeña venganza. Hice mal: mi deber era ir á tu cuarto para decirte: no seas orgullosa, mírame de frente y abrázame sin miedo. Tal vez sólo yo pueda salvarte y te salvaré á costa de mi felicidad, á costa de mi vida. Somos algo más que hermanas, somos mellizas. Los demás empiezan á aparearse después de venir al mundo; nosotras lo estábamos ya en el seno de nuestra madre. Cuando sucede esto y se visten los mismos trajes y se tienen los mismos... gustos, la dicha de la una es la dicha de la otra. A mí me basta conque tú seas feliz y te declaro que no te casarás con Carlitos Mendoza, sino con Jhon Valdespina.

Leonela lanzó un grito y volvió á caer de rodillas á los pies de Clarita, que se apresuró á levantarla de nuevo. La joven pecadora oía á su hermana como se oye una música á la vez dulce y terrible, con la emoción particular que puede sugerirnos la perspectiva de un horizonte negro junto á la de una aurora esplendorosa. Su crimen descubierto la aterraba; pero en aquellas frases había una promesa solemne, una esperanza.

—¡Clara, Clara! ¡qué buena eres tú y qué falsa y qué infame he sido yo!

—Te perdono con toda el alma; me lo exige tu misma situación y también el nombre de nuestra familia que vale más que tu felicidad y la mía.

Al oír eso del «nombre de la familia», Leonela recordó su arenga famosa y ocultó el rostro entre las manos.

—Pero ¿cómo has sabido mi desgracia?—dijo sollozando.

—La sospechaba.... Casi tenía la seguridad, y ya ves, tú misma me lo confiesas.

—¡Dios mío, Dios mío, y qué bien has castigado mi traición!

—Aquella noche después de lo que pasó, me quedé.... ya puedes calcular en qué estado me quedaría.... ¿Cómo avisarle á Valdespina, cómo salir de aquel berengenal, cómo mirarte la cara el día siguiente? En todo esto reflexionaba, cuando oí un ruido suave en tu habitación. Luego me pareció que una puerta se abría.... Yo no sé por qué me ocurrió la idea de lo

que iba á suceder.... Como somos jimaguas y á veces tenemos iguales inclinaciones....

Leonela se estremeció y Clarita hizo una mueca como si ella también quedara lastimada de su broma.

—Ello fué que lo del regateo me dejó pensativa é inquieta, y para saber si estabas en tu aposento, me acerqué á la puerta, toqué varias veces.... y nada. Entonces abrí la ventana y me puse á observar en la obscuridad.... Media hora después sentí pascos disimulados en tu cuarto. A la madrugada entraste en el mío, pusiste la llave en la cerradura de la puerta que da á la sala y saliste en puntillas. Cuando calculé que estarías disponiendo el desayuno, entré en tu habitación y ví tus ropas mojadas. No me quedaba duda; habías estado en «El Retiro»; aprovechaste la semejanza que tienes conmigo y comprometiste de hecho á Valdespina.... Y la verdad es que ya todas las mujeres pueden quererlo menos yo.

—Todo lo que dices es verdad... ¡Y no quiso Dios que me cayera muerta de repente!

—Oh! cometiste una mala acción, pobre hermana mía.... Pero, acaso no trataba yo de hacer algo parecido? Un gesto tuyo bastó para detenerme. Tú fuiste más «guapa» y justo es que te pertenezca.

—¡A costa de cuantas amarguras....! Porque fui traidora, infame, malvada, indigna.... Cometí una villanía que será mi castigo eterno.... ¡Si supieras lo que sufro, qué terrores, qué insomnios, cuántas inquietudes y remordimientos....

—Lo único que no te perdono es que me ocultaras

tu pasión. Créeme, la cosa se hubiera arreglado con decoro. Hecho ya el disparate, sinceramente te lo digo, Leona, ese hombre te pertenece, no hay quien pueda disputártelo.... Yo, la primera, me resigno. Después de oír tus recriminaciones, nunca le hubiera dado mi honor; tú se lo sacrificaste y eres suya. Ahora lo que importa es que te cases con él.

—¿Y cómo? Lo mismo será saberlo que despreciarme, porque él no se da cuenta de lo que ha pasado.... Me llamaba por tu nombre.

Clara volvió el rostro demudándose.

—Al principio, en el primer momento, tal vez piense así; pero luego, cuando reflexione, verá que tú con tu mancha eres más digna de su amor que yo con mi pureza. Todos pueden despreciarte, menos él. Y te has perdido sin decírselo, sin que sepa toda la extensión de tu sacrificio. Eso es feo; pero sublime. Déjame maniobrar que yo me encargaré de hablarle al alma.

—Imposible, no lograrás convencerlo.... Además, mi situación es doblemente angustiada por la falta de tiempo. Debo contestar á Carlitos Mendoza. Me dan dos días.

—No tengas cuidado. Mañana vendrá el demandado de la finca y le entregaré una carta para que la lleve en seguida á Smithson-city. Yo te aseguro que Jhon vendrá á la carrera y todo saldrá bien.

—Tú buen deseo te engaña.... Yo estoy perdida. Aunque tu plan se realizara, como dices, ¿qué pensarían nuestros padres, qué pensaría el público al ente-

rarse de que no eres tú sino que soy yo la que se casa con Valdespina?

—Papá no se fija mucho en esos detalles, y á mamá es fácil engañarla.... Lo que piensen las gentes es lo de menos; lo esencial es cubrir tu reputación. Y en todo caso, ya están acostumbradas á las sorpresas que les damos. ¿No nos hemos divertido á costa de un Colector de contribuciones, haciéndonos pasar la una por la otra? Pues ahora diremos que el engañado ha sido el público. Esta será la última broma—y la mejor—de las mellizas. Ten confianza en mí, no desesperes.... Valdespina será tuyo.

Y esto lo decía Clarita sin esfuerzo aparente, aunque sí con tristeza resignada. Sus ojos parecían velados por sombras tenues, temblaban sus labios de un modo imperceptible y su semblante estaba blanco como un lirio. Si Leona había sido audaz en su falta, ella había sido heroica en su generosidad. Las dos se abrazaron llorando. Se habían apareado por obra de la naturaleza, se desunieron por obra de las pasiones y se volvían á unir por obra de la desgracia.

Cuando se entregaban á las naturales expansiones de la reconciliación, quedaron alsortas con la presencia de doña Luisa que surgió como una aparición inesperada. La ciega oyó gemidos y frases de dolor que venían de las habitaciones de sus hijas. Nunca se levantaba sola de su asiento, pues, por hábito y necesidad, buscaba el apoyo de alguna de las muchachas, principalmente de Leonela, mas no pudiendo dominar su inquietud, se dirigió á tientas palpando los

muebles y siguiendo la línea de la pared, al cuarto de Clarita.

—Qué pasa? —dijo—¿qué tienen mis hijas? ¿por qué lloran?

Clara y Leona se interrogaron afanosamente con la mirada.

—¿Por qué lloran?—volvió á preguntar la ciega.—Ustedes me ocultan algo. Eso no está bien.

—No lloramos mamá,—dijo Clara resueltamente,—nos reimos.

—Pues cualquiera diría lo contrario.

—Sí, nos estamos riendo de la cara que vas á poner cuando te demos una sorpresa.

—¿Una sorpresa?

—Una sorpresa que te preparamos.

—Bah! ustedes se figuran que yo no estoy al cabo de todo... Hijas, aquí no se mueve una paja sin que yo deje de verla... ¿A que sé de lo que hablaban?

—¿A que nó?

—De una noticia vieja para mí; del matrimonio de Leona....

—Que te quemas mamita...

La ciega sonrió con satisfacción; porque nada la halagaba tanto como jactarse de saber lo que, precisamente, no sabía.



CIENCIA Y CONCIENCIA

Jhon Valdespina salió del potrero como había entrado, como un malhechor. Estaba ya sobre el caballo en busca de la dirección de Smithson-city y aún no comprendía bien lo que acababa de pasarle. Hallábase bajo el influjo de la inconsciencia relativa que deja siempre la intensidad de un gran placer sentido ó de un gran peligro conjurado.... A poco empezó á evocar las imágenes, las sensaciones recientes: una masa de árboles apretados, sombras muy espesas y el bulto de Clarita que le dijo breves frases con extraño acento, que casi se le escapó de entre las manos, que estuvo sobre su pecho y pasó ante sus ojos el tiempo escaso en que brilla una exhalación.

¡Aventura casi incomprensible, sobre todo en él, tan equilibrado, tan circunspecto y tan austero! ¿Así se portaban los hombres fuertes, de cabeza sólida, de

principios elevados, de severa disciplina espiritual?... Porque en términos sencillos y corrientes había cometido una locura... más aún, una verdadera indignidad. Aquel hogar, el de Arencibia, era santo y respetable hasta que él, Jhon Valdespina, llegó de los Estados Unidos en mala hora. ¡Singular ironía la de su suerte! Se creía vaciado en otro molde, en el de aquella sociedad puritana que tiene como cosa fácil la virtud por el hecho de vivir casi sin sol y entre témpanos de hielo y venía á revolcar su temperamento en la lava del trópico para portarse como se porta un desalmado!

Porque no tenía justificación, no podía tenerla su conducta. Cuando puso el pie en la Isla con el propósito de hacer su ferrocarril, de levantar la agricultura, fomentar el comercio y regenerar en cierto sentido la comarca virgen y olvidada, la primera puerta que se le abrió fué la puerta de la casa de Arencibia, los primeros favores en su empresa, de Arencibia los recibió y el de su hija fué el primer corazón que le salió al encuentro para amarlo.... Antes de un año todos esos favores quedaban retribuidos con la deshonra.

¡Y él no hubiera querido conducirse de ese modo! Sus intenciones habían sido puras; estaba en su segunda juventud, en el período de los pensamientos graves y sólo aspiraba á tener su hogar tranquilo; la esposa, el hijo, la familia.... Pero ya hacía algún tiempo que no se hallaba en caja; especialmente el último día se sintió como fuera de su centro. El viaje desde la Cotorra á Smithson-city y desde Smithson-

city á «Dos Jimaguas», aquellas abundantes libaciones en el *lunch*, la carrera desenfrenada con Leona, los ojos animados, el color encendido, el pie cubano, el aspecto incitante de la joven, el parecido con la hermana, todo eso vino á recaer sobre Clarita que, á la postre, fué la víctima.

¡Ah, estaba obligado á una satisfacción tan completa como la falta requería! El hecho se había consumado, Clarita se encontraba deshonrada y manchado el nombre de una familia respetable; pero el caballero se diferencia del que no lo es en que inmediatamente ennoblece su falta reparándola. Existía una deuda de su parte, la deuda más urgente, una de esas deudas que para ser pagadas no necesitan requerimiento del acreedor....

Al llegar aquí, Jhon desdobló el impermeable echándose sobre sus hombros. Cuando salió de «Dos Jimaguas» comenzó á caer la lluvia, al principio en forma de lloviznazos intermitentes y luego en la de furiosos aguaceros. El viento se desataba también en ráfagas que azotaban su rostro con violencia. Lo más desagradable del caso era que el camino se iba encharcando cada vez más y la noche se encapataba horriblemente. Pero la situación del ingeniero era muy subjetiva y, por lo mismo, Jhon apenas se fijaba en los fenómenos nada tranquilizadores de la naturaleza exterior.

—Yo había pensado—se decía reanudando sus ideas—yo tenía decidido casarme con esa joven. Dios sabe que esta fué la aspiración más dulce y más querida de mi alma. Ella habló á mi espíritu como

hablan las mujeres que desde el primer vistazo escogemos para esposas. Antes de verla, jamás se me había ocurrido pensar en matrimonio; eso de consagrarme exclusivamente á unas faldas se me antojaba indigno de una persona seriamente ocupada como yo. El ejercicio de mi carrera fué siempre mi propósito esencial, el único fin que me guiaba. Sin embargo, esto puede decirse cuando la juventud tiene mucho camino por delante.... Vine á Cuba ya casi maduro: ¡treinta y siete años sin más amores que los fugaces que la casualidad ó el precio nos proporcionan! Claro está; la naturaleza, al entrar en su última etapa, pedía algo más sólido, de más consistencia, un cambio de sensaciones, una existencia nueva, es decir, el matrimonio que es su estado normal desde que se inicia la virilidad, desde que dejamos de ser niños para empezar á ser hombres.... Clarita me salió al paso, me enamoré de ella, y.... en vez de proceder como proceden las gentes honradas, hice lo que hace cualquier mozuelo aturdido sin las nociones más rudimentarias del honor y del decoro. Yo no sé por qué razón los resultados no han de corresponder á los propósitos. Nunca me consideré capaz de dar una campanada semejante; si me lo hubieran jurado no lo hubiera creído. En la edad que tengo sólo había puesto mi pie en donde yo quería, en donde juzgaba que pudiera convenirme. Ni mi pulso se alteraba, ni mi sangre dejó, en ninguna ocasión, de correr con su normalidad acostumbrada. He visto la muerte en la guerra, ha oído silbar la bala, me he hallado en el borde de horribles barrancos ha-

ciendo ferrocarriles en las montañas, he sentido el contacto de la fiebre en la Florida.... y siempre sereno y siempre dueño de mí mismo. Eso sí, no sabía lo que era una mujer hermosa, una mujer de encantos verdaderos. Cuando llegó esa hora, ¡adiós juicio, adiós serenidad, adiós ingeniería! Un mozalbete recién salido del colegio no se hubiera conducido de otro modo, pues lo mismo en el Norte que en Cuba, en Patagonia que en Groënlandia el hombre créa ser hombre y resulta siempre un niño.... Sí, un niño que cuando se le alegra la cabeza y pone un estribo en el pie de una joven, de su futura cuñada nada menos, se lanza por esos maniguales como el animal en busca de la hembra....

Los aguaceros redoblaron y el caballo que montaba Valdespina principió á mostrarse receloso. Jhon lo castigaba severamente á la vez que trataba de defenderse de la lluvia la cual se metía ya por sus botas y su cuello, mojándole la piel.

—Resulta, pues, que he cometido un disparate y, lo que es peor, un disparate inútil. La muchacha iba á ser mía con el consentimiento de sus padres que me lo demostraban así en cuanto estas intenciones pueden demostrarse lícitamente; con el aplauso de todo el mundo que nos consideraba bien proporcionados el uno para el otro y hasta con la aquiescencia de mis competidores, el señor Foronda, rico almacenista y el poeta señor Suárez que me cedieron el puesto sin trabajo. Y á pesar de esas facilidades tomé la línea curva, el camino torcido y no la senda llana.... Pero todo puede remediarse y todo se remediará; mi

deseo era terminar la línea, concluir mi obra y después casarme. Quería llegar á la boda con el convencimiento de que el porvenir de mi familia quedaría asegurado no por lo que don Cosme pudiera dejar á su hija, que esto no es de mi incumbencia, sino por lo que yo pudiera aportar como ganancia en mis negocios. Ya que este punto no se resuelve todavía, me casaré con lo que tengo.... Dieciocho mil «dollars» en bonos del gobierno americano al cuatro por ciento de interés; tres mil en acciones de la compañía del Central River con cinco y cuarto por ciento de dividendo y cuatro mil «dollars» anuales como ingeniero de esta línea. Es bastante y puedo comprometerme sin esperar las utilidades que me tocarán cuando el ferrocarril entre en el período de explotación. Y he de casarme en seguida.... sobre la marcha. Hasta que la boda se verifique no se me quitará de encima este peso terrible ni redimiré mi conciencia de la deuda de honor que ha contraído. Dentro de seis días, el próximo domingo, me presentaré en «Dos Jimaguas», celebraré una entrevista particular con don Cosme, le pediré la mano de su hija y todo quedará listo para realizar el matrimonio inmediatamente, aquí mismo, en la Iglesia de Jarabacoa.... El pastor Gallardo, que es buena persona, nos casará....

Jhon no pudo eximirse por más tiempo de fijar la atención en el ruido que el viento y el agua levantaban á su alrededor. Una ráfaga feroz le arrebató el sombrero. Por más que hizo no pudo recuperarlo y la lluvia le caía á chorros sobre el craneo sin defensa. Al pasar por la sabaneta en que había regateado con

Leonela, evocó el episodio que dió origen al tropezón y recordó á la joven con un sentimiento de impaciencia rencorosa. Luego entró en el monte y allí tuvo que apelar á toda la entereza de su espíritu. El caballo se le resistía lleno de espanto, coceaba y retrocedía como una bestia loca hasta que lo domesticaron de nuevo las espuelas del ginete. Y al animal no le faltaban motivos en sus terrores. El bosque se sacudía con rabia azotándose á sí mismo y bramaba como si voces inmensas lanzaran de su seno sus notas más gruesas é imponentes. Aquello semejaba el fin del mundo, un desahogo de la naturaleza en delirio, el final de una ópera representada al aire libre por intérpretes extravagantes y coléricos, un *Dies iræ* en el cual tuvieran su papel los elementos materiales animados por conjuros imprevistos para cantar estrofas tremendas é indescifrables. La lluvia dejaba oír el rumor especial que produce al caer sobre los bosques, el viento desflecaba las hojas y atacaba á las ramas que crugían con angustia y los árboles se embestían como azuzados por la ira.

Un ruido espantoso surgió, de pronto, elevando su diapason en medio del escándalo; diríase que algo grande, monumental, se había desplomado de repente. Era una palma que cayó tronchada sobre el camino. El caballo se espantó y Jhon estuvo á pique de medir el suelo. Lo más grave y difícil del caso fué hacer saltar á la bestia por encima del obstáculo. El ingeniero se vió en la necesidad de convencerla ya con el látigo, ya con la voz ó la caricia.

De ahí en adelante el viaje se convirtió para él en

un vía-crucis. A veces se encontraba con torrentes inesperados, con cañadas nuevas, cuando no perdía el rastro y tenía que buscar veredas desconocidas. Muy cerca de la madrugada llegó á Smithson-city sin el sombrero, manchado de lodo y calado hasta los huesos. Mas ¡cuál no sería su asombro viendo que era una empresa arriesgadísima entrar en el pueblo, pues hasta donde confusamente alcanzaba su vista, las aguas todo lo inundaban! El peligro fué tal que Jhon retrocedió á toda prisa para buscar, haciendo un rodeo, el camino de su pabellón construído en una altura próxima desde la cual venían rumores confusos y lastimosos. Lo primero que llamó su atención fué el hecho de encontrarse las caballerizas llenas de gentes. Eran las familias de sus operarios que hicieron de aquel local un refugio en la catástrofe.

—¿Qué ha pasado aquí?—preguntó emocionado.

—Que el pueblo está destruído ó poco menos y los talleres bajo el agua.

—¿En donde anda Mr. Barlett el segundo ingeniero?—dijo entonces en inglés.

El interpelado, que se había permitido envilecer nuestro idioma con su bárbara pronunciación, le contestó también en inglés.

—Acaba de salir con algunos hombres para el «Guasimal».

—¿Usted quién es?... No distingo bien en esta obscuridad.

—Soy Albertson, el sobrestante de los talleres.

Albertson era un yankee típico, alto, de pequeños ojos azules y cara toda afeitada, menos en el lugar

correspondiente á la perilla. Estaba en mangas de camisa, exhibiendo sus tirantes y calzaba botas de becerro hasta la mitad de las piernas.

—A ver, cuénteme usted Mr. Albertson.

—A ello voy Mr. Valdespina. Hace dos horas dormíamos en los talleres cuando sentimos que apretaba la tormenta y que del pueblo pedían auxilio. Nos levantamos y apenas si tuvimos tiempo de ponernos en salvo. El agua nos llegaba al vientre. Por fortuna las familias de Smithson-city se habían refugiado aquí. Ha habido no obstante algunas desgracias.

—¿Personales?

—Si, señor, seis individuos se han ahogado en el pueblo... Dos niños entre ellos. Mr. Barlett ha salido ahora para el «Guasimal» en donde están con dos cuadrillas Nabson y Murray. La situación de esa gente es comprometida.

—Veo que esto es más grave de lo que yo me figuraba.

—Hay más, Mr. Valdespina; no se sabe del guarda-agujas de «La Toronja» y se supone que se han ahogado los que trabajaban en las obras del desagüe.

—¿Quiénes estaban allí?

—Garrick, Proctor, Austin y Randolph, con veinticinco trabajadores del país.

—La cosa es horrible... ¿No hay ya nadie en Smithson-city?

—No señor, todo el pueblo está debajo del agua y no creo que ninguna casa quede en pie. Hemos distribuído los que se han salvado en las caballerizas, la cocina y el «cottage.»

un vía-crucis. A veces se encontraba con torrentes inesperados, con cañadas nuevas, cuando no perdía el rastro y tenía que buscar veredas desconocidas. Muy cerca de la madrugada llegó á Smithson-city sin el sombrero, manchado de lodo y calado hasta los huesos. Mas ¡cuál no sería su asombro viendo que era una empresa arriesgadísima entrar en el pueblo, pues hasta donde confusamente alcanzaba su vista, las aguas todo lo inundaban! El peligro fué tal que Jhon retrocedió á toda prisa para buscar, haciendo un rodeo, el camino de su pabellón construido en una altura próxima desde la cual venían rumores confusos y lastimosos. Lo primero que llamó su atención fué el hecho de encontrarse las caballerizas llenas de gentes. Eran las familias de sus operarios que hicieron de aquel local un refugio en la catástrofe.

—¿Qué ha pasado aquí?—preguntó emocionado.

—Que el pueblo está destruido ó poco menos y los talleres bajo el agua.

—¿En donde anda Mr. Barlett el segundo ingeniero?—dijo entonces en inglés.

El interpelado, que se había permitido envilecer nuestro idioma con su bárbara pronunciación, le contestó también en inglés.

—Acaba de salir con algunos hombres para el «Guasimal».

—¿Usted quién es?... No distingo bien en esta obscuridad.

—Soy Albertson, el sobrestante de los talleres.

Albertson era un yankee típico, alto, de pequeños ojos azules y cara toda afeitada, menos en el lugar

correspondiente á la perilla. Estaba en mangas de camisa, exhibiendo sus tirantes y calzaba botas de becerro hasta la mitad de las piernas.

—A ver, cuénteme usted Mr. Albertson.

—A ello voy Mr. Valdespina. Hace dos horas dormíamos en los talleres cuando sentimos que apretaba la tormenta y que del pueblo pedían auxilio. Nos levantamos y apenas si tuvimos tiempo de ponernos en salvo. El agua nos llegaba al vientre. Por fortuna las familias de Smithson-city se habían refugiado aquí. Ha habido no obstante algunas desgracias.

—¿Personales?

—Si, señor, seis individuos se han ahogado en el pueblo... Dos niños entre ellos. Mr. Barlett ha salido ahora para el «Guasimal» en donde están con dos cuadrillas Nabson y Murray. La situación de esa gente es comprometida.

—Veo que esto es más grave de lo que yo me figuraba.

—Hay más, Mr. Valdespina; no se sabe del guarda-agujas de «La Toronja» y se supone que se han ahogado los que trabajaban en las obras del desagüe.

—¿Quiénes estaban allí?

—Garrick, Proctor, Austin y Randolph, con veinticinco trabajadores del país.

—La cosa es horrible... ¿No hay ya nadie en Smithson-city?

—No señor, todo el pueblo está debajo del agua y no creo que ninguna casa quede en pie. Hemos distribuído los que se han salvado en las caballerizas, la cocina y el «cottage.»

—¿Y qué medidas han adoptado ustedes respecto de los que aún corren peligro?

—Por lo pronto Mr. Barlett lleva toda la gente disponible y en cuanto á los del desagué nos estamos ocupando en la construcción de las balsas para ver si podemos acercarnos.

—Está bien, Mr. Albertson... Inmediatamente al trabajo de las balsas y que al amanecer se abra mi dispensa para que se desayunen estos infelices.

Desde aquel momento Jhon dejó de ser el amante de Clara, el ofensor arrepentido de la honra ajena para convertirse en el hombre de ciencia y empresa que debía toda su actividad á la reparación del gran revés que la naturaleza había inferido á sus proyectos. Ninguna otra idea tuvo ya cabida en su cerebro, ningún otro sentimiento lugar en su corazón. Valdespina recuperó instantáneamente su modo de ser antiguo y sólo pensó en los trabajos de canalización destruidos, en los talleres inundados, en sus paralelas descarnadas, en sus obreros sin hogar y en su reputación de ingeniero comprometida por el desastre.

LASCIATE...

De Smithson-city á la Cotorra podía navegarse en bote. Las casetas de la línea habían sido arrebatadas por la inundación y los postes del telégrafo abatidos por el viento. En los lugares que las aguas abandonaban, dejábanse ver las paralelas en esqueleto ó cubiertas por el lodo. Lo que más conmovía el espíritu era el aspecto desolador que presentaba el pueblo recién estrenado y coquetón, el cual, la tarde anterior, sonreía con sus graciosas casas, sus amenos jardincitos, su aire juvenil y simpático, y á la siguiente mañana no decía, ni era fácil que digera, lo que había sido, pues se hallaba transformado en un montón de escombros.

Las desgracias personales fueron muchas. 'Los del «Guasimal» pudieron salvarse, no así los trabajadores empleados en el desagüe. Las balsas volvían trayendo los cadáveres que encontraban flotando so-

bre las aguas, y muchos fueron también arrastrados por el Cuabillas que les dió sepultura en el océano.

Valdespina se puso á la altura de su carácter y su ciencia. Todo el día estuvo ocupado personalmente en la tarea de salvación y en el socorro de las familias desamparadas. En seguida dictó sus órdenes á fin de atender á lo más necesario; improvisó barracas para el abrigo provisional de los obreros y sus familias é hizo que se diera principio á las reparaciones de la línea y á la limpieza inmediata de los talleres.

Cuando la inundación cedió un poco fué á inspeccionar los estragos sufridos por las obras del canal y allí mismo decidió las rectificaciones necesarias para prevenir otras sorpresas por el estilo. Jamás había desplegado mayor energía ni puesto en juego recursos más salvadores. El alcance de la calamidad lo requería. De sol á sol vigilaba los trabajos en toda la extensión de la línea y por la noche consumía algunas horas en sus cálculos y en despachar los asuntos de bufete. Jhon había quitado el puesto á Juan.

Una semana había transcurrido ya desde la consumación de la catástrofe, cuando oyó que en la ante-salita de su despacho preguntaban por él con insistencia. Salió para ver quién era y se encontró á Pancho Jiménez, el célebre cazador de berracos en la Cuaba.

—Tenga buena salud y dispense si vengo á mala hora.

—No hay de qué, amigo Jiménez... ¿Se le ofrece algo?

—Algo, precisamente, no, pero le traigo un papel

que me dió el mandadero de «Dos Jimaguas» para usted.

—Venga... ¿Y cómo ha pasado la familia este vendaval? ¿Están buenos?

—Sí señor... Todos se han «dío» para el pueblo.

—Gray—dijo Jhon á su criado hablándole en inglés,—déle á este amigo una copa del brandy viejo que usted sabe y que espere un instante por si hay respuesta.

Jhon leyó la carta. Era de Clarita y estaba concebida en estos términos:

«Es preciso que cuando recibas ésta, emprendas viaje. Te espero pasado mañana á las ocho en punto, en la ventana que dá á la plazoleta. Urge tu presencia.»

Jhon se quedó aterrado; volvía á la realidad después de un sueño febril, que no otro efecto le producían las agitaciones de su cuerpo y de su espíritu desde el instante en que vió su obra medio destruída. Durante esas horas de lucha, de ansiedad creciente, el recuerdo de «El Retiro» y la imagen de Clarita casi se habían borrado de su memoria. Todo aquello se empequeñeció rápidamente como si en el mundo no hubiese para él problemas morales ni compromisos de honor sino talleres maltratados, carrileras interrumpidas, derrumbes é inundaciones. Mas al ver la letra del sér amado y doliente, al recordar la gran deuda y la reparación inexcusable, los rasgos borrosos que se apagaban surgieron otra vez como caracteres vivos cuyas recomendaciones no podían aplazarse porque hablaban acusando.

Sin embargo, juzgaba inoportuno el momento para el viaje, en cuanto tenía una grave responsabilidad sobre sí como ingeniero y como director de la empresa. No podía, no, abandonar á *Smithson-city*. Cumpliría con *Clarita* después de haber remediado el desastre, dentro de un mes... de dos semanas siquiera. ¿Qué se diría de él, caso de que llegara á averiguarse que por cuestiones de amor desatendía sus deberes dejando el ferrocarril abandonado y á sus gentes sin dirección? Sería de ver entonces la cara de los *Smithson*, dos hermanos que amaban el *dollar* sobre todas las cosas y á la libra esterlina sobre el *dollar*. Por cierto que se harían cruces al saber que *Mr. Valdospina*, aquel «gentleman» de faz adusta y juicio recto tomaba con tanto calor un asunto que en su peor extremo podría arreglarse «con la indemnización correspondiente». Sí, sus condiciones eran idénticas á las del soldado. Éste vive esclavo de la disciplina y él lo era de sus deberes para con los capitalistas neoyorquinos. Hay conflictos entre el corazón y la cabeza que deben resolverse, sin vacilar, en favor de la cabeza, porque es el órgano, sabio, inteligente, equilibrado.

Jhon no quedó, en el fondo, muy convencido por estos razonamientos y, desde luego, se preguntó si en las cuestiones de honra procedían plazos y esperas. ¿Quién le daba la seguridad absoluta de vivir ese mes, esas dos semanas que pedía? En tal emergencia ¿qué sería de la joven abandonada, de los parientes ofendidos....? ¿Se consolarían con la noticia de que él pensó acudir á tiempo, si bien se lo impidieron al-

gunos miles de dollars en peligro? Argumento indigno, y más en Cuba donde el sello de raza, la hidalguía castellana, se manifiesta lozanamente á pesar de la esclavitud y del régimen político. Esto aparte, no se trataba de una ausencia larga; él lo dispondría todo de manera que pudiese regresar inmediatamente y, entre tanto, dejaría instrucciones precisas á Mr. Barlett que era hombre de confianza.

Al tomar esta resolución le pareció que su conciencia se aliviaba, porque creía que todo estaba descubierto, imaginándose á Clarita recluida en su habitación, con la marca de la vergüenza en el rostro y tal vez oyendo, como una mártir sin defensa, las duras recriminaciones de los suyos.

Quando Jiménez volvió relamiéndose aún con el sabor del selecto brandy, Valdespina le dijo:

—No hay respuesta, porque yo mismo he de llevarla.

El siguiente día por la mañana, montó Jhon sobre su caballo, hizo el viaje á toda marcha y fué á alojarse, como era de rigor, en la «Gran Fonda de París». Allí encontró á Fico Suárez despachando una «escudella» en compañía de don Primitivo, con el cual sostenía un diálogo respecto á la revolución de Cádiz, que era el tema de todas las conversaciones. Prim, Serrano y Topete se habían sublevado.

—En la Redacción de «El Crepúsculo», tenemos noticias alarmantísimas; pero el Teniente Gobernador nos ha prohibido publicarlas, bajo pena de ser sometidos á una comisión militar nombrada al efecto.

—¡Mare de Deu!

—Además, se ha publicado un bando que pinta con vivos colores la gravedad de la situación presente.... Todas las casas deberán cerrarse á la nueve en punto de la noche.... Se prohíben grupos de más de dos personas en las calles.... Los dueños de posadas—y esto va con usted don Primitivo—deberán dar cuenta á la autoridad correspondiente del «nombre, procedencia, antecedentes y demás circunstancias relativas á los huéspedes que reciban en sus establecimientos bajo su más estrecha responsabilidad».

—Pero nada me has dicho de lo que pasa en la Península....

—Hombre ¿le parece á usted poco? A estas horas la causa de la libertad habrá triunfado en España.... Y, como es natural, aquí tendremos reformas....

—Te diré, noy; eso de traer aquí reformas....

—Pero don Primitivo, si allí están los liberales en el poder....

—No es la misma cosa, noy; no es la misma cosa....

En ese momento desmontaba Jhon en el colgadizo de la Fonda. Fico y Cornellas se acercaron á él, saludándolo con afecto.

—¡Por la Virgen moreneta!—dijo don Primitivo,—no sabe usted lo que me place su visita.... ¿Qué le ha pasado al ferrocarril? Aquí dicen que está bajo el agua y que usted.... vamos, no ha sabido hacer la cosa.

Valdespina palideció.... Para colmo de sinsabores, ya se dudaba de su ciencia.

—Son noticias erróneas.... Algo ha sufrido la línea, pues un temporal así siempre deja huellas; pero

antes de quince días todo estará arreglado. Ya lo verán ustedes.

—No sabe usted, amigo Valdespina—dijo Suárez interviniendo—las campañas que me veo en el caso de sostener en su obsequio. Aquel entusiasmo de otros días se ha evaporado convirtiéndose en desaliento y ¿por qué negarlo? en hostilidad hacia la obra. Casi todos creen que no queda un carril en su lugar y lo atribuyen á que usted no hizo bien sus cálculos. Ayer sostuve una contienda acalorada con el Licenciado Mendoza, el cual se empeñó en probarme que usted no es hombre práctico y que él no hubiera metido las paralelas en la Ciénaga, sino que habría tirado por «Los Jobos», buscando el Corojal por ese lado.

Valdespina no sabía si indignarse ó sonreír y preguntó á Fico, para variar de conversación:

—¿Qué hay de la familia Arencibia?

—Psh.... nada.... Como no sea el matrimonio de Leonela....

—¿Se casa la señorita Leonela?

—Sí señor, con Carlitos Mendoza.... Ya yo lo tenía predicho.

—¿No ha visto usted á Clara?

—¿Qué he de verla? Si no sale casi nunca....

Valdespina, para ocultar su emoción, se retiró á su cuarto en donde se hizo servir la comida. Una vez terminada se sentó bajo el colgadizo esperando la hora de la cita, y á las ocho menos cinco minutos se encaminó á la plazoleta de Santa Inés.

La iglesia de este nombre había bautizado á la pequeña plaza, que, dicho sea sin ofensa, nunca mereció

ningún favor al Ilustre Consistorio de la histórica ciudad, pues no se veían allí ni asientos ni alumbrado ni jardines. El único adorno que ostentaba era su verde alfombra de espartillo donde algunos pilletes corrían y se revolcaban alegremente por las tardes. En cuanto á la iglesia era un edificio de líneas muy severas y un aire de vejez indiscutible. Teníasele por uno de los templos más venerables de la Isla y la tradición aseguraba que fué erigido por Pánfilo de Narváez á causa de haberse librado de un gran peligro el día de Santa Inés.

Cuando llegó Valdespina, ya Clarita se hallaba en su sitio, esto es, de pie en la parte interna de una ventana de gruesos barrotes que, también, debían ser contemporáneos de la iglesia y de Pánfilo de Narváez. La habitación estaba completamente á oscuras y apenas se distinguía el rostro de la joven. Jhon quiso apoderarse de una de sus manos; pero ella la retiró rápidamente.

—Clara, no comprendo esos rigores. Cuando recibí tu carta, la situación era muy crítica para mí, con la línea medio destruída, rodeado aún por las aguas y sin tiempo casi para atender al remedio de tantas calamidades. Nunca ha sido más indispensable mi presencia en Smithson-city y, no obstante, ha bastado tu primera indicación para que yo lo deje todo.... Ya ves que acudo á tu llamamiento.

—Nunca lo dudé, porque siempre fuiste caballero.

—¿Me perdonas Clarita?

—No soy la llamada á perdonar.... Nada me debes.

—¿Nada te debo? Pues ¿á quién entonces? ¿A tus

padres acaso? ¿A tu nombre, á tu reputación? Efectivamente, grande es mi deuda para con ellos, pero estoy dispuesto á pagarla como y cuando se me exija. Me sobra hidalguía y sé hasta donde llegan mis deberes. Mi resolución quedó tomada desde aquella noche y pongo á Dios y mi conciencia por testigos de que había hecho el propósito de ver inmediatamente á tu padre para pedirte en matrimonio y dejar consumada la reparación.

—Yo no te pido reparación.... Las cosas han variado.... Es decir, la debes, pero....

—¿Pero.... qué?

—Que no es á mí precisamente á quien la debes.

—Clarita, no te entiendo....!

—Es una historia muy triste.... y muy extraña.... Yo he tenido entereza para sobreponerme á mi desgracia y te pido que la tengas tú también porque te hace más falta que á mí.... Tú eres el más ofendido de los dos.

Reinó un silencio penoso. Jhon buscaba en la sombra los ojos de Clarita, como pidiendo solución al enigma, porque aquello era un enigma. Él, ofensor, ¿resultaba ofendido? ¿Y por qué causa....? Ideas terribles le asaltaron instantáneamente.... ¿Tendría Clara alguna historia oculta anterior ó posterior á la escena de «El Retiro»....? Mas no, la suposición era monstruosa....

—¿A qué viene ese preámbulo?—dijo reponiéndose trabajosamente.—No veo tal ofensa ni cosa parecida. El que ha faltado soy yo, si bien esa falta se redime con un poco de lealtad y de conciencia. Mañana,

esta noche si quieres, hablaré con don Coome. Me he propuesto volver á Smithson-city dejando arreglada esa cuestión.... Sí, pediré tu mapo.

—No pedirás la mía.

—Es gracioso!.... ¿Y la de quién entonces?

—La de mi hermana Leonela.

Valdespina retrocedió lleno de asombro. ¿Qué era aquello? ¿Qué había oído? ¿Clara se chanceaba haciéndole objeto de bromas inoportunas? ¿Se habría vuelto loca la infeliz? Era lo que le faltaba para completar su mala obra!.... Porque las jóvenes puras cuando ceden á ciertas tentaciones suelen perder el juicio.

—¡Clarita!—exclamó entre angustiado y ofendido —no he caminado doce leguas para esto....

—Jhon, comprendo, hasta cierto punto, que tomes á burla lo que te digo.... Yo misma me pregunto si es sueño ó verdad esto que estoy viendo.... Desde la noche de la cita no debo ser nada para tí. ¿Lo oyes? Nada.... Aunque algo, sí—agregó con sonrisa dolorosa—¡tu cuñada!

—Deja esa broma de mal género y escúchame.... Tú para mí lo eres todo en el mundo y más si posible fuese. No tengo padres, no tengo hermanos y vienes á ocupar en mi corazón un lugar deshabitado. Hablas como hablas porque no quieres medir el amor que te profeso.

—En nombre de ese amor, te suplico que me olvides.... Entre nosotros se ha abierto un precipicio.... Ya no puedo ser tuya.

—¡Si ya lo has sido, si tendrás que serlo, salvo que Dios te deje de su mano....

—Te repito que no se trata de mí sino del honor de mi familia. Yo no quiero tu mano ni podría aceptarla aunque quisiera. El cielo me ha dado valor para resignarme y decirte que lo que yo rehusó lo quiero para Leonela. Ella es quien lo necesita.

—Y dále con Leonela. ¿Qué papel hace tu hermana en este asunto?... Ah, ya caigo, hay celillos ¿no es eso? .Ustedes las mujeres son muy raras y nada de extrañío tendría que tú no te eximieras de la ley propia de tu sexo.... Pues mira, echa por otro lado. Leonela es linda.... ¡no ha de serlo si se parece á tí, si ustedes son gemelas!.... Aunque hablándote con franqueza no es santo de mi devoción, tiene un carácter especial, algo hurafío, cara de mal genio.... Tú serás mi esposa....

—¡Ciego! ¡ínocente! Parece mentira que ya no hayas comprendido lo que sucede.... Hablas de nuestra semejanza, de que somos gemelas y no comprendes que has sido victima de.... un error.... Ese parecido, esa semejanza nos han creado la situación extraña en que nos vemos!...

Jhon se puso grave: principiaba á invadir su espíritu el escalofrío de los misterios trágicos. En el fondo de su pensamiento creyó percibir cosas muy negras con bordes luminosos; una historia confusa resolviéndose en un drama. Por muy ofuscado que estuviera, deducía que tras de las palabras de la joven había un hecho anti-natural, pero real.

—Y bien, Clara, explícate.

—Te acuerdas del paseo á «La Yagruma»? Fué mi primera sospecha; se colocó á tu lado y á lo mejor interrumpía nuestra conversación... Estaba celosa... ¿Recuerdas lo del nido? ¿Crees tú que lo del regateo fué cosa impremeditada? Luego vino la noche de la cita. Aunque me repugnaba estuve resuelta á cumplir lo prometido....

Clarita rompió en un llanto interminable; evocaba el idilio que precedió á la cita; las protestas de Jhon en Smithson-city, los susurros de amor que morían apagados entre la imponente bóveda de los talleres....

—Prosigue y no te afijas—murmuró Valdespina, pálido ya como un cadáver.

—Iba á salir del cuarto, cuando Leonela se me interpuso. Lo sabía todo; había seguido nuestra conversación sin que nosotros lo sospecháramos. Me increpó, me amenazó, me encerró en mi aposento, se llevó las llaves y yo no pude ir á «El Retiro»....

Jhon vió claro.... Toda la luz del medio día penetró de pronto en su cerebro.... Era un lance tremendo.

—¿Es decir que la que estuvo...?

—Fué Leonela.

Ambos guardaron un silencio solemne como si la una observara atentamente toda la profundidad de la impresión que la nueva producía y el otro midiera abismado todo el alcance de la noticia que le daban. En Clara la angustia era indescriptible y esperaba como se espera el rayo en hora de tormenta. Valdespina seguía ceñudo, hosco, impenetrable. Al fin

la joven rompió el silencio diciendo á Jhon entre sollozos:

—Te amaba más que yo y ahí tienes el secreto de su falta. Yo, á pesar de mi resolución, tal vez no me habría hallado con valor para llegar al último extremo y hacer lo que ella hizo. Se tiró al río sin esperanza de volver á la orilla. En mí el paso no tenía mérito.... Podía confiar en tu palabra, accedía á tus ruegos.... Pero ella ¡infeliz! estaba loca, ¡loca de amor por tí! Todo me lo ha confesado y no quería que te digera nada. ¿Por qué nó? Esos delitos son de los que se perdonan, porque el que los sufre no tiene voluntad para castigarlos.... Tú eres caballero y tú la salvarás.... ¿A quién podría volver los ojos? Haz lo que yo, que soy la víctima y no vacilo en darle mi lugar... Lo merece por desdichada... Si tú te niegas ¡qué porvenir el de mi hermana! Hace tres días la pidió Carlitos Mendoza, ella no lo quiere por que no le gusta, porque no va á engañar á un inocente y, sobre todo, porque te quiere á tí. El único obstáculo era yo y, ya ves, me resigno....

Clarita se anegaba en un mar de lágrimas; pedía con ellas, con sus ojos, con su voz, con sus gemidos.

—Jhon, en nombre del honor de mi familia que será ultrajado por las murmuraciones de las gentes; en nombre de la dicha de mi hermana y hasta en el de la tranquilidad de mi espíritu, yo te suplico de rodillas que te cases con Leonela.

—¡Nunca!—exclamó Jhon Valdespina volviéndole la espalda para perderse en seguida entre las sombras de la plazoleta.

Al mismo tiempo se oyó un grito medio ahogado y algo así como la caída de un cuerpo.

XLII

ROTACION DE IDEAS

Valdespina volvió á la fonda con la cabeza hecha un remolino de ideas contradictorias. El asombro y la indignación libraban porfiados combates en su conciencia. Desde luego era víctima de una celada; las gemelas se habían puesto de acuerdo para tenderle un lazo. Sabía que las dos muchachas por mero capricho acostumbraban divertirse engañando con el parecido, especialmente á los forasteros.... La broma trágica le había tocado á él.... Pero—y aquí de sus confusiones, de sus dudas—qué se proponían, cuál era su designio verdadero? ¿Qué interés iba á tener Clarita en trabajar contra sus propios intereses? Él había adivinado en la situación de espíritu que revelaba la joven, en la honda tristeza de sus palabras, en la amargura de su acento la pavorosa grandeza de su martirio. Sin embargo, el hecho tenía todos los perfiles de una comedia....

¿Y la otra....? ¡Problema excepcional, inusitado! La acción le parecía abominable, indigno el procedimiento, el móvil claro, evidentísimo, casarse con él, comprometerlo por sorpresa.... Horrible juego, ciertamente, en que la muchacha ponía su honra á merced de una generosidad imposible! Y lo peor del lance estribaba en que no podía desligarse de todo aquello. Su posición era la del hombre que crée hacer una caricia y dá una puñalada; la de un delincuente, legal no, pero si moral, que siembra malos pensamientos y recoge un fruto peor que la semilla... Se trataba de la mujer más infame ó de la loca más sublime....

Jhon no pegó los ojos en toda la noche y muy temprano fué á pasearse por la orilla del río para refrescar sus ideas con lcs húmedos aires de los campos. La naturaleza, siempre optimista, desplegaba un lujo teatral de soberbias decoraciones. Las florecitas silvestres sonreían en el suelo mostrando sus corolas pintorreteadas con la satisfacción de una coqueta que agota el tocador para sorprender á sus apasionados con los arreboles de sus mejillas. El verde de la hierba había tomado los tonos pálidos de la vegetación cuando sus tintas empiezan á desvanecerse en su contacto con el otoño; pero los árboles mantenían flamantes sus regias túnicas y escuchaban absortos las saluciones de los pájaros y las confidencias armoniosas del Cuabillas. Una ola de oro con ribetes de de escarlata avanzaba en el horizonte, brillantando las nubes é inundando el manto azul del cielo con átomos luminosos que se espolvoreaban en el rocío de las hojas y las flores.

A pesar de ser muy temprano todavía, ya los pilluelos estaban dando guerra dentro del agua. Guabina, el diminuto y hábil almirante, iba á la cabeza de la turba que nadaba tras el desflecado sombrero de Capirro.

—Eso no vale—decía Juancho siempre despechado por la superioridad del hijo de la Peinada.—;Por mi madre que estás haciendo trampas!

—El que las hace eres tú—le contestó Biajaca que siempre tomaba la defensa de Guabina.

—¿Cuándo las hago?... A ver....

—Sí, qué no te echaste por la orilla para ganar terreno á patas....! Aparéate con nosotros y «encomencemos» otra vez.

—Caballeros, como se pierda mi sombrero me lo pagan.

—;Si no vale un piojo de mi cabeza!

El sombrero navegaba hácia el «Guateque» y detrás de él la horda de granujas. Jhon les dirigió una mirada indiferente y volvió á desmenuzar sus pensamientos.

—Ello era que se encontraba en una situación inverosímil; la fatalidad había jugado con él como juega el viento con una pluma. Le indignaba sobremanera que le hubiese creado conflicto tan grave una jovenzuela sin fundamento.... Porque, insensiblemente, empezaba á aferrarse á sus antiguas opiniones sobre las mujeres, entes pasivos que no debían tener otro influjo sobre el hombre que el que pudiera tener la sombra sobre el cuerpo. Y la tal jovenzuela no sólo le creaba el conflicto sino que se lo creaba con es-

cándalo, toda vez que éste era inevitable, aun cuando la cosa, como último extremo, parase en matrimonio. La circunstancia agravante de estar en juego dos hermanas, daba al hecho caracteres decididamente repulsivos. ¡Y no podría hablar ni sincerarse, porque de hacerlo se llevaría de encuentro la honra de una dama.... Su caballerosidad, su misma situación de Tenorio buscado y favorecido en la sombra, lo encerraban en un círculo de hierro. Él se tenía la culpa por haberse metido en aventuras impropias de sus hábitos. Concretárase á su negocio, dejando á un lado romanticismos de última hora y no se hubiera visto preso en las redes que le tendían sus incomprendibles debilidades. En un minuto de ceguera había destruido más de veinte años de severa educación, de pensamientos nobles y fecundos, de obras útiles para sus semejantes y, también, para sí mismo.

¡Ah, la vuelta á su país, el viaje á Cuba había hecho hervir su sangre y caldeado más de la cuenta su organismo. Llegó para estrenarse como un Quijote salvando de la muerte á un granujilla cuando el mejor servicio que se le hubiera podido prestar era dejarle que se ahogase, sin duda alguna, porque esa carne era carne de horca ó de presidio.... El calor y las luces de un baile, algunas notas de música, unas cuantas vueltas en el salón llevando en sus brazos una joven de voz insinuante y esbelto talle, dieron al traste con su juicio y lo convirtieron en un enamorado, esto es, en un hombre inútil para todo. Luego se le antoja un nido á la hermana y él, con su seriedad y su representación social, trepa un árbol á riesgo de

romperse el alma y provocar la risa de los presentes... Lo demás que hizo bien caro le costaba y más caro podía costarle todavía.

Tales consideraciones le causaban profundísima vergüenza, ira reconcentrada. Quiso distraerse fijando su vista en el paleteo constante y redoblado de las lavanderas que amenizaban su tarea riendo y charlando por los codos. Formaban correcta fila en la margen del río, tenían manos y pies metidos en el líquido coronado de espumas de jabón, desnudos los curtidos brazos y casi al aire los senos agotados. Todas movían á compás sus paletas con la precisión de un piquete de veteranos que marcan el paso á golpes de tambor.

Pero ni la algazara de los granujas ni los dicharachos de las lavanderas lograron acallar la voz de sus recuerdos que vivos y palpitantes le martilleaban la conciencia. Lo que más asombro le producía era su ceguera inconcebible en la escena de «El Retiro».

¿Cómo no llegó á penetrarse de la sustitución, nudo de la dificultad y fundamento del enredo? Vagamente recordando, trajo á su memoria algunos detalles que debieron infundirle un principio de sospecha. Y creyó rememorar también cierta original extrañeza que no llegó á explicarse entonces por la índole de la situación impropia para el análisis. Había mucho fuego en el temperamento de la tapada, fenómeno raro tratándose de una organización tan delicada como la de Clarita. Las pocas palabras que oyó, no encajaban en el tono normal de su prometeda, si bien atribuyó la metamorfosis al ambiente cá-

lido de la escena. ¡Ofuscación funesta é increíble!... La piel era de Esau y la voz era de Jacob.

Pero ¡qué mujer tan decidida y valerosa! Si había caído á impulsos de una pasión contenida, de un amor desesperado, de la misma sed y el hambre que provoca la prohibición, su desfachatez revestía todas las apariencias de la sublimidad. Era aquella la locura heroica del soldado que busca la muerte no á la luz del día sino en la soledad, en el silencio, entre las sombras... Y Clara estaba en lo cierto: él no debía castigarla con su desdén...

El problema se planteaba de otro modo... ¿No sería mejor aplazar su resolución, estudiar á Leonela y dilucidar lo que pudiera haber de cálculo ó maldad ó lo que realmente hubiera de pasión?

Al llegar á estas conclusiones, las voces de los muchachos cortaron su razonamiento.

—¡Bien Guabinita! —gritó Capiroro viendo al almirante traerle su sombrero entre los dientes.

—Eso se llama sabrosura—decía Biajaca, acompañando sus frases con sendos zapatazos.

Al pasar cerca del sitio en que se hallaba el ingeniero, éste, por un capricho súbito, les tiró una moneda de plata. Todas se zabulleron atropelladamente, buscando á tientas el tesoro y al volver á la superficie se miraron con ansiedad.

—¿Quién la tiene?—preguntó Juancho en actitud amenazadora.

Nadie respondió; unos y otros se interrogaban con los ojos. Capiroro ocultaba la moneda dentro de la boca. Viendo todos que era imposible compro-

bar quien había sido el afortunado, dijo uno de ellos:

—Que el inglés eche otra...

—Sí, que eche otra,—gritaron á una voz.

Valdespina se encogió de hombros, les volvió la espalda y tomó el camino de la ciudad. Esto exasperó á los vagabundos que levantaron un escándalo ignominioso para el ingeniero.

—¡Eh, eh!... «Aguáiten» al inglés que se vuelve «pa su tierra».

—Dicen que no ha «sabío» hacer el «carro-ferril».

—Y que se ha «ajogao» mucha gente por su culpa.

—Mire, «musiú», este río no aguanta puente.

—¡Qué vá aguanta! Ni que traigan «toiticos» los del Norte.

—Oiga «musiú», coja sus «jierros» y lárguese que aquí no lo queremos.

Y detrás de estas palabras se dejaron oír risas y silbidos.

Jhon estuvo á pique de perder la paciencia. Las mortificaciones que sintió en aquel instante fueron causadas, más que por la befa de que le hacían objeto los pilletes, por la consideración de su impopularidad, de la injusticia con que empezaban á tratarlo en el pueblo al enterarse del primer contratiempo de su obra. Pero su espíritu se hallaba seriamente preocupado en otro orden de afectos y volvió al problema insoluble de su situación...

Sí, lo mejor era pensarlo, ver que actitud podrían dictarle los mismos acontecimientos. ¿Acaso era asunto fácil desentenderse del honor de una fami-

... en la cual le ligaban lazos muy estrechos de amistad. Prescindiendo de tal consideración, Leona no era de despreciar ni mucho menos. Él amaba á Clara, pero Clara ya no era más que un recuerdo, un imposible. Ciertamente que Leonela no le atraía por su genio, por su sequedad, por el aspecto orgulloso de su persona... Argumento á su favor; esa torre tan alta se había desplomado hecha añicos á sus plantas. Él lograba sin diligencia, lo que los otros creían tan difícil como coger la luna con la mano. ¿Existía en la historia de las pasiones humanas un episodio igual á ese?... Y era hermosa de verdad. Tenía, en medio de su reserva, un airecillo de gracia picaresca que no soplaban en el espíritu harto neblinoso de la otra. En perfiles y encantos materiales, allá se iban, con la diferencia de que Leona cargaba en su haber mayor riqueza de formas y más caudal de fuerza y de salud. Sobre todo, sabía ejecutar en el momento oportuno, revelaba una voluntad indomable, una decisión casi masculina. Examinando bien el caso á él le convenía una mujer de ese temple. Su profesión le obligaba á cambiar á cada momento de lugar; hoy en Cuba, mañana en el Norte, después en Buenos Aires, comiendo á veces lo que buenamente se encontrase, durmiendo sobre el lodo, habitando en un rancho ó una tienda de campaña. Clarita no estaba modelada para esa vida; Leonela sí, se lo había probado yéndolo á buscar, de noche, en medio de un bosque y bajo una tormenta de los trópicos. Todo lo que él había hecho, el ferrocarril estratégico de Florida, el puente de Burlington, la voladura de Pine-Mountain palide-

cía ante ese rasgo, porque él buscaba gloria ó dinero y ella buscaba un sacrificio sin retribución, la limosna de cariño que se dá por un error...

Al llegar á la calle San Pánfilo vió á los Mendoza que caminaban muy de prisa y doblaban, sin fijarse en él, con rumbo á la de Jácome.

—Y ese muñeco no sabe lo que pasa... ¿De dónde le vendría la idea de enamorarse de Leonela que, según todos los síntomas, jamás se habría fijado en semejante gusarapo? Sería el colmo de la crueldad condenar una moza en la cual bullía la sangre como el vapor en la caldera á unirse con un joven de ese empaque, ejemplar lastimosísimo de la decadencia vergonzosa de nuestra especie. Mucho gimnasio, muchos reconstituyentes necesitaba el sietemesino para acometer la empresa de fundar una familia...

Jhon entró en la Fonda y allí encontró á Fico Suárez que cortó bruscamente su saludo. El vate del Cuabillas estaba pálido, ojeroso, nerviosísimo. Sus barros habían tomado el color de la pulpa del canistel.

—¡Qué desgracia, amigo Valdespina, qué desgracia! Yo me he quedado hecho un idiota... Nadie lo hubiera creído!

—¿Desgracia? Explíquese usted. . . ¿Qué sucede?

—¡Cómo! ¿no sabe usted nada?

—Nada.

—Leonelita se suicidó anoche... Se ignora la causa... Puede suponer usted cómo estarán allá... Aquello parte el corazón y eso que á doña Luisa le ocultan la verdad. Es decir, sabe que ha muerto, pero no lo del suicidio.... Aun así es difícil que la pobre vieja

levante la cabeza... Se muere también, Sr. Valdespina... ¡Pobre Leonela, tan hermosa, tan franca, tan simpática... El máspreciado botón de este pensil!... Ahora voy á redactar una *Siempreviva* para la sección necrológica de «El Crepúsculo».

Jhon Valdespina vaciló como un borracho... La punta acerada del remordimiento penetró hasta lo más profundo de su alma. Un arranque de desesperación, de angustia suprema dilató sus músculos y le hizo crugir los nervios como cuerdas reseca y sin uso... El grito ahogado que la noche anterior oyó á sus espaldas, era, sin duda, el último suspiro de Leonela; el vago rumor de la caída de un cuerpo, la caída del cadáver de la joven que rescataba su falta con su muerte... ¡Desenlace espantoso, solución inesperada! Había sido duro de corazón y recogía la cosecha inevitable de su crueldad.

Valdespina hizo un esfuerzo extraordinario para ponerse su careta de impassibilidad anglo-sajona; no pronunció una palabra, ensilló él mismo su caballo y salió al galope sin darse cuenta de lo que hacía. Vino á saber en donde estaba cuando la bestia lo dejó en Smithson-city como á un fardo...

XLIII

EL DRAMA

Inútil es relatar la impresión que produjo el suicidio de Leonela Arencibia. La misma Clara, con hallarse en el secreto del conflicto, estuvo á pique de enloquecer ante un desenlace que superaba á lo más terrible y conmovedor de sus novelas por entregas. Porque el drama se había desarrollado silenciosamente á sus espaldas sin que pudiera sospechar ni remotamente que detrás de ella, atento el oído, brillándole los ojos con extraños resplandores, trémula y jadeante, recogía Leonela, palabra á palabra y gesto á gesto, todo el diálogo sostenido con Valdespina.

Leonela se introdujo sigilosamente en el cuarto y aprovechando la obscuridad se colocó en un rincón, á espaldas de Clarita. Argumento digno, en verdad, de un lienzo trágico. Del lado de la plazoleta, apoyándose sobre los barrotes y escasamente iluminado por los ténues reflejos de las estrellas que llenaban el

firmamento como una maravillosa colmena de abejas de luz, Jhon dejaba ver de un modo vago, su rostro austeramente bello, alterado por impresiones encontradas y profundas. Dentro de la habitación y ocupando el hueco de la ventana, distinguíase á Clarita suplicante y melancólica como una dolorosa de Carlos Dolci, y más adentro, en el fondo completamente oscuro que formaba un ángulo de las paredes, hallábase un bulto, una forma indecisa de la que surgían los fulgores relampagueantes de dos pupilas congestionadas por la fiebre.

Y la desventurada Leonela, sin exhalar un ¡ay! mordiéndose los labios, desgarrándose la piel con las uñas, siguió el cruel pugilato cuyos golpes magullaban su corazón y su cerebro. Fué para su espíritu un tormento más horrible que el del potro y la rueda para el cuerpo. Las palabras de Valdespina mordían su pecho como tenazas y le arrancaban á pedazos las fibras donde latían sus primeros y últimos sueños de felicidad para entregarla á las tristezas vergonzosas del amor desdeñado y al martirio implacable de la deshonra...

Desde el primer instante comprendió, al ver la actitud especial del ingeniero, que su causa se perdía. Las protestas y los juramentos reparadores de Jhon se concretaban á Clarita; su caballerosidad se levantaba hasta las nubes, pero siempre en obsequio de la ofendida. Cuando se le hizo una ligera indicación acerca de su error, pasó sobre aquello como se pasa sobre una broma de mal género y al insinuarle Clara que su hermana tenía intervención en el asunto le dirigió

una arenga relativa á la improcedencia de sus celos... Y Leona, sin perder una sílaba, saboreó aquello de que «no era santo de su devoción», de que tenía «un carácter especial, huraño...» «Cara de mal genio...»

Todo esto se tragó la joven como el enfermo traga el acíbar ó la quinina.... Después vino la confesión sin velos, el relato verídico de los antecedentes y el desenlace.... Figurábasele que las palabras de Clarita eran suyas—;con tal exactitud traducían sus pensamientos!—y aun estuvo á pique de presentarse bruscamente al desdeñoso para caer á sus pies y decirle: «yo soy la perdida, la infame, la loca; pero perdida, infame y loca por tu amor. Condéname si quieres, estoy á tu merced!»

Y dispuesta se hallaba á hacerlo, dejándose llevar por uno de sus arranques, cuando oyó la frase final, el «¡nunca!» sin réplica que la hirió con la brutalidad de un latigazo. En aquel momento sacudió su organismo un arrebató ciego de cólera y orgullo, poseyó su alma soberanamente un heroico sentimiento de desdén hácia la vida y su mano convulsa hundió en el seno virgen las tijeritas de reflejos acerados y brillantes que, sin darse cuenta, había tomado del costurero al dirigirse al lugar de la entrevista.

Así acabó Leona, la mujer indomable que con tal hecho respondía á la sublime fiereza de su nombre. Amó una sola vez y amó con rabia. Sin que el hombre adorado se lo pidiera, le dió su corazón, su honor, su porvenir, y tuvo por única compensación la sepultura.

Clarita volvió la cara al sentir el ruido de la caída

y se quedó inmóvil, abrumada por el espanto. Al principio, engañada por las sombras de la habitación, creyó que se trataba de un desmayo, pero cuando oyó un adiós doliente como un gemido y pudo ver el líquido oscuro que brotaba del seno de Leona, se desató en gritos desgarradores, á los que contestaban las voces angustiosas y alarmantes de doña Luisa. La pobre vieja estaba sola en el comedor; don Cosme había salido, la criada se hallaba en la cocina y el negro Pio, que fué despertado por los gritos de la madre y de la hija, echó la cabeza al lado opuesto para reanudar su sueño. ¿Qué se le importaba á él de todo aquello?

La ciega, convencida de que nadie acudía, se confió á sus piernas y dando tropezones llegó al cuarto de Clarita. Ésta se sobrepuso á su debilidad y fingió el valor que le faltaba.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó la anciana con viva ansiedad.

—Nada.... Leonela se ha desmayado y se ha caído en el suelo.... dándose un golpe.

—¡Socorro!—exclamó la ciega.—¡Vengan á auxiliar á mi hija, á la hija de mis entrañas... ¡Dios mío! ¿qué es esto?

A poco la casa se llenó de vecinos. Clara les hizo un gesto enérgico, una indicación muy expresiva para que ninguna frase imprudente digera á la madre lo que podría ignorar muy bien por su ceguera.... El juzgado se constituyó en el «lugar del suceso», pero la influencia de don Cosme y la respetabilidad de aquella familia evitaron algunos trámites desagradables.

Leonela fué colocada en su lecho, debajo de aquella colgadura adornada de seda azul y sobre sábanas muy blancas. Clarita con serenidad increíble lavó la herida, envolvió á la muerta en el sudario, le cerró los ojos, agotó todas las flores del patio para adornar el féretro y veló junto á la hermana infeliz hasta que los cuatro jóvenes más distinguidos de la población, entre ellos Mendocita, pusieron el ataúd sobre sus hombros.

Al ver que se llevaban á Leonela, Clarita no hizo ninguna demostración ruidosa; buscaba con los ojos su puesto en el mismo sarcófago, pareciéndole extraño que la una saliera sin la compañía de la otra. ;Ah, eso sucedió muy raras veces, entre ellas la noche de «El Retiro» y el día del entierro.

Doña Luisa pareció aceptar la piadosa mentira que disfrazó para ella el fin verdadero de Leona. Al convencerse de la muerte de su hija no lanzó un ¡ay! cayendo en una especie de sopor que fué constante en los pocos meses que le restaron de vida. Don Cosme nada decía ni preguntaba. Era hombre de dura corteza espiritual, mas al verse primero sin la hija y después sin la compañera que, aunque burlada con frecuencia, fué siempre por él considerada á su manera, perdió su modo de ser antiguo, el vigor físico que prolongó en su naturaleza excepcional los dones de la ya lejana juventud y se entregó, hecho un autómatas, á los cuidados amorosos de Clarita.

Como era de rigor, todo el mundo se interrogaba sin hallar satisfacción á su curiosidad, respecto del suicidio de Leonela. Candita olía á los cuatro vien-

tos y meneaba la cabeza. Allí había algo oculto; aquello no era natural. Amores no se le conocían á la muchacha, penas tampoco.... ¿Cómo explicarse el atentado?

Sólo Clara y Valdespina estaban en el secreto del drama inédito, de aquel desenlace cuyo verdadero móvil quedó oculto entre lágrimas y sangre. Para mayor fortuna la interrupción de sus relaciones amorosas la explicaron naturalmente acontecimientos muy graves y muy inmediatos que al disgregar todos los elementos de que se componía aquella sociedad, escribieron una página célebre en la historia de Cuba.

EPÍLOGO

La revolución de Yara había estallado y, como era consiguiente, la lucha entre el Gobierno y los separatistas armados adquirió los caracteres de violencia inevitables en contiendas de esa clase. La faz del país cambió de la noche á la mañana y la antigua ciudad fundada por Diego Velázquez, dejó de ser lo que había sido para no ser nunca más lo que antes era. Su extensa jurisdicción se vió envuelta en el conflicto y el paso de la guerra dejó una marca indeleble, que aún no se ha borrado, pues todos aquellos lugares—el Corojal, Cabarute, La Toronja, Paso de Puercos, Los Jobsos, Guayo-gordo y Arroyo la Guaiba—van indicando al historiador nombres y fechas terribles de porfiadas acciones en que por ambos lados se derramó con valor la misma sangre.

El que antes de la guerra hizo el camino que se extiende desde la ciudad al surgidero de la Cotorra, casi no podría reconocer hoy los poblados antiguos en

los nuevos, aunque éstas hayan heredado la propia localización é iguales nombres. Jarabacoa no existe; el ingenio «Las Yaguas», de Mendoza, fué pasto de las llamas y todavía permanece demolido. La revolución se encargó de liquidar todas las deudas de don Carlos Mendoza. El corte de la Luisa está abandonado y el potrero «Dos Jimaguas» es ahora un manigual sin reses ni linderos. Todo se ha transformado allí; lo nuevo es muy reciente y lo antiguo forma escombros.

La tarea de sublevar al partido de Jarabacoa estuvo á cargo de don Celedonio Pérez, vecino influyente, hombre de ideas radicales y, encima de esto, agravado por el Capitán Ruiz Macella. Don Celedonio se alzó cuando lo fueron á detener con motivo del incidente de la madera cuyo arrastre confió al pardo Lelé Ramírez y esperó en su escondrijo el momento de secundar el plan fraguado. Así, tan pronto como sopló el primer vientecillo de Yara, salió del monte, reclutó su gente y puso doscientos hombres á disposición de Céspedes, Mármol y Marcano.

Manengo, siguiendo las indicaciones de don Celedonio, se levantó con los empleados y la mayor parte de la dotación de «Dos Jimaguas». Inmediatamente se dirigió sobre el pueblo de Jarabacoa, cabecera del partido y lugar muy á propósito para base de las operaciones militares en aquella zona. Allí estaba el Capitán dispuesto á sellar sus deberes con su sangre. El estado de su espíritu era el de la cólera, el de la estupefacción ante un hecho para él incomprensible, que venía á socavar hasta lo más hondo los funda-

mentos de su autoridad y á subvertir con injustificadas rebeldías el orden establecido».

Cuando los separatistas se presentaron en el pueblo y le intimaron la rendición, el Capitán Ruiz Macella les contestó que «debía su nombramiento al Gobierno de S. M. y que lejos de entregar el mando, les ordenaba que inmediatamente depusieran su actitud rebelde, recomendándose á la clemencia de los poderes constituídos». Acto seguido, se encerró en la Capitanía «con las fuerzas á su mando». Las fuerzas á su mando eran un guardia y el escribiente. Pero el guardia estaba con reumatismo en un brazo y no podía manejar las armas y el amanuense no se sentía á gusto en esa clase de funciones. Ambos aceptaron una honrosa capitulación y el Capitán, abandonado por sus tropas, se vió en el caso inaudito, increíble, de resignar la autoridad conque fuera investido, «¡oh vergüenza—como él decía—en manos del mayoral de don Cosme Fernández Arencibia!»

Posesionado ya de Jarabacoa, Manengo se dirigió la misma noche á una finquita situada en los alrededores del pueblo y acompañado de tres de los suyos prendió fuego á la casa por los cuatro costados. ¡Escena de horror indescriptible! Dos voces, voces femeniles, recorrieron todas las escalas del ruego, de la súplica, de la misericordia implorando un socorro que nadie les prestó. Eran Juana Felipa y doña Jerónima Moreno que expiraron achicharradas. De ahí fué Manengo al potrero «Dos Jimaguas» acompañado por toda su partida. Encontró á Bejuco en el barracón, le acusó de espía y lo colgó de un árbol. Seguida-

mente hizo desjarretar cuantas reses fué posible y quemó las fábricas.

El cabecilla Rosales no era propiamente un hombre político; era una fuerza sin dirección que tomó el pretexto de la guerra para realizar hechos verdaderamente injustificables. La Revolución se sintió lastimada por esas tropelías y el Poder Ejecutivo le ordenó que se presentara á dar cuenta de sus actos y á justificar su conducta. Manengo no quiso obedecer y entonces un consejo de guerra lo condenó á la última pena; pero como era difícil cogerlo se le puso una emboscada y Manuel Rosales, como el hermano de doña Jerónima, murió de «mala muerte».

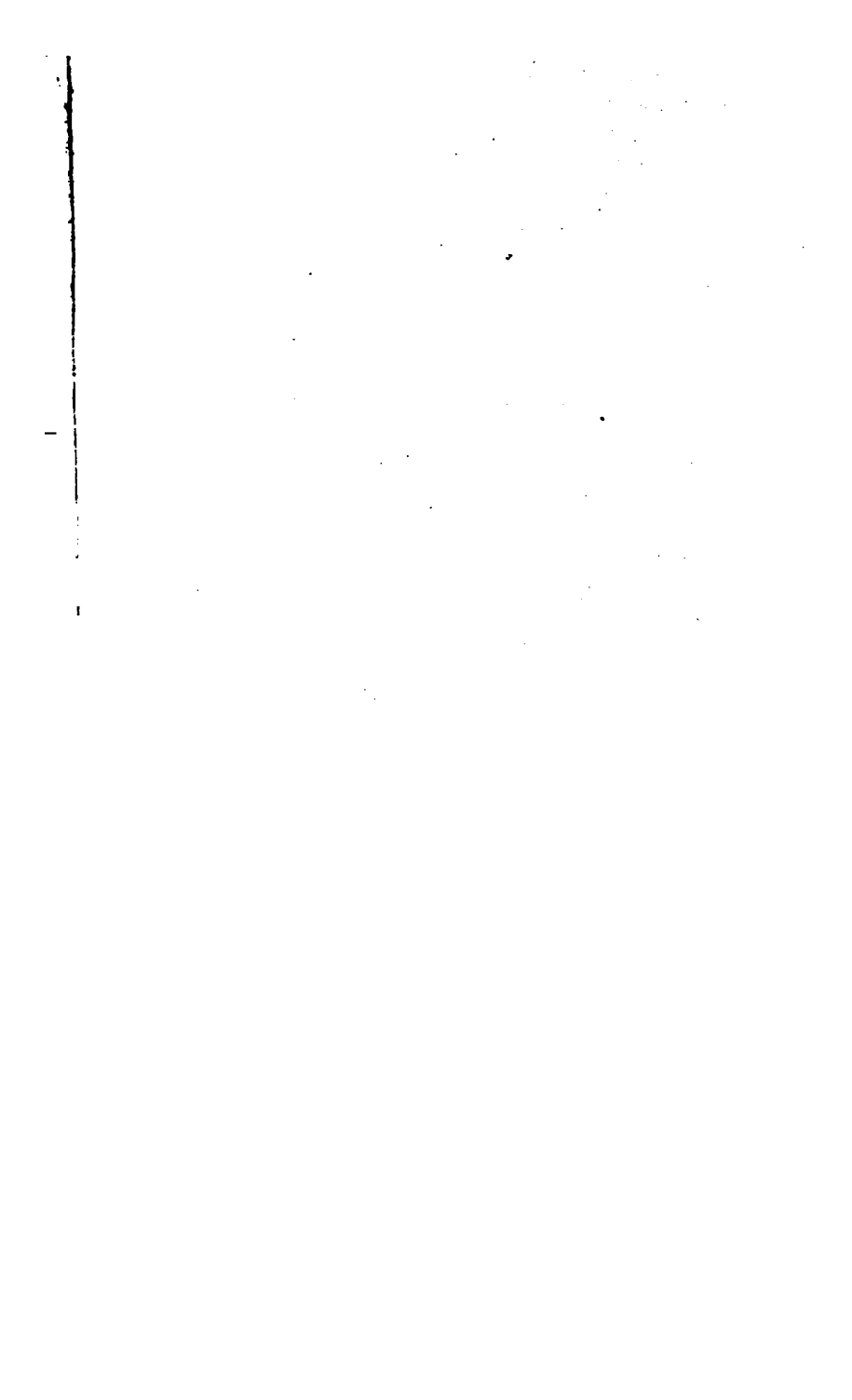
El levantamiento de Jarabacoa fué el golpe de gracia para Valdespina. Trató de matar la impresión que le produjo la muerte de Leonela entregándose al trabajo como un demente, más allá, mucho más allá de los límites de sus fuerzas. Apenas comía y el sueño era una función imposible para su espíritu. Le parecía oír á cada instante el gemido ahogado, la caída de un cuerpo contestando al funesto «¡nunca!» que salió de sus labios con el atropello y la violencia conque el vapor comprimido sale por la válvula. Hallaba una distracción relativa en sus tareas y cuando no recorría la línea, se pasaba las horas muertas en los talleres ayudando á Mr. Albertson en el arreglo de los aparatos. En una semana las obras de reparación adelantaron mucho; pero á partir de ahí todas fueron desdichas para el director y la empresa. La vecindad de un desmonte y los residuos dejados por la inundación enfermaron á Jhon de fiebres

palúdicas y simultáneamente con este hecho, sus carriles, los postes del telégrafo, las fábricas todas fueron destruídos por la guerra. Dos millones de pesos quedaron enterrados entre Smithson-city y la Cotorra.

Jhon Valdespina quedó postrado por la impresión moral y el decaimiento físico. El equilibrio de su naturaleza se rompió. Un año escaso de vida tropical le había estropeado increíblemente más que veinticinco de vida norte-americana, aun contando las fatigas que pasó en la guerra del Norte con el Sur. Había hecho un gran acopio de fuerza para venir á derrocharla en pocos meses. Porque nadie hubiera dicho al verlo tan flaco y decaído que era el varón formidable, el hombre de hierro adaptado al ambiente de otro país en donde viven en perfecta armonía la materia y el espíritu. Mientras respiró el aire frío del Septentrión dormían ó se serenaban sus pasiones que, al calentarse en la fragua de Cuba, hicieron estallar sus nervios, relajaron sus músculos de bronce; irritaron su sensibilidad perezosa y desnivelaron su organismo, convirtiéndole, si no en un viejo, en un hombre envejecido.

Cuando todo estuvo consumado, tomó pasaje con rumbo á Nueva York. ¿Qué diría á Smithson-Brothers para consolarlos del fracaso? Tal vez se apropiaría, aplicándola á su situación, la célebre frase del monarca español: «Señores: yo no fuí á luchar con los elementos...» Y quizás, á guisa de enseñanza saludable, la sazonaría con esta reflexión: «Lo que se proyecta en el Norte no se realiza fácilmente en el Mediodía.»

FIN DE LA OBRA.



INDICE

1

INDICE

	<u>Páginas</u>
CASI PRÓLOGO.	5
I A vista de pájaro	7
II Don Cosme	11
III Doña Luisa	15
IV Las mellizas	19
V Los piratas del Cuabillas	23
VI El inglés	33
VII La Virgen del Cobre	43
VIII Capirro	53
IX Mercurio y Apolo.	61
X Fiat....	73
XI John Valdespina	75
XII De Jarabacoa á la Cotorra	83
XIII Entre bocado y bocado	97
XIV Ayer y mañana.	105
XV Fermentación.	121
XVI El baile de los Mendoza	131
SEGUNDA PARTE.	
XVII Manengo	147
XVIII Idilio al natural	151
XIX En «Dos Jimaguas»	159
XX Tía y sobrina y sobrino y tío	167
XXI Policarpo I.	175
XXII Realidad colonial	185
XXIII Sombra y luz	193
XXIV Venta de años	201

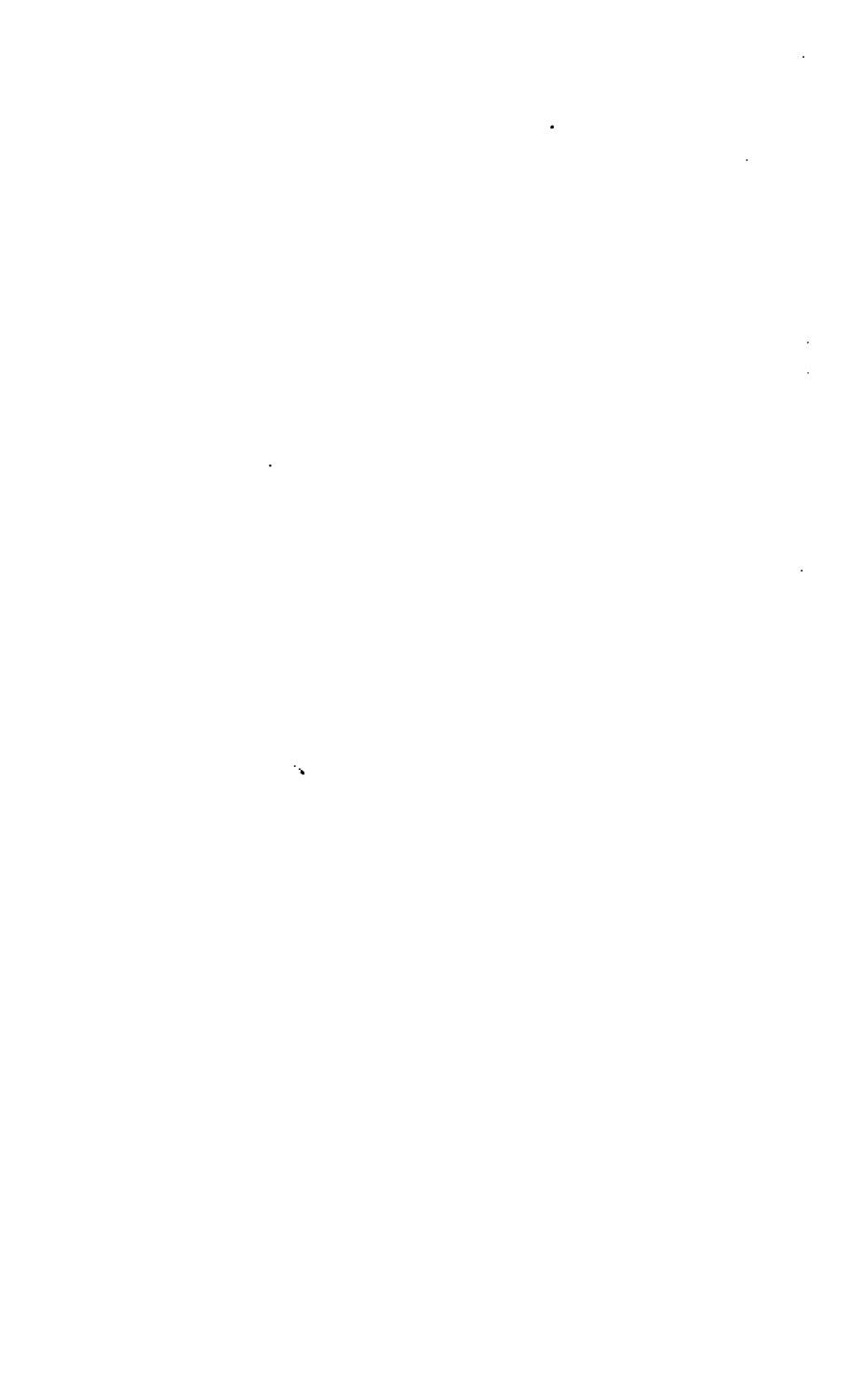
	<u>Páginas</u>
XXV El cuervo y la paloma	217
XXVI Las fiestas del Patrono	223
XXVII Waterloo	235
XXVIII La Iglesia y el Estado	245
XXIX El velo roto	255
XXX Nuevo mundo.	263
XXXI Perdidos!	277
XXXII Preludios	285
XXXIII La piel de Esaú	293
XXXIV Dos temporales	305
XXXV El regreso	311
XXXVI La jugada de don Carlos	323
XXXVII El conflicto	337
XXXVIII A solas	345
IXL Frente á frente	351
XL Ciencia y conciencia	361
XLI Lasciate....	371
XLII Rotación de ideas	385
XLIII El drama	395
EPILOGO	401

ERRATAS PRINCIPALES

Pág.	Linea.	DONDE DICE	DEBE DECIR
56	3	y en el centro veíanse	y en el extremo veíanse
64	13	de dos sobrinas	de dos sobrinos
78	6	con atracarse de roasts-beef	en atracarse de roasts-beef.
81	11 y 12	renunció su grado de ingeniero	renunció su grado de comandante de ingenieros
82	17	á una tia, abuela	á una tia abuela
88	5	volvió montar	volvió á montar
91	15	la paja blanca del cascajal	la faja blanca del cascajal
108	26	que si se cayó de uua cañada	que si se cayó en una cañada
110	28	onza oro	onza de oro
123	30	onsmatopéyico	onomatopéyico
139	4	No me convinen	No me convienen
182	8	Sará	Será
144	20	wals alemán	vals alemán
190	16	podieron preveerlo	podieron preverlo
241	18	movimiento de flaco	movimiento de flanco
306	31	no fué aquel un arranque	no fué aquel un arranque
334	22	Ello es precioso, ea!	Ello es preciso, ea...!
343	11	ei pudiera	si pudiera
343	22	Dontro de dos días	Dentro de dos días

Endonde aparezca escrito Jhon, entiéndase que se escribió John





EL FIGARO

PERIÓDICO LITERARIO Y ARTÍSTICO

SE PUBLICA CUATRO VECES AL MES

DIRECTOR: MANUEL S. RICHARDO.

ADMINISTRADOR: FERNANDO DIAZ.

Redacción y Administración Obispo 33.

Apartado 598 (Galería Literaria).

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En toda la Isla, al mes.....	\$ 1-00 cts.
“ “ “ “ al semestre.....	5-00 “
“ “ “ “ al año.....	10-00 “
En el Extranjero, al trimestre.....	3-00 “
Numero suelto.....	30 cts.
Idem atreado.....	50 “

IMPRESA “LA MODERNA”

— DE —

A. MIRANDA Y C^ª

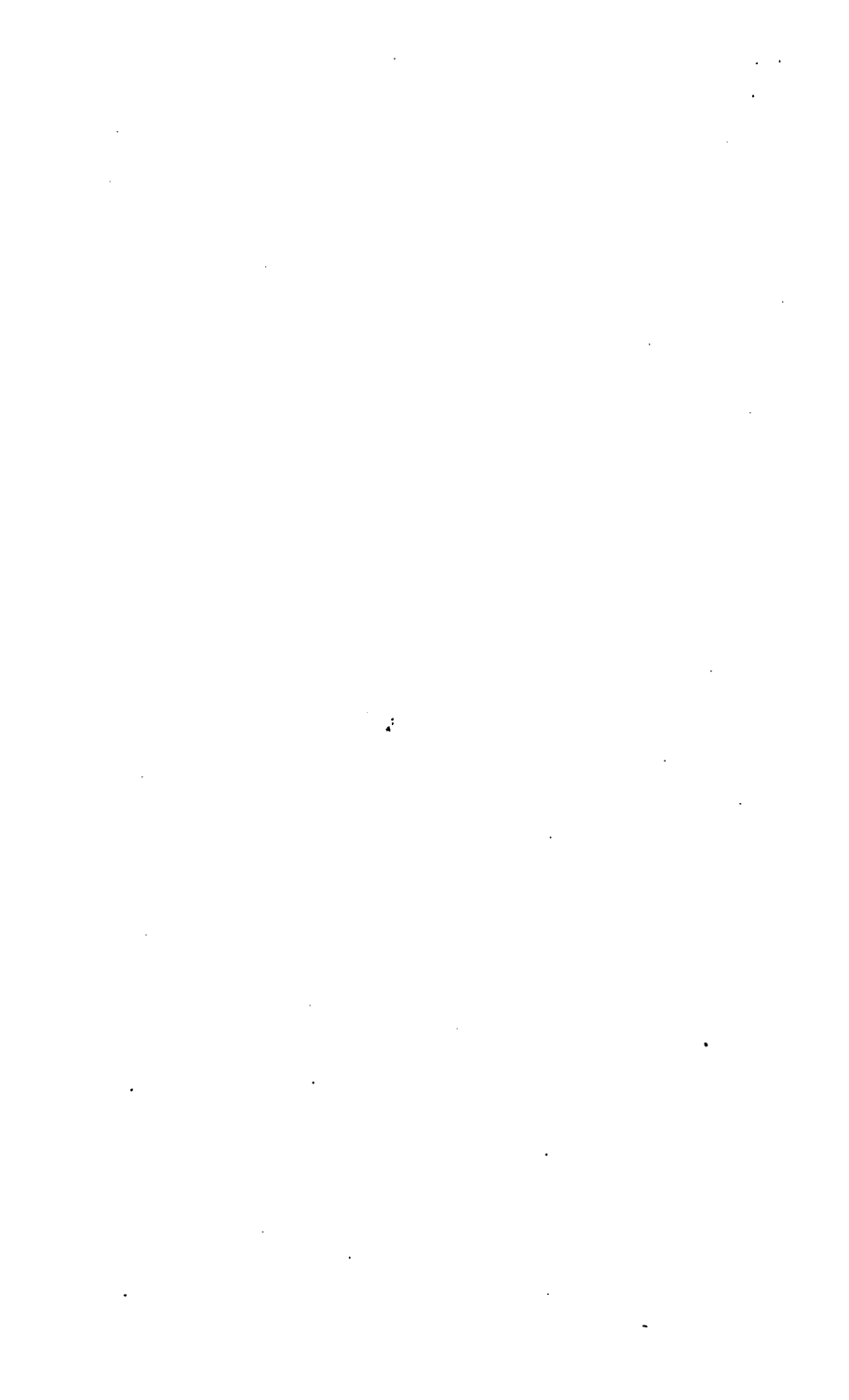
CALLE DE COMPOSTELA NUM. 69

— HABANA —

Casa editora de LA HABANA ELEGANTE, periódico artístico y literario que se publica todos los domingos, cuya suscripción cuesta en la Habana, 80 cts. mensuales y fuera de la Habana, \$2.50 al trimestre.

COMPOSTELA NUMERO 69

TELÉFONO 260







3 2044 048 083 5

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

DUE JUN 12 1960

DUE MAR 29 '60

DCT 10 1966
CANCELLED

lets.
1126-477

